Regla de Tres

BETA SUÁREZ

Vé Ra

¿Cuál es la incógnita en esta **REGLA DE TRES**?

Cuando Ágata muere, se lleva algunos **SECRETOS** a la tumba, pero deja un diario… Sus tres nietas, Azucena, Begonia y Camelia, entre lágrimas y risas, entre confesiones y silencios, descubrirán en esas páginas de caligrafía perfecta a una Ágata, primero niña, después joven, siempre singular, tierna y rebelde, que se animó a cruzar límites para mirar de frente a cada uno de sus **DESEOS**.

Mientras ordenan, tiran y separan objetos de esa abuela tan fundamental, las tres hermanas reciben la mejor herencia de Ágata: vivir y amar con **ALEGRÍA** y **CORAJE**.

Tres flores, una piedra preciosa y un legado de **AMOR**.

La autora te cuenta sobre el libro

vera.romantica

VeRa

Celebrar el humor.

Vivir con arrojo.

Encontrar el ritmo propio.

Disfrutar el camino.

Contar una historia.

Compartir un secreto.

Abrazar el pasado.

Darle lugar a lo nuevo.

Reavivar esa llama.

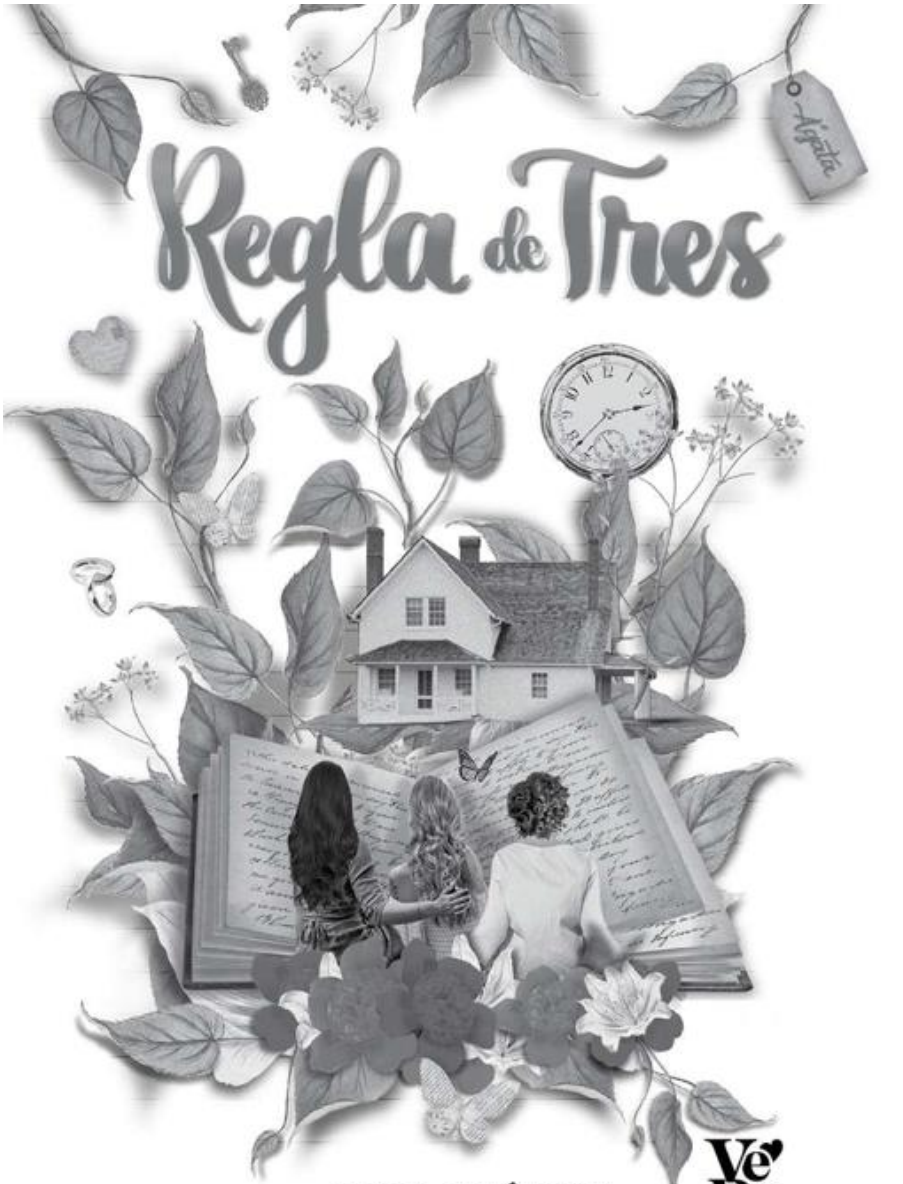
Soy VeRa

vera.romantica

vera.romantica

Regla de Tres

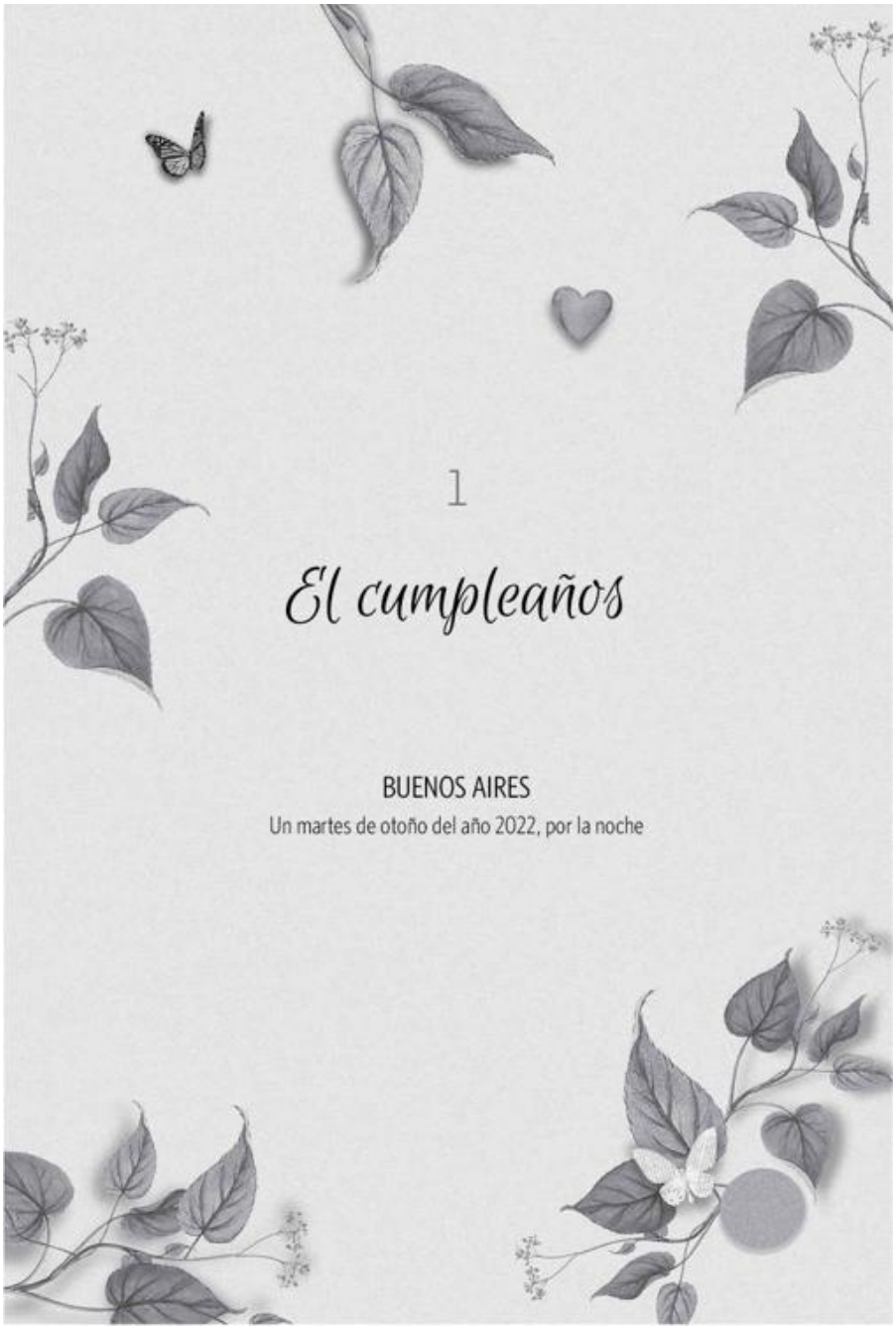
Regla de Tres



BETA SUÁREZ

Vé Ra

Para Leda, Eleonora, Alfonsina, Denisa, Paula, Esmeralda e Isabella.
Porque ninguna mujer con corazón podría existir en mis letras si no fuera por ellas.



1

El cumpleaños

BUENOS AIRES

Un martes de otoño del año 2022, por la noche

Levanta los vasos de cristal –los buenos que usa todos los días–, explota globos, apila taburetes, pone restos de comida en *tuppers*, y servilletas a lavar. A medio camino se quita los zapatos y sigue su recorrido descalza. Un rato después deja caer el vestido que, como un helado chorreando por el barquillo, busca camino y avanza despacio entre las alas de los brazos, la rampa del trasero, los pliegues de la barriga, los elásticos de la ropa interior y las arrugas de los muslos. Es sexy el vestido, y es sexy esa piel que ya no tiene vello, pero tiene historia. La seda se detiene justo en los tobillos que vienen ganando anchura, y ella lo patea mientras pasa por el espejo del recibidor y se observa.

El sujetador blanco sin aro y las bragas floreadas, grandes como un mapamundi. Las rodillas un poco derretidas, igual que la carne y la piel de los brazos. Si no fuera por el sujetador los senos les ganarían a todas sus otras partes en esto de perder la gravedad. El pelo cortado carré y el tono de tintura castaño claro que usa desde hace décadas. Preciosa la moda de las canas, pero que con ella no cuenten. Elegir qué deconstruir. *Qué palabra particular*, piensa, y qué no deconstruir también es libertad, le discute siempre a Camelia, su nieta menor.

Ágata saca culo, se pone las manos en la cintura, posa de frente y de perfil y se dice a sí misma que para tener ochenta y dos años está bastante bien.

–Bastaaante bien –repite en voz alta. Gracias a la vida que la tuvo agitada y al yoga, se convence, y se sirve lo último que queda en la botella de vino que todavía no levantó de la mesa. Se sienta en el sillón y se lo toma despacito. Ignora el crepitar de los huesos; ya son amigos. Ventajas de vivir sola. Beneficios de estar cómoda consigo misma o de que a esta altura todo le importe un rábano. Derechos ganados a capa, espada, pérdidas y ganas de seguir viviendo. Bebiendo, en este caso.

Enciende el televisor en un canal de noticias; se prometió varios años atrás que no iba a ser de esas viejas que estaban desconectadas de la realidad hablando de "cuando eran jóvenes" y, para variar, se entregó tanto al proceso que ahora es adicta al noticiero. Pendiente de lo que pasa, del clima y del reporte del tránsito aunque nunca en su vida condujo. Autos no condujo, porque después fue la conductora de casi todo su ecosistema. Ágata usa Facebook, Instagram, habla con Siri y usa jeans cada vez que puede. En cualquier momento se abre una cuenta de TikTok y se convierte en una abuela *influencer*. Bisabuela, se corrige, que si la escucha Azucena, su nieta mayor y madre de dos, hace un escándalo. Estas ganas de no quedarse en el pasado la rescatan a menudo de los momentos de confusión somnolienta que, le dijo el médico, son propios de la edad. Propio de la edad es, parece, que cierre con cuidado la puerta de su casa de la vejez para que no se escapen los gatitos de la casa de su infancia, o que cuando va caminando gire la cabeza cada vez que oye un "mamá", como si fuera su hija la que la llama desde un pasado melancólico. "¿Será posible?", le responde al médico Ágata en cada consulta, que espera que todo se solucione, como el colesterol, con una pastillita mágica.

Pone los platos en el lavavajillas, pero los enjuaga antes. Muy lindo el aparato, pero a Ágata le gustan los platos sin grasa. También le gusta ocuparse ella, en persona, de los trastos sucios, porque las nietas le guardan las cosas húmedas y en cualquier lado. Le apilan vasos sin lógica alguna y le ponen los platos en cualquier orden, como una torre de bloques infantiles, y no por tamaño. Ya se ocuparon, hace un rato, de poner en escena el paso de comedia que hacen siempre, cada una sabiendo perfectamente sus líneas y sus tonos.

–Ágata, lavo los platos yo que soy cuidadosa –arrancó Azucena.

–No, gracias –respondió a tiempo Ágata.

–Los lavo yo, abu, que te veo poco, dale, déjame, así estas dos no me dicen que por vivir lejos no me ocupo de nada –provocó Begonia.

–Que no, nena, que no te salvaré tan fácil de esa culpa ridícula –se rio, pícara, Ágata.

–¡Ay, abu, déjame a mí, mira si vas a lavar los platos el día de tu cumpleaños! –remató Camelia.

–¡Pero yo pensaba que justamente por tener todos estos años podía decidir quién lava mis platos! Basta, chicas, a lo suyo –coronó Ágata porque sabía que ahora que ya todas habían cumplido con su parte de

la comedia podían volver a conversar sobre otras cosas.

Sigue Ágata con su recorrido ordenador y tira las velitas que sopló hace un par de horas. El 8 y el 2 plateados, llenos de *glitter*, que trajo el pastel que también tenía forma de 82. Qué ganas de que no se le olviden los años que tiene, ¿eh? Las chicas igual lo encargaron con amor, ella lo sabe, pero con el amor no siempre alcanza, se cansó de decir Ágata.

Qué orgullosa estaría Helena de sus tres hijas. Qué orgullosa está ella de sus tres nietas, mujeres adultas, de vidas floridas, raíces nutridas y aromas variados. Se le acaba la copa de vino justo cuando ese dolor que conoce tan bien le pellizca el alma: no hay solución para la muerte de un hijo y Helena vive en su corazón, le dicen todos los que la rodean, pero la verdad es que no vive más en la tierra ni estuvo hoy para regañarla mientras soplaba las velitas o decía malas palabras. Esa hija suya era mucho más madre que ella, incluso de ella, en esa inversión de roles en la que, de a ratos, las dos se sentían cómodas.

–¿Cómo se te ocurrió morirte, Helena? ¿Estás loca? –Y se levanta para poner la tetera en la cocina porque le gusta el pitido y la tetera eléctrica no tiene esa magia.

–Hija, tanto había para ti acá, si hubieras visto a las chicas hoy, tan grandes, tan mujeres, tan tuyas y tan mías.

Saca una bolsita de té de bergamotas y la pone en su taza blanca cascada. Que tire esa taza, le dijo Begonia hoy, que tiene tantas otras. Tan ciudadana del mundo, Begonia, tan desapegada y tan sin taza propia. Pero también es la que siempre deja todo para estar para su cumpleaños y para festejarla aunque ya mañana se vuelva a subir a un avión, como si no pudiera aguantar mucho ningún arraigo. Le trae chocolates suizos, quesos holandeses, ropa con brillos de Miami, café de Colombia, té de Japón y muchas cosas más con las que luego Ágata presume frente a sus amigas y le encanta. Pero –le respondió a su nieta del medio– que todo ser humano digno tiene su taza favorita y que no se la descarta por viejita y un poco cascada, que si fuera así a ella ya la tendrían que haber tirado en un baldío y que lo piensen, que tal vez hacen negocio.

“Ese humor que tienes, abuela –le había dicho Begonia mientras se reía–, es lo mejor que tienes, lo mejor, mi vieja cascarrabias”. “Viejos son los trapos; yo estoy estacionada, como los vinos que valen la

alegría", había respondido Ágata dándole la mano a su nieta como cuando era pequeña y salían a hacer las compras; como cuando tuvo que consolarla por su orfandad mientras Begonia le devolvía la gentileza y la consolaba a ella por no tener más a su única hija.

La tetera avisa que el agua ya está y ella se sirve el té –amargo para sentirle el gusto–, y el aroma de bergamotas entra por su nariz y la riega. Toma la taza con las dos manos y ese calor también se expande, la empapela. No sabe Ágata si es que con los años los sentidos que permanecen se amplifican o si es que tiene más tiempo para notarlos. Últimamente viaja bastante al pasado y se deja llevar, siente que no tiene el control de ese recorrido. Hay días en los que termina en la casa de sus padres tomando el desayuno con un tazón gigante de café con leche mientras su mamá le hace las trenzas y le duele la nuca del pelo tan tirante, y hay días en los que aparece en los bailes de carnaval y en los desacatos de su adolescencia, y transpira entre *glitter* y bebidas baratas y le duelen los arcos de los pies por los primeros tacones de su juventud. También vuelve a los brazos y a los besos del amor en su vida, a ese calor que la vuela por los aires, a esa idea de que no sabía cómo era que vivía antes de esa piel y de esa intensidad.

–¡Uf!, Si pudiera vivir eso ahora que tengo los sentidos agrandados... –Ágata habla en voz alta, siempre lo hizo, ahora más porque no tiene que andar aclarando que no le está hablando a nadie–. No sé por qué la gente cree que con los años se te va el deseo, tendré los pechos caídos pero sé bien cómo usarlos. –Y se ríe a carcajadas.

Toma la cajita plateada con el moño gigante y rojo que le dejaron Azucena, Begonia y Camelia, el cinturón de Orión de sus noches despejadas.

–Helena, solo a ti se te ocurre tener tres hijas mujeres y ponerles nombres de flores; les arruinaste la adolescencia. No sé si eras inocente o cruel, hija –dice Ágata, como si no tuviera nada que ver con el asunto, y se sienta para cumplir con el ritual de todos los años desde que Helena y Rodrigo murieron y dejaron huérfanas a las flores. Las chicas le dan dos regalos: uno en nombre de ellas y otro en nombre de su mamá, siempre joven.

"Ninguna madre debería sufrir por la muerte de su hija el día de su cumpleaños", dijo Azucena cuando Ágata cumplió años por primera vez sin Helena, cuando todas aún lloraban al menos una vez al día.

Y Ágata no le dijo, porque ¿para qué?, que el dolor que sentía no sabía ni de días ni de aniversarios, que estaba presente como nunca nada había estado presente, que se le habían reordenado los soles y las lunas, los sábados y los lunes, las cosas que le importaban y las que no, hasta los gustos se le habían descolocado, y que ya no existía la vida tal como la había conocido. Era un ADH y un DDH, como el antes de Cristo y el después de Cristo de los libros de historia, pero con la H de Helena. Que ese dolor la dejaba tirada en la cama como si tuviera un tractor encima que no le permitía levantarse y que justo ese momento, el de la mañana, era el peor de todos porque cuando abría los ojos, por un instante Helena estaba viva hasta que Ágata se acordaba de que no era así y era como si se volvieran a morir, las dos, todas las mañanas.

Y que Valentino, su esposo del buen amor, su enamorado eterno, el del nombre de galán de telenovelas, el que la quiso como nadie y todos los días, se sentaba a su lado y lloraba con ella y le hacía el café y el pan tostado que ella no comía, y se quedaba sin apresurarla, acariciándole el rostro, las manos, el pecho y la barriga hasta que ella podía levantarse y entonces después le tocaba a ella consolarlo a él porque se había muerto su niña, su princesa, las luces altas de sus ojos luminosos, y así pasaron los días de ese primer año en el que tuvieron que sobrevivir a todas las primeras veces de todo sin Helena.

No le dijo nada de eso a su nieta, ¿para qué?, lo que sí le dijo es que se quedara tranquila que, aunque no tuviera la menor idea de cómo hacerlo, iba a seguir viviendo. Por ellas tres, claro, pero también por ella misma, porque sentía que había vida en el mundo que la esperaba, incluso con una hija muerta. Porque ya habían sido muchas las pérdidas y no podía, además, perderse a sí misma.

Hoy, el día en el que cumple ochenta y dos años, tal como se lo recuerda esa guirnalda de banderines que no descolgó aún y que, parece un chiste, también tiene el número ochenta y dos, más de quince años después de la muerte de su hija, Ágata siente que ya aprendió a vivir con ese desconsuelo y que casi siempre le gana la pulseada: es ella la que lo maneja y no al revés. Esa fue, tal vez, la batalla más dura que dio en su vida. Y eso que tiene un carnet de baile bien nutrido con ritmos que bien podrían llamarse “ponerle el cuerpo a lo que se venga”.

Quita el moño rojo y lo tira a la basura. Ya no guarda ni bolsas ni

papeles de regalo ni moños ni cajas. Si tuviera que elegir un solo legado para dejarle a sus nietas sería: "No guarden nada, anden livianas". Ya abrió el regalo de las chicas, un pijama hermoso de seda, de color crudo y con ramitas de jazmines del aire por todos lados.

–Seguro lo trajo Begonia, estas cosas acá no se venden o cuestan una fortuna –le aclara Ágata a los muebles que la rodean. Ahora es el turno del regalo de Helena. La verdad es que siempre le da un poco de nervios y emoción, ella que no cree mucho en nada más que en el amor, siente como si su hija guiara esa compra desde el cielo, desde el cosmos o desde donde sea que esté.

Los dos regalos y ese festejo exclusivo, solo para las cuatro y con asistencia siempre perfecta, son rituales de sobrevivientes que le dan batalla a la vida que las pone a prueba. Festejar como un acto de rebeldía, pero también para que siga existiendo un nido.

Ya vivió casi cuarenta años más que los que vivió Helena, y cuatro más que Valentino, que tenía un corazón tan sensible que no pudo con la angustia y se rompió, pero literalmente. Ágata siempre fue más fuerte. Y Helena, piensa ahora Ágata, vivió todo rápido, como si supiera, y la hizo abuela cuando se sentía aún casi adolescente. Rodrigo era un poco como Valentino, hombres de esos nobles y un poco dóciles, pero no al límite de la indignidad, para nada, dos señores buenos. Ninguno de los dos hubiera podido vivir sin sus mujeres, se convence Ágata, así que lo bien que hicieron en morirse antes.

–Gente muy cuidadosa elegimos, Helena de mi corazón –dice y saca un brazalete de plata, una esclava, de la cajita de regalo.

El brazalete, pesado, tiene grabadas una azucena, una begonia y una camelia. Y del lado de adentro dice: "El jardín que te dejé". Rompe en llanto Ágata y se sorprende, no esperaba llorar.

–Mierda, será posible, ya les dije que estoy grande para seguir juntando cosas, que para qué gastan, que los únicos regalos que quiero son los que se pueden beber o comer.

Se saca los lentes, se seca las lágrimas, se pone los lentes otra vez y en el mismo gesto empuja la taza blanca cascada que cae al suelo y se hace trizas. Increíble que tantas partes formen una sola taza. Una sola vida. Maldice Ágata y culpa a las nietas por la pérdida de su taza favorita; es que hay que aprovechar cuando ocurre una desgracia intrascendente para maldecir o para llorar lo que se tiene guardado y

no se puede ni nombrar.

Limpia, se corta un dedo, se pone una bandita, mete los trozos de la taza en una bolsa doble para que no se lastime el recolector de basura y se va al dormitorio, con ese paso corto y ligero que le queda mejor ahora que cuando tenía veinte años.

Piensa en sus nietas, tan cómodas en este tiempo que va más rápido que su capacidad de asimilarlo, y en la vida de cada una. En los viajes, los sueños, los amores y los desamores, los errores livianos, los errores contundentes y lo que aprendieron. En todo, en todo lo que les falta y en si tendrán la oportunidad de vivirlo. Es que ellas deberían saber, más que nadie, que no hay que dejar ni los manteles para una mejor ocasión. En los mandatos que va tachando Azucena como si fueran una lista de pasos inevitables, en la soledad que Begonia luce como un anillo de compromiso y en la búsqueda constante de Camelia que no encuentra nada porque no sabe bien qué está buscando.

Repasa los novios que le trajeron, y los que le ocultaron, para que ella los escanee con ese ojo feroz que tiene, y piensa qué tanto influyó, para bien o para mal, en las relaciones de sus nietas. Y si también tuvo algo en ver en la de su hija junto al bueno de Rodrigo que estuvo ahí casi desde siempre.

–¿La soberbia te vino con la edad, Ágata? –se regaña–. ¿Es un síntoma tardío de la menopausia?

Es que cuando más o menos había aprendido a ser abuela tuvo que volver a ser madre para que esas chicas, que tampoco eran tan chicas, sufrieran un poquito menos. Qué difícil y qué lindo el brazalete que, cree, solo se va a poner el año próximo, cuando se junten las cuatro y llegue Begonia con un sello más en el pasaporte. Luego, el brazalete y su caja volverán a la gaveta. Ágata es coqueta, pero cada vez soporta menos cosas encima, le pesan los aretes, los bolsos ampulosos, los enconos, los relojes innecesarios, los rencores añejos, los cinturones opresivos y el rímel pastoso.

En el dormitorio se sube al taburete que tiene justo para eso.

–Qué agilidad que tienes, viejita, ¿eh? –se felicita y mientras lo dice cruza el brazo sobre el pecho, lo estira y se palmea el hombro. Busca una pequeña lata que está dentro de una boina de lana roja, debajo de una gran pila de sombreros que hace años que no usa. La abre, toma lo que hay adentro y centra la mirada en el sombrero azul de arriba de todo porque si mira lo que sacó se le va a pasar la noche ahí,

recordando lo imposible, meditando con la imaginación y sufriendo. Con un gesto rápido lo mete dentro de la caja del brazalete nuevito y luego la acomoda en el estante, pero bien a la vista. Ahora sí, a dormir, y entonces empieza la coreografía de las buenas noches.

–Sin rituales la soledad se convierte rápido en abandono –repite Ágata y se lava los dientes, se cepilla el cabello finito que le llega, impecable, hasta los hombros.

"Antes muerta que con peinado de abuela", viene diciendo desde hace una década. El cepillo chorrea unas gotas de loción engrosadora. Lo enjuaga y después se lava largo el rostro con agua fría, secreto de belleza heredado de Nelly, su mamá. Crema, unas gotas de perfume porque sí, porque si no es para ella para quién es el perfume, y luego va apagando las lámparas de toda la casa hasta que solo queda una luz chiquita en forma de estrella que permanece siempre encendida. Se saca las gafas y las pone en la mesa de noche.

–Qué suerte que se puede dormir sin lentes –le dice Ágata al techo–. El mundo tiene bordes más blandos y contornos más amables –aclara en voz bajita.

Se mete en su cama. Cuando Valentino murió ella mandó a cortar la cama en dos. No quería reemplazarla, pero tampoco quería seguir durmiendo ahí y esa fue la solución que encontró para, entre otras cosas, descansar.

"Abuela, te sale más barato comprar dos camas nuevas", le había dicho Azucena con cierto enojo, como si Ágata no entendiera. "Pero hay cosas que no tienen precio, corazón, no me digas que no te pude enseñar ni eso", la peleó Ágata y Azucena se fue refunfuñando argumentos sobre la vejez, la testarudez y varias cuestiones más.

Hay luna llena y hay silencio. Las dos cosas son enormes e imponentes. La luz blanca rebota en la cortina, Ágata suele dormir con la ventana abierta para que el aire nuevo se lleve lo que deba y traiga lo que toque, y alumbra el conjunto de ropa que dejó preparado para el desayuno de mañana con las amigas, las que quedan vivas después de los años y el Covid. Un pantalón de jean, una camisa blanca, un abrigo por las dudas y zapatitos rojos cómodos.

–Qué cosa los zapatos a esta edad –le dice Ágata a su reflejo bosquejado en la ventana–. Es mentira que hay que mirarles las manos a las mujeres para saber cuántos años tienen, hay que mirarles los pies, los pies no perdonan y piden zapatos de vieja –protesta y se

relaja.

Qué cosa también las amigas, sigue Ágata, pero ahora sin hablar, que quieren desayunar porque ya no salen ni de noche ni de tarde; pero, bueno, por lo menos ahora que pasó la pandemia se pueden volver a juntar. Se da vuelta en la cama de una plaza y agradece, como todas las noches, por lo que aún le queda y porque sigue acá a pesar de todo. Hoy también agradece por su cumpleaños y de a poco va perdiendo el desvelo.

En duermevela, ahí cuando no está ni dormida ni despierta, siente los brazos del amor que la busca. Lo huele. El aliento de ese hombre tiene un ritmo único.

–Hola, mi amor –susurra–, te estaba esperando. Siempre te espero.

No siente culpa, ahora puede.

Nota que, sin motivo, germina una lágrima que marca un camino en su mejilla arrugada, de piel de porcelana a fuerza de cremas carísimas, hasta que se acomoda en la almohada. Después es casi un río que no deja de salir, pero sin llanto ni desesperación, solo lágrimas que limpian y que se bifurcan en el esbozo de su sonrisa. Se acurruca Ágata en esa paz que tanto le costó conseguir, construir, y por fin se duerme.

Exactamente veintitrés minutos después, con la luz de la luna enfocada en su serenidad, Ágata suspira fuerte, como si soltara amarras, y se muere.

2

El desarme

BUENOS AIRES

Un domingo de sol, cinco días después del cumpleaños de Ágata

Camelia busca en su bolso las llaves de la casa de su abuela que, por supuesto, esquivan la mano de uñas decoradas con arcoíris multicolores como si tuvieran vida propia. Pañuelos, billetera, cargador del teléfono, pastillas de menta, un cuaderno, un bolígrafo, facturas de varias compras, un perfume chiquito… Pero de las llaves, nada. Finalmente las encuentra y distingue enseguida la de la puerta de entrada al edificio. Hay tres llaves y esta está marcada con esmalte rojo; las otras dos, con esmalte violeta. "Con el esmalte para arriba, chicas", les había dicho Ágata cuando les dio un juego a cada una, hace una eternidad, cada llavero con la inicial correspondiente. Y parece que la escuchara y se pregunta si alguna vez olvidará cómo sonaba la voz de su abuela, y entonces, por vez número un millón en esa semana, los ojos se le encharcan de lágrimas que, la verdad, a esta altura pensaba que se le habían agotado.

Entra al vestíbulo del edificio, se cruza con Néstor, el encargado que se acerca y la abraza, ella no quiere, pero se presta al consuelo porque Ágata dejó a todos dolidos, y, bueno, alguien tiene que hacerse cargo. Lástima que sea justo hoy que no da más de la tristeza, y lástima que Néstor se haya cruzado con ella y no con otra con más ganas de escucharlo.

Sube al elevador, llega hasta la planta del apartamento y se detiene frente a la puerta. La última vez que estuvo ahí, hace unos pocos días, tenía un regalo en el bolso y un pastel en la mano. Al final que ella no tenga hijos es la excusa perfecta de Azucena para mandarla a buscar, traer, llevar y comprar cualquier cosa. Margarita y Jacinto, sus sobrinos, son lo más parecido a la felicidad plena que tiene Camelia. Lo más permanente, la certeza de que el amor existe y toma muchas formas. *Qué manía con esto de usar nombres de flores que tiene esta familia*, piensa Camelia y se promete que si alguna vez tiene hijos, *¿alguna vez tendré hijos?*, se pregunta, los va a llamar Esmeralda,

Isabella, Martín… cualquier cosa que no suene ni cerca de la botánica. No es que no le gusten las tradiciones, le incomoda esta en particular.

–Dale, Camelia, entra que si no nos vamos a ir de aquí el martes –apremia Azucena desde el otro lado de la puerta y la saca a Camelia del sopor en el que estaba. Parada en el pasillo, con la llave en la mano, estática frente a la puerta, cerquita, y con las ideas dispersas como una armadura para no enfrentar nada de lo que, sabía, no tenía más remedio que enfrentar.

–Ahí voy, Azucena, estoy entrando, ¡me asustaste! –Mete la llave en la puerta que cede con media vuelta y la ve a su hermana mayor, siempre tan del hacer, sentada en el suelo, en el medio de la sala, con una guirnalda de cumpleaños en la mano, una bolsa de residuos en la otra y, en el medio, el peso de la quietud, la imposibilidad de avanzar. Igual que Camelia del otro lado de la puerta, pero adentro. Más valiente, pero idéntica.

Camelia se acerca a su hermana porque entiende que el reclamo para que entre era más un pedido de ayuda, de esos de los que Azucena nunca puede expresar, y le acaricia la cabeza.

–¿Cómo sabías que era yo, Azu?

–Porque yo soy la que llega a horario y Begonia es la que llega siempre última, si es que está en el mismo continente, claro. Y te escuché, Came, las personas tienen sonido.

–Qué mala fama –dice Begonia y entra por la puerta que sigue abierta–. *Aupa* –saluda en vasco–. Hola, hermanas. –Se deshace de la mochila y se sienta en el suelo con las otras dos. Ella tampoco cierra la puerta, como si no quisieran quedar atrapadas en la tristeza con la que cohabitan en ese espacio: el apartamento de su abuela muerta hace menos de una semana.

–¿Hace mucho que llegaste, Azu? –pregunta Camelia mientras toma la bolsa de residuos de las manos de su hermana mayor.

–Ojo que llegar temprano también es ser impuntual, Azu, ¿eh? –pelea Begonia y toma la guirnalda de feliz cumpleaños de las manos de Azucena y la pone en la bolsa de residuos que, ahora, tiene Camelia.

No importa cuánto tiempo pasen sin estar las tres juntas, se portan, se mueven y discuten como si tuvieran ensayada la coreografía de sus vidas, como si hubieran nacido para ser ese trío que se equilibra y que potencia todo lo que les es propio a cada una, lo bueno y lo malo. Ni

Begonia, con su vida de distancias, pudo romper eso.

–No lo puedo creer… –Se muerde el labio y se lamenta Azucena, y se levanta con un brío nuevo que tiene más que ver con la decisión de hacerlo que con la realidad de sus músculos y sus tripas.

–¿Cómo son las etapas del duelo? ¿Estamos en el enojo o en la depresión? –pregunta Begonia y también se pone de pie. Nunca se sabe bien si es sensible o irónica, y ella se aprovecha de esa duda.

–Yo estoy en la etapa en la que no me animaba a entrar sola al apartamento… –Y mientras lo confiesa, Camelia toma la mano que le extendió Azucena y quedan las tres en el centro de la sala, mirándose en ese triángulo de flores que ahora mismo se parece más a un ring que a un arreglo de mesa.

–Treinta y seis años tienes, Camelia, *treinta y seis* –dice Azucena y pone los ojos en blanco y todas se sueltan las manos... La coleta del pelo perfecta, la camiseta blanca como si fuera nueva y el calzado deportivo también–. ¿Qué te da miedo, Camelia? ¿Los fantasmas o tener que tomar alguna decisión sobre qué hacemos, por ejemplo, con las sábanas de la abu? –Está enojada Azucena, pero no se sabe bien con quién o con qué. Con ella misma y por la culpa que carga desde que se murió su abuela, seguro, pero hay más.

–Ágata sería un fantasma genial. ¡Genial! El fantasma más divertido del planeta. Abu, te invoco –intenta descomprimir Begonia, la única de ojos verdes de las tres– y exagera una pose de manos en oración y mirada al cielo.

Camelia ignora la buena intención de su hermana del medio y le responde a Azucena:

–La tristeza me da miedo, Azucena. Discúlpame si no tengo la vida tan ordenada, nací sin tu don de convertir cualquier emoción en una lista de supermercado en la que hay que tachar ítems. Hasta tu separación fue ordenada, eres una flor de plástico. –Tiene la mirada nublada Camelia, pero ya aprendió que ese no es un buen lugar, así que rompe ese círculo imantado que las sostiene a las tres y se va a la cocina.

–Lo bueno es que sigues haciendo un drama infantil de todo, como una adolescente, Camelia, eres coherente –dice Azucena–. Tienes la suerte de no ser la mayor. No tuviste que hacerte cargo de tus hermanas menores. Yo no tuve esa fortuna. –Baja la mirada y se restriega las manos. Begonia se para detrás de ella e intenta masajear

sus hombros, pero la falta de costumbre hace que las dos estén incómodas. Azucena se retira, se libera, la libera, y empieza con el recorrido inverso al último que hizo Ágata, pero esquivando el dormitorio de su abuela: enciende luces, corre cortinas, abre ventanas, como si quisiera que, al menos, la casa tuviera la vida que su dueña ya no tiene.

–Azu, ven, mira… –exclama Camelia desde la cocina, y Azucena se acerca hasta la puerta de ese diminuto ambiente del apartamento, casi un pasillo, una cocina pequeña pero con onda, como Ágata. Camelia está abrazada a un *tupper* y la luz que sale del refrigerador abierto le da a ese espacio una tonalidad cinematográfica.

–Están los trozos del pastel que traje el martes –y solloza mientras habla–. ¿Cómo puede ser que el pastel de cumpleaños de una persona viva más que la persona que sopló esas velitas? ¿No es absurdo? –Camelia presiona el *tupper* sobre su pecho con la esperanza de que la cobertura de colores tiña la opresión que siente y la deje respirar otra vez, libre.

Azucena pasa el umbral de la puerta en donde estaba detenida y va hasta el cesto de basura, en donde está la bolsa nueva que ella misma puso el miércoles cuando con Begonia, que perdió el vuelo porque perdió a su abuela, tuvieron que venir a reconocer el cuerpo de su Ágata. Saca la bolsa del cesto, mete la cabeza en el refrigerador y empieza a descartar lo obvio: medio limón, lo último de un envase de leche descremada, una mermelada casi vacía… pero se detiene.

–¿Qué se hace con la comida empezada? ¿Se dona? ¿Alguien se la lleva? –Y sus preguntas suenan importantes, hondas, como si hablara de cuestiones fundamentales–. Qué manía la de Ágata de meter todo en recipientes, cajas, cajitas… –Y destapa una botella con un líquido espeso verde, lo huele, hace una mueca y lo tira.

–Me siento una intrusa, Azu, siento que si Ágata estuviera acá y nos viera revisando su cocina nos echaría a patadas. Y si además supiera que acabas de tirar su sopa de verdura, más –acota Camelia mientras sigue abrazada al *tupper*–. ¿Cómo se desarma la vida de una persona sin preguntarle a esa persona qué hacemos con sus cosas?

A esa altura, Azucena, que no le responde, ya superó la duda existencial y tiró casi todo lo que había en el refrigerador. Dejó en un estante lo que se podía regalar y en otro estante una botella de vidrio labrada y una azucarera del juego de bodas de su abuela que entraban

en la categoría mental de “cosas para repartirnos con mis hermanas”.

–Begonia, ¿dónde estás? Ven, que estamos tomando decisiones importantes, como quién quiere la azucarera –se ríe Azucena y acelera la risa como si se le hubiera escapado, indecente, en ese tiempo estático en el que aún, creían, no estaban preparadas para reírse.

Camelia esquiva a Azucena, se aplasta contra la pared, sin soltar el recipiente con el pastel, y se asoma a la sala.

–Azu, mira… –susurra–, ven.

Azucena se pone de puntillas y mira por encima del hombro de Camelia. Ellas dos comparten los días, cosas de vivir en el mismo país, y hay algo en ese músculo ejercitado que, al menos en la superficie, hace que Begonia quede separada, en otro espacio. En la sala, Begonia está petrificada frente a la “mesita de las fotos”. La mesita de las fotos es toda una institución en el apartamento de Ágata. Es casi lo único, junto con la cama partida en dos y la vajilla que Ágata se trajo de la casa grande, de la casa familiar, cuando Valentino ya no estaba, y ella, por primera vez en su vida, se mudó sola y pudo decidir, sin preguntarle a nadie, en dónde iba cada cosa y a qué hora se desayunaba. Sin embargo, la mesita se mudó como estaba, con ese mantelito tejido al crochet por la bisabuela Nelly, y esos portarretratos todos diferentes. Parecía una cápsula del tiempo en un sitio que, por decisión y esfuerzo, no tenía muchas ligazones con el pasado. El apartamento y su dueña eran personas que podían usar jeans.

Camelia, que no pierde oportunidad de convertir cualquier escena en una de telenovela, abandona el *tupper* y va a cerrar la puerta de entrada.

–Be, ¿estás bien? –Y Azucena, que no pierde oportunidad de ser Azucena, aprovecha y descarta el pastel y pone el *tupper* en el lavavajillas con una velocidad asombrosa. Después se acerca a Begonia.

–Me cuesta creerlo… Este era mi lugar a donde volver –dice Begonia, se sopla el mechón de cabello largo irregular que moderniza su corte casi varonil y vuelve a poner en la mesita la foto que tenía en la mano: una de Ágata adolescente, medio borrosa, en la que su abuela, joven, mira de frente y desafiante a la cámara y al mundo. Tiene la boca entreabierta y los ojos de brasa–. Esta foto siempre me llamó la atención, parece que estuviera viva, como si se fuera a mover, como en los periódicos de Harry Potter. –Y la acomoda como estaba

aunque ya no hay abuela que la regañe por no hacerlo.

–Puedes volver a casa, Begonia, o a la casa de Came, o a ese hotel en el de que todos modos te quedas cuando vienes, no hace falta que seas siempre tan desamorada. –Cualquiera podría creer que el propósito de la vida de Azucena es no dejarle pasar nunca nada a nadie. Y cambia de tema–. Debe ser la foto de la abu que más me gusta, ojo, tal vez es de tanto verla. Cuando no existían ni Jacinto ni Margarita esa foto ya estaba en la mesita y no sé por qué creo que cuando no estábamos nosotras también ya estaba ahí. ¿Habrá sido la primera? –Azucena reflexiona y podría estar hablando sola.

–A mí me gusta esta, la de la boda de los abuelos –opina Camelia y corre adelante el portarretratos de plata pesado, contundente. Camelia se mueve como si bailara, como si la estuvieran filmando todo el tiempo. En la fotografía se ve a Valentino y a Ágata tomados de la mano. El vestido de ella no llega a taparle los tobillos, porque rebelde se nace, y todas conocen la anécdota en la que por esa razón casi no la dejan entrar a la iglesia para casarse. La mirada de su abuelo es transparente, la mirada más limpia del mundo.

–Qué linda era mamá, mira ese pelo, se parece al tuyo, Azu –dice Begonia mientras levanta el cuadro en donde se ve sus papás con el uniforme del colegio, tomados tímidamente de la mano y lo pone de frente a sus hermanas–. Un poco que la abuela los crio a los dos. Papá parecía un pollito mojado.

–Y, no debe haber sido fácil la abu como suegra, el abu sí, él era un amor; bueno, Ágata también, pero brava y más joven, más brava –evalúa Camelia.

–No creas, la edad te pone más valiente, más brava, porque el cuero se te pone más duro, pasan menos balas aunque las que pasan te duelen más. Cuando eres joven eres más blandita. –Y no se sabe bien si Azucena se lo está diciendo a sus hermanas o a ella misma porque la vida te enseña hasta lo que no quieres aprender.

–Azu, hablas como si tuvieras cien años ¡y no cuarenta y cuatro…! Bueno, lo que seguro no va a pasar es que nos volvamos más jóvenes acá, precisamente, empecemos a desarmar esta casa. ¿Alguna entró al dormitorio ya? –pregunta Begonia y las otras dos le esquivan la mirada.

–No. Bueno, entré contigo el otro día, cuando parecía que la abu dormía, qué cosa la muerte que te da paz. Ojalá se la haya dado

también a mamá y a papá –interviene Azucena.

–Ya sé, Azu, ya sé que entramos, digo ahora, que ya no hay nadie ahí. Y no sé para qué te enroscas con la muerte de mamá y papá. Suelta, Azucena, suelta, deja de sufrir por elección –se ofusca Begonia, pero no levanta el tono de voz. Nunca levanta el tono de voz, como si no le importara o le importara tanto que tuviera que reprimirlo. Ella no grita, ella escribe.

–Yo no entré todavía, nunca. Podemos dejarlo para el final, ¿les parece? Cuando ya estemos tan cansadas o tan hartas que no lloremos como tres marranas –sugiere Camelia.

Azucena termina de ordenar las fotos de la "mesita de las fotos". Pone alineadas las de ellas tres y, por primera vez, piensa que Ágata no eligió una de las tres juntas, sino una de cada una y le agradece en silencio por ese gesto tan de su abuela. Acaricia las fotos de Jacinto y de Margarita, sus hijos que hoy están con el papá "porque les toca", y se pone los lentes que lleva siempre colgados para examinar el portarretratos chiquito y redondo de Nelly y Tito, sus bisabuelos. Todo lo que sabe de ellos es lo que les contó Ágata, y piensa que, entonces, no los conoce realmente. El linaje y sus historias como una canasta de sorpresas. Ágata muchas veces le decía "Nelly" en lugar de "Azucena" y se reía. Como una profecía, una condena o una bienaventuranza

–Quién sabe… –dice Azucena sin advertir que no dijo nada de todo lo otro en voz alta.

–Azu, ¿a dónde te fuiste? Vuelve que no sé ni por dónde empezar –pide ayuda Camelia.

–Acá estoy, que estamos todas grandecitas y que se nos murió la abuela, milagro era que siguiera viva, esto es natural. Después de lo de mamá y papá somos de amianto, chicas. Y el apartamento tiene un dormitorio, una sala, un baño y una cocina, muy complejo no puede ser. ¿Nos dividimos o hacemos de a un ambiente, pero juntas? –pregunta Azucena, sabiendo que de todos modos lo decidirá ella.

–De a un ambiente, pero juntas; no puedo ni pensar en la otra opción. Cuando se murieron mamá y papá, la abu nos decía que la orfandad no tenía edad. Ahora siento algo parecido. Claro que sabíamos que iba a pasar, pero, Azu, hace menos de una semana esta mujer nos estaba regañando porque queríamos lavar los platos, y ahora… no lo puedo creer, les juro que la miraba en el ataúd con esa sombra medio rosada que le habían puesto en los ojos y por la que

hubiera insultado hasta a Dios y… –Camelia, finalmente, deja de hablar y se desarma en un llanto afligido.

Begonia se acerca y la abraza, Camelia se deja y se cobra tantos abrazos que no se dieron porque tantos océanos en el medio lo hacen complejo. Atrás va Azucena a lo mismo y también un poco a marcar territorio, y son un rodete de brazos y mocos, de respiraciones fuertes, de congoja y alivio porque aún se tienen y eso, aprendieron, no es poco. Un funeral después los abrazos son un recurso cómodo y efectivo. Se ponen al día luego del distanciamiento social y preventivo y se eligen contacto estrecho. Suspiran juntas, exhalan al unísono como sangraban en trío cuando vivían en la misma casa. La marea del cuerpo que se impone.

–Bueno, vamos a organizarnos –distiende Azucena que sabe que lo que ella ordena casi no se discute, sobre todo si se trata de planificar. Y además, mientras hace, no piensa, no se culpa–. Vamos a pensar cada cosa en uno de estos tres grupos: para tirar, para donar, para repartir. Lo que es para repartir lo podemos ver después, sobre todo si somos dos las que queremos lo mismo, pero no será un problema. Sobre todo porque, Begonia, tú no podrás llevarte las cosas grandes, a no ser que tengas un avión propio y no nos hayas contado.

Begonia responde con un gruñido que no significa nada. Mientras Azucena hablaba ella sacó algo de un mueble y se sentó de espaldas, en la mesa de la sala. Su nuca limpia deja ver el tatuaje de un mandala que de tan complejo es hipnótico. Está inclinada sobre aquello, muy concentrada y con pocas ganas de seguir escuchando ese tono de institutriz de Azucena que la exaspera. Cada vez que vuelve recuerda todo lo que extraña y también todo por lo que se fue.

Camelia se acerca a ver qué está haciendo su hermana y se pone a llorar otra vez; un engrudo de pestañas postizas. Azucena hace lo propio y ve sobre la mesa los trozos de la taza rota de su abuela y a Begonia con un tubito de pegamento intentando armar el rompecabezas. La metáfora.

–Explícame qué haces, Be. ¿Eso lo sacaste de la basura el miércoles? ¿En qué momento? Si te vieron los de la policía van a pensar que somos una familia de desquiciados. ¿Realmente piensas llevarte una taza toda rota a dar vueltas por el mundo, al lado de tu computadora, en esa mochila tan moderna, tan ergonómica, que parece de la NASA? –la provoca Azucena, pero mientras lo dice entorna la ventana para

que el vientito lindo del otoño no le seque el pegamento abierto, y la voluntad, a su hermana del medio.

–Junto los trozos, Azucena. En esta familia es casi un deporte, y deja de llorarme en la oreja, Camelia, porque no veo bien –se desquita Begonia.

A Camelia se le escapa una carcajada.

–Qué tendrá que ver la oreja con la vista, Begonia; eres un personaje, al final todos los *nerds* son así, mucha computadora y mucho cerebrito, pero pierden la capacidad de comer goma de mascar y caminar al mismo tiempo, o de pegar los mil trozos de la taza de su abuela muerta mientras la hermana le llora cerca. –Lo dice sin maldad y las tres se ríen un rato.

–Diego, mi nuevo exnovio, también era programador, no sabes lo que me gustaba verlo trabajar. Se encendía y no era la luz de la computadora, era su cabeza. –Pierde la mirada en la nada Camelia, soñadora–. Lástima que le gustaba la computadora más que yo. –Y eso también les causa gracia y vuelven a reírse las tres.

–Bueno, empecemos por la cocina, que total ya algo hicimos. Tirar, donar, repartir. La que tiene dudas, pregunta. –Se levanta Begonia de la silla y se dirige hacia la cocina con cierto alarde por la decisión tomada.

–Yo tengo una duda. ¿Tú sigues sola? ¿No te gusta el amor o simplemente no lo compartes con tus hermanitas? –Camelia hace gala de su intensidad. El amor le interesa y la asusta al mismo tiempo y no puede resolverlo; después de todo, su padre, el hombre que más la quiso en vida, tuvo la mala idea de morirse. El amor mata, el amor duele.

–Define *el amor*, Camelia, ¿en dónde vives? ¿En una telenovela? Yo *soy sola* –enfatiza con burla la expresión–, pero estoy con gente y la paso bien, solo que no necesito nada para sentirme completa ni andar publicando una foto en Instagram cada vez que duermo con alguien, como otras… Diego, *tu novio*. –Otra vez ese tono burlón pero cálido–. ¿Cuánto duró?

–Arranquemos: tirar, donar, repartir. –Camelia simula estar ofendida–. Azucena, ¿con quién chateas? –Y se arroja sobre el hombro de su hermana que esconde rápido el teléfono.

–Tengo hijos, ¿recuerdas? Son tus sobrinos, yo soy la madre y hoy es domingo y yo estoy acá. –Con las mejillas sonrojadas, Azucena

guarda el móvil en el bolsillo del pantalón y entra a la cocina-pasillo.

Sin darse cuenta vuelven a ser esas tres niñas que se pelean mientras preparan la cena familiar porque su mamá y su papá tienen que entregar una nota al periódico. Es muy importante el periódico, ya saben, pero también les gusta porque su mamá y su papá les festejan las salchichas con puré instantáneo y las verduras de lata que hace Azucena y los carteles que indican los lugares para sentarse que delatan la letra de Begonia y el tarro de vidrio que antes tenía mermelada y que ahora está lleno de ramas en el medio de la mesa adornado con el lazo del pelo de Camelia. Eran felices cuando se peleaban así y, ahora, aunque no lo saben, volver a usar los mismos tonos burlones e infantiles las ampara.

Las tres quedan alineadas, mirando la encimera y empiezan. Parecen una línea de producción.

Camelia besa cosas antes de decidir a qué categoría van. No todas, pero esa cacerola de los guisos de su infancia, ese mate histórico, esa cucharita con iniciales… cosas que merecen una despedida más digna o, al menos, más amorosa.

Begonia saca del refrigerador una cerveza que sobró del festejo, toma del lavavajillas tres vasos y los sirve sin preguntar. Ahí siempre se encuentran y, además, ya es casi el mediodía.

Azucena se ata el pelo y toma ritmo. No para ni duda. Hasta que mete la mano en una gaveta y saca una servilleta bordada por su mamá cuando era niña. Esos puntos desparejos y apretados, con el peso de la concentración de cuando una persona aprende, que forman esa flor de dudosa gracia, siempre fueron motivo de broma familiar.

Lo expone a la distancia más grande que le permite el brazo, como para tener perspectiva antes de decidir y dice:

–Esto, para mí, es para donar.

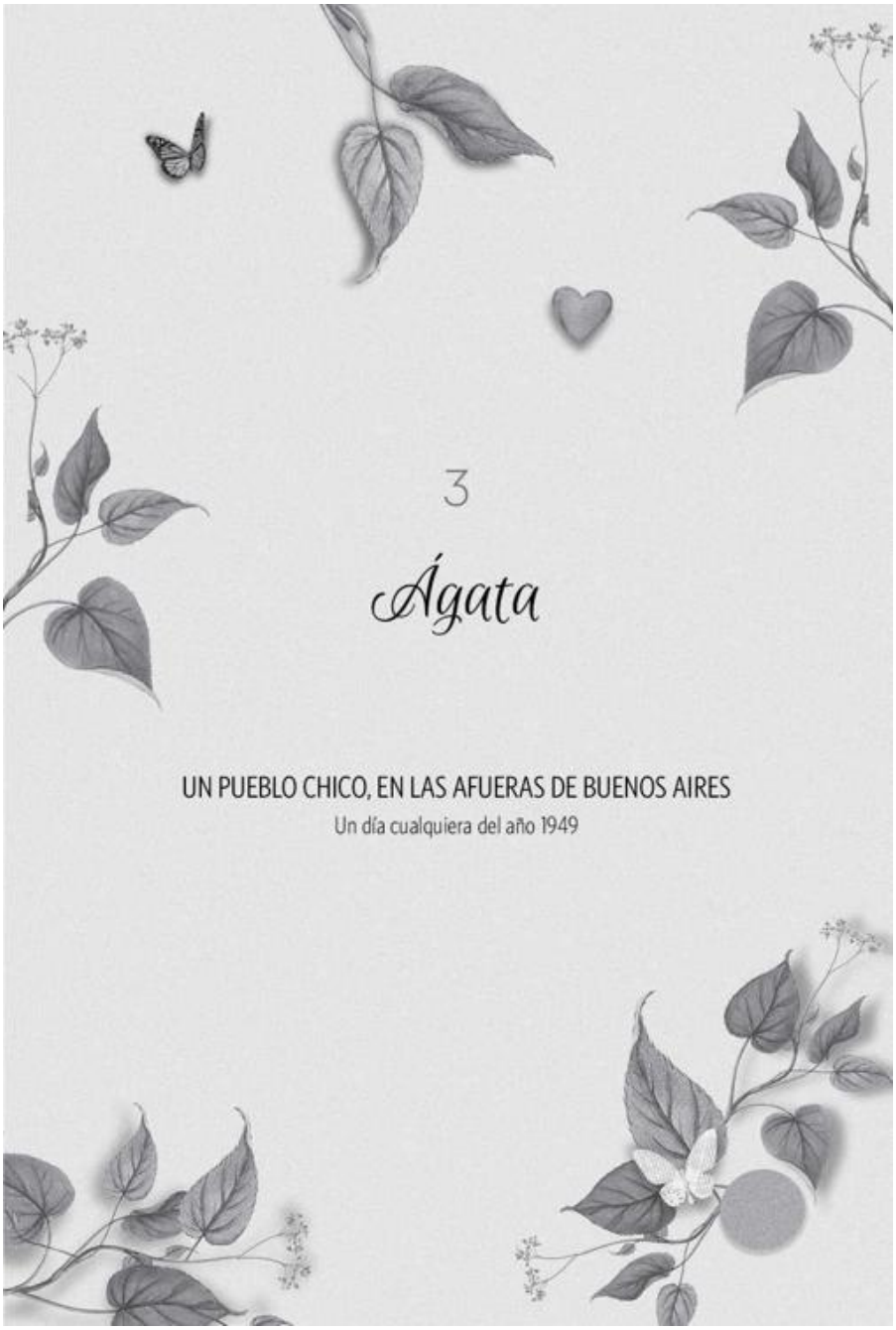
–Tirar –vota Begonia al mismo tiempo.

–Repartir –implora Camelia, sincronizada, completando el canon de voces.

Se quedan las tres en silencio, mirando la servilleta como si fuera un objeto sagrado porque acaban de advertir que a partir de ahora ya no hay quien les dirima las discusiones ni las ordene. A partir de ese momento están solas tanto para ser un jardín florido como para ser un ramo de flores secas y pinchudas. Por un segundo se dan la mano porque la atmósfera de templo que las envuelve lo exige, tajante.

Enseguida Azucena se suelta y sigue.

–Bueno, podemos decidirlo después –resuelve mientras deja la servilleta sobre la encimera, y las otras dos acatan porque tienen clarísimo que les espera un día largo, y una vida nueva y desconocida, que recién comienza.



3

Ágata

UN PUEBLO CHICO, EN LAS AFUERAS DE BUENOS AIRES

Un día cualquiera del año 1949

Me llamo Ágata y hoy no voy a ir al colegio, pero mis papás no lo saben. En unos minutos –tengo un reloj despertador en mi mesita de noche– mamá me llamará para desayunar y caminaré hacia el comedor como si nada. Pero no voy a ir al colegio.

Tictac, tictac.

Mamá entra a mi dormitorio, que era una despensa, y queda encajada entre la puerta y los pies de mi cama. Agita la manta sobre mis piernas y cierro los ojos fuerte, los aprieto, y creo que la engaño porque me vuelve a mover con suavidad y me dice que me despierte que voy a llegar tarde, que se me enfría el café con leche, que ya me untó el pan tostado con mantequilla para ganar tiempo. Mientras me lo dice va subiendo el volumen de la voz y entonces exagero un bostezo, me desperezo y le digo que ya voy.

Me pongo el vestido azul que es más largo porque el color café apenas me cubre las rodillas lastimadas y ya me dijo mamá que tengo que jugar a juegos de señorita y no a la pelota. Igual los hijos no tenemos que hacerles caso siempre a los papás porque si no los papás se quedan sin trabajo.

Me lavo los dientes, me lavo las manos, me lavo el rostro y voy a la cocina-sala-comedor en donde pasamos casi todo el tiempo que estamos en casa. Pongo mi maletín en la silla de papá, que ya desayunó hace rato, y me siento en la mía. Mamá no se sienta nunca. Va, viene, lleva, trae, sirve, acomoda, ordena, limpia, cocina, mezcla. "Son verbos", nos dijo la señorita Irma, y entonces aprendí que mamá es puro verbo.

–Me duele, mamá. –Pero mamá hace como que no me escucha y sigue cepillándome el pelo mientras intento tomar aunque sea un trago de la taza, gigante, de café con leche–. ¡Mamá! –insisto.

En casa hablamos fuerte porque tenemos nuestra propia banda sonora: las voces, el timbre, la puerta y los ruidos del almacén que

abre antes de que me levante y que cierra un ratito antes de que cenemos. El almacén es el ambiente más grande de la casa y está conectado por una puerta sin puerta en donde papá puso una cortina de tiras de goma para que no nos vean, pero para que sea fácil pasar de un lado a otro. También se puede pasar de un lugar a otro por un patio interno chiquito. El almacén es muy importante porque "nos da de comer", dice papá, pero también creo que lo dice porque toda la gente que vive en nuestro pueblo pasa por ahí; "es más que un comercio, es como la plaza", dijo una vez la señora que todos los lunes se lleva una botella de vino. "Pero con techo", agregó mamá y después se rieron bastante. Esa risa de mamá es rara, diferente; cuando se ríe conmigo parece música. Y cuando me reta, me reta más de lo que se ríe, también es como música, pero de tambores.

–Listo –dice mamá, que ya terminó con mis dos trenzas, y me duele el cuero cabelludo de tan tirante.

–¡Nelly! –la llama papá desde el otro lado de la cortina, y seguro está cortando fiambre y se le acumuló gente en el almacén y necesita ayuda. Mamá siempre tiene el pelo recogido en un rodete tenso, que le rodea la nuca, porque no se puede atender el almacén con el pelo suelto.

Mamá me da un beso en la cabeza y me deja una bolsita con una manzana para el recreo. Me gustaría llevar galletas, si total vendemos galletas; no entiendo por qué no puedo llevar galletas todos los días, pero ya me cansé de discutir. "La mercadería es para vender, no para comer", dice papá cada vez que le pregunto. Pero nosotros comemos del almacén, no vamos a ir a comprar al negocio de ramos generales del señor Ricardes que está en la otra punta del pueblo, sería muy gracioso. "Nos da de comer" el almacén, parece, pero no tanto o no lo que yo quiero.

Galletas un par de veces al mes en la merienda y solo cuando cumplo años en la bolsita del colegio. Cuando sea grande me voy a comprar un millón de galletas, sobre todo las que parecen pasteles pequeños y vienen cada una en su propio papel, y las voy a comer cuando quiera.

A veces me llaman para ayudar en el almacén.

–¡Ágata! –gritan papá o mamá y sé que tengo que dejar lo que estoy haciendo, aunque esté pintando o escribiendo, porque "el almacén nos da de comer", así que voy.

Cuando sea grande y me paguen por escribir en periódicos o por pintar cuadros de museos no me van a interrumpir, ya van a ver. Lo cierto es que me encanta ayudar, solo que no me dejan cobrar, aunque hago las cuentas más rápido que ellos, que no fueron al colegio secundario, ni me dejan cortar el dulce de membrillo ni nada que haya que cortar. Puedo tomar cosas de los estantes, puedo embolsar lo que haga falta y puedo charlar, pero sin preguntarles cosas personales a las personas, que si son personas me parece lo más natural preguntarles cosas "personales", pero no. Mis papás tratan a los clientes como si fueran los dioses del libro de mitología que la señorita Irma nos hizo estudiar, y yo les digo que tendría que ser al revés, que si no tuviéramos el almacén no podrían comprar ni patatas ni harina ni huevos ni aceite ni café ni azúcar y entonces sus vidas serían muy tristes y por eso ellos tendrían que tratarnos a nosotros como si fuéramos dioses. "Tu hija está loca, Nelly", le dijo papá a mamá cuando les compartí esta idea. "Tu hija es chica, Tito, pero tiene ideas grandes", respondió mamá y se rieron los dos. Mamá sabe de ideas porque lee todo el tiempo. En casa hay libros por todos lados. Sirven para apoyar la tetera, para sostener una ventana que se abre, para planchar una camiseta arrugada… Bueno, los de la biblioteca no; a esos, que son prestados, hay que tratarlos igual que a los clientes: con mucho cuidado. Los locos son mis padres, creo, pero por ahora no se los diré.

Tienen un mundo aparte, como si supieran cosas muy importantes que no me cuentan. Se hunden en sus ojos y ni me escuchan. Tengo que repetir varias veces "mamá", "papá" y también usar el "Tito" y el "Nelly", porque si no se me puede estar muriendo el canario y nada.

Vuelve mamá, me acomoda la falda tableada del delantal blanco, le muestro las manos para que controle que están limpias, me da un beso, otro, en la parte de arriba de la cabeza, y me dice que salga por el almacén así saludo a papá. Paso por la cortina de tiritas y se me escurre por el cuerpo, como un portal, me hace cosquillas y ya estoy en el almacén. Los estantes de madera, el motor de los refrigeradores y la mezcla de olores fuertes de ese lugar son mi casa. Saludo a papá, saludo a los gatos, saludo a un cliente que no se decide entre dos marcas de café y salgo a la calle.

Me hace ruido la barriga y tengo miedo de que los otros la escuchen, así que piso fuerte las hojas y las piedritas de la acera. Veo

poco, “el sol es más fuerte acá”, dice mamá cada vez que puede. Nunca les mentí a mis papás. En cosas importantes, nunca, las otras no son mentiras, es como cuando papá dice que se acabó tal marca de duraznos en almíbar para que los clientes lleven la otra de la que quedan varias latas que se están por vencer. Una vez le pregunté a papá por qué hacía eso y me lo negó, se sonrojó, pero siguió negándolo, por eso no sé bien si esa mentira, yo lo vi, es de las importantes o de las inocentes.

Me duele el brazo, puse más cosas en el maletín del colegio y no quise dejar nada en casa porque mamá, no sé cómo hace, encuentra todo. Así que sumé mi caja de crayones, mi diario íntimo y mi cuaderno de hojas lisas. Repaso la lista para estar segura de que no me olvido nada y finalmente me paro, apoyo el maletín en el suelo y lo confirmo. Hace unos días olvidé la escuadra en casa y eso me valió un regaño en el colegio y otro cuando volví. Pero ahora nadie me va a regañar porque no voy a ir al colegio y nadie se va a enterar.

Llego a la esquina, giro y miro el cartel de lata del almacén. Se llama Ágata, como yo. No me preguntaron si quería, pero parece que tiene que ver con el amor. Doblo a la derecha, camino tres cuadras que parecen la misma y ya estoy en la plaza. La plaza es el corazón del pueblo, leí el otro día en *El Imparcial*, el periódico flaquito que llega todos los días a casa, se lee temprano y después se pone en el almacén. “Es servicio”, dice papá y hace el crucigrama en lápiz y después lo borra para que los clientes que tienen que esperar al menos se entretengan con eso.

Las puertas de casi todo lo que tiene techos altos da a la plaza: el ayuntamiento rosado, la iglesia blanca, la casa amarilla del cura, la biblioteca de color piedra y el bar de la esquina que es casi tan importante como la municipalidad. Llego al centro y giro, como todos los días, miro para arriba y el mundo parece ¡gi-gan-te!… El cielo está azul, casi no hay nubes, es un día hermoso para faltar al colegio.

Mi colegio tiene un jardín en el centro, con flores y pájaros. Todos los salones dan a un corredor y el corredor al patio. No da a la plaza, está una cuadra después, para el costado de la florería de doña Silvina. “Qué lujo las flores”, dice siempre mamá, que corta ramas lindas del patio y las pone en un envase de vidrio grande que antes tuvo pepinos y que ella decoró con un lazo de puntilla blanca. Lo que más me gusta hacer durante los recreos es sentarme en las paredes de la galería –son

como ventanas enormes– y dibujar las flores blancas y las flores rojas. Las blancas me cuestan un poco más porque me salen planas y las flores no son planas, se parecen más a un laberinto como el del patio de la iglesia, pero no tan ordenado. Hoy no las voy a dibujar, pero igual tengo el cuaderno que me regalaron para mi cumpleaños y mis lápices de colores para dibujar otras cosas. Lo que sí voy a hacer hoy es escribir, al final del día y cuando mis papás crean que ya estoy dormida, todo lo que hice. Lo único que me gusta tanto como dibujar es escribir; todavía no le creo a mamá que la mayoría de la gente no usa diario. ¿Cómo hacen para recordar lo que hicieron? ¿Y cómo hacen para tener lo que desean? Yo escribí que quería un cuaderno para dibujar mucho antes de tenerlo. Si no lo escribía tal vez no lo tenía nunca y cuando me preguntaban qué quería para mi cumpleaños respondía sin pensar: "Un juego de naipes o un moño nuevo para usar los domingos". Hubiera sido una tragedia. Lo raro, dice la señorita Irma, es que también me salen fácil las cuentas y parece que las niñas no somos tan buenas con los números como los niños, pero yo sí. Es que los veo en mi cabeza, se me dibujan en el aire y bailan, pero no le digo eso a la señorita Irma porque no sé si me va a creer.

Sigo parada en la plaza, dando vueltas. Me pasan por al lado compañeros que se apresuran porque suena la campana, me saludan y les respondo rapidito para que sigan su camino. Quiero que hagan silencio porque en la plaza es en donde están los mejores megáfonos de la propagadora, que es como la radio, pero que no se escucha en los aparatos que tenemos en las casas, sino solo en los parlantes que están en diferentes lugares del pueblo. Papá dice que no tengo edad para escuchar las noticias y por eso pone siempre música en la radio que está en el almacén. Me gusta la música, sobre todo la que tiene letra, pero yo digo que escuchar las noticias es como leer: te llevan de viaje a otros mundos, a otras historias, a otros lugares, a gente a la que le pasan cosas que ni a mí ni a mi familia nos pasan. Si tuviera hermanos no sería tan curiosa, dice mamá, como si yo no quisiera un hermano. Si tuviera abuelos o tíos tal vez tendría más cuentos, pero lo únicos cuentos que me cuentan son de familiares que no conozco y que viven lejos, del otro lado del océano. "Somos hijos de los barcos", dice mamá y se angustia y entonces no le pregunto más, pero quiero saber. Por esto me gusta la propagadora porque cada noticia tiene protagonistas e intrigas y amor y muerte que, dice papá, no son para

los chicos. Pero si las noticias son de verdad, si las noticias son el mundo, el mundo no sería tampoco para los chicos y acá estoy yo, mareada en la plaza, escuchando la propagadora y esto es el mundo.

De vez en cuando hablan de alguien conocido, del pueblo, y entonces la gente se queda parada en donde está, como si jugaran al juego de las estatuas que jugamos en el colegio, y el camarero se queda con la bandeja en alto, las madres le hacen "shhh" con el dedo a los hijos, nadie cruza la calle, ni termina lo que estaba diciendo y hasta los perros de la plaza aprendieron que en ese momento no se ladra. Cuando la noticia termina, ahí sí, se retoma el movimiento y cada uno vuelve a lo suyo.

La vida tiene que ser más grande que la del almacén, y la propagadora es la prueba más clara que encontré. Lo único que me gusta más que la propagadora es la radio de verdad, la de los radioteatros que tampoco me dejan escuchar. Tengo diez años, cuando tenga hijos los voy a dejar escuchar los radioteatros, lo tengo que anotar en mi diario para no olvidarme.

Ya dejé atrás el colegio, me fui escondiendo, pero tampoco nadie me miró mucho. A veces el pueblo funciona como si estuviéramos todos dormidos y camináramos como sonámbulos, como don Oscar, el mecánico, que cuando lo encontraron en calzones en la habitación con doña Melisa, la mujer del panadero que justo estaba de viaje, dijo que era sonámbulo; pobre, qué enfermedad más rara y el susto que se debe haber llevado doña Melisa.

Paro en los escalones de una casa de puerta doble, enrollo el delantal para que no se arrugue y lo meto en el maletín. Me quedan cuatro cuadras, siempre derecho, y mientras camino el pueblo se va acabando, como si se diluyera. Hay más espacio entre casa y casa, los patios parecen espacios comunes, y van desapareciendo los negocios y hay menos autos. Paso por la puerta de la posada del "Buen vivir" y me río, como siempre, porque como dice mamá, con la mugre que se ve desde la puerta, de buen vivir, nada. Después una cuadra de campo. Un perro que me llega a la cintura y que fue blanco camina conmigo, me gustan los perros, pero no me dejan tener uno. Tenemos cuatro, *cuatro*, gatos "para que no haya ratas en el almacén", dice papá. Porque el almacén "nos da de comer" y entonces es más importante que cualquier cosa que yo quiera, un perro, un hermano, ya sé. Tengo un canario que mis gatos miran con mucho interés, pero

me encantaría tener un perro, así que durante esta cuadra decido que tengo un perro, este, y corremos juntos, me gusta mucho cómo le cuelga la lengua y cómo se le balancean las orejas. Voy a tener que limpiar mis zapatos antes de volver a casa, pero qué lindo este perro que quiere mimos, yo tengo mimos para darle; papá dice que no se tocan los perros de la calle, pero este no es un perro de la calle, es mi perro.

La estación de tren parece una figurita pegada en un cielo inmenso. Hace calor, pero no de ese calor que te pega las piernas al suelo. Ladrillos rojos, un techo negro con volados de metal y el nombre de mi pueblo en un cartel que parece la pizarra de mi clase. La clase a la que no fui. Tengo que escribir lo que siento ahora, la barriga dada vuelta, los cachetes calientes, las trenzas rebeldes, los calcetines caídos. Cierro los ojos y puedo ver igual la estación; es que la conozco de memoria. Sé en dónde termina el banco que da al pueblo y también cuántas baldosas hay en el andén hasta la línea pintada de amarillo de la que no paso porque no se puede. Hasta esa línea llega el viento, y el olor, cuando pasa el tren que no para, y es más lindo que el olor de la lluvia y que el del pan casero que hace mamá todos los lunes. Ese tren me gusta más que el que para, el ruido es tan fuerte que se parece al silencio, y pasa siempre a la hora que está escrito en la cartelera, no falla. Me encanta. Un poco de mí se va con él aunque sigo acá, parada en el andén, con mi nombre escrito enorme en el cartel del almacén. Mis papás le pusieron “Ágata” al almacén en mi honor, dicen, pero yo siento que son como raíces, como si me tuviera que quedar para siempre acá porque si me voy ese cartel del almacén-que-nos-da-de-comer se va a leer distinto. Eloísa, la solterona, así la llaman cuando ella no está, que vive con su mamá en la casa rosa que está tres casas después de la mía, me dijo que se tuvo que quedar a cuidar a su mamá porque era la hija menor, y que yo voy a tener que hacer lo mismo y que ojalá no fuera así ni para ella ni para mí. Pero si soy la menor también soy la mayor, soy la única. Eso escribí en el diario hace un tiempo y ahora lo busco para creerlo, sentada en la escalera de entrada a la estación del tren.

No encuentro mi nota, pero me parece tan importante que lo vuelvo a escribir y le hago un recuadro, y después me levanto, no puedo perderme justo eso a lo que vine y por lo que falté al colegio. Entro despacio a la estación, no hay nadie, no es horario de trenes y faltan

horas para que llegue alguno, la señora rubia que está detrás de la reja no levanta la mirada de lo que sea que esté mirando. Mi perro se queda afuera, será que ya aprendió de tanto que lo echaron, y deja de ser mi perro. Me siento en el suelo, justo al costado de la ventanilla sin hacer ruido. Me acomodo en el nido que formo con el maletín y el vuelo de mi vestido. Mamá se desmaya si me ve así, en ese suelo pisado por cientos, como si no tuviera familia ni modales.

–Eres la hija de Nelly y Tito, del almacén, ¿no? –La señora rubia de rizos apretados me interrumpe y me sobresalta.

–Sí, soy. Hola, señora. –Me toma por sorpresa y mi mundo se derrumba, ya me veo castigada para siempre, encadenada a una de las alacenas alcanzándole paquetes de pasta y de arroz a los clientes.

–¿Qué haces acá? ¿Tus padres saben? ¿No tendrías que estar en el colegio? –insiste y se baja las gafas blancas de ojos de gato a la nariz.

No sé por dónde empezar a responderle y ella me mira con el rostro casi apretado contra las rejas de la boletería.

–Perdón, señora, la escuché hace unos días en el almacén, hablando con la solte… con doña Eloísa sobre el radioteatro que terminaba hoy y tenía tantas ganas de escucharlo y mis papás no me iban a dejar y no sabía cómo hacer y se me ocurrió… –no tiene caso mentir a esta altura.

–La próxima vez pregúntales a tus papás, tal vez te sorprendas. No tengo hijos, pero tuve padres, los hijos suponemos mucho. ¿Cómo te llamas? –Me pone nerviosa que me siga hablando, se va a olvidar del radioteatro.

–Ágata, como el almacén. ¿Falta mucho para que empiece? ¿Me puedo quedar? –Estoy dispuesta a todo, mamá me regañaría por insolente en este mismo instante.

–Yo no soy tu mamá, *Ágata como el almacén*, así que no te puedo dar permiso, pero mira, haremos una cosa, yo por las dudas, por si no escucho bien, pondré el volumen de la radio más alto, y apenas termine, si tú te quedaste bajo tu responsabilidad, te vas por donde viniste, rapidito, al colegio. Le dices a Julio que llegaste tarde porque hiciste unas diligencias y te metes en la clase.

No se me había ocurrido volver al colegio; bah, no se me había ocurrido nada sobre cómo terminar mi aventura. Qué inteligente esta mujer. Me quitaron el peso de una locomotora de las espaldas, me acomodo mejor, la señora rubia de las gafas blancas y las perlas al

tono sube el volumen, y lo que quedaba de mi miedo desaparece.

Todo lo que escuché en el almacén es como lo imaginé y aun mejor. El protagonista tiene una voz grave que llena toda la estación y su enamorada una voz suave como la brisa que entra por la puerta que da al andén solitario. Hay otra mujer despechada que parece que sufre mucho y hay música de fondo que no podría ser otra música, y cuando caminan se escuchan pasos y cuando llueve se escuchan las gotas y las copas que brindan y el té que se sirve; es tan maravilloso. Es el final de una historia de amor, lamento tanto no haber podido escucharla toda, pero comprendo por qué Eloísa y la señora de la ventanilla hablaban tan entusiasmadas sobre estos personajes, como si los conocieran de toda la vida. Yo siento que los conozco desde que nací y ya están por desaparecer y los voy a extrañar. El galán de voz de tormenta le pide disculpas a la despechada, que lo perdona, y se toma un barco que la espera para llevarla a una vida maravillosa en otro continente. La enamorada se queda con su amor y viven felices para siempre y ella se dedica a cuidarlo a él y a los hijos que aún no tienen. Y la música suena como si la orquesta más grande del universo hubiera entrado a la estación de tren. Y termina.

Abro los ojos que no sabía que había cerrado y me limpio con el puño del abrigo las lágrimas que aún resisten en mi mejilla. Me paro y me acomodo el vestido, sigo como en otro mundo. Eso que sentí tiene que ser real. En el mundo tiene que haber gente que viva así; cualquier otra opción me hace doler el pecho. La señora de la boletería está limpiando sus gafas, apaga la radio y suspira largo.

–Bueno, al colegio, Ágata –dice y yo ya estoy de salida. Le dejé mi manzana en la pequeña repisa de la ventanilla, y si no fuera porque sí tengo familia y sí tengo modales, entraría y le estamparía un beso porque una manzana no alcanza para tanto agradecimiento.

–¿Y usted cómo se llama? –pregunto porque lo quiero escribir en mi cuaderno.

–Liz, como la flor –dice, y sonrío y me voy.

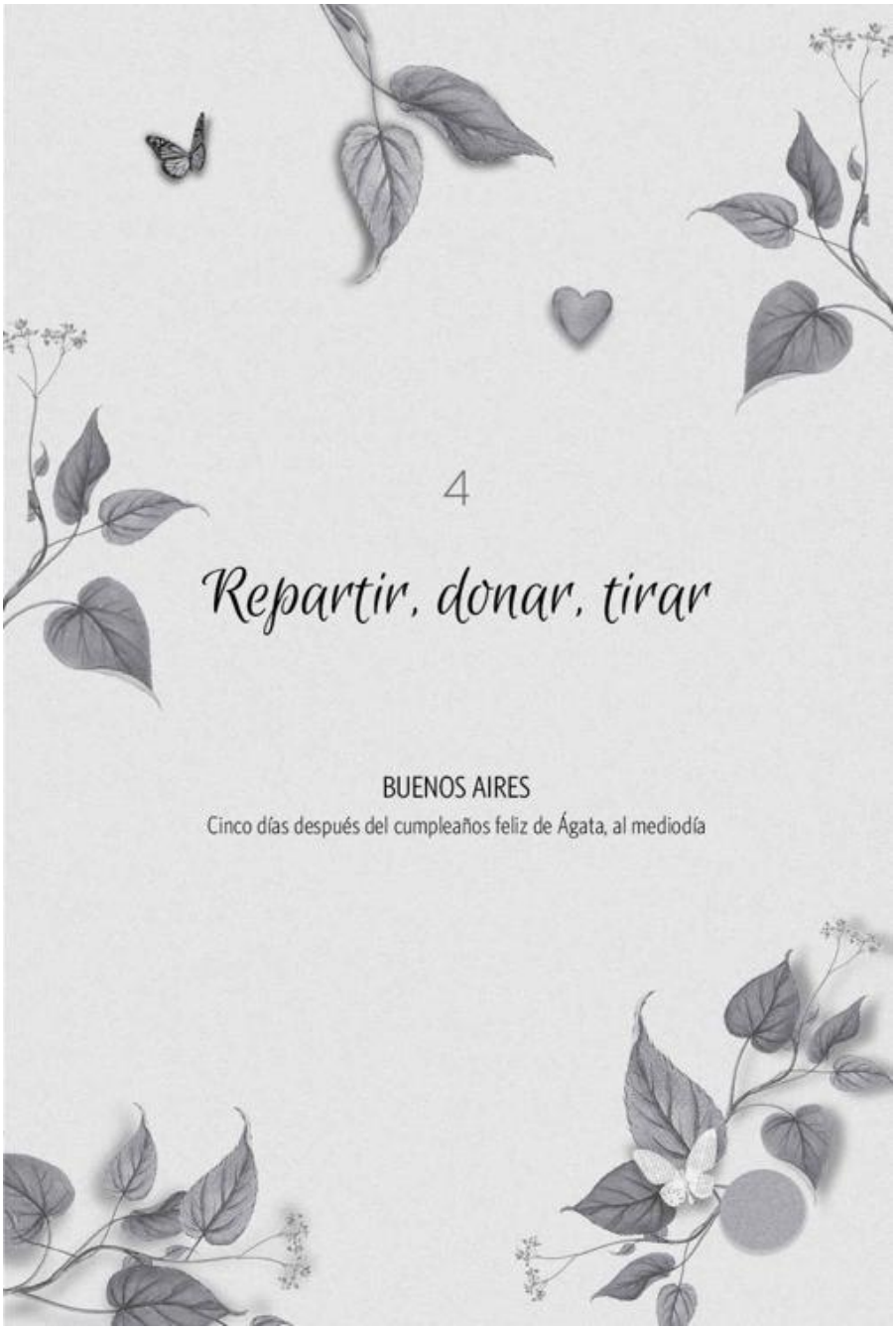
Bajo por la escalera, rodeo la estación y me quedo un ratito mirando las vías. Me pongo el delantal, deshago mis pasos y regreso sola, sin mi perro porque ya no es mi perro, hasta la puerta del colegio. Limpio la punta de mis zapatos con saliva y me aplasto los pelos que se salieron de las trenzas. Don Julio me deja entrar sin sospechar nada y me acompaña hasta el salón. La señorita Irma me

hace señas para que pase sin dejar de hablar sobre el ciclo del agua. En mi banca está sentada Marianita, que le tiene unas ganas a mi banca y me mira con ganas de pelear. Sigo y me siento en una que está libre, atrás de todo. Veo mi reflejo en el vidrio de la ventana, sigo teniendo diez años, pero juraría que estoy más grande.

–Sí, estoy –digo en voz alta; la maestra me regaña, pido disculpas y me hundo en mi asiento.

Saco mi cuaderno y mientras la clase sigue con la cantinela de la condensación y de las nubes que chocan, escribo que me gustaría tener una vida maravillosa como la de la despechada, pero con una historia de amor como la de la enamorada. También me gustaría poder decidir todo, como el galán. Y que apenas pueda, mi diario debe estar harto de que escriba siempre lo mismo, me subiré a un tren para ver cómo se sienten el ruido y el viento desde adentro, y me iré lejos aunque el cartel del almacén siga diciendo Ágata y se quede ahí clavado para siempre.

Dibujo la forma de las gafas de ojos de gato; a veces hago eso, mezclo dibujos y palabras, y anoto que la señora de la estación es la mujer más parecida a la que quiero ser cuando crezca que conocí en mi vida; un ángel. La señora del pelo rubio, las gafas blancas, las perlas grandes y los labios rojos. Cierro el cuaderno porque sonó la campana del recreo, pero antes de salir lo vuelvo a abrir para anotar, casi me olvido, que cuando tenga hijos, porque o ninguno o varios, los voy a dejar escuchar radioteatros. Y tal vez hasta les ponga nombre de flor. Como Liz.



4

Repartir, donar, tirar

BUENOS AIRES

Cinco días después del cumpleaños feliz de Ágata, al mediodía

–Traje pizza –dice Begonia, cierra la puerta y la ubica en el centro de la mesa del comedor–. Vengan que se enfría, comamos rápido así terminamos con todo esto.

–Basta con la prisa, Begonia, que si no fuera por ti esto lo hacíamos tranquilas dentro de un mes y no hoy. –Azucena levanta la caja de pizza, estira un mantel debajo y vuelve a ubicarla.

–La vajilla diaria ya la guardamos, usemos la dorada –se alegra Camelia, como si estuviera haciendo una travesura, y toma de la cómoda tres platos blancos, grandes y con borde dorado, que no perdieron el brillo con el paso de los años, las navidades y los cumpleaños. Los distribuye y para reforzar el cuadro abre el aparador y elige tres copas altas de cristal, todas labradas, témpanos de diamantes.

Si hubieran tenido que elegir una época del año para vivir la muerte de la matriarca de la familia, hubiesen elegido, sin lugar a dudas, este otoño hermoso. En el otoño las penas se sienten más cómodas. En verano molestan, en primavera les cuesta encontrar lugar, y en invierno son insoportables. En cambio, ahora hay un sol que se roba los tonos tierra de tantas hojas y entra por la ventana y juega con el aceite y el queso como si fuera mucho más que una pizza y rebota en las aceitunas y se queda en el borde dorado de la vajilla.

–Si Ágata nos viera haciendo pícnic con sus platos se vuelve a morir –dice Azucena mirando por la ventana. Corta su porción como si degustara un menú *gourmet* y come lento, mastica, traga. Come como piensa.

–No, no le importaba, las cosas son para usar, pero si seguimos diciendo eso va a resucitar solo para que hagamos silencio –Camelia habla con la boca llena y se ríe.

En la cocina ya no queda nada, ni los paños de limpieza. Ahora parece un quirófano abandonado. Las cosas vuelven a ser solo cosas

cuando se quedan sin dueño. Las cajas y las bolsas están amontonadas según su etiqueta. Las etiquetas, sabemos, muchas veces fuerzan destinos. Como los nombres. Las pilas para repartir-donar-tirar aún son tímidas, pequeñas, incipientes, del tamaño de una cocina de persona que vive sola. Que vivía.

–¿Tú te cocinas, Be? –Y mientras pregunta Camelia estira la mano y toma su segunda porción–. ¿O vives de pinchos?

Larga la carcajada Begonia, los ojos se le encienden cuando se ríe.

–Te mueres si vives a pinchos, por el precio y por el estómago, Came. –Y se pierde en la memoria de las calles de San Sebastián en donde, cree, encontró su casa, su tierra y su cielo. Ahora mismo daría cualquier cosa por salir a trotar por el Paseo de la Concha, la playa urbana más linda de Europa, en donde las galerías albergan a los fantasmas de los carros jalados por bueyes que llevaban a la nobleza a bañarse en el mar para que no quedaran exhibidas ni sus carnes ni sus impudicias. Hace dos años apenas que vive ahí, en donde festejó los cuarenta más jóvenes de su vida, pero para el caso, nunca vivió dos años seguidos en ningún lado luego de que se fue de su casa y de su familia y de toda la soledad que sentía. Odia los lugares comunes, pero siempre supo que se iba para buscarse.

–¿Y qué te cocinas? –le exige Azucena que deja cuidadosamente el borde de la pizza que no come alineado con la curva del plato.

–Lo mismo que todo el mundo. Pasta, ensaladas, tartas… –responde Begonia.

–No entiendo cómo vives en España y no comes carne. ¡Jamón! –interrumpe Azucena.

–Pero no tengo problema con que tú la comas; para el caso no entiendo por qué no te comes el borde de pan de la pizza, con lo rico que es. Vivir y dejar vivir, mi querida hermanita mayor. –Begonia es serena e implacable en la misma medida.

–¡Ay! ¿Se imaginan qué lindo sería si pudiéramos viajar a verte? No te vayas de ahí todavía, espera a que podamos ahorrar para ir a visitarte. Las tres de bar en bar, me muero de la emoción. –Camelia es pura alegría, pura esperanza, la realidad nunca puede del todo con ella.

–Bueno, para eso mis hijos tendrían que tener diez años más y tú tendrías que dejar de gastar en tonteras, pero no perdamos la fe. –Pobre Azucena, ni queriendo ser simpática lo logra.

–Me va bastante bien con los bolsos, para que sepas. Begonia me ayudó además a vincular mis redes sociales con la tienda online y ahora voy a lanzar los pañuelos estampados con mis dibujos. Y los chicos se pueden quedar con el papá, que es tan buena madre como tú. Ya verás, te voy a pagar el pasaje yo, Azu. –Sonríe Camelia y se ilusiona, no tendría ningún problema en usar su dinero para eso.

–Ah, mira, no sabía que Begonia te había ayudado, y eso que la que está acá contigo todos los días de tu vida y sacándote de aprietos soy yo. –Azucena parece celosa, pero en realidad es insegura. Sin el amor de sus hermanas se sentiría desnuda y un poco inútil. Sin raíces, las ramas quedan a merced del viento.

–Me encantaría que viajen, por ahora no tengo intención de moverme, Donosti me tiene atrapada, el año pasado cuando vine algo les dije, creo, pero ahora es más fuerte. Tengo el corazón en euskera –habla apasionada Begonia y las hermanas la miran intrigadas, no es habitual verla así.

–¡Epa! ¿El corazón? ¿Qué corazón? ¿Quién tiene tu corazón? –Se pone de pie Camelia y empieza a levantar los vasos, mientras se come la tercera porción de pizza.

–Euskera es el idioma, Camelia, qué cosa, ¿eh? Deja en paz a tu hermana que ahora que no está la abu hay que ver si vuelve a visitarnos –responde Azucena, siendo muy Azucena.

Pero se ríen las tres, el abolengo no te garantiza nada, pero hay hermandades que van más allá de las palabras y de las escaramuzas de sobremesa.

Camelia enciende la radio y al compás de una canción que no conocen levantan la mesa, bailan de a ratos, sacuden el mantel, tiran los restos, lavan los platos, y cuando termina la canción se vuelven a encontrar ahí, paradas, con el apartamento de su abuela muerta que hasta hace unos días estaba viva y que las dejó acompañadas pero solas.

–¿Ya que estamos acá seguimos con la sala de estar y con el comedor o vamos al baño? El dormitorio último –pregunta y afirma Camelia.

–Hagamos esto que es más grande, terminemos con el comedor y la sala de estar, así no llegamos tan cansadas; después, el baño, en un minuto lo resolvemos –organiza Azucena y Begonia abre las dos puertas del aparador y se lo queda mirando como si fuera una bomba

nuclear y tuviera que desactivar los cables.

–Yo de acá no quiero nada, pero si me dicen qué, empiezo a embalar, si no me pongo con otra cosa. –Ahora Begonia está de espaldas al aparador y mira a sus hermanas esperando directivas.

–Azu, llévate tú lo que quieras, yo elijo algunas cosas, vamos viendo. Además con el divorcio seguro tienes que reponer algo. Siempre me pregunto cómo es, ¿si tienen un juego de seis tacitas de café les quedan tres a cada uno? Qué lío. –Camelia abrió la gaveta de los manteles y los dividió en diferentes pilas por color.

–Federico no se llevó nada. Tuve que ir yo al apartamento nuevo porque si no los chicos iban a tener que comer en platos de plástico. Estaba tan deprimido, pero además es tan buena persona que no hubiera tocado nunca nada de lo nuestro. La vida le entró en dos maletas y una mochila. –Azucena termina la oración casi murmurando, de repente tiene un velo en la mirada y sus hermanas lo notan y no se atreven a preguntar más. Ya pasaron varios años y recién ahora se conversa sobre el tema–. Came, los manteles por forma, redondos, cuadrados, no por color, qué parámetros raros tienes. –Y vuelve a poner manos a la obra porque es el modo en el que logra silenciar la cabeza, la culpa, el dolor, la nostalgia y las urgencias. Sus manos y sus pensamientos se turnan para trabajar y ella lo sabe bien y lo usa.

–¿Fue difícil? –se anima Begonia mientras Azucena saca las copas que se va a llevar–. Voy embalando estas que vas separando, Azu.

–Sí, fue, pero no por lo que suelen ser problemáticas las separaciones. Fue difícil porque no había modo de decirle que me ahogaba sin lastimarlo. Y él lo único que hizo fue quererme, querer mucho a los chicos, trabajar mucho para que tengamos una casa linda, y él no quería que nos separemos. –Mientras habla Azucena va haciendo cada vez más lento el pase de copas a la mesa hasta que se queda con una que no es de ningún juego en la mano y ella, apoyada sobre el aparador, mirando a nadie, hablando para quien quiera escuchar–. Cuando el amor se acaba es difícil para todas las partes. Listo, todo lo que queda en el aparador se embala para donar.

–¿Qué hacemos con los muebles? –Begonia la libera a su hermana mayor del lugar en el que la puso.

–Podemos venderlos, por ejemplo, y dividir el dinero entre las tres, yo siempre tengo cuentas para pagar y viajes por hacer; Azu tiene

hijos, y tú… bueno, tú si los conviertes a euros te compras una ensalada César pero con aderezo doble. –Camelia se ríe fuerte y se suman otra vez las otras dos. En la respiración de ese día tan particular las risas son la parte en la que se deja salir el aire y todo se acomoda.

–Yo no necesito muebles ni la plata de los muebles, por mí se los pueden dividir ustedes. –Mientras lo dice, Begonia se acerca a la mesita de las fotos–. A mí me gustaría quedarme con esta foto. Prometo hacerles copias a las dos. ¿Están de acuerdo? –Extiende el brazo y expone la foto en blanco y negro de esa Ágata adolescente, insolente, encendida.

–Bueno –dice Azucena que ya está con la gaveta de los cubiertos, dispuesta a dirigir la conversación a cualquier sitio menos a por qué no atendió el teléfono cuando debía–. Pero ya te vas, ¿no puedes cambiar el pasaje otra vez? Nos tienes acá a las tres desarmando el apartamento cuando aún ni las cenizas de la abu tenemos.

–No, tengo compromisos laborales, tengo que estar ahí, ya tendría que estar ahí, Azu, ya te lo expliqué –Begonia envuelve el portarretrato en una servilleta y luego, por encima, en una bolsa de tela y la guarda rápido en su mochila. Ella hubiera peleado por esa foto, la original, si alguna de sus hermanas la hubiera pedido antes que ella.

Por un rato hay silencio y los montones de cajas crecen, sobre todo las de “donar”. Alguien apagó la radio y todo el vecindario duerme la siesta. Se mueven al ritmo de las gavetas que hacen clic, el crujir de los papeles, los estampidos de los pasos, el crepitar de las bolsas y los suspiros desatados.

–A mí no me molesta haber venido hoy, aunque estemos todas tristes, prefiero que estemos las tres. –Camelia se le anima a Azucena después de un rato–. Y ya que estamos, estaba pensando, me serviría el aparador antiguo, el de las copas, para exponer los bolsos más chicos y los pañuelos en el *showroom*. Pero lo voy a pintar de blanco. ¿Les tengo que pedir permiso para pintarlo de blanco?

–No –dicen a coro Azucena y Begonia.

–Haz lo que quieras, Came, ¿pero tú dices que te va a durar esto de los bolsos? –pregunta Azucena que ya está corriendo los muebles de la sala para enrollar la alfombra sobre la que descansan la mesa de café y tres sillones de color mostaza.

–La vida emprendedora es así, Azu, no te puedo asegurar nada, pero venimos bien. Tenme un poco más de fe. –Camelia corre uno de los sillones para destrabar la alfombra y aparece el suelo de madera un poco gastado. El apartamento se va desnudando a medida que ellas también lo hacen con sus miedos, sus anhelos y sus dolores. El apartamento bastante más rápido que ellas.

–Cuando vengan a San Sebastián las voy a llevar a conocer El Peine del Viento, una escultura que está al final de la playa de Ondarreta. Son justo tres esculturas, se parecen a nosotras, y ahí atajan las tormentas y no hay temporal que las derribe. –Otra vez la mirada de Begonia va más allá de las paredes y respira hondo, como si ese esfuerzo le trajera el mar a su suspiro.

–Uh, ¿y eso de dónde salió, Be? Mira, Azu, nuestra hermana era melancólica, ¿quién lo hubiera dicho? –Camelia vuelve a reírse, qué bendición esa alegría despreocupada para las otras dos–. Igual ya te dije que voy a ir, así que agéndalo. Vamos a conocer el cepillo ese.

–El peine, Camelia, el peine –corrige Azucena–. Be, tú escribías poesía cuando eras pequeña, ¿Te acuerdas? ¿Eras tú? Esta melancolía no es nueva, Came, ni las letras. –La mira con suspicacia a la hermana del medio.

–Sí, era yo. –Y Begonia va descolgando los cuadros de las paredes. Recuerda cuando la maestra de tercer año de la primaria citó a sus padres al colegio y ella se asustó, no sabía por qué era, si casi ni hablaba, se portaba bien, tenía buenas calificaciones y jamás corría en los recreos. La señorita Mariana los sentó frente al escritorio, luego su mamá le contó, y les preguntó si sabían que Begonia escribía poemas y que esos poemas, además, eran muy buenos. Begonia convertía cualquier tarea en una rima. Si hablaban de la Independencia en la clase de Historia, las notas que tomaba se convertían en rima patriótica y lo mismo en Biología, Geografía o Literatura. Como no le gustaba llamar la atención, Begonia siguió haciéndolo pero en privado, en el cuaderno de tapas rojas que siempre llevaba consigo, aún hoy. Si sus hermanas supieran que es la autora del libro de poemas más vendido en Europa este año primero se infartan y luego la matan por no contarles, pero Begonia prefiere que siga siendo así, para ella y para el mundo, pero sin aspaviento.

Escribo para vivir, pero no por la paga, sino porque si no escribo, me muero, recita en su cabeza Begonia, y firma “Ana Bellota”, porque se le

ocurrió y punto. No precisaba que el seudónimo tuviera un sentido profundo.

Su mamá sí leía sus poemas y le decía: "Escribe aunque sea para ti, mi Begonia chiquita, no dejes de escribir, que escribir te alivia el alma", y Begonia la miraba con esos ojos transparentes e incluso a esa edad advertía que eso que su mamá le decía también se lo decía a sí misma.

–Los cuadros sí, pero no quites las cortinas, Bego; mejor que nadie sepa que el apartamento está vacío –ordena Azucena–. De paso, tenemos que decidir qué se hace con el él. Está a nombre de las tres, la abu lo puso así hace años. Podría haber sido mucho más difícil, qué maravilla esta abu.

–¡Lo vendemos y hacemos ese viaje que queremos a San Sebastián! –grita Camelia y hace un bailecito de felicidad, como si hubiera tenido la mejor idea del siglo.

–Camelia, por favor, ¿te puedes ubicar en tiempo y espacio? Escúchame, ¿tú no tienes que pagar renta todos los meses por el *showroom*? –dice Azucena.

–¿Ya decidimos qué se hace con los muebles? Arranquemos por ahí –recuerda y desvía la pelea Begonia.

–Propongo que los muebles los vendamos, pero todos juntos, un lote de muebles, así nadie carga con ese trabajo. Y los que no se venden los donamos, ya averigüé, los vienen a buscar junto con la pila de bolsas y de cajas "para donar". –Azucena siendo Azucena otra vez.

–Sí, rento mi casa y rento el *showroom*, pero yo no quiero vivir acá, se me estruja el corazón, Azu, lo que la voy a extrañar a la abu. Ella me mandaba un mensajito todas las noches, todas. Me hacía sentir especial –confiesa Camelia.

–A mí también –dice Azucena y levanta la cabeza.

–Y a mí –se suma Begonia.

Se miran, qué pícara Ágata, qué genial Ágata, que trabajo hermoso el de que las tres se creyeran especiales. O supieran que lo eran, al menos para ella.

Están las tres paradas justo en la línea invisible que divide la zona del comedor de la sala de estar, las paredes se resisten al desarme, y en donde estaban los cuadros quedan las marcas. Begonia mira las pilas de cajas alineadas con la puerta de entrada, Camelia se concentra en la ventana que aún es una fuente abundante de sol, y Azucena está

de frente a la puerta del baño y en diagonal a la del dormitorio de Ágata. Se están dando la espalda entre sí y forman un círculo perfecto, como cuando los superhéroes se preparan en las películas para defenderse de muchos peligros al mismo tiempo. No es premeditado ni en ellas ni en los superhéroes, simplemente ocurre.

–Listo, nos queda el baño y el dormitorio. El baño lo terminamos enseguida y después el dormitorio y después ya está –enumera Azucena, pero no se mueve.

–De acuerdo con tu idea sobre los muebles, Azu, lo del apartamento lo podemos ver después, tampoco tenemos que resolverlo hoy –dice Begonia que también sigue parada, con una pierna adelante y otra atrás, como si estuviera por empezar una carrera.

–Mañana, te vas mañana, querida, después lindo caos nos queda a nosotras –dice Azucena.

Camelia, que se cansa de las discusiones cuando no es ella la protagonista del drama, rompe el círculo sagrado, enciende la luz del baño, se pone los brazos en la cintura y advierte:

–Chicas, ¿me explican para qué tenía la abu tantas cosas en el baño? Es como en el refrigerador: botella, botellita, caja, cajita… Be, trae una bolsa nueva para la basura y una caja vacía con etiqueta de "donar". –Exagera el brío, porque aún ni entró en el baño.

–Azucena, no sé si sabes, pero vivimos en una época en la que hay mil opciones para videollamadas, las usamos bastante seguido estos años, ¿te acuerdas? –Mientras habla Begonia le lleva la bolsa y la caja a la hermana menor, le pasa por al lado, abre el botiquín del baño y echa una mirada rápida–. Acá es todo para donar, pero primero tenemos que ver bien las fechas de vencimiento, no vamos a donar cremas y aspirinas vencidas.

Azucena, por una vez, no devuelve el golpe, suspira, se desarticula en un sillón y las deja a las otras dos ocuparse del baño. Desde que se separó intenta ejercitar esto de delegar, soltar e intentar no tener el control de todo. Sabe que es una batalla perdida, nadie puede controlar todo, pero aun así de a ratos se resiste. Mira con tristeza la pila de cajas. Por su abuela que era su zona de descanso, la única autoridad que la antecedía, porque aún no terminó de llorar y también porque le recuerdan a las cajas que le armó al padre de sus hijos incluso cuando él no quería nada, para que se llevara un poco de la historia de los dos, para que no le dejara todo ese peso, y esa memoria

y ese fracaso, a ella. Pasaron tres años, pero aún le duele como si fuera reciente. El tiempo del dolor no es el tiempo del calendario. “Vas a estar mejor, Azu, nadie se merece un amor gris, ni tú ni él”, le decía Ágata en esas tardes en la que ella dudaba y buscaba refugio en ese mismo apartamento que ahora estaba desmantelando. Y ella no sabía cómo decirle a su abuela que casi siempre se había sentido así, que no sabía bien qué otros colores podía tener el amor y que Federico era bueno y que era ella la que no lo podía querer como él se merecía y que ya era una mujer grande, y con dos hijos, y que se iba a quedar sola para siempre. Y que esta necesidad que le quemaba el corazón de no resignarse del todo no era por algo nuevo sino por lo mismo de siempre, pero acumulado. “Ya sé, no hace falta que me digas nada, ya sé, Azu, pero vas a estar mejor”, insistía Ágata como si le leyera la mente.

–¡Las plantas! ¡Nos faltan las plantas! –Camelia abandona su puesto de guardiana del baño, esquiva los sillones, después la mesa, y sale al balcón que hace de volado de la sala y del dormitorio que era de Ágata y que ahora es de ellas. Ahí hay una multitud de macetas con una variedad de plantas que son la envidia del resto de los apartamentos del edificio. Una pequeña selva urbana con hojas redondas y otras facetadas, con flores de colores insolentes, con espinas inútiles, con aromas de los que te acompañan varias cuadras.

Abandonan lo que estaban haciendo y salen al balcón, apenas entran las tres. Huelen con hondura, huelen largo, huelen para no olvidar.

–Yo me las quedo si nadie las quiere, tengo un balconcito en el *showroom*, me gustan mucho las plantas de la abu –dice Camelia que por fin siente que ahora sí tiene entre manos su emprendimiento definitivo, o al menos uno que se viene sosteniendo y le permite pagar las cuentas. La herencia de sus padres era su pensión y se la venía gastando por anticipado.

–Llévatelas –dice Azucena–. Pero ¿terminaron con el baño?, porque a la noche me traen a los chicos y quiero ducharme antes. Además no sé si me da el corazón para extender este suplicio más de un día.

–¿No vamos a cenar las tres entonces? –se entristece Camelia, pero enseguida recuerda que Tita se ofreció a pasarla a buscar para comer juntas–. Les traje un regalito a cada una, pensaba dárselos en la cena, pero se los doy ahora; después en la semana vengo a buscar las plantas

con una amiga que me está ayudando con mi negocio. –Camelia las apremia para que pasen a la sala de estar, va hasta el perchero que está al lado del espejo en donde hace unos días Ágata se miraba en ropa interior, toma su bolso enorme y alegre, lleno de bordados multicolores y saca de adentro dos bolsitas blancas que dicen "Reza". Les cuelga una cinta de colores y un cascabel. Son tan lindas las bolsitas que da pena rajarlas. Le da una a cada una de sus hermanas, ellas las abren y sacan unos pañuelos gigantes, hermosos, blancos y suaves, estampados con begonias, camelias y azucenas, entrelazadas.

–Me harás llorar –avisa Azucena–. Este pañuelo es de muy buena calidad, Camelia –se sorprende y se acerca al espejo y se lo pone en el cuello, con las puntas colgando para adelante.

–Es de mi nueva colección, se llama "Hermanas", ¡estoy tan contenta! Hay más modelos. Las flores las pinté yo. –Camelia tiene los ojos llenos de lágrimas. Begonia también y se pone el pañuelo de bandana y resalta la limpieza de su mirada.

Las dos se acercan a abrazar a Camelia y otra vez las tres hacen nido hasta que se sueltan. Es zona de emociones y se protegen, no siempre están al mismo tiempo igual de dispuestas, así que otra vez las acuna una ola de silencio y les viene bien, las equilibra, se recuperan.

Terminan de embalar el baño en minutos. Les sigue resultando conmovedor decidir qué se hace con el cepillo de pelo o con el de dientes de una persona que ya no está. Es intrusivo y las inquieta.

–Yo voy a dejar escrito en mi testamento qué hacen con mis intimidades –dice Camelia mientras cierra la última bolsa–. Y voy a tener la previsión de tirar los juguetes sexuales antes de morirme, así no la pasan tan mal –concluye y provoca.

–¡Camelia! –Azucena tapa la bocina del teléfono–. ¡Estoy hablando con Margarita! –explica y se despide de su hija.

Están cansadas de ordenar, de llorar, de reírse. El dolor y el amor también pueden dejarte sin fuerzas. Pero ya no pueden evitar lo que les falta: el dormitorio en donde murió Ágata, dormida y abrazada a un recuerdo.

–Bueno, vamos, es una habitación más, chicas. Y ni siquiera es muy grande, entre las tres terminamos rapidito y entonces yo sí puedo ir a comer contigo, Came. –Begonia se para en la puerta del dormitorio y las invita.

Las otras dos se acercan y entran en fila, Azucena primero, Begonia después y por último Camelia, que toma la mano de su hermana del medio. La habitación está como siempre, solo que la cama de Ágata no tiene ni sábanas ni cobertor. El colchón despojado es triste por lo que significa, pero el sol de la primera tarde que cae es benévolo y empapela las paredes con una calidez serena. Sobre una silla está el vestido que Ágata usó la noche de su cumpleaños y Camelia lo huele y solloza. En la otra silla, el jean y la camisa que dejó preparados para no lucir nunca. Se acerca Azucena y le acaricia el pelo a su hermana menor.

Begonia suspira fuerte y abre el armario. Con la acción se disipa una gran parte de la angustia.

–¿Tendrá la abu de esos juguetes que decías, Came? –intenta divertir Begonia.

Y se ríen las tres aunque les cueste, porque muchas veces y para no morirse, hay que defender la vida.

Así es como empiezan a desarmar lo que queda de los tesoros de su abuela sin saber que junto al sombrero azul las espera algo que les va a hacer tambalear el mundo en el que creían vivir.

5

El galán

EL MISMO PUEBLO CHICO

Un día cualquiera del año 1955

–¡Ágata! –grita mi papá y suelto el periódico que leo al detalle porque ahí encuentro mil novelas, pero mucho más interesantes porque son de verdad y, además, no tengo que ir a la biblioteca; me dejan estas páginas de letras apretadas en la puerta de casa, una maravilla. Me levanto temprano solo para tener tiempo antes de que papá lo secuestre para ponerlo en el mostrador del almacén. Siempre doy con un titular o con una crónica que se me queda instalada durante todo el día y extiendo la vida de los personajes y hago que se den besos apasionados que me hacen sonrojar, y que se peleen a muerte o que vivan felices para siempre, o en pecado, depende.

–¡Ágata! –Mi papá se puso impaciente, conozco cada uno de sus tonos de voz. Dejo todo, cruzo la cortina espantosa de tiritas que separa nuestra casa del AlmacénQueNosDaDeComer, pongo una expresión seria, ignoro la de reprobación de mi padre y le pregunto al cliente de turno –no lo conozco y podría apostar que no vive acá– qué va a llevar.

–Un paquete de café, por favor. Y medio kilo de galletas que no sean muy dulces. –Es un señor de barriga ilustre y gafas de metal finitas y doradas. Debe ser más grande que mi papá y es, sin dudas, mucho más elegante. Su traje de color café con leche y sus zapatos en punta no combinan con el suelo limpio pero gastado de *Ágata, su almacén de confianza*. Le preguntaría tantas cosas, me falta un mundo por conocer y no puedo escribir lo que no conozco. Ni siquiera puedo imaginar lo que no sé que existe y yo quiero ser escritora de novelas y de radioteatros y de columnas en los periódicos, y que cuando esté en mi apartamento en la ciudad con zapatos de tacones y maquillaje oscuro en los ojos haya chicas como yo, en pueblitos perdidos como este, que lean mis palabras y adviertan que es posible extender fronteras y tener una vida más parecida a lo que una quiere.

–Disculpe, mi hija hoy está distraída –se excusa mi papá y se pone

por delante de mí que, sí, tengo un día…–. ¿Estas galletas están bien? –Y abre una lata de las grandes para que el señor distinguido, que no sabemos cómo se llama, pruebe una.

El señor sin nombre, eso ya me resulta exótico porque acá todos sabemos todo de todos, mastica y solo cuando termina asiente. ¿Cómo será ser la hija de un señor así?

–Soy don Omar –rompe el misterio, lo odio por eso, pero me interesa todo lo que tenga para decir.

–Mucho gusto, Tito, el dueño del almacén. Ella es Ágata, mi hija. ¿Lo puedo ayudar con algo más? –Mi papá le extiende la mano. Mi papá tiene las manos suaves, nunca trabajó la tierra ni usó herramientas; el comercio es más bueno con los cuerpos y menos bueno con los fines de semana y los feriados.

–Gracias, Tito, tal vez abrir una cuenta corriente, pero no tiene que ser hoy. Dirijo un estudio de abogados y abrimos una pequeña oficina aquí, a pocas cuadras, porque tenemos muchos clientes entre los dueños de los campos que rodean al pueblo. Ya no vendré yo, pero sí los abogados de mi equipo y luego, cuando tengamos, la secretaria. Por ahora es todo muy reciente. Recibimos a nuestros representados en la oficina y necesitamos tener café y algo para ofrecerles que les calme las angustias de las sucesiones y los pleitos entre vecinos. –Don Omar tiene una voz calma y firme. Le gusta hablar y usa palabras tan gallardas como el cuello de su camisa.

–Lleve este café, señor. Tiene un aroma que le devuelve a uno las ganas de vivir –me adelanto, insolente, y le ofrezco mi sonrisa más entera. Quién pudiera ser secretaria de esa oficina en lugar de estar en este almacén lleno de olores y migas, de conversaciones del pueblo, de tanto trabajo siempre igual. Casi que preferiría volver a tener diez años y que me sigan prohibiendo cortar quesos y tocar dinero.

Don Omar sonríe, me agradece, saca de su bolsillo una pinza de plata con algo grabado que no llego a leer, lo más lindo que vi en mi vida, que sostiene un fajo de dinero. Me acomodo la melena corta detrás de las orejas para observar mejor.

–Considere abierta la cuenta corriente, don Omar. Llene por favor esta pequeña ficha y olvídese, guarde el dinero, mande a su gente cada vez que guste y si necesita que le hagamos traer algo en particular, una marca de licor, otro tipo de confituras, me avisa que puede que se demore pero se lo conseguimos. –Mi papá sabe cómo

tratar a los clientes, a su modo es un artista de lo pequeño. Con la única con la que no le funciona tanta estrategia es con mamá, ella lo desarma, lo adivina y se ríen. Me gustaría tener un amor así, pero no sé si no me aburriría. Su frontera son ellos mismos y eso se recorre en dos pasos. Ahora que soy más grande y uso sujetador y se me achicó la cintura, y el trasero y las piernas se me pusieron duros y fuertes, igual que algunas de mis ideas, muchas veces me siento aparte, como si ellos tuvieran un universo cerrado y solo me dejaran entrar de a ratos. Un idioma propio que no aprendí. Mis padres, a la vez, pareciera que no entienden casi nada de lo que yo digo, como si las palabras estuvieran vacías de cualquier significado. Dicen que es difícil tener una hija adolescente, yo digo que lo verdaderamente difícil es ser adolescente y tenerlos a ellos de padres. Los quiero hasta el cielo, pero con el amor, me parece, no alcanza.

Don Omar termina de llenar el formulario y guarda una pluma por la que yo hubiera ofrecido un riñón; seguro que las novelas se escriben mejor con esa pluma.

–Gracias, Ágata; gracias, Tito, un gusto conocerlos, me recomendaron que venga aquí por estas cosas y me voy contento. Su hija tiene ojos de futuro, Tito, no está distraída, está más adelante que nosotros. Las chicas de las nuevas generaciones vienen así. –Y las últimas palabras las dice ya de espaldas y deja el almacén.

–Ojos de futuro, no tendrás futuro si no prestas atención, Ágata; lo único que te da futuro es ser una buena mujer, comprometida con lo que debe, por ejemplo ahora, el trabajo –dice papá y no sé si me lo dice, si se lo dice o qué.

–Ahora preparo la comida. ¿Mucha gente? –Entra mamá, con su peinado siempre tirante, para mí que nació así, peinada–. Había cola en la farmacia y cola en el correo, creo que tenemos tantos clientes porque somos ágiles además de amables –nos explica y se quita el abrigo y pasa la cortina y desaparece sin esperar ninguna respuesta.

–Escucha a tu madre, Ágata, ves, es lo que te digo. –Papá trae cajas de arroz y ordena los paquetes en la repisa.

–Ya sé, papá, ya sé. –Le voy pasando los paquetes que quedan en la última caja–. ¿Qué se necesita exactamente para ser secretaria? ¿Es parecido a lo que hago en la estación?

Liz, la del nombre de flor, se fue del pueblo y no trabaja más en la estación. A pesar de nuestra diferencia de edad éramos bastante

amigas y me recomendó para cubrir los turnos de los sábados en los que solo pasa un tren de ida y uno de vuelta, pero nunca me contó por qué se fue. Era poco trabajo pero muchas ilusiones y desaté en casa una batalla campal que pensé que perdía, pero aproveché y usé a mi favor todos los argumentos que mis padres me había dado durante toda mi vida: hay que trabajar, el trabajo hace dignas a las personas, no hay nada más importante que el trabajo, primero el trabajo y después, si queda tiempo, el ocio, etc. No es que estuviera de acuerdo con tantas sentencias, claro que no, pero finalmente les había encontrado una utilidad. Les gané y los sábados me levantaba temprano y mamá me prestaba algo de su ropa y también me prestaba el collar de perlas y los primeros meses me acompañó hasta la estación. No era que le encantara que yo trabajara, "tan chica" y mujer, en un lugar público, pero si me iban a ver, al menos que se notara que era de buena familia. Además, concluía siempre: "Mejor que acomodemos el resto, porque con ese pelo no hay nada que podamos hacer, ni rizos tienes, sin rizos no queda bien el pelo corto". Así que mientras mis amigas se juntaban en la plaza a reírse de los chicos que pasaban y las miraban y también se reían, yo jugaba a que era más grande y charlaba con la gente que llegaba y con la que se iba y a través de la rejilla de metal de la ventanilla los miraba y me imaginaba la historia de cada uno, y siempre, pero siempre, soñaba con que era yo la que me subía al próximo tren.

–Hija, por ahora concéntrate en el colegio. Suficiente tienes con tu trabajo acá y en la estación, pásame ese último paquete, saca la caja al patio de atrás y vamos a almorzar que tu mamá ya debe tener lista la comida –dice Tito que, tal como mamá es puro verbo, él es puro imperativo.

Nelly, cuando pienso en mamá a menudo le digo por su nombre, ya tiene la mesa puesta y los ravioles caseros con salsa de tomates de nuestra huerta listos y esperándonos. No es día de ravioles, pero se ve que ya los tenía preparados. Una rapidez, esta mujer; no sé si alguna vez voy a poder tener casa y familia, hay que saber hacer muchas cosas y casi ninguna me resulta interesante.

–Qué rico, mamá. –Estaban ricos, a esta altura solo miento en cosas grandes, de las que valen la pena.

–Apresúrate, Ágata que tienes que ir al colegio, quería llegar más temprano pero no pude. –Cambiamos nuestro horario de almuerzo

desde que me pasé al turno de la tarde porque a la mañana hago más falta en el almacén. Me gusta mucho caminar hasta el colegio justo cuando mi vecindario comienza a dormirse la siesta. El colegio también es más lindo con las luces de la tarde y varias de las chicas nos pasamos de turno. Otras simplemente dejaron de ir, a los quince ya no es tan necesario el colegio para una mujer, dicen y todos asienten y me resulta incómoda la idea de que la única utilidad que le vean a la lectura sea poder leer los cuentos de las buenas noches a los hijos. Estamos en edad de merecer, nos repiten los adultos. Ahí acuerdo, merezco no morirme de aburrimiento toda la vida. Quiero escribir, quiero pintar, quiero no depender de nadie, quiero estudiar, quiero ganar dinero, quiero que dejen de decirme que soy deslenguada y petulante solo por decir lo que pienso. Quiero irme de aquí.

–¡Ágata! –dice papá por vez número un millón en el día–. Que si quieres agua, te estoy preguntando. Nelly, tu hija está muy distraída, no sé qué le pasa hoy.

Papá sostiene la botella de vidrio que mucho antes tuvo leche –en esta casa todo tiene varias vidas–, y que ahora usamos para el agua y hace equilibrio sobre mi vaso. Detrás se ve la cortina de tiritas atada con un moño para ver más fácilmente "si alguien entra". No sé por qué siempre me detengo en esa cortina espantosa, será que lo que odiamos también nos cautiva. Aquí se almuerza en estado de alerta, no sea cosa que alguien no pueda comprar huevos a tiempo.

–Sí, papá, gracias, quiero. No me pasa nada, además, solo tengo quince años y a diferencia de mis amigas que no tienen un almacén, trabajo todos los días y hoy doble turno –si tiene ganas de pelear, yo siempre lista.

–No seas irrespetuosa, Ágata –dice mamá sin levantar la mirada de sus ravioles. Y descomprime–. ¿Alguna novedad en el almacén?

–Vino un señor tan bien vestido, mamá, y tenía un perfume exquisito, parecía un abuelo de cuentos, pero elegante, de esos que son dueños de mansiones. Van a abrir una oficina de abogados acá, ¿te imaginas? Nosotros que tenemos misa una vez cada quince días, cuando viene el cura –me río, es graciosa la idea.

–Ya le abrí la cuenta corriente, Nelly, nos da prestigio tener a esos clientes porque siempre traen más clientes –informa Tito, orgulloso.

–¿Y cómo van a pagar? ¿Mensualmente? ¿Le preguntaste? –Mamá lo conoce tanto a papá que da miedo.

–No, después lo arreglamos Nelly, si no tenemos confianza con nuestros vecinos no tenemos nada –casi que se disculpa papá.

Mamá mastica un "veremos" y agrega:

–¿Y de *ya sabemos quién* no hubo novedades?

Ya sabemos quién es doña Eloísa, la vecina de la casa rosa. La solterona que ahora, además, es huérfana. "La orfandad no tiene edad", me dijo una vez Liz. Eloísa la reafirmó porque cuando el cuerpo de su anciana y mandona madre aún no estaba frío vendió todo lo que pudo, regaló el resto y se fue no se sabe bien a dónde a vivir toda la vida que tenía aguantada solo por la desgracia de haber sido la hija mujer menor de la familia, puesto que venía junto con el de cuidadora obligada. Demasiada entrega si no se elige. Eloísa se llevó sus muslos redondos y sus mejillas sonrojadas a pasear por alguna ciudad, o por otro continente me gusta pensar, y le dio tema de conversación al pueblo por meses solo por atreverse a romper las ataduras de la sangre que, parece, no se acaban cuando esa misma sangre riega la tierra. Hay quienes la defienden y hay quienes la critican pero en el fondo yo sé que, al menos las mujeres, la envidian. No debe haber riqueza más grande que la libertad. Quiero creer, vengo pensando mucho en ella, sobre todo cuando me estoy por dormir, que se compró ropa linda y hasta un sombrero y que está en una ciudad muy sofisticada con mar y que sale a pasear en barco y el viento le acaricia el rostro y que el capitán del barco, maduro como ella, la ve tan contenta por haberse animado, que se enamora y desde ese momento recorren el mundo. Puedo afirmar que cada vez que llegan a un puerto ella se baja con sus volados y sus estampados de flores, siempre enmarcada por el viento, y todo el mundo quiere parecérsele y nadie pensaría que hasta hace poco Eloísa estaba parada en el almacén de mis papás preocupada porque a su mamá se le había acabado la mantequilla para el pan y si empezaba el día sin su desayuno después todo lo que venía era más insoportable que de costumbre.

Eloísa recupera su nombre, estoy segura, cada vez que su capitán la nombra, mientras en el pueblo pasó de ser *la solterona* a ser *la innombrable*, como si les debiera algo, como si su alegría fuera la vergüenza de los vecinos que siempre la miraron con un poco de lástima por lo que le había tocado en suerte.

–No, Nelly, aparte no traigamos y llevemos rumores, que eso es de

gente sin modales. La casa sigue en venta, eso seguro, y nada más. –Papá corta la conversación y también corta mi fantasía de esa Eloísa ahora tan bella.

–Me tengo que preparar. –Me levanto y le doy un beso en la cabeza a papá y otro a mamá.

–Llévate unas galletas para el recreo, hija –dice mamá, pero, ahora que puedo, las galletas ya no me interesan tanto. Parece que la libertad te llega cuando ya eres capaz de regularte. ¿Eso será madurar? Espero que me pase alguna vez con el vino que todavía no probé y con los cigarros que fumo con mis amigas a escondidas y con los que nos ahogamos cada vez que conseguimos uno. Me imagino diciéndole a mamá que mejor me llevo una petaca de licor y me divierte su hipotética expresión de espanto. Bastante tuvo este año con mi corte de pelo.

Ella estaba harta de pelear conmigo para peinarme primero y luego para que me peine yo. Yo estoy harta en general de no poder elegir, así que le dije a Marcelina, mi compañera de banca que tiene tres hermanas menores a las que les corta el pelo, que metiera tijera y volví un día con el pelo cortado por encima de los hombros. Mamá casi se infarta y a papá no le pareció tan grave. Al final parece que los hijos no terminamos nunca de conocer a los padres. Una de las cosas más lindas de mi pelo corto es que se mueve como quiere, va con el viento, como me gustaría ir toda yo, pero por algo se empieza.

A mamá le gusta sumarme responsabilidades, pero no le gusta tanto verme crecer; es raro, se supone que una cosa va de la mano de la otra. ¿Me habrán engañado? Ya no desayuno café con leche, desayuno té negro y disfruto mucho ir a servirme las hebras de la caja de madera labrada del almacén. Lo vendemos al peso y ese aroma me parece mucho más cautivante que el resto de mi vida, como si fuera un presagio. Al principio, aunque se lo había aclarado, hubo varias mañanas en las que sentí el olor del café con leche y cuando llegué le volví a explicar a mamá y un poco se enojó y un poco me enojé hasta que un día, cuando iba caminando a la sala con el aroma de la leche caliente en mi nariz y las ganas de pelear, advertí que era ella la que estaba tomándolo en mi vieja taza y ya me había preparado mi té y mi pan tostado. Yo creo que se equivocó porque su mirada era de resignación. Los chicos crecen, Nelly, incluso yo.

Mi madre parece estar satisfecha consigo misma. Como si le

quedaran pocos ítems por tachar de la lista de los deberes de su vida. Tiene, yo lo sé, uno que va a quedar para siempre como una espina invisible, el de no haber tenido más hijos; y luego, la lista de pendientes, también lo sé, tiene que ver conmigo. Lo sé, digo, porque no pierde oportunidad de decírmelo. Me tengo que casar y, como toda chica de bien, dejar de trabajar para darle nietos, de ser posible en una edad lógica y sin ningún escándalo en el medio. Si además participo socialmente en la comunidad del pueblo y me dejo crecer el pelo creo que Nelly podría morir en paz. Cuando eres mujer, advierto, heredas el destino además de la nariz y las perlas. Mamá parece dócil, mansa, no conmigo, pero con ella misma, sí. Y no sé si siempre fue así o si eso, exactamente, es crecer.

Tomo la bolsa que, hastiada del maletín, cosí con una tela maravillosa con estampa de mapas que me regaló Liz y que le trajo un pretendiente que viajaba a menudo por negocios y que se inventaba compromisos en el pueblo solo para verla. Reviso si guardé mi cuaderno rojo de escritos –ya no dibujo tanto, pero escribo mucho más–, y salgo para el colegio. Mamá dice que es una tela provocadora. Debe intuir mi hambre de mundo. O tal vez alguna vez sintió esto que siento ahora, de que me ahoga lo que debo, lo que me espera, y aún le duele.

No quiero ser Eloísa ni quiero ser Nelly y no lo puedo decir en voz alta. Lo que puedo hacer ahora mismo es ir rápido al colegio para no llegar tarde y luego volver rápido a casa porque mamá va a acompañar a papá al médico y yo por primera vez en mi vida me voy a quedar, sola, a cargo del almacén. Sola de verdad. Sola sin adultos. Sola porque tengo quince y no sola porque papá se fue a buscar las encomiendas de productos y mamá está en el baño.

Las horas del colegio son muy parecidas entre sí, pero pasan rápido algunos días y lentas, muy lentas, otros. Ya no me dejan jugar al fútbol, ahora soy “una señorita”. Cuando juego, porque en la plaza a veces juego igual, siento cómo mis senos rebotan y rozan mi camiseta de algodón y me da más calor que cuando hago la gimnasia lenta y tan aburrida que nos indican a las chicas en el colegio. Otro motivo más, y nuevo, para que me guste jugar al fútbol.

Con la última campana me despido de Marcelina y de Santos. Marcelina muere de amor por Santos, pero Santos siempre me quiere acompañar a mí. Santos me resulta igual de interesante que la clase de

manualidades, pobre Santos. Le digo que no, que llevo prisa, y Marcelina me mira con amor y le hace una caída de pestañas que si Santos no se da cuenta ya no tiene remedio. Pero no, no se da cuenta.

Mamá y papá ya están listos. Ir al médico es como ir a misa o a un festejo patrio. Moño en el pelo tenso Nelly, la camisa blanca de cuello duro Tito. Me repiten, por vez número ya perdí la cuenta, la lista de indicaciones que está llena de "por las dudas", me dicen que meriende algo y se van. Mamá sale con el ceño fruncido, esta mujer no descansa. Me saco el guardapolvo, me pongo una vincha en el pelo y listo.

Soy Ágata, la dueña de Ágata, la reina de Ágata, ElAlmacénQueNosDaDeComer. No es que fuera muy excitante estar ahí rodeada de aceitunas y latas de tomate al ritmo del motor del refrigerador-mostrador, pero no estoy dispuesta a desperdiciar ninguna novedad en la rutina de mi existencia. Mis papás, claro, consiguieron turno con el doctor Gamietea en este horario raro en el que casi nadie entra a comprar nada. De todos modos es una hora larga y es toda mía.

Como una galleta salada, después un trozo de queso fuerte, me abro una botellita de vidrio de Coca y luego me armo el bocadillo que voy a llevar mañana a la estación y que siempre me prepara mamá. Lo cargo con más jamón y le pongo mostaza, qué rica la mostaza. Ordeno las marcas de pasta por letra, las vuelvo a poner como estaban, les cuento cosas a mis gatos y me aburro. El tiempo se vuelve parsimonioso si uno le presta mucha atención.

Me voy a buscar el cuaderno rojo para escribir; escribir es lo contrario a aburrirse, y dejo la campana de metal, pesada y dorada, bien a la vista por si algún cliente tiene el mal tino de llegar justo ahora. Paso por el patiecito que da al almacén y a la cocina, así evito la cortina de tentáculos que parecen no terminar nunca, y cuando estoy ahí toco en el bolsillo de mi abrigo de hilo celeste el cigarro por la mitad que Marcelina le dio a Santos y que Santos me dio a mí. Había encontrado la emoción que me faltaba para este rato de soledad. De independencia.

Vuelvo al almacén, que sigue oportunamente vacío, tomo la caja de cerillas y me recuesto sobre uno de los desagües del patiecito. Me gusta el tabaco, creo. O me gusta hacer algo que no debería hacer. Me gusta el humo, me imagino atrás de la nube, misteriosa, atractiva. Me

gusta el aroma y no me gusta todo lo que tengo que hacer luego para quitármelo y que mis padres no me castiguen para siempre.

–Hola, ¿usted es la persona que atiende? –Hay un hombre joven asomado al patio desde el almacén y me mira, divertido, como si yo fuera una mascota o un atractivo de circo. Tiene los ojos verdes como no sabía que se podían tener los ojos, y su rostro me resulta conocido, pero no puedo recordar de dónde.

Reacciono, quiero esconder el cigarro, me quemo la parte de atrás del abrigo, me sonrojo, aún no le respondí, me tropiezo, tiro una de las macetas de mamá y la tierra cubre las baldosas del patiecito.

–Termine usted tranquila, que yo no tengo prisa. –Sigue divertido y tengo ganas de matarlo. Debe tener como treinta años, o como veinte, nunca sé darme cuenta, pero no se parece a los chicos del colegio ni a los hombres del pueblo. Su pelo negro brilla, su traje también. Lo conozco, ¿lo conozco…?

Furiosa, entro al almacén al mismo tiempo que él, pero por la otra puerta. Me pongo detrás del mostrador y me subo al taburete de madera porque la altura –o la falta de– la heredé de mamá. Desde ahí lo veo entero, debe ser actor de cine o algo así y por eso me resulta familiar. Es alto, muy alto. Es esbelto y se sigue riendo con picardía. ¿Acaso se está burlando de mí?

–¿Qué necesita? –Fuerzo solemnidad.

–Un kilo de las galletas que hoy le vendió a mi padre. Vuelve a Buenos Aires y quiere llevarle a mi madre.

Mientras peso las galletas me duele la barriga y me tiemblan las manos. Me siento una estúpida, pero también me gusta, finalmente soy uno de los personajes de mis cuentos, ya era hora. No me enseñaron en el colegio, y menos en casa, cómo se galantea con un muchacho. Y menos con uno de traje y peinado con fijador y con ojos transparentes.

–Listo, su padre abrió una cuenta corriente, ¿se lo anoto? –Quiero decirle otras cosas, pero no me salen. De repente escucho mi voz–. ¿Usted se vuelve a la ciudad con su padre?

Me quiero tragar mis palabras o meterme adentro del refrigerador y desaparecer para siempre. Esa pregunta fue impertinente incluso para mí que “impertinente” es mi segundo nombre, dicen mis profesores.

–Perfecto, queda anotado. ¿Está bien si venimos a pagar al final de cada semana? Creo que mi padre no lo acordó. –Asiento con la cabeza.

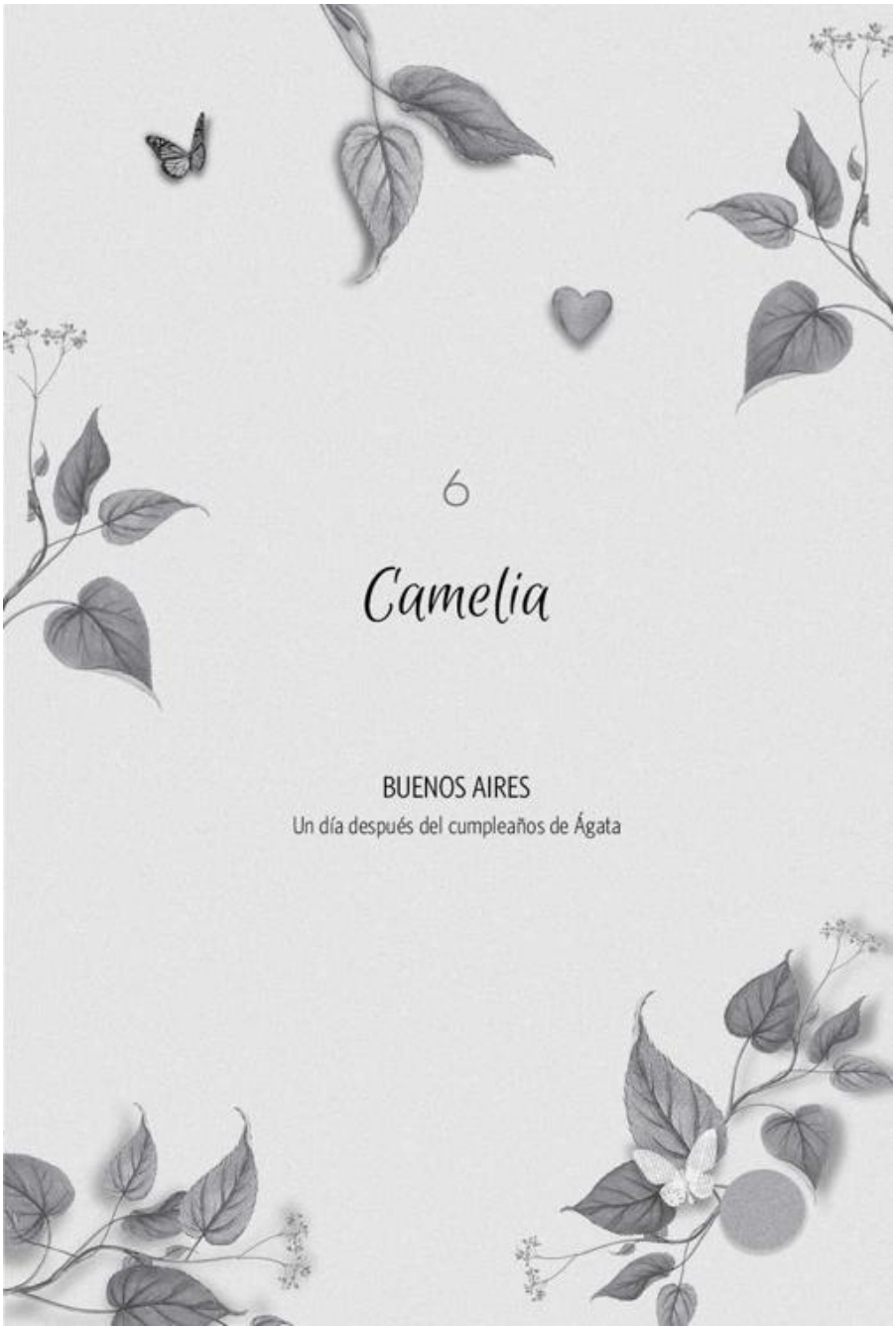
No sé cómo apagar el fuego de mis manos y de mis muslos, el incendio de mi rostro–. Y no, yo no me voy, me quedo unos días. Seguro nos volvemos a ver.

Ya no sé si se ríe porque le gusto, porque le resulto divertida o si está, otra vez, riéndose de mí. Me hace una venia con la mano para despedirse y comienza a caminar hacia la puerta. Sigo paralizada.

Justo antes de salir se da vuelta y me pregunta:

–¿Eres Ágata no? Yo soy Valentino. Seamos amigos.

Y se va y ya no estoy tan sola. Tengo su sonrisa.



6

Camelia

BUENOS AIRES

Un día después del cumpleaños de Ágata

Camelia se siente muy bien. Está un poco dormida pero no le preocupa, hasta después del mediodía no hay mucho movimiento en Rezar. Las mañanas son para tomar café y mate y para cambiar los muebles de lugar tantas veces como sea necesario hasta dar con la distribución perfecta. También sirven para acordar con los proveedores y con los talleres de costura, para responder mensajes de las redes sociales, para tomar fotos para publicar en su web y para armar los paquetes de las compras online.

Desde hace unas semanas, además, las mañanas son de ansiedad. De esperar que llegue y se rían juntas y de que Tita le dé consejos sobre cómo automatizar los posteos en Instagram y en Pinterest. De ansiar que entre y entonces se renueve el aire con su juventud y que cambie la música y le diga: “Relaja, Meli, no tienes mil años, déjate llevar que la música es siempre un viaje”.

Se conocieron de casualidad, con el azar a su favor. Camelia vive en ese mismo edificio desde hace dos contratos de renta, justo en la planta de abajo. Su apartamento es pequeño, pero muy agradable, colorido y luminoso como ella. Mezcla vajilla antigua con muebles nuevos. Cojines de terciopelo con macetas cascadas levantadas de la calle, perfumes importados con adornos de plástico de sus paseos por el Barrio Chino, y virgencitas que trajo de sus viajes con juguetes tecnológicos que compra, prueba y olvida. La mayoría de los objetos con los que comparte sus días significan algo o le recuerdan a una persona importante en su vida y ella, además, usa todo, no deja nada para después. “Como tu madre, pero sin la parte de la tragedia”, le recita a menudo Ágata. La belleza tiñe lo gris así que la belleza no se escatima. Ni los dulces ni los vinos, ni las copas ni las sábanas. Una vez le dijeron que los que no tienen hijos miran más para atrás y los que tienen hijos miran más para adelante. Ella no tiene, pero no lo descarta, así que más que nada mira el presente y un poco se lo baila.

Lo único real es lo que ocurre ahora mismo, el resto es deseo o añoranza.

Cuando se separó de Diego –Camelia a todas sus parejas les da el beneficio de pensar que son el indicado– se sintió tan triste que se enfocó, de lleno y como nunca, en su trabajo. Al tiempo, porque parece que lo que riegas crece, su sala se llenó de bolsos y empaques y de los cascabeles con los que cierra las bolsas. Los bolsos que vende, además, son gigantes, como los que usa ella. Llenos de bolsillos y espacios para llevar una muda para ir directo de la oficina al bar o para arrastrar todos los "por si acaso" que cargan sus amigas madres. Pero además, son lindos. Uno de esos días en los que no tenía ni un lugar libre de paquetes para sentarse ni para apoyar la copa en la que ahogaba sus penas de amor, vio en el elevador un anuncio del alquiler de un monoambiente en la planta de arriba.

Ir para arriba es todo un símbolo, se dijo Camelia, que convertía cualquier acontecimiento de la vida en una galleta de la fortuna. Y averiguó y le pidió ayuda a Azucena para hacer los números y aunque tenía sus reservas, la hermana mayor le ordenó las cuentas y le mostró que sí, que podía alquilarlo si era rigurosa con sus gastos. Una semana después estaba colgando el cartel de neón rosado que decía "Rezar" y atando atrapasueños y mandalas a las vigas, y campanitas en todas las manijas de ese monoambiente que le parecía gigante y hermoso. Y ahí sus bolsos se lucían mucho más, y si bien la mayoría de las ventas eran online, ella podía "ir a trabajar" y volver a su casa y tirarse en su sillón a seguir llorando por los amores que no fueron y por los que imagina, pero no encuentra. "No somos princesas de Disney" le escribía Begonia en el chat sin feriados que comparten las tres. *Y no*, pensaba Camelia, *pero tampoco tengo ganas de ser la protagonista de un drama*.

En su segundo día de emprendedora exitosa con *showroom* propio, mientras sostenía la puerta de entrada con un pie porque aún seguía mudando cosas, cositas, cajas y cajitas de su casa a su negocio, se le cerró la puerta de un portazo, quedó la llave del lado de afuera y se trabó. Había ocurrido lo impensado: se había quedado encerrada del lado de adentro. Mejor ni pensar en metáforas. "Revisa la cerradura, Came, revisa todo antes de abrir al público", le había dicho hasta el cansancio Azucena, así que quedaba descartada para pedirle ayuda. Prefería vivir para siempre encerrada ahí antes que escuchar el

sermón de su hermana mayor. Ágata se había ido de excursión con su tribu de amigas jubiladas. Begonia podía tardar varios días en cruzar el océano, pero aun así le parecía mejor opción que Azucena con sus "te lo dije". Todas sus amigas tenían empleos formales y hasta después de la tarde no podían ir a rescatarla de las garras de su propia torpeza, y llamar a los bomberos le daba vergüenza. Pagar condominio flaco resultaba en un edificio sin encargado, así que de a ratos forcejeaba con la puerta y luego seguía ordenando bolsos. Le daba vueltas a la manija de un modo bastante frenético y después enderezaba los cuadritos de la única pared que aún no tenía muebles. Más tarde metía un bolígrafo en la cerradura para ver si podía tirar las llaves, se cansaba y respondía mensajes sobre precios, tiempos de entrega y colores disponibles.

Cuando ya le parecía que no era tan desquiciado llamar a los bomberos, llamaron a la puerta.

–Hola, ¿hay alguien ahí? –La voz desconocida era bastante ronca pero no raspaba–. ¡Hola! –tocó el timbre un par de veces.

–Sí, estoy encerrada, se me quedaron las llaves trabadas. Soy Camelia, vivo abajo pero acá tengo mi estudio de carteras. –*¿Estudio de carteras? ¿Qué dices, Camelia?*, pensó y se acercó rápido a la puerta, tampoco es que hubiera tanta distancia–. ¿Podrías intentar mover las llaves? Se pegó un portazo y creo que la llave quedó con media vuelta y por eso no puedo sacarla ni empujar ni nada.

Del otro lado, silencio.

–Aquí estoy. –Un instante más tarde apareció la voz de musgo–. Fui a buscar un martillo y una llave partida que tengo guardada porque en mi apartamento ocurre lo mismo. ¿No te pasó nunca antes? –Y quitó de un golpe la llave trabada y luego se escuchó, sin esfuerzo, como se abría la puerta.

–Me llamo Valentina, pero me dicen Tita, vivo justo al lado –se presentó y le dio la mano como si fuera una reunión de negocios. Había algo de picardía en su modo de arrastrar las palabras.

–Hola, soy Camelia. Gracias. –Y Camelia extendió la mano y sintieron electricidad. Una fiesta de pelitos erizados. Se soltaron y se rieron, y al rato Tita le pasó por debajo de la puerta una notita con su número de teléfono: "Agenda por si vuelves a quedarte encerrada o precisas ayuda para Rezar". Lindo juego de palabras. Lindo juego.

Se conocieron de casualidad, sí. Qué fortuna cuando las

eventualidades se ponen de tu lado y qué suerte que no le hizo caso a Azucena. *La planificación extrema es la base del aburrimiento*, pensó Camelia, y agregó a viva voz lo que nunca le diría si la tuviera delante:

–Y si no mira cómo terminaste con Federico, hermanita mayor.

Luego de ese día, Tita pasó casi a diario. Siempre en horarios diferentes, con su ropa *oversize* tan moderna, su maquillaje flúo, sus anécdotas graciosas, su modo rebelde de ver el mundo. Camelia le contaba de su familia, del último novio nerd que la dejó, de sus hermanas atentas y de sus padres muertos y de su abuela viva. Y le gustaba el ritmo con el que Tita le respondía siempre sin juzgar. *Será la edad*, pensaba, la juventud es más libre. Pero Tita no era una nena, tenía veintinueve años, siete menos que Camelia, casi nada a esta altura de la vida de ambas. Tita cambiaba los colores de sus rizos decolorados una vez por semana y Camelia jugaba, sin decírselo, a adivinar cuál iba a ser el próximo tono, y los usaba de inspiración para pintar sus flores y para diseñar sus bolsos. *Hay cosas con las que se nace*, pensaba Camelia, *yo me pinto mechones de colores y parezco una Barbie usada, pero a Tita esos colores le quedan como si fuera un cuadro futurista en vivo y en directo*.

En la práctica, a medida que ganaron confianza, Tita la ayudó a pensar los nombres para las colecciones, a ponerles precio a los productos y a muchas otras cosas, pero, sobre todo, Tita le dijo que podía mucho más de lo que Camelia creía que podía y entonces se esforzaba para que su nueva amiga no se decepcionara.

–¿Por qué “Rezar”? –preguntó un día Tita mientras le limpiaba la computadora portátil de algún virus.

–Porque mi abuela Ágata siempre me dice: “Camelia, hay que aprender a rezar antes de que haga falta rezar” –le respondió mientras miraba a su amiga y, lento, la recorría. Le encantaba Tita cuando estaba concentrada. Trabajaba en Sistemas, igual que Begonia y que Diego. “Sistemas” es como una bolsa sin fondo, en realidad los tres hacen cosas diferentes, pero a Camelia, la verdad es que no le importaba. Se detuvo en las uñas cortas de Tita, decoradas con formas geométricas negras y blancas. Una obra de arte en esa piel de miel.

–¿Es muy religiosa tu abuela? –le preguntó Tita que ahora le estaba “ordenando” el escritorio de la computadora.

–No, diría que al contrario. Creo que lo que quiere decir es que

tengo que tener herramientas para cuando me hagan falta; no puedo construir un remo cuando el bote se está hundiendo. Y a mí me gusta mucho el verbo "rezar". –Escribió en el aire con la mano–. Rezar es un imperativo, un deseo, un recordatorio. Es todo lo que quieras.

–¿Y tú rezas? –Tita terminó con la computadora, abrazó sus rodillas y se hizo una bolita en el taburete. Era alta y delgada, muy femenina, pero de un modo diferente a Camelia, que también lo era. Si existiera el oxímoron de ser andrógina y femenina al mismo tiempo, Tita lo encarnaría.

–Sí, rezo. Pero no sé bien a qué. Si existe un Dios solito yo tendría que estar furiosa con él. Veinte años tenía cuando se murieron mis papás, imagínate. Prefiero pensar que hay muchos dioses así me puedo enojar con alguno y seguir rezándole a los otros –se rio Camelia y se rio Tita.

* * *

Hoy, un par de meses después, Camelia podría repetir esa conversación casi con las palabras exactas. Y otras también. Del mismo modo que se le entusiasma la piel cada vez que recuerda alguna de las veces que se rozaron por accidente o porque se acercan cada vez más. No comprende bien lo que le ocurre con su nueva amiga, sobre todo porque no se caracteriza Camelia por enfrentar incomodidades. Mejor evadirlas. A ella le gustaron siempre los hombres; le siguen gustando, de hecho, pero si existe la posibilidad de que se sienta atraída por las mujeres, o al menos por Tita, no es un tema que vaya a charlar consigo misma justo ahora. Ahora, en realidad, lamenta no haberse traído una porción del pastel que sobró del cumple de su abuela que festejaron anoche.

El pastel que Azucena le encargó a ella y que ella, obediente, llevó y que luego su abuela guardó en un *tupper*. A veces se pregunta cómo será ser Begonia y dejar atrás las cotidianidades de la familia y empezar de nuevo. Ahí en un lugar en donde nadie le pregunte si "esta vez sí se va a tomar en serio el emprendimiento" o en donde no haya que ir ni a comprar pasteles ni a visitar las tumbas de sus padres porque un océano de distancia sirve de excusa para muchas cosas. Le gustaría no extrañar tanto a Begonia y tener la posibilidad de extrañar, aunque sea un poquito, a Azucena. Le intriga saber cómo

sería ella en otro lado, pero no le intriga lo suficiente como para probarlo.

Al final esto de vivir abajo de su trabajo solo parece apretar el tiempo para que siempre llegue tarde y hoy, igual que ayer, no desayunó. De todos modos lo de "tarde" es relativo, ella se pone los horarios, nadie la obliga, y entonces pesa más porque es su propio reloj de impuntual y a nadie se decepciona tanto como a una misma.

Qué rica una porción de pastel del cumple de la abu en los platos con el borde dorado de la abu, piensa Camelia. Vive a dieta, tiene tendencia a engordar. "Lo que tienes es tendencia a disfrutar la comida, Came, deja de pelear contra tu naturaleza" le dice su abuela que se enoja cuando Camelia no come para que le entre el jean que guarda, esperanzada, hace más de diez años. Escucha un ruido en el pasillo y juega a las estatuas para ver si identifica el paso de zapatos optimistas de Tita. Hay personas que pasan años en tu vida y que nunca tienen la importancia de otras que son nuevas y que, sin embargo, te fundamentan las emociones.

Suena el timbre, pero el del portero electrónico. No es Tita entonces o sí pero siguió de largo.

–Hola, tengo una entrega para Rezar, para la señorita Camelia –le responden cuando pregunta. Sabía que no era una clienta, porque todas son con cita.

Le dejan cuatro cajas medianas y se aguanta los gritos de alegría hasta que el mensajero se va, y cuando cierra la puerta baila sola en el *showroom* y les agradece a los dioses que le quedan y a ella misma y a Tita, aunque no está, por lo que las cajas tienen.

Camelia pinta flores con óleos, pinta flores con lápices y pinta flores con un programa en la *tablet*. Tita la convenció de llevar esas flores a sus productos, a ella le parecía una locura. Le mostró cómo era el proceso de impresión en telas y luego buscaron juntas presupuestos y Camelia diseñó su primera colección de pañuelos. Se llama Hermanas, pero aún no se lo contó a sus hermanas. Son cuatro pañuelos, uno con cada flor, y el cuarto con una estampa que entrelaza azucenas, begonias y camelias. Son bellísimos, son enormes y, sobre todo, son reales. Camelia pudo pasar de sus deseos a lo tangible y lo que siente es embriagador. Está enamorada de sí misma. Luego vendrán, planificaron, los pareos y las camisas, los cuadernos y los cojines; todo con las flores de Camelia, que no puede esperar a que llegue ese

momento.

–Mi suerte cambió –le dijo a Tita unas semanas atrás, justo después de encargar ese lote de pañuelos.

–No, Meli, en todo caso tú cambiaste tu suerte; no me hagas decir frases de cartón, por favor. –Y estaban tan cerca que Camelia sintió como si la barriga se le agujereara y se alejó y se fue a responder mensajes para cambiar una urgencia por otra. Deseaba lo que no quería ni mencionar.

Camila mira las cuatro cajas y evalúa si la espera a Tita que no llegó, (*¿por qué no viene Tita? Qué cosa que no está Tita. ¿Qué hace Tita que no viene?*), porque siente que si no fuera por ella esas cajas no estaría ahí. Su suerte tal vez cambió cuando la conoció a Tita.

–Basta, Camelia, basta, es una amiga, ya te vas a decepcionar, Camelia –dice en voz alta y se obliga a abrir las cajas. Qué lindos son. Despliega cuatro, uno de cada uno, y los va probando en sombreros, atados en carteras, en su cabeza y en su cintura. Camelia es asesora de imagen, y con la ropa, como con todo, juega. Qué pena que no llegaron antes, hubiera sido hermoso llevarlos al festejo de Ágata. Imagina Camelia a su abuela envuelta en el pañuelo florido y a sus hermanas, finalmente, orgullosas de ella y de Rezar. Begonia ya conoció el *showroom* y se fue tan contenta. Azucena pasa seguido y siempre tiene un cuaderno para enderezar, una vela en sus finales para tirar y una taza para enjuagar. Camelia la deja, sabe que es su modo de sentirse útil.

Cuando ya están casi todos los pañuelos ordenados en las estanterías, y mientras Camelia planifica la sesión de fotos para publicar la colección nueva en las redes sociales y en la tienda online, suenan tres golpes en la puerta. Primero uno, silencio y los otros dos seguidos. Ahora sí, es Tita. Se acomoda el pelo largo y desobediente Camelia y, sin darse cuenta, se humedece los labios.

Entra Tita con una bolsa de papel de la pastelería de la otra cuadra sostenida con los dientes y dos vasos de café para llevar, uno en cada mano. Cierra la puerta con el pie y sus ojos comparten la alegría de

Camelia, que la ataja los cafés y las confituras y a ella misma.

Se abrazan como nenas, pura felicidad, pero Camelia advierte la pujanza de los huesos puntudos de su amiga, los senos pequeños de Tita aplastados contra los suyos, grandes y simétricos gracias a las siliconas, y el olor de Tita, mezcla de piel y perfume, de respiración y ganas. No recuerda haber sentido un aroma tan hipnótico y tan íntimo. Dejan de bailar, Camelia se siente mareada, Tita está tranquila y ajusta su brazo en la cintura ancha de la mismísima dueña de Rezar y la acerca aún más. Camelia siente que se va a desmayar. *Qué ridiculez*, piensa pero no lo dice, *no tengo quince años y me gustan los hombres y además si quiero tener hijos este no es el camino más fácil*, se repite, intensa e inoportuna. *Azucena se infarta*, insiste en su cabeza, como si ese fuera el argumento definitivo. Tita pide permiso con la mirada y Camelia no tiene respuestas para sí misma, menos para compartir, pero cierra los ojos de pestañas rizadas y suspira mientras, como en una película, la boca de Tita le roza los labios y siente lo que siente cada vez que se tocan por accidente, pero amplificado por mil millones. No lo decide, pero sabe que su boca va a devolverle el beso a Tita para estirarlo por años, para quedarse para siempre ahí, porque mientras se besen no van a tener que hablar del tema, ni tendrá que plantearse nada internamente ni va a tener que contarle a los demás ni va a perder a su amiga Tita como perdió a todas sus parejas.

Justo en ese momento suena el celular de Camelia y Camelia siente cómo sus músculos vuelven a tomar consistencia y unen sus huesos que estaban sueltos y desparramados entre los brazos y los besos de su vecina, y se va de Tita y se abalanza sobre el teléfono como si le fuera la vida.

–Hola, Lucía, ¿cómo anda? Cálmese, Lucía, no le entiendo; no me asuste Lucía. –Tita la mira fijo y se acerca, pero a Camelia ya se le desdibujó el contexto.

Lucía, una de las amigas de toda la vida de Ágata, viuda de uno de los mejores amigos de Valentino, le cuenta que Ágata nunca llegó a su desayuno de cumpleaños y que les pareció raro porque es tan puntual Ágata, y que además le habían pedido el café con leche y se le enfrió y que entonces como estaban a dos cuadras, como no atendía el teléfono, fueron con regalos y todo al edifico y que estaban todas, las cinco amigas, con sombreros de cotillón porque querían sorprenderla ahora que se podían volver a juntar porque estaban vacunadas,

aunque ya todo les daba mala espina y que le insistieron tanto a Néstor, el portero, que Néstor fue hasta el apartamento y como tenía la llave del lado de adentro no pudo abrir y que Ágata seguía sin atenderlos y que Azucena seguía sin atender el teléfono y ninguna tenía ni el número de Begonia ni el de ella y que recién ahora Néstor se lo dio y por eso la está llamando, pobrecita Camelia que ya perdió a sus papás.

Camelia está sentada en un taburete de peluche, pero no tiene idea de cómo llegó ahí. Tita la sostiene sin molestar, atenta a cada palabra. Camelia está muda, quisiera colgar. Sabe lo que viene y mientras no lo escuche vivirá en un tiempo detenido, en un espacio mágico en donde su abuela aún está viva, como hace unas horas, como hace menos de un día, cuando le dieron los regalos y le cantaron el feliz cumpleaños y guardaron los restos del pastel en un *tupper*.

Sigue explicando Lucía al teléfono y habla tan fuerte que Tita escucha todo y le ahorra a Camelia tener que repetir lo que no quiere nombrar. Llora Lucía que tuvieron que llamar a los bomberos y que ahora ya todas se quitaron los sombreros de colores y que su abuela, la de Camelia, siempre fue la primera en todo y en esto también, que es la primera del grupo en irse, que todo el edificio está en el pasillo, que la querían tanto a Ágata y que no las dejaron pasar porque no son familia, qué saben ellos, si compartieron la vida con Ágata, sobre todo ella que fue compañera de viudez, y que les dijeron que parece que Ágata está dormida y no sufrió y que ahora está con Valentino y con Helena en el cielo.

Listo, suficiente. Camelia deja caer su teléfono porque le pincha la mano, la oreja y el corazón, y siente que su cuerpo lo va a seguir, pero Tita la ataja y la abraza y ahí otra vez está su amiga. No queda nada de la tensión de hace un rato. Hay caridad y promesa de cuidado en ese abrazo que no quema, sostiene. Camelia llora suave y se le caen algunas de las pestañas por las que paga cada quince días, y se limpia los mocos con sus uñas de arcoíris y no puede pensar. Llora porque le pesa tanto esa tristeza repentina que si, al menos, descargara agua tal vez podría levantarse de ese taburete para volver a tomar el teléfono y llamar a sus hermanas para decirles que ahora, ahora sí, están solas en el mundo.

Tita le ordena los rizos con suavidad y le besa la cabeza con dulzura. Pasa el tiempo igual que cuando charlan: no se sabe si fueron

dos minutos o dos días de tan fluido, de tan natural, de tan íntimo. "Meli", susurra Tita para traerla otra vez a la realidad, porque igual duele en todo lados, y Camelia acomoda de a poco la congoja porque total no es algo que se vaya a arreglar en dos minutos de llanto, no es que una cliente le devolvió un bolso o un novio la dejó sola justo un sábado. Las *drama queens* como ella solo ejercen el escándalo cuando de verdad no duele.

Vuelve a intentar con el número de Azucena, es casi imposible que su hermana mayor, la que dice que hay que andar con ropa interior buena cuando una sale a la calle por si tiene un accidente y la llevan al hospital, no atienda el teléfono. El pecho agitado de Camelia no admite la idea remota de otra tragedia, así que Came hace la lista mental de posibilidades mientras suena el teléfono: *se quedó sin batería, raro pero pasa, está conduciendo, está en el médico, se está bañando, le robaron el celular…*

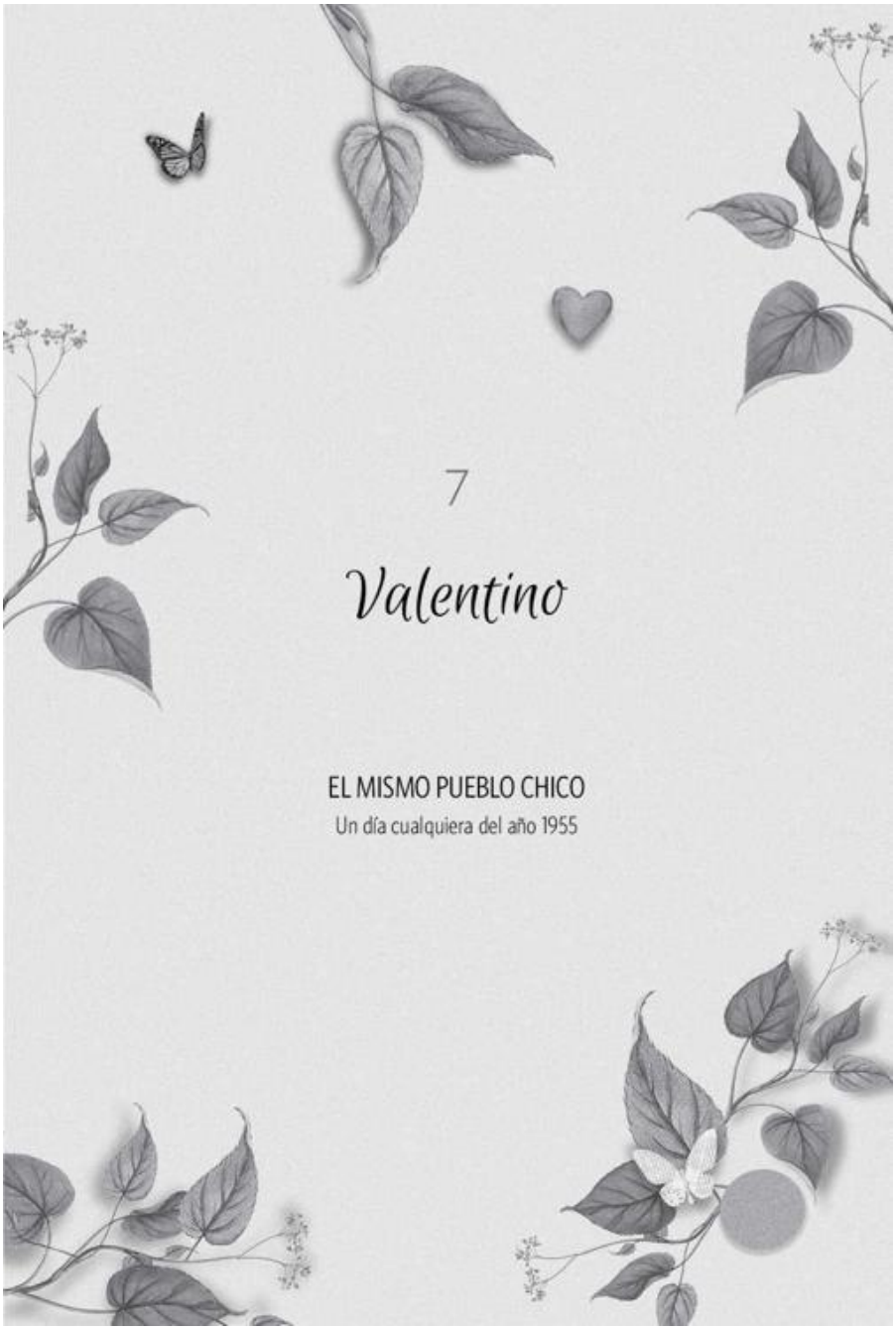
Entre llamado y llamado, Camelia mira los pañuelos que su abuela no va a lucir nunca, cierra los ojos con fuerza para recordar la voz de Ágata, se suena los mocos, toma sorbitos de agua, llora un poco y se deja atender por Tita que se anticipa con el pañuelo de papel, el vaso y el abrazo para que, al menos, Camelia no tenga que ocuparse también de eso.

De repente recuerda que tiene otra hermana, pero que ya debe estar arriba del avión. Los aviones son la segunda casa de Begonia y este tipo de mensajes no se dejan en el contestador. Pobre Begonia, cuando te vas lejos dejas lo malo, lo bueno y lo excepcional, como esto, lo que pasa una sola vez. Quedarse tiene un costo también. Es que vivir lo tiene.

Solo para mantenerse ocupada, Camelia marca el número de Begonia y al segundo pitido, su hermana del medio atiende.

–Hola, Came, ¿todo bien? Estoy por embarcar. –La voz de Begonia se parece bastante a una noche serena. Pobre, no sabe.

–No te subas al avión, Bego, por favor, quédate, se nos murió Ágata, vuelve. Por favor, ven. –Y entonces Camelia ya no ve la necesidad de contenerse más y llena el teléfono, su garganta y los días que las esperan, de un llanto sin consuelo.



7

Valentino

EL MISMO PUEBLO CHICO

Un día cualquiera del año 1955

“Seamos amigos” me dijo, pero yo lo odio. Lo odio porque pasaron diez días y diez horas y aún no volvió. Para ser amigos, como mínimo, hay que estar presente. O mandar una carta. O una paloma mensajera. Cada día que pasa, además, se reafirma mi idea de que me voy a morir acá, vendiendo paquetes de harina y huevos envueltos en periódicos viejos. Qué destino gris igual a tantos otros destinos grises. ¿Será que es necesario que haya muchas como yo para que puedan existir las Eloísas y las Liz? ¿Y quién decide? Porque quiero pertenecer a ese grupo y no a este.

“Seamos amigos” me dijo, tan petulante con su nombre de galán y con su estampa y su altura al tono. No debe haber galanes bajitos. Y ahora tengo una tristeza tan grande que no me reconozco. No me alcanzan las letras que escribo ni las flores que dibujo para distraer la angustia. Ahora que volví a dibujar solo dibujo flores y les pongo el nombre botánico que siempre se parece más al nombre de un remedio que al nombre de una flor, y busco flores nuevas porque si no encuentro nada nuevo me marchito y pienso que tal vez por eso las dibujo, para que no se sequen como siento que me seco yo porque dijo “seamos amigos” y nunca volvió.

–Tu hija está madurando, Nelly –le dijo papá hace unos días a mamá porque yo tomaba más turnos de atención en el almacén que los que ellos me pedían y salía corriendo, alarde de responsabilidad, cada vez que escuchaba que alguien entraba. Luego debía mantener mi entusiasmo aunque me importara nada lo que me contaba Ramona, la mamá de mi amiga Marcelina, mientras me pedía esencia de vainilla y azúcar morena.

–Tito, no te engañes, se trae algo entre manos. A Ágata el almacén le queda chico, le creo el arrebato, pero seguro no tiene que ver con el negocio –lo desilusionó Nelly, y qué rabia que siempre tenga razón. Tendría hijos únicamente para develar el misterio de si madre se nace

o madre se hace.

Dolor de barriga. Ojeras de noches vacilantes. Pérdida de apetito. Ansiedad. Si esto es el amor, es una porquería. Me engañaron. No hay mariposas, son más bien murciélagos hambrientos. *Tampoco sabes si es amor, Ágata*, me digo. Tal vez es solo la certeza de que no hay que dejar pasar ninguna oportunidad de salir de aquí, y entonces cuando aparece alguna, hay que sujetarla fuerte. Al final tanto radioteatro me hizo mal, como me dice Marcelina: "No existen esos amores, por eso yo con Santos estoy bien, porque está acá, es trabajador y hasta está terminando el colegio". Pero Santos no la mira con esos ojos, y después de esa declaración de principios románticos fríos y tristes anda Marcelina llorando por los rincones y suspirando largo, como una heroína sufrida porque las manos anchas y cortas de Santos aún no la tomaron por la cintura. Al final el amor sí es como el de los radioteatros, me digo y me desdigo, solo que a veces tiene escenarios más vulgares.

–Papá, hay que pedir más galletas de las que vienen con papel, esas finas. –Llevo un control quirúrgico para que cuando venga, ojalá que Valentino y no don Omar, tengamos de esas, no sea cosa que no haya y vaya al negocio de ramos generales del señor Ricardes. "A la suerte hay que ayudarla", dice mamá a menudo y tiene razón.

–¿De las que llevaron los abogados? –acota Nelly sin levantar la cabeza de su bordado, y no sé si me sospecha o si los nombra de casualidad–. Ágata, los platos en orden, por favor, de mayor a menor, no da lo mismo. –Esta mujer debe tener ojos en la nuca, si no no se entiende. Vuelvo a empezar con los platos. La torre era más linda mezclada, con platos grandes haciendo equilibrio sobre platos más pequeños. En el riesgo hay belleza, Nelly, pero ni te lo digo porque no lo entenderías.

Lo odio por no volver, pero también lo entiendo. No hay mucho aquí. Lo odio por no volver, pero también me odio a mí porque al final lo que yo quería era ser la secretaria que estaban buscando y no sé cómo eso se convirtió en mi mano escribiendo su nombre con letra con rizos una y otra vez, y en mis labios secos porque, casi ni me animo a pensarlo, no me besa. Soy una decepción para mí misma y mi promesa de futuro independiente. Lo vi solo diez minutos y, tengo que reconocerlo, no fue justamente una escena romántica, sino más bien una comedia de enredos que a mí no me causó ninguna gracia pero a

él, según recuerdo, sí. Un motivo más para odiarlo.

–Mamá, y ya que los nombras, no vinieron más los abogados esos, ¿no? –Me hago la desentendida, pero intuyo que me sale pésimo. Mi peor pesadilla es que venga y yo esté, por ejemplo, en el colegio. Un desperdicio. No termino de entender si Valentino sería para mí una puerta a la autonomía o solo un cambio de celda. Valentino o cualquier amor… Qué tortura esta idea.

–Ágata, ya me preguntaste varias veces en estos días. ¿Qué te pasa? ¿Tú estás detrás de ese puesto de secretaria por el que le consultaste a tu padre? –Y algo de verdad hay en la pregunta de mamá.

–Sí, mamá, la verdad es que sí. Las mujeres de ahora tenemos que tener más herramientas para enfrentar el mundo. –Parezco el director del colegio cuando se va por las ramas en los actos patrios–. Me encantaría tener ese puesto y aprender porque el trabajo nos hace mejores personas, mamá, nos hace dignas y también nos hace mejor partido para casarnos.

Mamá escupe la risa y yo contengo la mía, me cuesta, pero las mejillas se me vuelven rojas como el sol de los atardeceres de verano sobre el campo aburrido pero hermoso. Igual.

–Bueno, Ágata, bueno, pero tendrás que ver cómo acomodas tus tiempos entre el almacén, el colegio, la estación y vaya a saber qué más. Hija, te necesitamos acá.

"Acá" es en el ElAlmacénQueNosDaDeComer, pero es algo que resolveré cuando llegue el momento. Mientras *seamos amigos* no vuelva, la estación de trenes, mi trabajito de los sábados, sigue siendo mi lugar preferido. Ahí juego a que soy grande y no necesito que nadie me salve. Me salvo sola porque imagino que un día me pagan por escribir y soy yo la que les da trabajo a otras personas, pinto capullos, pimpollos, brotes y yemas que se venden carísimas, y me voy, como Eloísa pero sin capitán, a recorrer países con nombres difíciles, y un día mamá me cuenta que *seamos amigos* preguntó por mí pero para entonces yo ya no recuerdo ni sus ojos de césped nuevo ni sus piernas de camino y promesas.

Eso mientras vendo tickets, toco la campana, saludo a los viajeros y huelo trenes. Si no fuera porque estoy detrás de la rejilla de metal de la ventanilla no podría evitar que mis pies se suban a un vagón y se vayan no sé bien a dónde, pero lejos. Es cierto que no estoy literalmente encerrada, pero las cárceles a las que nos obligamos son

las más complejas para hacer escapismo.

* * *

Once días y cien horas. Santos me acompaña otra vez a casa y Marcelina, que vive para el otro lado, inventó un trabajo práctico en conjunto para caminar con nosotros. Me guiñó el ojo cuando me dijo que "teníamos que hacer aquello" y la vio todo el pueblo menos Santos que me mira a mí como si yo fuera Valentino y él fuera yo. Qué cruel es el amor con las personas. Nos deja con expresión de tontos, Santos y yo, y también un poco ciegos, como Marcelina. Mejor ser secretaria que ser esposa, al menos en este caso.

* * *

Doce días y mil horas. Un día de muchos clientes.

–Nena, ¿está tu mamá?

–¿Está la esposa de Tito?

–Necesito hablar con la almacenera, la señora de rodete tirante, no recuerdo cómo se llama, tengo que pagar la cuenta corriente.

Ya sé por qué cuando pienso en mamá le digo "Nelly". La llamo por su nombre porque nadie la nombra. La llamo por su nombre para no olvidarlo. Porque sin su nombre, no es. Una no debería ser en función de su relación con los otros. Hace poco dije algo parecido en la clase y pensé que la maestra me iba a reprender, pero solo le causó gracia y se rio. Para mí que no me entendió, pero como ella es la maestra y yo la alumna, no sé. Le voy a decir Nelly a Nelly más seguido.

* * *

Más de quince días y ya no tengo idea de la cantidad de horas, para qué…

Estoy limpiando las alacenas y mi taza de café hace equilibrio entre las latas de guisantes y las de maíz. Hoy tomo café porque estaba hecho y no tenía ganas del ritual del té ni de nada. El día comenzó temprano, mamá acompañó a papá al médico otra vez. Ya se les hizo costumbre esto de visitar al doctor Gamietea, el hijo dilecto del pueblo que se fue para estudiar, pero volvió para quedarse. Tengo un rato de soledad, pero me dejaron tantas tareas que da igual. Luego del mediodía tengo clases en el colegio y después a dormir y después el

almacén y después el colegio y así hasta el final de la condena de mis días. Me gustaría ser como mamá y usar mis mejores ropas, que tampoco son tan mejores, para ir los domingos a misa o a las fiestas anuales del pueblo y estar en paz con eso. Me gustaría tener menos ganas, menos hambre, menos nombre. Ser solo la "hija de" para después pasar a ser la "mujer de" y finalmente "la madre de". Si tan solo pudiera hacer eso sin sufrir, sin preguntas y sin enojarme. El aroma de las bolsitas de especias que estoy ordenando es más amaderado que de costumbre, es muy rico. A pesar de oler de a una no logro identificar cuál exactamente huele así…

–Pasaron muchos días, estimada amiga. Casi que olvidé el sabor de esas galletas; necesito recuperarlo. –Valentino está pegado al mostrador, a la distancia de dos cuerpos del mío. No lo oí entrar, estaba viajando, disfrutando el paisaje rocoso de mis angustias adolescentes y siempre insatisfechas.

Estoy muda, quiero reclamarle la espera y la ansiedad. Quiero gritarle por la invitación de amistad a la que aún no le hizo honor. Quiero preguntarle cuántos años tiene y si tiene novia y si su madre lo dejaría casarse con una chica de pueblo y también quiero decirle que lo espero desde hace años y que podría pasarme horas zambullida en el verde de sus ojos para ver si se me pega algo en los míos que son de color café perro sin raza.

Quiero tanto que no me entra en el cuerpo, tomo la taza de café para hacerme la adulta, tiro las latas, todas, y el café, que por suerte ya estaba tibio, sobre mi camisa con estrellitas lilas y mi falda gris porque Nelly me dijo que negro solo cuando tenga luto y que me aguante porque ellos piensan vivir bastante tiempo más.

Su mirada divertida, mientras todo a mi alrededor se desarma como si fuera de utilería, me deja perpleja y furiosa; entonces, como si no fuera suficiente y quisiera darle el plus de bis, intentando quitarme algo del café de la falda, cruzo mal los pies y, no lo puedo creer, me caigo y arrastro todo lo que hay a mi alrededor. Mi cuerpo y el bolígrafo y el cuaderno y la mercadería son una orquesta de percusión. Lo bueno de estar tirada de este lado del mostrador es que ni me ve ni lo veo. Me bajo la falda que tengo de corsé, me acomodo el pelo y me juro que no voy a llorar. Levanto la mano para tomar el taburete que, creo, es lo único que sigue en pie, pero la sorpresa y el refugio de su mano firme son los que me ayudan a levantarme. No lo

intuyo aún, pero esa seguridad será mi nido por el resto de mi vida. Ojalá lo supiera, porque a pesar de verlo en una postura bastante poco digna, acostado como si nadara sobre el mostrador, estoy segura de que el estropicio también tiró al demonio mi futuro de secretaria y, mucho más aún, el improbable futuro de protagonista de una historia de amor digna de ser contada. Yo quería ser inolvidable, pero no de este modo.

–¿Te encuentras bien? –No se burla de mí y con eso ya casi que le perdono todo. Yo en su lugar estaría riendo con carcajadas grandes como ventanas.

–Bueno, suelo estar mejor. –Y sé que lo sorprende mi humor. Me ocurre a menudo. Él ya volvió a su lado del mostrador y yo pienso hacer como que no pasó nada–. ¿Cuánto de galletas? –me hago la desentendida–. ¿No compró la semana pasada?

–No había podido volver aún, tenemos mucho trabajo y es difícil organizarnos, pero en eso estamos. Medio kilo, por favor. –Su voz es como el brazo calmo de un río que parece poderoso y que me encantaría conocer. Valentino me calma.

–Claro. ¿Le gustaron las galletas a su madre? –Si sigo hablando de las confituras este hombre va a pensar que soy tonta–. ¿No tiene a nadie más a quién llevarle galletas? Le puedo armar otro paquete. –Me escucho y me asombro, no sé si estoy hablando o escribiendo el guion de una radionovela. A Nelly le daría un ataque si estuviera presente.

–No, no tengo a nadie más. Gracias, Ágata, prefiero venir a buscar cuando se acaben. –Me mira fijo y no sé si está diciendo lo que creo que está diciendo o si, culpa del golpe de recién, imagino cosas.

–Qué poca experiencia tienes, Ágata –¿Lo dije en voz alta? ¿Enloquecí?

–¿Dijiste algo, Ágata? –me consulta, curioso, y me quiero morir; maldita costumbre de hablar en voz alta.

–No, nada. Nada. –Seguro que mis rubores dicen lo contrario, y entonces me animo–. Es que a veces hablo sola. Bueno, sola no, hablo conmigo.

–Está bien, a mí me gusta hablar contigo así que comprendo que a ti también te guste. –Y con esta respuesta creo que él también se animó a algo–. Vuelvo la semana que viene, Ágata, hasta entonces. Gracias y cuidado, el suelo puede ser resbaloso. –Los ojos le brillan otra vez y me encanta y lo detesto en igual proporción.

No quiero que se vaya, quiero que se quede a charlar conmigo para siempre. Me gusta quién soy cuando estamos juntos y me indigna darle ese poder porque, debo repetírmelo, apenas nos vimos dos veces. Me desafía y me quita el miedo de morir de aburrimiento que, lo juro, me aterra.

–Valentino, ¿usted también es abogado? –Quiero estirar el final y no soy muy hábil, pero al menos, punto para mí, no estoy hablando de las benditas, malditas, galletas.

Se detiene ya casi en la puerta. Hoy no está vestido de traje y esa camisa blanca le queda como si la hubieran inventado para él. La camisa blanca madre de todas las camisas blancas del mundo. Si lo dibujara, sería vestido así. Si lo escribiera, también.

–No, no soy aún abogado, pero casi lo soy. Tengo veintidós años, Ágata, no me digas que te parezco muy mayor. Sé que tienes quince, me dijo mi padre, no hay tanta distancia entre tu documento y el mío, no te creas. –Y entonces sí se va y me deja redundante de información. Tiene veintidós años, no tiene a nadie a quién regalarle galletas y, lo más fascinante, habló de mí con su padre.

Qué día maravilloso, el más maravilloso en este almacén desde que se inauguró.

* * *

Una semana después, camino por las paredes, como diría mi madre. Cuando dijo “una semana”, ¿se refería al mismo día y a la misma hora o fue un modo de decir? ¿Me alcanzará una visita semanal para aguantar luego durante siete días eternos? ¿Nuestra relación se limitará a las variaciones del precio y del peso de esas galletas que, a esta altura, ya no puedo ni probar? ¿Deberé tirarme de cabeza desde una alacena para que Valentino vuelva a tomar mi mano? Demasiadas preguntas para una persona que debería estar prestando atención al pizarrón. Es que hoy se cumplió la semana y no vino. Ahora debo regresar a casa y encontrar el modo de preguntarles a mis padres si pasó cuando yo estaba en la escuela, la desgracia que temía, sin que adviertan mi congoja.

–¿Por qué llevas tu blusa de salir, Ágata? –me preguntó mamá hoy por la mañana y detesto esas preguntas abiertas que me hace. Intento descifrar a dónde me quiere llevar para tomar cualquier otro camino,

pero no siempre me sale.

–Porque la vida es una sola, Nelly.

–No me digas Nelly, dime mamá.

–Bueno, mamá –digo pero la pienso Nelly–. Porque me va a quedar pequeña, mamá y me gusta mucho, ¿y no es que quieres que me vista mejor? Aquí me tienes, en blusa de salir, para el deleite de tus ojos.

Mamá se da por vencida, más bien elige con sumo cuidado en qué duelos tomar el guante, pero me descubre, y no dice nada, arreglándome la melena antes de tomar mi turno en el almacén. Como estaba evitando hacer contacto visual con Nelly no lo puedo asegurar, pero juraría que sonreía.

Salgo rápido del colegio para evitar a Santos y a Marcelina, hoy mi fastidio no es buena compañía ni quiere conversación. Vuelvo refunfuñando, mamá me espera con una merienda esmerada y yo lo único que quiero es esconderme en mi dormitorio a escribir, a dibujar o a maldecir. Maldita adolescencia, ¿faltará mucho para que mis hormonas dejen de susurrarme al oído que el mundo me detesta?

–¿Cómo te fue en el colegio? –Mamá me sirve el té y se sirve uno para ella. Es raro verla quieta, sin nada para hacer, con las manos como banderas.

–Bien. *–Mamá, hoy no, déjame en paz*.

–Qué expresiva que estás, Ágata, ¿qué te ocurre? ¿Hay algo que quieras contarme? –Y pone los codos sobre la mesa y el rostro sobre las manos y me mira, insistente. Quisiera que venga un plato volador de esos que se ven en las portadas de las revistas científicas que llegan a la tienda del pueblo de vez en cuando y me lleve a otro planeta. A uno sin almacenes.

–Mamá, no me pasa nada, estoy cansada. Además tengo mi período. –Listo, con eso se le van a ir las ganas de conversar.

–Ay, Ágata, mira que eres provocadora. No sé a dónde crees que te lleva eso. –Me quita un mechón de la frente. Es buena Nelly. Una se puede enojar con las mamás porque las mamás nos quieren siempre.

–¿Y por acá? ¿Alguna novedad? ¿Algo inusual en el almacén? –Soy una genio. Nelly va a creer que aflojé mi hermetismo y me responderá feliz, yo obtendré la información que quiero y que no tenía ánimo para indagar. Sería una excelente secretaria de un estudio de abogados, estoy segura.

–Nada, Ágata, lo mismo de siempre. –Y esa idea parece darle

tranquilidad a mamá–. Tengo que pedir una consulta con el médico de tu papá y tengo que comprar tela para hacerte otra blusa de salir para que reserves para salir y no mucho más. ¿Por qué no vas a preparar tu tarea así luego cenamos los tres juntos? –Nelly se levanta y va directo a lavar su taza de té. En su universo no existe la idea de dejar nada en el fregadero ni por cinco segundos. Junto mis cosas y me voy a mi habitación, al menos ya falta menos para el sábado. La estación tiene la habilidad de recordarme quién soy pero, sobre todo, quién quiero ser.

Cuando ya estoy entrando, escucho la voz de Nelly que siempre, pero siempre, tiene algo para agregar

–Ah, ¿sabes quién vino hoy por la tarde? Don Omar.

Me quedo quieta en la puerta de mi dormitorio, entre la tristeza, la decepción y las ganas de gritarle a mi madre por no haberme contado esto hace un ratito, cuando hacíamos como que éramos una madre y una hija en una tarde más tomando el té sin sobresaltos.

–Dijo don Omar –sigue Nelly en el mismo tono que si estuviera hablando del clima–, que van a tener que venir todos los jueves, y que a partir de la semana que viene lo hará su hijo que no entiende por qué está tan interesado en los pleitos rurales, pero bueno, que los jóvenes se obsesionan fácil y luego se aburren, veremos. El pueblo crece, Ágata.

Me quedo quietita, concentrada en enviarles fuerzas a mis rodillas que insisten en aflojarse, y sostengo un silencio de cementerio porque necesito que Nelly me siga contando. Pero no, ya terminó y no le respondo nada, sé que en el temblor de mi voz ahogada mi mamá va a descubrir mucho más de lo que yo misma entiendo que me ocurre.

Me gustaría sentir por otras cosas lo que siento ahora mismo por esta situación, como antes con mis escritos y mis dibujos. No puede ser el amor de un hombre lo más trascendente en la vida de una chica. Eso está mal. También está mal que haya que elegir entre ser esposa y ser exitosa. O que haga falta enamorarse para salir de aquí. Estoy insoportable. ¿Será la adolescencia o seré yo?

* * *

Falta toda una semana para el jueves y cada día parece un mes. Escribo como si con las letras pudiera construirme una vida. Voy al

colegio, ayudo en casa, sigo sin apetito, trabajo en la estación, trabajo en el almacén, hago la tarea, pienso qué camisa voy a ponerme el jueves, me miro en el espejo más de lo que me miré en toda mi existencia, y confirmo que mi melena corta e insolente es mi mejor carta de presentación.

Por fin se cumple una semana desde el augurio de don Omar y la profecía se hace presente en forma de un moreno alto y de ojos verdes. Mis padres están cerca, ni fumo a escondidas ni se me cae medio almacén en la cabeza. Entra Valentino y comienza el ritual que vamos a sostener por tres jueves: llega, charlamos sobre intrascendencias, lleva varias cosas que no parece necesitar, estiramos las preguntas, nos reímos de soslayo y mis papás intercambian miradas significativas entre ellos, pero no tantas como nosotros dos. Es mucho más lo que decimos por fuera de las palabras, pero todo está ahí, en mi piel de pollo, en el tic provocador que no puedo evitar de morderme el labio de abajo y en su modo de distraerse, que tampoco puede evitar, cuando lo hago. Él se contiene mucho más que yo, se le notan las ganas y también lo que las reprime. Luego se va no sin antes asegurar que nos vemos el jueves que viene, más o menos a esta misma hora. *A la hora en la que no viene nunca nadie*, agrego en mi cabeza. Me quedo mareada y me lleva un rato volver a las menudencias de mi vida. Si esto es el amor, sigo filosofando sobre el tema, es una incomodidad para el funcionamiento normal de las personas. ¿Él sentirá lo mismo? ¿Ya le habrá pasado con otras chicas? No ser la única es tan doloroso como no ser ninguna en su lista.

Nelly, que me conoce más de lo que yo quisiera, no dice nada. Imagino lo que le cuesta. Pero los jueves aparecen planchadas mis blusas favoritas aunque, por las dudas, siempre están los dos en el almacén hasta que se va Valentino, luego mamá sigue con sus tareas y papá va al depósito. No sé bien si lo hacen por las apariencias, para cuidarme a mí o para cuidarlo a él.

El cuarto jueves, mamá tiene que acompañar al médico a papá, otra vez, y me dicta un decálogo de recomendaciones llenas de doble sentido del estilo de “nunca debemos ser irrespetuosos o entrometidos con los clientes”, “no se preguntan cosas personales”, “una señorita de buena familia lo es sobre todo cuando no están sus padres presentes” y varias ridiculeces más que me dan un poco de ternura. De todos modos, Nelly se va refunfuñando, se ve que mucha confianza no me

tiene. Pobre mujer, no puedo decir que no tenga motivos.

No sé bien qué esperar, pero al menos hay un cambio: sin mis padres es otro escenario y cualquier cosa que rompa lo previsible me resulta fascinante.

Pero no viene. Ya pasó media hora desde su horario habitual y nada. Qué falta de compromiso, Valentino, tan señorito que se lo ve, tanto pelo con fijador. En este rato me atravesó todo el arco de emociones que conozco, desde la ira hasta la tristeza. Flechas con buena puntería para mi ansiedad decepcionada.

Salgo al patio interno y me encantaría tener un cigarro, pero tampoco. Y mamá y papá tienen los paquetes contados. Podría pagar uno con mis ahorros y anotarlo en la lista con un nombre cualquiera, muchas veces entra gente de paso que no vuelve. Clientes ocasionales. A esos en el cuaderno les ponemos "señora" o "señor". Yo quise inventar nombres estrambóticos, es más divertido que se llamen "Gertrudis" y "Filomeno", pero mis papás confunden siempre mi imaginación con mi inmadurez y no tengo tanta experiencia como ellos, pero estoy casi segura de que no son lo mismo. No es que quiero jugar. Quiero creer.

No voy a pagar un paquete de cigarros, son muy caros y Santos consigue siempre de un tío medio borracho que cree que los pierde y, avergonzado por su realidad, no los reclama ni los busca. Puedo esperar. Para fumar puedo esperar, a Valentino no lo puedo ni lo quiero esperar ni un segundo más. Habrase visto.

Estoy furiosa otra vez.

–Hola, amiga, ¿un cigarro? ¿O dejó el vicio? –Valentino está en el patio, no lo oí entrar. No llego a responder y él enciende uno que le cuelga al costado, en la comisura de su boca. Pierdo toda dignidad y lo miro fijo, sin disimulos, quiero retener la belleza descarada de esa imagen.

Me ofrece el cigarro mojado con su saliva para que yo lo ponga en mi boca. Una locura que jamás se me hubiera ocurrido. Un gusto prohibido, pero inocente, se acaba de convertir en un acto tan provocador que no puedo terminar de entenderlo. Pito largo para adivinar exactamente a qué sabe su boca. Qué cosa rara que es crecer, hasta hace muy poco los besos me importaban lo mismo que la cocina: nada. *¿Los besos? Amiga te dice, Ágata, amiga. No lo olvides*.

–Llega tarde –digo como para que me den el premio al

atrevimiento. En una sola frase rompí casi todo el decálogo de "la señorita de buena familia" que me recitó mamá hace un rato. Y en una jugada maestra, le paso el cigarro encendido que acabo de sacar de mi boca. Una jugada maestra para que piense que soy una cualquiera, como las chicas atrevidas de las películas, digo. Quiero que la tierra se abra y me trague. Contrólate, Ágata.

Valentino toma el cigarro, me mira y me hundo en como él me ve, mar verde de corrientes siempre plácidas que hoy parecen encendidas con mil fuegos. Lo lleva a su boca, no deja de mirarme, y luego suelta humo como si en el pecho le entraran todos los suspiros que me vengo guardando.

–Perdón, Ágata, se me complicó la mañana, muchos clientes. Tendré que quedarme unos días, pero además, quería comprobar si sus padres estaban aquí a toda hora.

Estamos siendo tan descarados los dos que esto bien podría ser mi imaginación.

–Podría haber pasado que la que no estuviera fuera yo. –Veamos si estoy soñando o no. Jalemos de la cuerda, quiero saber si hay resto.

–Hubiera vuelto mañana, amiga. Y el jueves que viene –dice y me gusta más cuando me dice Ágata. ¿Quién está escribiendo el guion de este sueño, que me quiero quejar?

–Qué bueno que tenga tanto trabajo y tenga que volver seguido. Deberán contratar rápido una secretaria, recuerdo que lo mencionó su padre. –*Y si soy yo, mejor*, pienso, pero no lo digo, no sé bien por qué si total ya dije varios disparates irreproducibles.

–¿Quieres venir mañana a conocer el estudio? –No lo esperaba, ¿no será mucho? Y redobla la apuesta–. Es muy cerca, podrías traerme un pedido si tus padres no te permiten venir sin motivo. No estaremos solos, diles. –Me trata de usted, luego me tutea, me convida la saliva de su boca y más tarde quiere tranquilizarme diciéndome que no estaremos solos. Valentino, ponte de acuerdo que las mujeres tenemos menos tiempo que los hombres, aunque tú ahora mismo seas más grande.

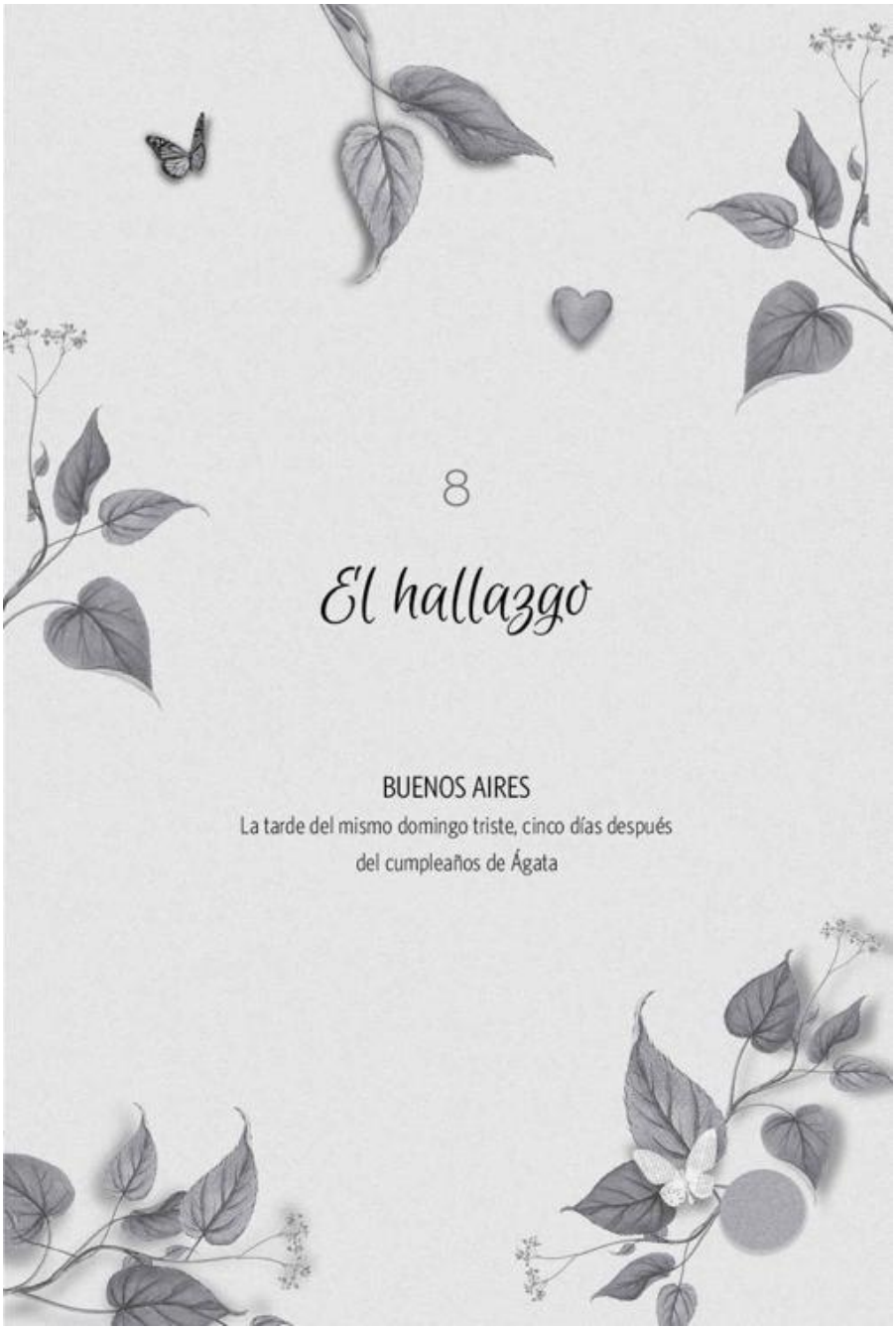
Conocer el estudio me parece un gran plan. Además, no tengo dudas, es tan suspicaz, que quiere ofrecerme el puesto de secretaria. La sola idea de estar en contacto con él todos los días, aunque sea por teléfono, me resulta embriagadora. Ya puedo ver esos viajes a la ciudad que seguro serán necesarios, porque como yo, nadie tan

eficiente. Tendré que convencer a mis padres, no será sencillo, pero tengo el antecedente de la estación y ahora mismo, además, me siento invencible. Si esto está pasando, todo puede ocurrir. Primero el puesto de secretaria, luego la ciudad y más tarde, no sé bien cómo, pero no importa, seré esa escritora, que tampoco tengo claro qué escribe, famosa. Estudiaré, pero tampoco elegí carrera. Es difícil desear lo que no se conoce; hago lo que puedo.

–Mañana por la mañana, luego debo ir al colegio. –No sé por qué dije eso, ahora va a pensar que soy una nena. Una nena de pueblo. Una nena de pueblo con el pelo cortado como nadie lo lleva. Una nena de pueblo con el pelo cortado como nadie lo lleva que fuma a escondidas con un casi desconocido. Mejor no sigo porque me voy a poner a llorar como cuando era pequeña y no usaba sujetador y me podía tirar a hacer caprichos en el suelo como si fuera una actriz de Hollywood. Ahora si me pongo la mano en la frente, palma para afuera, papá se ríe y Nelly me ignora. Crecer está buenísimo, pero tiene sus cosas.

Valentino apaga el cigarro con su zapato, espejo negro, levanta la colilla y se la pone en el bolsillo. Escena del crimen limpia. Me dicta la lista de la mercadería que debo llevar mañana, la voz ronca como si me estuviera diciendo cosas importantísimas. De a ratos se nos espesa el aire y no logro identificar qué es esto que siento. Siento el vientre torpe, como las palabras. Después él se va y yo me quedo, triunfadora.

Fue el mejor día de mi vida y no sé cómo apresurar el tiempo para que, ahora mismo, ya sea mañana.



8

El hallazgo

BUENOS AIRES

La tarde del mismo domingo triste, cinco días después
del cumpleaños de Ágata

–Acá estoy. –Entra Begonia con su mochila al hombro. Saca dos sobres de papel blanco y le da uno a cada hermana–. ¿Qué hacen en la sala? Las dejé en la habitación.

–Es que te fuiste de repente, Begonia, y habíamos quedado que del dormitorio nos ocupábamos las tres. Te esperamos, cuando te tenemos acá, te esperamos –responde Camelia y saca la copia de la foto del sobre que le acaba de dar su hermana del medio, y se la queda mirando. Sonríe sin darse cuenta. Y se le cae una lágrima, también, sin notarlo.

–Tu habilidad para irte, hermanita, esta vez no te funcionó –refuerza Azucena y saca su copia del sobre y se detiene en los detalles, como si nunca hubiera visto esa foto.

Ágata joven, con una melena cortita y la mirada encendida. Ágata joven sobre una pared de ladrillos, en blanco y negro, con la boca entreabierta, los labios gordos de adolescencia, un pie adelantado, como si estuviera por dar un paso, el brazo contrario estirado queriendo sujetar algo. La piel le brilla y las pestañas están a punto de levantar vuelo. Ágata más viva que nunca, ahí, eterna en una foto de la que ahora las tres tienen copia.

–Tardé diez minutos, chicas, está todo abierto en Buenos Aires, me encanta. En casa la ciudad entera duerme la siesta. Un domingo a la tarde lo único que puedes hacer es tomar una caña de cerveza o un café negro. Y no tenía más tiempo, no protesten y vamos a terminar con esta habitación. –Decidida, va hacia el dormitorio y entra. Las otras dos la siguen–. Nunca pensé que este viaje iba a terminar así.

–Y eso que después de la muerte de mamá y papá deberíamos estar preparadas para cualquier cosa –aclara Azucena, pero sabe que no es cierto, que el dolor se renueva cada vez que se presenta y que, además y por suerte, siempre prevalece la esperanza. Lo contrario a la esperanza es la monotonía, es vivir en piloto automático. Lo sabe por

experiencia propia.

–¿Ustedes piensan a diario en mamá y en papá? –investiga Camelia que sí, que los recuerda varias veces por día y que los extraña, sobre todo cuando los necesita. Incluso, a veces, sobre todo a Rodrigo, los llora.

–No sé si a diario, pero sí, los tengo muy presentes. Recuerdo frases que me decía mamá… la sonrisa de papá… Los recuerdo escribiendo. Se les salían las palabras del cuerpo –dice Begonia mientras abre las dos puertas del armario–. ¿Esto se tira todo?

–¿Cómo vamos a tirar ropa que otra gente puede necesitar, Begonia? No seas tan desamorada, por favor. Se dona –rectifica Azucena.

–Yo tal vez quiero algo. Esa pila de sombreros casi casi que tiene mi nombre –aclara Camelia que se sentó en "la otra cama", abrió la gaveta de la mesa de noche y no sabe por dónde comenzar.

–Yo les hablo –murmura Azucena.

–¿Eh? Y nosotras te escuchamos, Azu, ¿qué dices? –interroga Camelia, desorientada.

–A mamá y a papá, yo les hablo. Siempre les hablo. A veces no me doy cuenta y les hablo en voz alta y los chicos me dicen que estoy loca, pero yo les hablo casi todos los días –aclara Azucena.

Lo que no dice es que les habló desde un primer momento, incluso cuando estaba tan enojada que no podía ni extrañarlos y solo tenía reproches por obligarla a hacerse cargo, porque sentía que justo había quedado en el medio, entre sus hermanas menores huérfanas y sus abuelos, con un dolor que ni siquiera tiene una palabra para nombrarlo. Así que durante un tiempo los insultó y luego, a medida que fueron limando asperezas sus recuerdos y ella, comenzó a charlarles. A hacerles preguntas, a contarles sus temores. A pensar qué le diría su mamá si la tuviera al lado. Pero no está. Si estuviera a su lado se hubiera separado de Federico mucho antes porque era Helena la que la sacaba de sus modos tan rígidos, de sus fronteras tan duras y de sus juicios tan cerrados. Pero Helena está muerta y Rodrigo también y entonces ella les habla cuando se siente sola y para no olvidarlos ni olvidar quién era ella cuando aún tenía el refugio de sus padres. La orfandad no tiene edad, repite una y otra vez, pero el amor nunca muere, se insiste. Y esas palabras le traen cierto alivio cuando el pecho le duele porque teme dejar a sus hijos sin madre y sin padre.

Es que cuando algo te pasa lo primero que aprendes es que puede pasar otra vez. Porque tener padres es sentirse segura pero del otro lado, tener hijos es comprender, realmente, lo que es el miedo.

–Ah –replica Begonia y se hace un silencio de esos que estiran el tiempo, que lo encapsulan y lo amasan. Las tres aprovechan para ponerles obra a las manos dubitativas y, no sin dolor, comienzan, ahora sí, a desmantelar lo que queda de la casa en donde vivía su abuela hasta hace tan poco. Aún hay ropa de ella sin lavar, cuentas por pagar, una serie que nunca terminó de ver y ropa por estrenar. La muerte es, casi siempre, inoportuna.

El dormitorio es pequeño, pero las hermanas parecen trabajar en cámara lenta, como si tuvieran ritmo de música de sala de espera. Son minuciosas, como si lo hubieran pactado, en el contenido de cada gaveta y en el desarmado de cada percha. Se consultan en voz baja cuando dudan, están pendientes una de la otra y son aplicadas en el uso de ese bucle temporal tan sereno que saben que no va a durar para siempre. Son absolutamente conscientes de que están desarmando el último altar de su historia, lo único que queda de su pasado. Luego, la casa, las cosas y las causas de cada una serán puro presente y, con suerte, un futuro deseado.

–Pensé que íbamos a encontrar más recuerdos, más cositas de esas que uno guarda –comenta con cierto alivio Camelia, que ya terminó con la mesa de noche y se siente valiente como para encarar la cómoda sobre la que reposan algunos libros, unos cofres, una bandeja de perfumes todos abiertos y bien usados, un espejo, y debajo, seis gavetas cerradas.

–Es cierto –confirma Azucena y, enérgica, saca todas las perchas que quedan y las pone, cargadas de ropa, sobre la cama–. La abu no era de guardar nada, creo que tengo más ropa vieja yo. –Y empieza a quitar las prendas que se acumulan en una pila de ropa que pareciera no entrar en el armario del que acaban de salir. Suma al montón el último vestido que usó Ágata y que aún se lucía, tan digno y tan solitario, sobre una silla.

–Me acuerdo de que después de la muerte de mamá y papá fue ella la que vació todo. ¿Recuerdo bien? –Begonia se reconoce en eso de intentar andar liviana.

–Sí, recuerdas bien. Pero un año después, y no sé si de esto te acuerdas porque justo te fuiste, hizo una limpieza de su propia casa,

junto con el abuelo; se ve que precisaban cambiar de aire. O hacer lugar para respirar –recuerda Azucena y se deja llevar por esas evocaciones llenas de retazos de diálogos, de abrazos para que no se te caiga algún trozo, de noches oscuras y mañana inciertas.

–Y después, cuando murió el abuelo y se mudó acá, casi se vino con lo puesto. Lo puesto y la mesita de las fotos. Tal vez las cosas que nos rodean son solo la utilería de quienes somos en ese momento y luego ya no tienen sentido –suspira Camelia.

–¡Guau! Qué frase hermosa. Estás muy literaria, Camelia, ¿así de roto te dejó el corazón el programador? –Begonia se acerca a su hermana menor y le hace masajes en la espalda.

–¡No! –Estalla en carcajadas Camelia–. Mi corazón es como mis mechas rubias, lo renuevo cada vez que se pone gris. Y la melancólica que extraña el mar y no puede quedarse ni un día más para acompañar a sus hermanas acongojadas en este otoño precioso eres tú, Begonia –se da vuelta y la abraza.

–Y podrías quedarte para no dejarnos el temita de la venta del apartamento también –vuelve sobre el tema Azucena que ya tiene dividida la ropa en varios montones diferentes–. Chicas, ¿no quieren nada todo esto? Hay abrigos casi nuevos, camisetas con etiqueta, jeans más modernos que los que llevamos puestos ahora mismo. ¿No quieren mirar?

Ya no queda nada de la atmósfera mística, ahora son de nuevo el eco de las adolescentes que fueron y que juegan a estar concentradas en el desarme para no desarmarse ellas.

–No me entra nada, creo, pero me puedo llevar algo que me entre más adelante. –Camelia levanta una blusa con palomas y ramas, con hojas verdes y nubes celestes. Una blusa tan esperanzada como ella.

–No acumules por las dudas, Came. Si te entra algo ahora, úsalo. Si no te entra, no lo guardes. No precisas nada para recordar a la abuela. –Begonia esparce el contenido de los cofres de la cómoda sobre el colchón desnudo y entonces le quita el misterio y las tres se sientan en el último lecho, literal, de su abuela y revisan los tesoros. El miedo es contagioso, pero la confianza también lo es. Hasta ese momento, habían evitado siquiera rozar esa cama. Chucherías cotidianas, brazaletes y sortijas, aretes y collares. Todo más plateado que dorado, una maleza de cadenitas y colgantes que hacía mucho que no salían de sus cajas.

Se prueban y se miran, se pasan las cosas, las frotan sobre su ropa para que brillen más. Todas guardan algo y juntan el resto y lo acomodan, amorosamente, en cajitas de pana y bolsitas pequeñas. Imaginan a las personas que los recibirán, entre donaciones de camisetas y manteles, como tesoros sorpresivos. Y que nunca sabrán nada de la mujer que los eligió y que los usó y que los guardó en cofres adornados en la cómoda de su habitación y que un día los olvidó, y mucho menos sabrán de las tres nietas que deciden ahora mismo el destino de esas cosas para que en un futuro lleguen a sus manos.

–Aquí no hay joyas, son todos oropeles, cosas de mentira. Creo que no queda nada de lo bueno –describe Azucena que ya se paró y está seleccionando zapatos y carteras.

–Solo resta la cuenta del banco compartida con nosotras. Ya nos dio todo en vida –recuerda Begonia.

Un año después de la muerte de Helena, cuando a Ágata y a Valentino se les empezó a disolver el velo de la mirada, se quitaron de encima el peso de las herencias y lo acumulado, como recordó hace unos minutos Azucena. Precisaban hacer lugar para los verdaderos pesares. Se aseguraron una vejez sin apremios económicos, Valentino sabía cómo hacer eso a la perfección, e incluso, sin que Ágata estuviera al tanto, había contratado, además, un seguro de vida, a favor de su mujer, tan abultado como su carrera de abogado. Como si supiera. El resto, las casas, los dólares, los plazos fijos y los terrenos los vendieron y los repartieron entre las tres nietas. El horror de saltarse a su hija en la línea sucesoria se alivió porque “ahora las chicas son de verdad independientes, como deberían ser todas las mujeres”, se consolaba Ágata mientras Valentino le acariciaba la melena corta y las penas largas.

No era una gran fortuna y la verdad es que las chicas podían mantenerse solas, Helena y Rodrigo habían hecho un buen trabajo, pero les acortó el camino y les trajo un tema menos del que ocuparse, el de la renta del sitio en donde vivían, por ejemplo. A Azucena le dio orden, a Begonia le dio alas y a Camelia le dio tranquilidad. Porque puede que el dinero no traiga la felicidad, pero al menos trae otras cosas que no son menores. El dinero puede ser el premio consuelo menos deseado del universo.

–Las carteras están todas vacías ¿No es extraño? –Camelia, que está

ayudando a Azucena, da vuelta una cartera de color suela bastante grande y la sacude, boca abajo. No cae nada, ni siquiera migas–. Digan la verdad, ¿no les quedan en sus bolsos pañuelos, tickets de compra, goma de mascar y broches?

–No uso carteras –sentencia Begonia.

–Lo que pasa es que la abu usaba una cartera hasta que casi se le desarmaba, y recién entonces pasaba todo a otra y así –aclara Azucena–. Fíjate que esas están casi nuevas.

–Estoy pensando, me las llevaría. –Ahora Camelia sostiene en alto un bolso pequeño negro con herrajes dorados y lo examina como si fuera algo importantísimo–. Me encantaría hacer una cápsula de carteras únicas con los herrajes de estas, con trozos de estos cueros, con las cremalleras y los botones. Tita siempre me dice que tengo que hacer productos más exclusivos, más cerca del arte, que me permitan además tener más ganancia. ¿Me las puedo llevar?

–Me parece una gran idea, sería un gran homenaje para Ágata además. –Begonia le alcanza una bolsa de residuos para que pueda ir separando las carteras ahí.

–¿Quién es Tita? –A Azucena no se le escapa nada. Al menos nada de sus hermanas.

–La amiga que les dije antes que me va a ayudar a llevar las plantas. Es una amiga nueva. –Camelia se ruboriza y no precisa mirarse en ningún espejo para corroborarlo, le arden las mejillas y las manos–. Vive en la misma planta del *showroom*, al lado, y me ayuda mucho, sobre todo con ideas. Trabaja en lo mismo que tú, Bego, te caería muy bien, la próxima vez que vengas te la presento. –Camelia imagina un futuro en el que siempre está Tita, pero quiere esquivar el tema por sus hermanas y por ella misma. No es momento para andar cuestionándose nada–. ¿Los zapatos se donan?

–Sí –responden al unísono Begonia y Azucena.

–¿Estás chateando con los chicos? –Begonia le pregunta a Azucena que otra vez está doblada sobre el móvil, concentrada y escribiendo en el teclado del teléfono a una velocidad inusual para su habitual corrección. Camelia no pregunta nada, agradece que su hermana mayor ya no esté interesada en Tita.

Azucena se sobresalta y guarda el teléfono.

–Sí, sí. Por cierto, no sabía que tenías un chat con Jacinto y Margarita. A ellos les gusta, lo descubrí el otro día.

–Lo abrí hace poco, no se me ocurrió pedirte permiso. Los extraño y pensé que era un buen modo de tener una relación más fluida con mis sobrinos. ¿Te contaron ellos? –Lo que Begonia no aclara es que le resulta mucho más fácil tener una relación por chat que en vivo y en directo con los niños. Ama a sus sobrinos, les va comprando cosas que ve y las guarda en una bolsa a la que le adjudicó esa funcionalidad, y luego cuando se acumulan varios regalos, en cantidades iguales para cada uno, los envía. Ama a sus sobrinos, claro que sí, pero no se imagina merendando todos los martes o haciendo pijamadas como hace Camelia. Los niños son un misterio para ella, ya cuando sean adolescentes querrán ir de visita ahí en donde esté su tía nómade, y el vínculo, cree Begonia, será otro.

–No, no me contaron ellos. Yo les reviso el celular, son pequeños. Tienen teléfono porque desde que nos separamos con Federico decidimos que era necesario para que puedan hablar con uno cuando están en la casa del otro. –Azucena se pone triste. No volvería con su esposo, pero tampoco se amiga con la idea de haber roto lo que, sobre todo ella esperaba, iba a ser para toda la vida–. Y no, no me molesta, Begonia. Me gusta. Sobre todo ahora que solo quedamos nosotras. Ya está, no hay nadie más.

La tarea, fatigosa, de desguazar un hogar, aunque sea de dos ambientes, les hace olvidar por qué están haciendo lo que están haciendo, pero alcanza una frase ocasional, un objeto particular, un silencio prolongado, un suspiro escapista o un contacto visual para que recuerden, con la crueldad que solo tiene lo real, que de ahora en más son las únicas guardianas de su memoria.

–¡Miren esto! –Camelia tiene abierta la última gaveta de la cómoda, la única que le queda por desmembrar, y la mira, azorada.

Ordenadas como un tetris perfecto, como cerámicos bien colocados, están las cajas de los regalos que ellas compraron en nombre de Helena para los cumpleaños de Ágata. Ese ritual misericordioso que formó parte del racimo de rituales que inventaron todos los sobrevivientes, como parches piadosos, para marcar el paso del tiempo sin ahogarse, hasta que tuvieron la certeza de poder con el dolor. Luego los rituales quedaron ahí, testigos del triunfo y de la resiliencia. Para que ni ellas olviden que pudieron.

–No entiendo, ¿no usaba lo que le regalábamos? –Begonia se anuda su pañuelo “Hermanas” en el pelo con un gesto decidido. Le queda

hermoso.

–Sí, Begonia, usaba todo esto. Al menos cuando estaba con nosotras lo usaba. Lo que pasa es que tú nunca estás, por eso no sabes. –Azucena repasa con la mirada las cajas y arma la cronología de los años, las elecciones de los regalos y los por qué: el sello con lacre para que pueda escribirles cartas a sus amigas, el reloj inteligente que a Ágata no le pareció tanto, la pluma con monograma con el cuaderno de tapas de cuero también con monograma, un fotolibro con una selección minuciosa de fotos felices… el relato de los últimos años ordenado, muy cuidadosamente, en una gaveta.

–Yo estoy lejos físicamente, Azucena, pero estoy. –Se prometió no responder a las provocaciones de su hermana mayor, que nunca se sabe bien si la extraña, le exige o la envidia, pero la tomó por sorpresa.

–No alcanza –sentencia Azucena.

–Al menos yo atiendo el teléfono cuando se muere mi abuela, Azucena. –Apenas lo dice se da cuenta Begonia de que fue más cruel de lo que hubiera querido. No le gusta ser así–. Perdóname, no quise decir eso.

–Pero es verdad. Tú solo lo dijiste. –Azucena se castiga más que nadie. Por no haber atendido a tiempo y también por lastimar a sus hermanas de modo tal que las obliga, tan buenas que son, a convertirse en lo mismo que ella. Su mayor lucha es siempre interna.

–Basta, chicas, basta –sufre Camelia–. Como si no fuera suficiente pasarnos este domingo acá después de haber organizado el funeral de la abu. Como si no nos alcanzara, al menos, con la fortuna de poder estar las tres. Basta. ¿Quién quiere un trozo de pizza fría? ¿Hay algo más rico que una pizza fría de merienda? –La hermana menor, que no soporta la angustia de ver a las mayores peleando, tiene una licenciatura en cambiar de tema cuando lo necesita.

–Pero después no vas a cenar –se le escapa a Azucena, como si hablara con sus hijos.

Se ríe a carcajadas Camelia.

–Yo siempre tengo lugar para más comida, Azu. Tú te vas a comer con los chicos, pero si nos apresuramos tal vez Bego y yo podemos comer algo juntitas. ¿Tu avión sale mañana temprano?

–Sí, no lo puedo demorar más. Ya tendría que estar ahí, tengo varias reuniones pendientes, trabajos atrasados, plazos con los que

cumplir *–y un libro que entregar*, piensa Begonia, pero no lo dice.

–¿Pero justo tú que trabajas siempre a distancia? Y más aún luego de la pandemia. ¿No puedes hacer todo eso online? –Azucena quiere saber. O sabe.

–Prometo que voy a solucionar el tema del apartamento así no dependen de mí. –Begonia es responsable, pero sobre todo cuida su paz mental. Ya aprendió sobradamente que para dejar atrás lo que la agobia no hay más remedio que ocuparse.

–No te lo digo por eso, Bego. Siento que podemos hacer más cosas juntas, que nos haría bien a las tres justo ahora –se ablanda Azucena.

–¡Qué lindas mis hermanitas! –exagera Camelia y reparte triángulos de pizza fría, doblados para arriba, islas secas de queso, lágrimas de salsa.

–No encuentro el brazalete nuevo. ¿En dónde estará? –pregunta y se pregunta Begonia mientras inspecciona la colección de regalos.

–En la mesa de noche no estaba –confirma Camelia.

–Ni en el resto de la casa, ahí ya no queda nada, limpiamos y embalamos todo. ¿La tendría puesta y se la robaron los de la funeraria? ¿O se la habrá llevado alguno de los muchos que pasaron por aquí a constatar que había muerto? –Azucena plantea hipótesis.

–¿Y alguna opción bienintencionada no se te ocurre? ¿Como que esté en lo que nos falta del dormitorio? –equilibra Begonia. Su hermana mayor sigue siendo para ella un muro insondable, algo que no logra comprender. La ama con locura, cuestiones de la buena sangre, porque si no fueran hermanas jamás se hubieran cruzado y en el caso de hacerlo no hubieran sido cercanas ni mucho menos amigas.

–Voy a tomar todos estos regalos –dice Camelia que sigue concentrada en la última gaveta de la cómoda–, y los voy a poner en un bolso y lo voy a guardar y cuando pase el tiempo y queramos ocuparnos, lo hacemos. ¿Les parece?

–Sí. –Otra vez sus dos hermanas mayores le responden a coro y luego toca, de nuevo, silencio.

Los dormitorios de las personas están llenos de recovecos para guardar lo oculto y son sigilosos porque conocen a sus moradores más que ningún otro ambiente. Esconden llantos y pasiones, madrugadas de desvelo y mañanas luminosas. La habitación de Ágata no es la excepción, y si bien el sol empieza a despedirse de ese domingo bellísimo y triste de otoño, para las tres hermanas pareciera que el

reloj no avanza, que se desprendió de sus agujas, que es eterno y efímero por igual. Se parece a los tiempos de la niñez, pero sin ninguna de sus ventajas.

Aún les quedan decisiones por tomar y las gavetas del armario de madera, enorme, para repartir-donar-tirar. También el estante de arriba en donde se acumula lo que está destinado al olvido, el cesto de la ropa para lavar, ¿qué se hace con la ropa sucia de una persona muerta?, el perchero de detrás de la puerta con la bata de seda japonesa que le regaló Begonia hace años, las pantys, los calzones, los cuadritos, las pantuflas… es un mundo inmenso y agotador cuando los músculos de las emociones están frágiles.

–¿No es ese el brazalete? –Camelia señala el estante que está justo encima de las perchas y por debajo de las puertas de arriba del armario–. Ahí, al lado de los sombreros. Me llevo los sombreros, entonces, ya sé que soy la única que los quiere.

Las hermanas miran hacia allí, pero justo suena el timbre y se sobresaltan. No esperan a nadie. Va a la puerta Azucena y la escuchan hablar con Néstor. Le da indicaciones como si trabajara para ella, le dice que no, que no saben qué van a hacer con el apartamento, que sí, que se puede llevar las bolsas de basura y que después arreglan en la semana para que venga a buscar las de donaciones, que no hay problema. No, que por ahora no les sobran más muebles pero le avisan. Y gracias y que claro, que la vamos a extrañar todos a Ágata.

–¿Qué quería llevarse, Azu? –Begonia se asombra.

–Cosas, pero está bien, Bego, total nosotras qué vamos a hacer con todo esto, casi que nos hace un favor, yo le había pedido que venga. –La Azucena compasiva es una Azucena insólita, pero muy agradable. Destraba el ambiente.

Camelia se sube a un taburete, el mismo que vio usar mil veces a Ágata, y toma la cajita plateada.

–¡Bingo! Acá está el brazalete. –Apenas abre la caja la arropa una tristeza profunda, esa que va y viene desde hace unos días. Ya casi son colegas–. ¿Y esta llave qué es? ¿Venía con el brazalete, Azu? –Levanta una llave pequeña, dorada, con el borde trabajado como una puntilla.

–No tengo idea, yo la encargué, pero tú la retiraste de la joyería. –Azucena observa la llave y comienza a mirar alrededor.

–¿Buscas algo que tenga cerradura? Estos cofres tienen –dice Begonia y toma la llave de la mano de Camelia y prueba con los cofres

vacíos, refugio de las chucherías de las que ya se ocuparon–. No, no es de ninguno –le pasa la duda, y la llave, a Azucena que intenta con la gaveta de la mesa de noche y con una cartera que ya habían embalado y que tenía un cierre tipo cerradura, pero tampoco.

–Came, ¿ahí arriba no hay nada? –le pregunta Azucena a Camelia que sigue subida al taburete y que observa el dormitorio, y a sus hermanas, con perspectiva de gran angular.

–A la parte de arriba del armario no llego y está lleno, hay de todo. Y acá solo quedan mis sombreros. Aprovecho y los bajo y después tranquilas vemos bien todo lo que hay ahí. –Camelia le da un beso al brazalete que Ágata nunca usó, como si estuviera bendito, cierra la caja y se la pone en el bolsillo.

Los besos sin destino siempre andan en búsqueda de uno. Comienza a sacar los sombreros, de a uno para admirarlos. De ala grande, con pompones, de paja y de pana, con lazos y con plumas, un arcoíris amontonado. Los hace volar hasta la cama. Cada uno toma la forma de su propio peso y aterrizan dramáticamente sobre el colchón para formar un diagrama caprichoso.

–Acá hay algo, detrás de los sombreros –anuncia Camelia. Corre los sombreros que aún no lanzó y se estira para alcanzar una caja de madera oscura con la tapa curva, no muy grande y bastante pesada. Tiene labrado un mapamundi antiguo y rústico. Camelia nunca en su vida vio esa caja.

–¿Tiene cerradura? –pregunta Begonia.

–Si son los juguetes eróticos de la abuela juro que me voy y se ocupan ustedes de terminar con esta locura –advierte Camelia que sigue subida al taburete y que toma la llave que le devuelve Azucena.

Ya antes de meter la llave sabe que es de ahí y que la cerradura va a ceder. Hace clic y las dos hermanas esperan ansiosas paradas al lado del taburete. Un púlpito improvisado para la hermana menor que no desperdicia ninguna oportunidad de ser el centro de algún universo.

–¿Y, Camelia? –apremia Begonia.

–Dale, Camelia –se impacienta Azucena.

Camelia ya dio dos vueltas de llave y tiene que abrir la caja, pero se le hace un hueco sin fondo en la boca del estómago. Exactamente igual que a las heroínas de las novelas de amor que devora y por eso reconoce el sentimiento. El abismo de la premonición. Por un segundo se ve saltando sobre sus hermanas primero y luego sobre una cama y

después sobre la otra para llegar hasta la parte del balcón que le toca al dormitorio y tirando el cofre por la ventana con la esperanza de que, como en las películas, caiga en un camión que lleve desperdicios que serán destruidos y, entonces, se pierda para siempre.

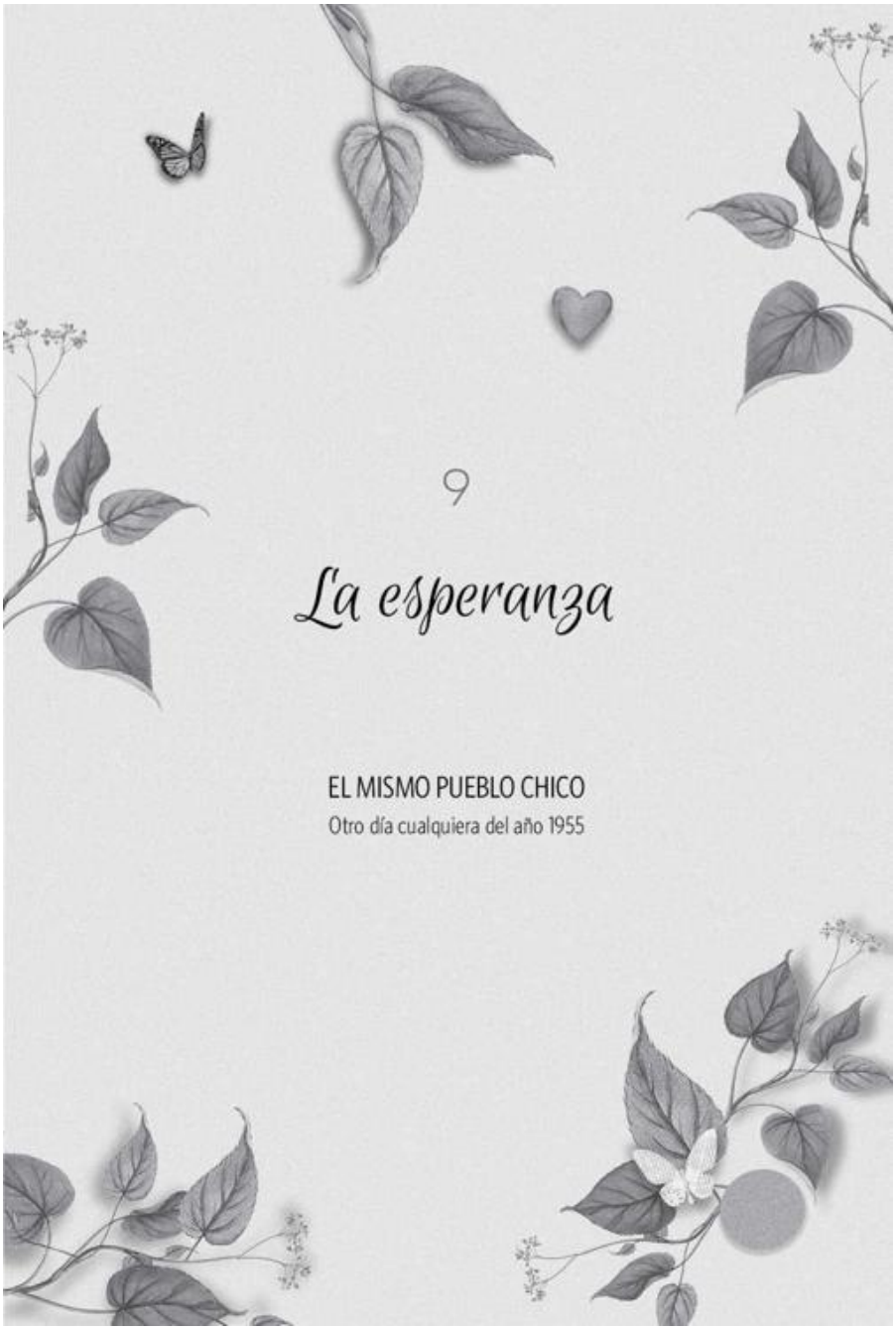
Tanta irracionalidad fantasiosa y su torpeza natural hacen que Camelia pierda el equilibrio, y en el afán de sujetarse de Begonia para no partirse la cabeza, deje caer la caja al suelo con el estruendo de lo macizo, lo contundente.

En el suelo, con cierta delicadeza, como si hubiera sido acomodado y no el resultado del estropicio de Camelia, se revelan dos viejos cuadernos rojos, de tapas manchadas y páginas amarillas. Uno está cerrado y el otro está abierto y presume una letra apretada y un uso irregular del espacio. Una oración arranca en los márgenes y termina en un dibujo. Otra está escrita patas para arriba. Pero casi no queda espacio. Las palabras están a punto de escaparse de esos cuadernos. Del que está cerrado sobresale una foto muy ajada. No se ve mucho, solo una pared de ladrillos. Azucena se inclina con sumo cuidado, como si fuera la escena de un crimen, una bomba a punto de explotar o un sagrario de magia desconocida, toma una de las puntas de la foto y jala hacia afuera.

Asoma un muchacho joven, muy joven, sobre la misma pared en la que está Ágata en esa otra foto en la que se la ve más viva que nunca. Él tiene los ojos oscuros y el pelo rebelde. Es extremadamente atractivo, como salvaje. Mira a la cámara con algo que cualquier mujer adulta reconoce: deseo. Tiene los labios apretados, los brazos fuertes, las piernas firmes. En un par de años más será un hombre irresistible.

Azucena vuelve a tirar de la foto arrugada y en el margen que descubre se lee una “V” encerrada en un corazón. No hacen falta más trazos para advertir que es la misma letra de los cuadernos. La letra de Ágata.

Y las tres nietas se miran y tampoco necesitan hablar para corroborar que aunque la foto tiene la “V” de Valentino, ese chico que es la contracara de la foto que su abuela expuso durante años y de la que acaban de hacer copias, no es ni de cerca su abuelo.



9

La esperanza

EL MISMO PUEBLO CHICO

Otro día cualquiera del año 1955

Papá se levantó débil, no es la primera vez, y Nelly está preocupada y atareada en igual medida. Aprovecho que no me están prestando mucha atención y, sin sentir ni un poquito de culpa, saco de mi bolsillo el papel ajado en donde está el pedido que anotó Valentino con letra larga y puntuda, y lo preparo. Café, azúcar, té, nueces y olivas. Sumo una barra de chocolate oscuro y amargo, mi favorito, y cierro la bolsa.

–¿A dónde vas, Ágata? –A Nelly no le dan las manos para hacer todo lo que cree que tiene que hacer, pero me ve cerca de la puerta y con mi sombrero azul que completa el hongo de mi melena y no se aguanta.

Avanzo hasta tener un pie casi afuera y recién ahí respondo.

–A llevar un pedido, mamá, vuelvo enseguida, ocúpate de papá, no te hagas problema por nada, vuelvo antes que después. –Va a venir corriendo, lo sé, y me va a frenar, y me va a preguntar a dónde voy y entonces o tendré que mentirle o, peor, tendré que decirle la verdad. Las dos opciones me inquietan, pero la segunda directamente me desencaja.

La veo venir en cámara lenta, con movimientos abundantes, como si tuviera que correr el aire a cada paso que da.

Me alcanza, está preocupada, le cuelga un mechón insurrecto y tiene ojeras del color del césped en otoño, pero no tengo mucho tiempo para detenerme ahí.

–Ya que sales pasa por la farmacia y trae este remedio para tu papá. No te demores por favor. –Me extiende una receta médica escrita con letra de pluma, me da dinero y me voy.

No estoy muy acostumbrada a la ansiedad ni a la urgencia. No al menos así, en el cuerpo. La tengo en mis notas y en mis sueños, claro. Pero no en el estómago, como ahora.

Sorteo vecinas conversadoras, perros amigos, cuadras de comercios

conocidos y charcos traicioneros. Me entrego –y este aprendizaje me servirá para toda la vida– a lo que siento en este mismo instante en los músculos y en las tripas. Me detengo y me quedo quieta porque no puedo creer que no se escuche, banda sonora orgánica, el timbalero de la sangre que vomita, agitado, mi corazón.

Cuando falta media cuadra relajo el paso y respiro pausado, como me enseñó Liz, mi amiga mayor, mi amiga fundamental, cuando me agitaba y se me atropellaban las palabras y las exhalaciones. Me detengo y analizo la puerta doble, pesada, de madera oscura y manija gruesa. Nunca había reparado del todo en esa puerta ni en esa cuadra y eso que paso casi a diario. Lo cotidiano se vuelve invisible.

Sé que era la casa de la familia Solano. Un matrimonio sin hijos, contador él, mujer del contador ella, a los que no conocí porque se murieron mucho antes de que yo naciera. De los primeros en llegar al pueblo, hay una placa en una banca de la plaza en la que me sentaba a dibujar flores que los recuerda. Murieron, tampoco sé cómo, y la verdad es que no sé qué se hace con la casa de las personas sin herederos, pero desde que tengo uso de razón esa casa de techos crecidos y pasillos que guardan siempre el fresco del invierno está fraccionada en oficinas y consultorios. Hace ya unos años mamá me trajo a ver a una dentista que venía una vez cada dos meses, y mientras o te ibas a la ciudad o aguantabas el dolor. Si no fuera porque no se me ocurriría meterme en la boca de la gente para inspeccionarlos, podría haberme inspirado en la doctora Martina. Por mujer, por los pantalones que usaba, porque venía e iba sola, porque tenía el pelo y las uñas cortas o porque usaba perfume, pero no se maquillaba. Ya atenderte con ella era un acto de rebeldía. O de supervivencia; no había cerca ningún otro dentista. Hay aviones que cruzan los cielos, pero, increíble, la humanidad no avanzó lo suficiente como para que la doctora Martina, con su aroma encantador, pueda extraerte una muela sin poner el pie en la pata de la silla para hacer palanca. Una barbarie, tal vez por eso no recuerdo mucho de mi visita previa a la Casa Solano.

La puerta tiene un llamador de bronce con forma de puño cerrado. Relajo el cuello y la mirada y lo aporreo con ganas. Estoy tranquila, gracias, Liz, una vez más. Enseguida se abre la puerta y me saluda doña Cata.

–Hola, querida, ¿cómo estás? Te espera el doctor Valentino, ya me

avisó, pasa, pasa. ¿O prefieres dejarme el pedido a mí? Como gustes, Ágata. –Doña Cata es muy amable y me sorprende porque esperaba que me abriera *el doctor*, pero es cierto que ella es la recepcionista de la casa Solano. Tiene un escritorio pequeño en el recibidor y te anuncia, según corresponda, para que te vea un médico, un contable, una institutriz que te enseña inglés (¡lo que daría por aprender!) o una señora que te pinta las uñas con tintes de colores brillantes que duran más de una semana a la que inicialmente todas las mujeres del pueblo depreciaron, pero que ahora no da abasto ni con los turnos ni con los esmaltes que le llegan por encomienda. La casa tiene también dos dormitorios que solo pueden ser usados por los profesionales de buen nombre y buen accionar que trabajan ahí mismo. *El doctor* Valentino ocupa uno estos días.

–Gracias, doña Cata, paso y me voy rápido. ¿Usted me dice por dónde? –*Que no se me note, que no se me note*. Doña Cata es además la jefa de las catequistas del pueblo y a pesar de estar metida en ese escritorio de patas talladas una gran parte del día, tiene más cotilleo que casi nadie en la zona. Se ve que logró un buen debe y haber entre ser piadosa en la iglesia y chismosa en la calle.

Me acompaña por un pasillo largo con un damero hermoso en el suelo: blanco, negro, rojo tierra. Reprimo las ganas de saltarlo en un pie, de blanco a blanco. El consultorio de la doctora Martina estaba casi al lado de la puerta de entrada, por eso no recuerdo esta belleza escondida. Hay un patio interno con jazmines y otras plantas excesivas y sol esquivo. A ese patio dan varias, no sé cuántas, puertas dobles de metal acanalado pintadas de verde y detrás de cada una aguardan universos intrigantes.

–Están todos los estudios ocupados, Ágata. El pueblo crece. –Doña Cata cita a Nelly sin saberlo y se detiene, finalmente, frente a una de las puertas. En el costado, en una placa dorada que me refleja de tan nueva, leo “Estudio Romano - Abogados”. Se apellidan Romano, otra novedad que ni siquiera me había preguntado.

Enseguida Valentino Romano abre las dos hojas de la puerta y sonríe. Tengo todos mis esfuerzos puestos en parecer normal. No sé si lo logro, pero acepto su invitación y paso, doña Cata entra conmigo y va derechito a una pequeña cocina que se ve al final del pasillo del estudio.

No es grande, pero es señorial. Estamos en una especie de sala de

recepción con sillones de pana de color chocolate que parecieran merecer un mejor destino que este que les tocó. Hay cuadros y dos ceniceros, uno más grande, uno más pequeño, de cristal facetado que tienen atrapados todos los colores posibles. Hay un juego de té de plata y un florero con una muestra selecta del jardín mágico que se ve por la ventana. Me da pena pisar la alfombra con arabescos y me cuesta pensar a los dueños de los campos que rodean al pueblo parados con sus botas de lodo en esa sala expatriada, en esa delicadeza varonil, en ese alarde de buen gusto.

–¿Me quieres dar el pedido, Ágata? –Valentino mantiene una distancia forzada y un tono que de tan reservado me resulta gracioso. Sin embargo, en su mirada noto, la picardía de siempre. Esta travesura que inventó y a la que accedí porque, empiezo a creer, estoy loca.

Le extiendo la bolsa de papel, la toma y no me roza la mano. Lo esperaba. Lo detesto, pero lo comprendo.

Con una testigo tan dedicada como la del fondo del pasillo, que pareciera que prepara café pero que, sobre todo, pasa por la puerta y nos mira, nos quedamos mudos y duros, estatuas de carne caliente. Doña Cata hace como si fuera la dueña del estudio, se ve que sus tareas como recepcionista de la casa Solano van mucho más allá del escritorio. La imagino repitiendo esa energía detrás de todas las puertas verdes, y no sé cómo una señora de su porte –tienen el ancho de la doble entrada– y de su vestir romántico –tiene puntillas hasta en el pañuelo con el que se limpia los mocos– puede con tanto.

–Pasa a mi escritorio, Ágata, me gustaría dictarte un pedido semanal. ¿Puedes? –Y me indica el camino hacia la puerta de la derecha de las dos que se enfrentan, como si fueran los brazos del estudio, la cocina la cabeza y la sala el cuerpo. Justo en ese momento a doña Cata se le cae algo que hace ruido; nos escucha, lo sé. Y le va a contar a mi mamá, también lo sé. Lo bueno es que no mentí. No me preguntó a dónde iba, así que no mentí, me convenzo.

El escritorio de madera pesada y patas torneadas, grande, parece un animal dormido. Sobre su lomo, forrado en cuero, hay portarretratos y carpetas, muchas carpetas. Recipientes de tinta, sellos, cuadernos provocadores, un abrecartas de metal que es más lindo que una joya y, sobre lo que parece una cría del escritorio, una mesita auxiliar, el objeto más bello que vi en mi vida: una máquina de escribir brillante, con los palitos de las letras filosos y las teclas con las consonantes y

las vocales remarcadas en dorado. No me quiero casar con Valentino, me quiero casar con esa máquina que se acerca más a lo que escribo sobre mí.

–¿Te sientas? –me dice Valentino y la voz se le pone más grave. –Se sienta del lado del que sabe y experimento lo que deben pensar los clientes en la silla en la que me acabo de acomodar: que ese hombre puede arreglar cualquier problema de tu vida y que estás dispuesta a confiarle todo para que así sea. Valentino es la distancia que separa mi plan de independencia de mi deseo de quedarme en sus brazos mientras me dure la vida–. Lo bueno de tener escritorio en lugar de mostrador es que es más complejo caerse y tirar todo lo que hay alrededor –me provoca y cuando me habla en ese tono dejo de sentirme inferior, con mis modales de pueblo, mi ropita cosida por mi madre y mis aretes de niña porque Nelly dice que me va a dar unos de mujer cuando me comporte como una.

–No se crea. –*¿Por qué lo trato de usted? ¿Otra vez enloquecí?*–. Detrás de un escritorio como este uno podría hacerse llamar *Doctor* cuando aún no hay título que lo avale –redoblo la apuesta mientras acaricio el escritorio, tampoco sé por qué acaricio el escritorio, pero ya estamos cómodos de nuevo.

Valentino deja salir una carcajada grande como mis ganas de que se ría así para siempre, y me río con él y me muerdo los labios y soy un lugar común solo que para mí es un lugar nuevo. Recuperamos la compostura porque doña Cata golpea la puerta entreabierta y sin esperar respuesta entra con una bandeja. Le deja una taza de café a Valentino, una de té a mí y dos vasos de agua. No sé si sabe que yo tomo té o si cree que porque soy mujer, y chica, no debo tomar café. Solo por esa duda cambiaría de taza con Valentino sin dudarlo. O de lugar en el escritorio.

–Gracias, doña Cata. –Valentino se está divirtiendo con las ganas indisimulables de inmiscuirse de esa mujer–. Ágata, toma el anotador verde, por favor. –Y me extiende la pluma de su padre, aquella que me hipnotizó en el almacén.

–¿Precisa algo más, doctor? –Doña Cata es insistente.

–No, gracias. –Valentino es determinante.

–Me voy a ordenar la correspondencia entonces –bufa la recepcionista y se va a la otra oficina del estudio, y cuando sale deja bien abierta la puerta. Las dos puertas, la nuestra y la del otro

escritorio.

–Esta es la oficina de papá y mía. La otra –señala con la cabeza hacia la puerta de enfrente en donde doña Cata hace todo el ruido que puede–, es la de los otros abogados del estudio.

Giro y la mujer deja de mirarme apenas me doy vuelta. Me causa gracia, parece un gatito curioso tamaño baño, como dicen acá en el pueblo. Es que cuando tu vida está vacía la llenas con las vidas de los otros. Me da pavura que pase el tiempo y me ocurra algo así.

–Anote, Ágata. –Valentino casi no puede aguantar más la carcajada. No sé qué le causa tanta gracia pero a mí me genera el mismo efecto.

Inclino la pluma sobre el papel amarillo pálido, amarillo libro, y pesa más que todas las plumas que sostuve en mi vida. Hoy es un día de absolutos, todo es más de lo que conocía.

–Por semana necesito que nos traiga –Valentino remarca el *nos*– un kilo de confituras con papel…

Anoto "Ágata" y empiezo a dibujarle rizos a las letras.

–Un kilo de yerba, uno de café, una caja de té negro y una bolsa de azúcar –completa el hijo de don Omar.

Empiezo a dibujarle flores a mi nombre; esa pluma hace maravillas. Si me concentro mucho en las nervaduras de las hojas puede que contenga las ganas de escupir la risa. Las ganas en general.

–Anote también una docena de huevos y un envase de dulce de leche. Y corbatas y calefones. –Valentino levanta la voz, insolente, y tiene las mejillas de fuego. La intimidad es el mejor lugar para el humor.

Doña Cata no aguanta más tanto disparate y en cuatro zancadas de gigante pasa de un ambiente al otro y ya ni se molesta en tocar la puerta. Aprieta un manojo de sobres, algunos con lacre.

–Doctor Romano, ¿con qué sigo? ¿Quiere que me ocupe yo de las compras semanales? –Está tan ofuscada la pobre mujer que no advierte que deja en evidencia su mala educación de escucha entrometida en conversaciones ajenas.

–No, gracias. Por hoy ya está, por favor, cierre la puerta al salir. –Valentino recuperó la compostura y se pone de pie para acompañarla. En el rostro manzana de doña Cata leo todo lo que quiere decirnos y no puede sobre lo inconveniente de una joven y un joven solos, sobre todo por nuestras edades, pero también por nuestros roles en los engranajes oxidados de la comunidad en la que vivimos. Si pudiera,

nos recordaría que yo tengo apenas quince y que si bien, como se dice, estoy en edad de merecer, soy aún una estudiante de delantal blanco con pelo corto. También nos obligaría a escuchar que Valentín es un profesional y yo soy, apenas, la hija de los almaceneros, y que él es tan de ciudad y yo tan de acá. Todo eso nos diría si pudiera, pero no hace falta porque Valentino no sé, pero yo lo tengo claro.

–Mis saludos a Tito y a Nelly, Ágata. Te los reitero cuando estés de salida –amenaza Doña Cata y me tutea, y finalmente Valentino cierra la puerta, se da vuelta y se apoya sobre ella y ahora sí se ríe cada vez más fuerte. Yo sigo sentada en la silla y lo veo a la distancia y él me mira, y si el mundo se acabara ahí y si todo lo que pudiera sentir el resto de mi vida fuera lo que siento ahora mismo, estaría bien y ya no tendría que pensar en salir de este pueblo ni en mis pocas herramientas para lograrlo. Al menos sé que sintiendo esto, Valentino bailando en mi corazón, no lo estoy usando como ruta de escape. Creo.

Me hace señas y me levanto y voy a la sala, llevo las dos tazas, me siento y cruzo las piernas, como un indio, sobre el sillón, porque a descarada no me gana nadie. Sin embargo, a Valentino no le incomoda. Todo en mí, parece, le divierte. Abre una ventana, toma uno de los ceniceros diamante y ya sé lo que sigue y es maravilloso. Enciende un cigarro con su boca de durazno sin piel y da una calada fuerte, lo aprieta entre los labios y lo retiene. Después, lento, con su aliento en la colilla, me lo pasa sin mirarme y me sumo al rito, a lo obvio, al inicio de lo que quiero. Qué rápido se convierte un hecho en tradición cuando hay encuentro. Pito pausado, profundo, como imagino que harían las protagonistas de mis radioteatros, y entonces, por supuesto, me ahogo. Me golpea la espalda y otra vez la risa. Soy un sapo atragantado, se me van a salir los ojos y el decoro. De a poco recupero la capacidad de respirar sin morirme y también me río y su mano sigue en mi espalda aunque ya no preciso que me aplauda los pulmones. Cuando lo advierte, la quita rapidito. Qué desgracia, me hubiera quedado apoyada en la holgura de su mano toda la eternidad.

–Nunca pensé que me iba a hacer una amiga tan especial en este pueblo tan igual a otros pueblos –reflexiona Valentino y ojalá nunca hubiera dicho semejante brutalidad. *¿Amiga? ¿Está loco? Bueno, pero dijo "especial"... ¿Qué tan especial? ¿Especial como una mascota, especial como una amiga que se puede convertir en una novia o especial como la*

rosca de pascua de la panadería que trae doble porción de frutos secos?

Voy, una vez más, a ignorar lo que dijo, voy a cambiar de tema y luego vemos cómo volvemos.

–Qué solícita, doña Cata. –Hace diez minutos no sabía lo que era tener la mano de Valentino en mi espalda y ahora que no la tengo siento que me mareo y me caigo a un vacío insondable–. No sé cómo hace para ser tan dedicada con tantos inquilinos.

–Dedicada o entrometida, ¿tú qué crees, Ágata? Lo bueno es que con ella no hace falta campana como en el almacén. Hay mujeres mucho menos rebeldes que tú. Y menos interesantes también. –Compartimos el cigarro y es lo más desvergonzado que hice nunca con nadie y se siente fabuloso. Ya no me trata de usted. Ya somos, otra vez, nosotros.

–Es cuestión de tiempos, Valentino, ¿Cómo hace con todo? Son muchas puertas verdes. –Me gustaría dejar de hablar de doña Cata. Quiero preguntarle cómo es ir a la universidad, cómo se llama su madre, cuántos hijos quiere tener, si fue al teatro alguna vez, si no se quiere quedar sentado en ese sillón, a mi lado, para siempre, o mejor aún, si no quiere sacarme de este caserío sin alturas… Pero entonces me responde y me deja helada.

–No, no, doña Cata es ahora nuestra nueva secretaria. ¿Te comenté que buscábamos una, no? Es práctico porque ella ya está aquí y le sobra el tiempo. –Valentino me lo dice al pasar y, dramática como la visión de mi futuro, siento que las piernas me pesan montañas y mis brazos ya no tienen articulaciones y cuelgan como mis sueños, derrotados. Es la primera vez que recuerdo, desde que llegué, que mi objetivo era conseguir el trabajo para poder ser mi propia capitana en el viaje de huida de mi destino de pueblerina. Se me apiñan la ropa que no precisaré, la ciudad que pensaba conocer, todo lo que planeaba aprender, y el tiempo con Valentino, tanta risa compartida, que esperaba pasar.

Esta traición a mi apetito no me la esperaba. Es cierto que no la expresé, pero son detalles. Era algo que quería y, ahora, no quiero nada. Ojalá hubiera sabido en ese momento que podía ser maleducada, que las formas no son siempre importantes, pero no lo sabía así que me quedé un rato más con ganas de irme y administrando el aire que me faltaba. Ausente.

–... y entonces le dije a ese señor que tenía que volver el lunes…

¿Me escuchas, Ágata?

–Perdón, recordé que tengo que hacer una tarea del colegio y que mis padres me esperan, debo irme. Gracias, Valentino. –Bebo las últimas gotas del té porque no me puedo poner a llorar aquí y me levanto. Seguro inventé todo. Tengo que tener menos imaginación, como dice Nelly, porque la imaginación es el modo en el que nos rompemos el corazón a nosotros mismos.

–Ágata, quédate un rato más, charlemos, o te acompaño unas cuadras. –Parece sincero y es cierto que nunca advertí que nadie me mirara como él, pero estoy a mil millones de kilómetros de distancia, nos separa el acantilado de la deslealtad. Valentino decepción.

–No, gracias. –Y hago mi salida espectacular, apresurando el paso y sin mirar atrás.

Paso por la recepción lo más entera posible para saludar a doña Cata, a esta altura un demonio incrustado en un escritorio que le queda chico, sin hacer contacto visual, y para cuando doblo la esquina ya estoy corriendo y ya estoy llorando. Sigo así hasta que baja la urgencia porque necesito tiempo para acomodar mi desazón y llegar a casa sin que nadie me pregunte nada y para eso tengo que pasar el ojo mágico de Nelly que te distingue una ojera de llanto a metros de distancia. Si los padres supieran todo lo que los hijos les ocultamos creo que la humanidad dejaría de reproducirse. “Los hijos duelen” dice mamá, y eso que le vengo ahorrando varios desconsuelos.

Doblo por una calle chiquita, de esas que usan en las enciclopedias para ilustrar el término “pueblo”. Bancas de plaza en la acera, macetas que cuelgan de las ventanas y un perro dormido en el escalón de una puertita angosta y celeste. Luego del final de la acera se acaba todo o empieza el campo, depende cómo se lo piense o se lo vea. Las enredaderas son piadosas con la falta de pintura de algunas paredes, el sol destaca, antojadizo, algunas casas sí y otras no. Hay árboles, no muchos, y no hay vecinos a la vista, ninguno. Si me dijeran que ahí no vive nadie y que es una calle de utilería, por lo perfectamente imperfecta, lo creería.

No lo escucho llegar, aunque corre, y no me da tiempo a secarme las lágrimas ni las penas. Me toma del hombro, me da vuelta, me sujeta con los dos brazos y la luz de la mañana le entra por los ojos y le sale por la boca y por la nariz. Valentino cataratas.

–Ágata… estás llorando. –Está tan afligido que si pudiera salir de

mi sorpresa le haría un chiste para que sepa que puedo sola con esta piedra de la realidad. Que no es su culpa. Que soy yo que me armo historias porque son más lindas que venderles sardinas a los vecinos. Que seamos amigos, que es mejor que nada y que si doña Cata precisa reemplazo, a mí me gustaría.

–Es que…Yo no quería, Ágata… Yo… –Ese Valentino que balbucea y que no conocía es encantador y quiero que termine la frase y lo miro porque no puedo preguntarle.

–Yo no quería que fueras mi secretaria, Ágata, yo quiero que seas mi novia, si tú quieres. –Se recompone.

Está pasando, esto está pasando, no es mi cabecita loca, como repite mi papá. Si digo algo seguro arruino el momento, así que le responde mi cuerpo que ya está desbocado. De puntillas para hacer cumbre en sus preguntas, mis manos en sus hombros para ayudarme en la escalada. Los ojos abiertos, porque yo esto no me lo pierdo y mi boca, inexplorada, sobre la suya, magnética.

Se sorprende, no tanto como yo, por mi actitud emprendedora y me toma de la cintura y sus labios saben a hombre, a prohibido, a querer más, a que no me alcanza. Como está inclinado, no puedo apoyar mi pecho en el suyo, pero una de sus piernas hace presión sobre la mía y tengo la necesidad imperante de colonizar cada uno de los puertos que lo contienen. Todo, quiero todo.

Puedo, tengo el don, mirarnos desde afuera y somos perfectos y deberíamos ser eternos. Su mano acaricia mi nuca y la mía, como si supiera, planta cosquillas en sus antebrazos y el tiempo es raro. No sé bien si va más rápido que nunca o si se detuvo para siempre. Me gustan su saliva y su olor, su nariz golpeando la mía, su mentón dejando huella, su lengua buscando, mi lengua invitando y la dulzura inmensa que puede caber, incluso, en lo acuciante de un primer beso adolescente.

De repente me suelta y me pide disculpas. Me asusto. *¿Hice algo mal? ¿Otra vez?*

–Perdón, Ágata, perdón, no quería faltarte el respeto. –Está acongojado de verdad, qué locura, y eso que somos las mujeres las que tenemos fama de incomprensibles.

–Perdón me tendrías que pedir por haber tardado tanto en alcanzarme, Valentino. –Evidentemente estoy desquiciada, si no no se entiende por qué respondo así en lugar de hacer ojitos con pestañas y

todo.

Se ríe y sé que ya aflojó.

–Tienes razón, es que tuve que esquivar a ya sabemos quién. Quiero explicarte bien la decisión de tomar a doña Cata y también me gustaría que me respondas formalmente si quieres ser mi novia porque hay cuestiones que atender al respecto. No te pido perdón por el beso, te pido perdón por habértelo dado ahora. –Hay cierta distancia entre el que se abría camino con la lengua en mi boca y este señor que impone respeto. No sé cuál es el verdadero, pero quiero que me devuelvan al primero.

–Valentino, el beso te lo di yo. Guarda tus disculpas. –Y ya que estamos de remate, sumo–: Claro que quiero ser tu novia, pero si te parece, lo hablamos la semana entrante. ¿Nos vemos? –Y ya ni me conozco, doy media vuelta y me voy sin mirar atrás para el lado contrario al que tendría que dirigirme, pero no es momento para reparar en esos detalles. Si pude esto, puedo todo. Pero porque pude esto, y me gustó, voy a tener que resignar algo de ese todo. Creo que no me alcanza una sola vida para la variedad de mis deseos.

Valentino no me persigue, sabía que no lo haría, y ya tendré tiempo para explicarle que no me fui para hacerme la interesante, es que tengo miedo y felicidad al mismo tiempo y quiero esta semana para disfrutar de ese beso y del aire que, ahora, siento que de tanto que me rodea, me invita a flotar hasta casa. Luego vendrán las presentaciones o lo que corresponda, pero que ya me suena mucho menos interesante que lo que solo tiene que ver con nosotros. Me voy porque si me quedo no quiero hacer otra cosa que besarlo.

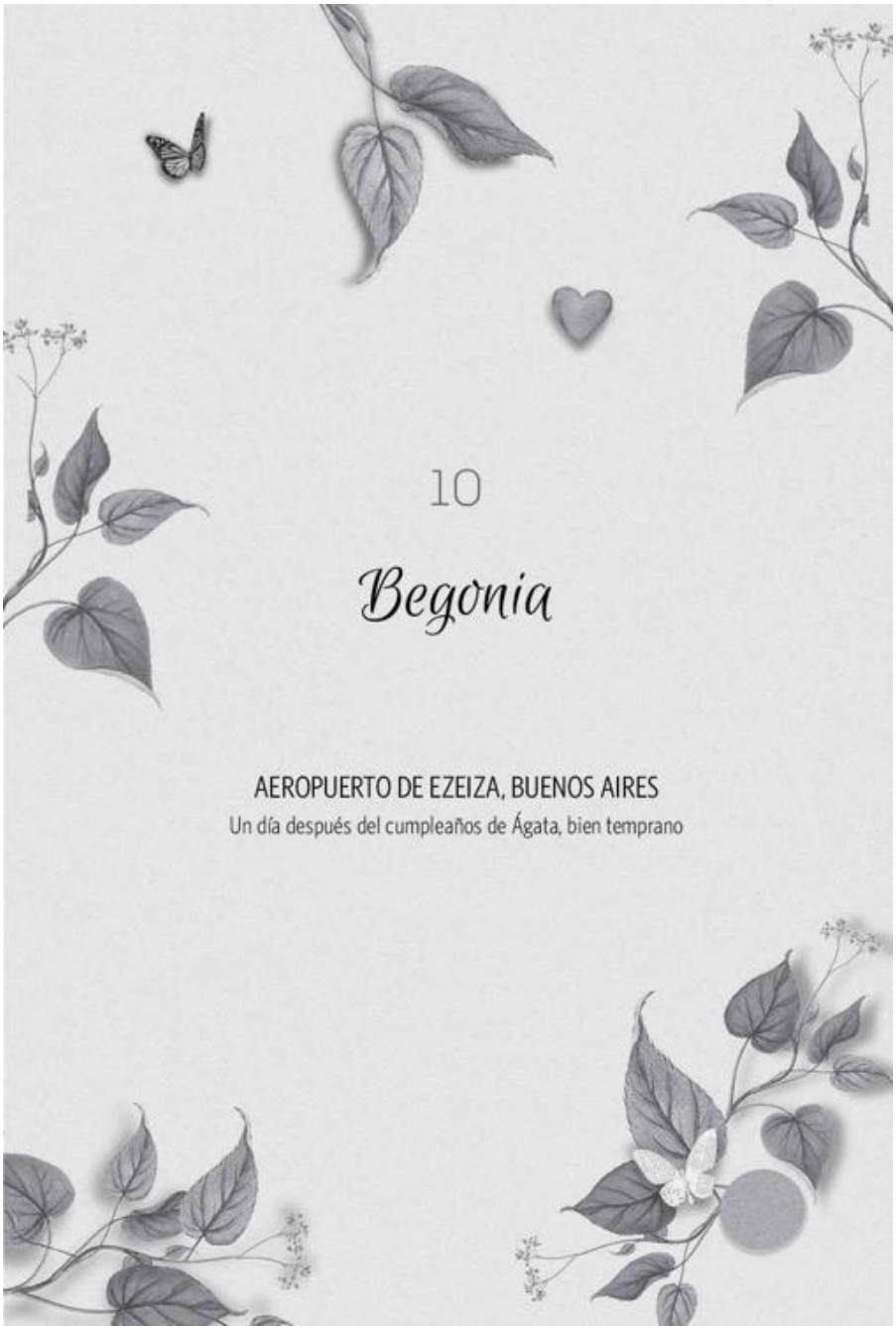
* * *

–Ágata, te demoraste mucho. ¿Tienes la medicina de tu padre? –Nelly nunca me dice “hola”, va directo al grano o al reproche.

–Perdón, mamá, lo olvidé. Voy ahora mismo. –Y sin ni siquiera quitarme el abrigo salgo sin darle tiempo a que siga reprendiéndome, después de todo papá toma medicinas todo el tiempo. Pobres Nelly y Tito, si supieran que anduve a los besos con un extraño y a plena luz del día, más que medicinas tendría que buscar una pócima mágica para resucitarlos.

Lo que te pasa transforma el modo que tienes de ver el mundo. Hay

más luz que hace un rato. Qué lindo día este y los que vienen. Tengo una semana, camino, me restriego las manos, me río y lloro, para disfrutar la idea de que lo que vengo anhelando puede ser posible aunque no sea exactamente del modo en el que lo tenía pensado.



10

Begonia

AEROPUERTO DE EZEIZA, BUENOS AIRES

Un día después del cumpleaños de Ágata, bien temprano

Begonia llega tarde al aeropuerto. Es la primera vez que le ocurre y eso que tiene una colección de sellos y pasaportes. Corre más rápido que las cintas para no caminar de la terminal y sube escaleras más veloces que las mecánicas. Viaja liviano, siempre, con su maleta pequeña y su mochila caparazón. No entiende cómo le pasó, justo a ella que aprendió que la organización es la base de la libertad. Justo a ella que no llega tarde ni a sus desayunos en soledad. Justo a ella que, por los mismos motivos, suele tener tantas ganas de llegar a Buenos Aires como de irse.

Le costó dormirse, los cumpleaños de Ágata son siempre así, bulliciosos y amorosos. Es que las cuatro juntas son como una multitud y suenan como una manifestación. A su abuela es a la que más extraña y, como con sus sobrinos, va juntando ofrendas para acortar la distancia entre viaje y viaje. Una vez por año, religiosamente, vuelve a sus brazos a regar las raíces, a reírse con sus hermanas, a pelear con sus hermanas, a pensar con sus hermanas. Vuelve a dejarse mimar por Ágata. Hace apenas unas horas que se despidió con la sensación de que no debía irse aún. Será la edad, piensa, o será la obligación de tener que volver apresurada porque la esperan en la editorial para firmar un contrato nuevo y ahí no son como aquí; ahí las fechas y los horarios se respetan, la puntualidad no es un don, sino la norma. Y lo cierto es que firmar un nuevo contrato por otro libro le da temor.

En los dos últimos viajes estuvo a punto de contarle a su abuela sobre su doble vida, no la de los amores libres, sino la de la escritora que convive con la programadora. Esa en la que las palabras se acomodan en su pantalla como si fueran un código perfecto, sin posibilidad de errores ni de ser hackeado. Chatea a diario con Ágata, no en el chat que comparten las cuatro, en uno personal en donde charlan, entre otras cosas, sobre Eloísa, la solterona del pueblo de su

abuela, la que se animó a irse, como ella. La que no volvió y entonces, se la imaginan y juegan a que tiene diferentes vidas, todas felices. Sus hermanas no saben de la existencia poética de Eloísa, la hija de una madre que le hizo el favor de morirse. No podrían apreciarla del todo o simplemente no les interesaría. Begonia tiene muchas ganas de que su abuela comparta con ella las reimpresiones de sus libros, las ventas exageradas, los elogios desmedidos, pero aún no puede porque todavía no termina ella de asimilarlo. Ya habrá tiempo. Le encantaría que Ágata supiera que su primer libro está dedicado a ella y el segundo a Helena. Ya habrá tiempo, se repite, pero siente que esta vez se quedó con las ganas de contárselo.

La noche anterior le costó dormirse y también pensaba en sus amadas hermanas. Las quiere mucho, podría no ser así, la sangre da órdenes, pero no puede obligar; y las extraña, pero también las prefiere lejos. Son modos de vivir la vida, sobre todo después de que se quedaron huérfanas; no es mejor ni peor, es lo que cada una es. O quiere.

A Azucena, gruñona pero tan presente, le agradece tanto el orden y la fortaleza. Ella es la que, aun en los peores momentos, les recuerda que son hermanas y que, entonces, no tiene por qué estar siempre sola. Y a Camelia, despistada pero tan cálida, le agradece, sobre todo, la alegría. Sí, las quiere mucho y después de más de quince años fuera del país ya encontró el modo de seguir enlazada en lo cotidiano. Es lo cotidiano, y no lo extraordinario, lo que se extraña más. Y lo que te hace familia. La combinación de tecnología y voluntad es imbatible para esto de sostener el cariño.

Lo que no tiene muy claro Begonia es qué podrían agradecerle a ella sus hermanas, además de los perfumes importados a precio de *free shop*. Carga, para siempre, el peso de haberse ido y haberlas dejado con el dolor y también con las tareas. Si bien suplió con dinero la ausencia, cree que no alcanza. Las encomiendas, el pago de servicios y de imprevistos no la reemplazan del todo. Años de terapia, y los que aún le faltan, la ayudaron a dejar de dar explicaciones por vivir la vida que eligió.

Llega agitada a despachar su maleta plateada y entonces la chica detrás del mostrador, pelo tirante, labios fucsia, le dice que no corra, que el vuelo está demorado –mucha neblina–, que por eso no escuchó ningún último aviso y que tiene tiempo para descansar un rato.

Begonia suspira, respira, afloja el cuello y sonríe. Se seca con la palma de las manos el sudor de la corrida; las arrugas de los cuarenta y uno alrededor de los ojos le quedan tan bien que si no estuvieran deberían pintárselas. Despacha la maleta, antes corrobora si tiene el cuaderno rojo en la mochila que viaja con ella y después se va a un bar.

Todos los aeropuertos se parecen entre sí, piensa con conocimiento de causa. Son como los *shoppings*, si un día se cambiaran todos de país nadie lo notaría. Son lugares sin nacionalidad. Revuelve el café doble con leche de almendras y sin azúcar, y solo cuando lo termina, con disfrute y sin prisa, va hacia uno de los salones VIP de esos a los que te invitan las tarjetas de crédito cuando las usas mucho.

El café de este VIP –los visitó todos– es de filtro y a ella le gusta el *espresso*. Como los que toma a diario en el Café de la Perla, en el Paseo de la Concha, mirando el mar bravo de San Sebastián y a las señoras mayores con bañadores tamaño carpa de circo y gorros de goma de colores, desafiando al frío. Sangre vasca, que nadan en pleno invierno y en agua helada como un remedio preventivo contra las enfermedades. Son siempre mujeres y son siempre muy mayores; los hombres en Donostia se ve o que no lo precisan o que a esa edad ya se murieron… tal vez por no bañarse en agua helada.

En el espacio neutro del aeropuerto, con el ruido blanco y el sillón blando del VIP, Begonia se entrega, como cada vez que le tocó una espera inesperada, a ese estado de duermevela en donde se cede el control de los pensamientos al recorrido errante de la sangre y al corazón.

Sin importar el destino, todos sus vuelos desde Argentina le recuerdan un poco a su primera despedida, cuando hacía un año que se habían muerto sus padres. Los dos. Tenía veintiséis años, y si con Helena y Rodrigo vivos ya se sentía un poco desorientada, huérfana y en carne viva directamente no encontraba su lugar ni en su propia casa. Cuando empezó a sentir que le faltaba el aire, a los pocos días del funeral doble, se empezó a imaginar lejos. Libre. Tampoco era que su familia la tuviera prisionera, el mundo está lleno de gente que se muda de provincia, de país o de continente y también hay quienes viven juntos pero separados por la distancia de varios universos. Simplemente hay personas que nacen en su tierra y otras que tienen que buscarla.

Begonia ya se había graduado y tenía un buen trabajo en una gran empresa, bendición de haber estudiado Sistemas, y sin contárselo a nadie, consultó si podían transferirla a otro destino. Cuando le preguntaron a dónde, respondió que le daba lo mismo. Enseguida le ofrecieron un puesto en Nueva York y dijo que sí y supo que ya no había vuelta atrás.

Mientras todas las personas que amaba en el mundo estaban de duelo, ella gestionó el propio alquilando un apartamento pequeño en las afueras de la Gran Manzana, perfeccionando su conversación en inglés y preparando muchos papeles. La muerte de sus padres había sido una bomba que repartió, además del dinero de la herencia, esquirlas para todos lados. Si bien se acompañaban y se consolaban, lo cierto es que también tenían que ocuparse, cada uno, de su propio dolor, de acordarse de respirar, de no enojarse todos los días, de ponerle ganas a cualquier cosa que les hiciera bien, y entonces, si bien los cuerpos se abrazaban, las cabezas no siempre estaban presentes y a nadie le sorprendió que Begonia anduviera tan ocupada. La soledad de la hermana del medio no era una decisión reciente.

Cuando tuvo todo listo ya habían pasado seis meses y entonces ya podían hablar con sus hermanas sin llorar, ya habían liberado el armario de sus padres, los colegas habían dejado de publicar notas homenaje en los periódicos sobre ellos, la gente ya no las miraba con tanta pena; la gente sigue con su vida aunque tu mundo se detenga, y Valentino y Ágata ya se habían levantado de la cama. Tristes para siempre, pero alegres para ellas.

Faltaban seis meses para irse, ya tenía el pasaje, y no le quedaba más remedio que contarle a su familia que se iba a trabajar un tiempo afuera. Así dicho no sonaba tan tremendo, pero ella sabía que era mucho más que eso. No era un tiempo, era para siempre. No era a trabajar, era a vivir. Se iba y por primera vez en su vida sintió que tenía un destino claro: el del camino.

Azucena le hizo un escándalo despechado, a Camelia le pareció maravilloso y prometió que iría a visitarla y le hizo una lista de todo lo que precisaba que le trajera de Estados Unidos, a Valentino se le llenaron los ojos de lágrimas y la abrazó fuerte. Los ojos de Valentino eran sus ojos, la única heredera de esa mirada de aurora diáfana. Ágata la alentó. Le contó sobre su propia emigración del pueblo a la ciudad y de cómo sentía en el cuerpo, de cómo le urgían, las ganas de

irse que Begonia sentía en ese momento. No se aguantó y le hizo prometer que una vez por año volvería a visitarla, Begonia dijo que sí y cumplió.

Una semana antes de irse se cortó el pelo a lo *garçon*, tiró todo lo que pudo, donó casi toda su ropa, se despidió de los pocos amigos que frecuentaba, fingió algo de alegría en la despedida que le hicieron en el trabajo, abrazó fuerte a sus hermanas, a la ofendida y a la excitada, lloró como una niña en los brazos de sus abuelos, los consoló como una adulta y finalmente, con casi nada de equipaje, se fue.

Lo que no pudo decirles es que cuando sus papás murieron sintió que la vida era tan corta que tenía que irse a vivirla. Y también que como, justamente, la vida era tan corta, no valía la pena ningún esfuerzo. Tuvo unos pocos días de batalla interna hasta que decidió, aunque sus emociones no estuvieran del todo de acuerdo, que de las dos posturas iba a ganar la que le permitía seguir viviendo, y se escapó de esa idea que la aterraba de empezar a formar parte del mobiliario, sin relevancia ni ganas. Huyó de ella misma, no de los demás, pero era imposible explicárselo a Azucena.

Y como no pudo decir nada de esto, lo escribió. Compró un cuaderno rayado de tapas duras y rojas, el primero de muchos, y mientras el avión la llevaba lejos de esa persona que sentía que ya no era, lo abrió, apoyó el bolígrafo y empezó.

Ahora, en ese VIP, tantos años, tantos vuelos y tantos destinos después, vuelve a pensar en esa conversación con Ágata y no se imagina a su abuela presa de un pueblo de pocas cuadras sin balcones altos ni teatros ni aeropuertos. Entiende el dolor que debe haber sentido Ágata cuando la despidió y lamenta tanto que no haya querido viajar con ella, de visita, alguna vez. A la distancia, cree que a Ágata le hubiera encantado una vida como la de ella y que ahora mismo evita la nostalgia de lo que podría haber sido y no fue y por eso la espera siempre en esa Buenos Aires apasionada que, a su modo, fue su propia Europa.

Begonia se estira, se levanta, busca una limonada y unas uvas, vuelve a su sillón, y sin darle más vueltas –a veces dar vueltas es enroscar lo que estaba ordenado– toma su teléfono y le deja a Ágata, que seguro está en el desayuno de cumpleaños con sus amigas, dos audios largos contándole sobre los libros, tres vínculos a notas periodísticas con reseñas hermosas, una lleva de título “Ana Bellota, la

misteriosa escritora que volvió a poner de moda la poesía", y la foto de las cubiertas de sus libros. En la última foto se lee una dedicatoria en letra de molde: "A mi abuela, la mujer más importante de mi vida".

Se siente mejor, tal vez por eso no se podía dormir la noche anterior; no suele llevar lastres emocionales. Se vuela más bajo cuando las cosas pesan. Tal vez por eso también hoy su cuerpo se puso en rebeldía y apagó la alarma, realmente por primera vez en su vida, y casi pierden el vuelo ella y su cuerpo.

La tranquilidad que siente ahora tiene que ver, también, con que, y el año pasado le ocurrió igual, vuelve a su casa. Esa sensación de haber llegado a donde realmente se puede descansar es inigualable. No tiene que ver ni con las otras personas –aunque para algunos la patria es su familia– ni con la calidad del colchón. Tiene que ver, en su caso, con la sensación de que, incluso sin saber a dónde iba, llegó.

* * *

Le llevó tiempo acercarse a ese lugar cálido. Años. Apenas emigrada, duró poco en el puesto en Estados Unidos. Logró hacer un acuerdo en el que siguió trabajando para esa multinacional, así de buena era, pero de modo externo y remoto y sumó además otros trabajos. Se mudó de país varias veces y luego de continente. En el medio se enamoró de hombres, de mujeres, de trabajos, de drogas, de religiones y de paisajes, pero precisaba enamorarse de ella misma, "vaya lugar común", le dijo a su psicóloga, y eso de sentir que su propia piel era la que mejor olía, ocurrió en San Sebastián. No se trataba de no querer una pareja, por el contrario, se trataba de querer estar solamente con quien fuera capaz de festejar ese encuentro como se merecían ambos. El amor propio no es escaparle al amor, es mirarlo de frente. Begonia estaba dispuesta a quedarse, incluso para siempre, solo en los sitios, y en las personas, de los que pudiera irse cuando quisiera.

Hoy, desde el sillón del VIP, no es casualidad, ve perfectamente la pantalla de vuelos y el suyo sigue demorado. Se acomoda entonces y se adelanta en el viaje que aún no comenzó. Con los ojos cerrados y los hombros relajados, imagina que camina por la parte vieja de la ciudad que la espera, justo en donde tiene su apartamento, entre boinas vascas aún más viejas que los viejos que las lucen, pinchos y estrellas Michelin, todo al pie del monte Urgull. Desde la ventana de

su dormitorio ve el puerto y no se acostumbra a esa belleza. A veces va haciendo otra cosa, cualquiera, y de repente levanta la mirada y se queda sin aire. Las calles que la rodean están llenas de bares, de tiendas, de restaurantes y de sociedades gastronómicas. Siempre es temporada alta. Siempre hay gente de paso. Tal vez por eso se siente a gusto; en donde todos se quedaron ella no pudo, y aquí va también por el contrario.

Aunque falta para el 20 de enero, Begonia se inventa una tamborrada, lujos de la inventiva, para festejar a su patrón, San Sebastián. Y los replicantes y los tambores le llenan esa meditación turística que hace mientras sigue anclada, a la merced de la niebla, en la tierra en la que nunca tuvo raíces, pero tiene amores y por eso vuelve. *Raíces móviles, de las que crecen en un recipiente que se puede mover*, piensa Begonia y se ríe. Recuerda los recipientes de mermelada con agua y patatas que tiene en su cocina. Sus primeras plantas, porque se tiene plantas cuando se tiene casa.

Cuesta mucho dinero vivir en San Sebastián, pero aunque no fuera una escritora tan bien vendida, igual con sus honorarios como programadora podría costearlo sin tener que ajustar ningún gasto ni compartir apartamento. Pero ¿cómo podría no ser escritora con la banda sonora de uno de los idiomas más antiguos y más misteriosos del mundo? ¿Cómo podría no querer vivir ahí si pasa del Festival del Jazz que toma las calles y se las cede al Festival de Cine, en donde el Kursaal enciende el mar y ella se aposta en la escollera del otro lado del canal y se queda ahí, solo mirando, feliz por este amor que recién ahora, pasados los cuarenta, tiene? Ella es su mejor conquista.

“Estás hermosa, Begonia”, le dijo anoche Ágata, casi en un susurro. Ese era un comentario muy de su abuelo. Y también era muy de Ágata ir tomando los roles de los que ya no estaban para que al resto, y a ella, les doliera menos.

Ya pasaron más de diez años de la muerte de Valentino. Fue la única vez que lamentó estar lejos, y aunque voló enseguida –otra ventaja de sus pasaportes de viajera frecuente– ya era tarde. “Si hubieras vivido acá tampoco lo hubieras visto, Begonia, tu abuelo a su modo venía avisando que la vida ya no le parecía una prioridad, pero no tuvo la deferencia de agendar la fecha”, la tranquilizó Ágata que estaba muy triste. Las tres se preocuparon por cómo su abuela iba a superar la muerte del compañero de su vida, del guardián de sus

dolores, pero enseguida notaron que no había motivos para alarmarse: Ágata había copiado la pulsión de vida que había tenido Begonia cuando emigró. Es que los patrones que repetimos no siempre son para atrás. Puede incluso que sean círculos, solo que no conocemos a los habitantes de todas las curvas.

Esa vez se quedó varias semanas para acompañar a sus hermanas y para acompañar a su abuela y para sentirse acompañada ella. Qué suerte que Helena y Rodrigo las tuvieron a las tres, porque para arriba a su árbol genealógico ya casi no le quedaban hojas.

Qué suerte que Azucena y Camelia están en su vida, piensa, a la distancia de un chat, en su pasado como un abrazo y en su presente como un puerto muy conocido y siempre buen anfitrión. Qué suerte que las tres, cada una como pudo, sobrevivieron a la muerte de sus padres y qué suerte que en ese proceso, a pesar del corazón destrozado de Ágata, de las exigencias feroces de Azucena y del despiste un poco egoísta de Camelia, siguen juntas. Como anoche, recuerda Begonia, cuando como una orquesta de señoritas bien afinadas, le festejaron el cumple a su abuela y se festejaron. Porque todo eso podría no haber sido.

–Señora, su vuelo. –La despierta, suave, una de las aeromozas del VIP. Por unos segundos estirados Begonia no sabe en dónde está. Esos momentos de tiempo detenido son preciosos porque todo es posible: los padres vivos, las distancias flexibles, las búsquedas cortas y los caminos amables. La chica tiene en el arco entre el dedo índice y el pulgar de su mano derecha tatuada la misma brújula que Begonia lleva, desde hace años, dibujada en uno de sus tobillos. No importa cuánto se expandan las fronteras, la humanidad sigue siendo un lugar pequeño. Begonia se concentra en la brújula y entonces retoma la comprensión lectora del contexto.

–Vale –agradece, mira la pantalla, se sopla el mechón de pelo del rostro, mete el cuaderno en la mochila, el teléfono en el bolsillo y sale corriendo.

Qué día extraño, qué mañana complicada, qué viaje raro. Qué novedad esto de correr por los aeropuertos. Begonia siempre se preocupó por entender si se escapaba o si solo seguía su camino. Ahora, alborotada, con su calzado deportivo liviano y de supertendencia, atravesando los pasillos y las puertas de embarque como si se tratara de una maratón, no le hubiera resultado sencillo

sostener los argumentos filosóficos a su favor.

Si bien ya está al límite del horario, en la puerta 32 hay un problema con los pasajes de una familia: el nombre de uno de los tres niños está mal escrito y el alboroto es significativo. Detrás de esos padres que vociferan que dejar al menor acampando en el aeropuerto no es una opción, hay aún una fila de más de diez personas que comienzan a impacientarse. *Bien, vamos a seguir rompiendo hábitos*, piensa Begonia y se pone al final de la fila para embarcar que siempre evita porque considera inútil, si cada quien tiene su asiento, qué locura. Mientras espera llegan algunos pasajeros aún más rezagados que ella con la misma prisa y las mismas mejillas encendidas por la corrida. Los aeropuertos, además de no tener geografía, tampoco tienen un clima amigable.

Por fin el niño puede vacacionar con su familia y la fila avanza. Begonia siente la vibración de su teléfono en el pantalón. No piensa atender, *la gente que habla por teléfono en lugar de chatear debe ser la misma que hace colas sin sentido*, piensa. Pero enseguida se le ocurre que debe ser Ágata, una de las pocas que prefiere hablar y a la que le perdona hasta eso, y que seguro la llama respondiendo a su "salida del closet" literaria. Begonia tiene aún a tres personas delante y calcula que le da el tiempo justo para decirle algo rápido a su abuela –no debe recordar que ella debería estar volando a esa hora y por eso la llama–, cortar, subirse al avión y luego hablar desde su casa más tranquila y al día siguiente.

Toma el teléfono y de pasada ve la foto de Camelia, recuadro de pelos rubios, pestañas largas, una muñeca madura, pero ya tiene el impulso y la mano sigue hasta la oreja aunque siente la necesidad urgente de no atender. Se le enfría la piel, separa las piernas para pisar más fuerte. Está en alerta.

–Hola, Came, ¿todo bien? Estoy por embarcar. –Begonia toma aire antes de hablar y lo hace serena, como si estuviera confirmando el sonido de cada letra.

–No te subas al avión, Bego, por favor, quédate, se nos murió Ágata, vuelve. Por favor, ven. –Camelia apresura esa oración imposible para dejar salir el llanto que le pisa las palabras. Begonia se corre de la fila y la deja llorar. Ya entendió. Ya llora ella también, pero se da cuenta solo cuando alguien le hace gestos para que se siente. Escucha a su hermana menor hablar de las amigas de su

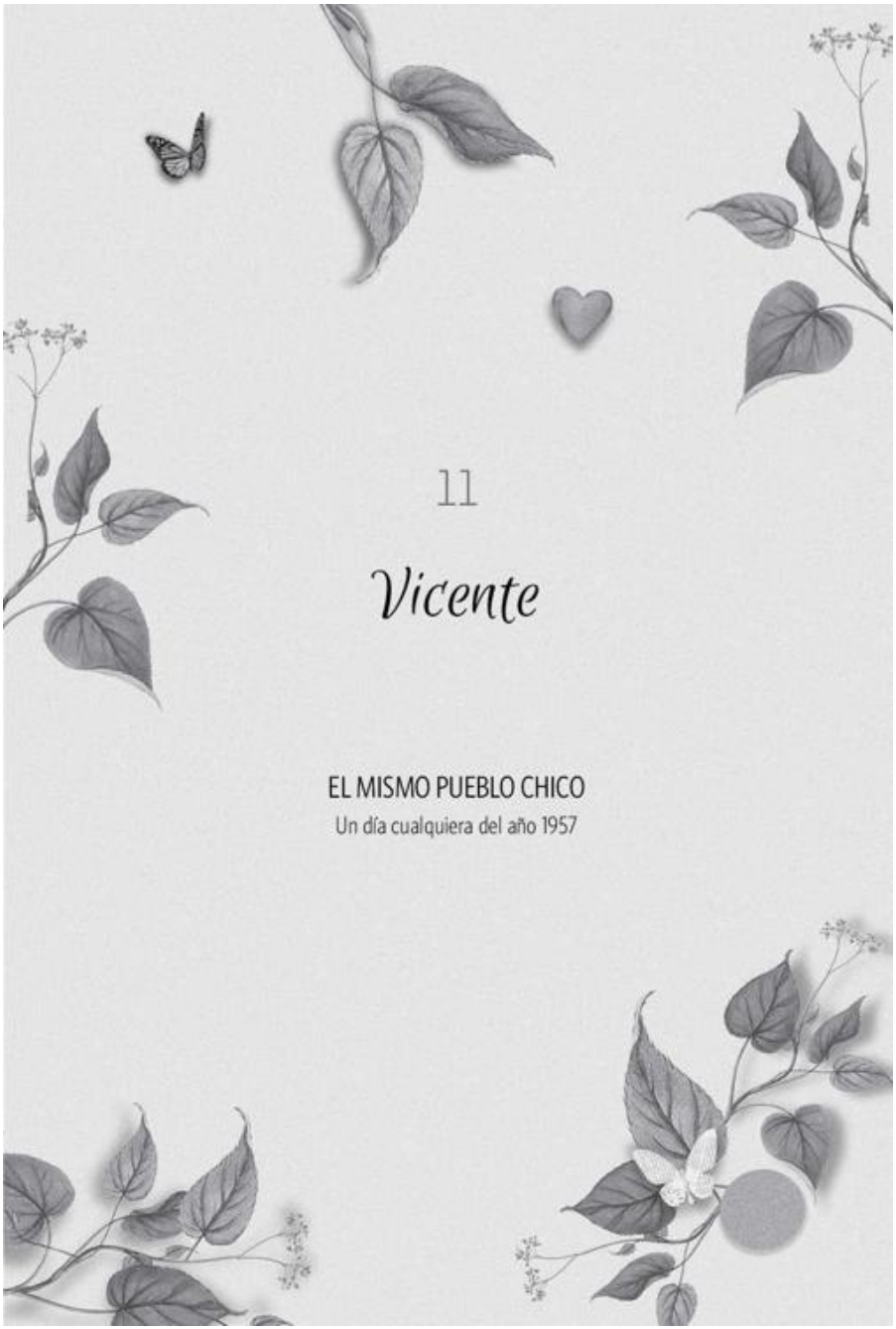
abuela, y de unos sombreros de cotillón, y de que Azucena seguro se quedó sin batería, y de un café con leche que se enfrió. Entre mocos propios y ajenos, mientras detrás de las lágrimas se va desvaneciendo el aeropuerto y todo lo que ahí hay, la oye mencionar a los vecinos curiosos y al encargado un poco metido. Escucha la voz de otra mujer que consuela a su hermana y después asimila absurdos que Camelia repite, como que Ágata está con Helena. Camelia casi no puede hablar, pero no deja de hacerlo.

–Voy para el apartamento de la abuela, Came. No, no hay problema, tú no vayas. Yo le aviso a Azu. –Begonia se levanta, se desencapota la mirada y avanza por los caminos que van dejando las personas en el hormiguero del aeropuerto. El teléfono de su hermana mayor le indica que está apagado, pero la sigue llamando. Al cuarto intento, Azucena responde.

–Bego, perdiste el vue… –atiende su hermana mayor y Begonia la interrumpe:

–Azu, necesito que escuches muy bien lo que tengo que decirte, pero mientras, sal ya para la casa de Ágata.

Y Begonia, sin escándalo ni prisa, eligiendo las palabras, cierra el triángulo en el que, frente al dolor, y otra vez, no están solas porque están juntas, reunidas por el amor y también por el espanto.



11

Vicente

EL MISMO PUEBLO CHICO

Un día cualquiera del año 1957

Ya no puedo demorarlo más y hoy voy a renunciar. Ahora mismo, cuando llegue a la estación, tendré que explicar que ya estoy grande, que mi padre está enfermo, que tengo mucho trabajo en el almacén y que soy la novia de un recién graduado y próspero abogado y que ya no puedo vender pasajes de tren ni charlar con los viajeros ni con los vendedores golondrina, y que debo pasar mis sábados como lo que soy, una joven correcta, con el futuro armado y sin lugar ni tiempo para cuestiones sin sentido. Es decir, deberé explicar un montón de motivos que no me resultan suficientes, ni aún sumados, para dejar de hacer una de las cosas que más me gustan en el universo. En el que conozco, al menos.

Las cuadras hasta la estación deben tener el surco de mis sueños, y aunque ya no soy la que era hace unos años –ahora tengo destino– siguen siendo mi lugar libre. Mientras camino y empiezo a oler, sí, a oler, la estación con sus humos y su tierra, sus plantas y sus metales, siento, cada vez, que todo puede cambiar y que está tan cerca la puerta de escape que si doy medio paso más, es posible.

Los sábados son para mí. Me los gané y los defendía con toda la fuerza de mi testarudez. Hoy los entrego sin estar del todo segura, los voy a extrañar, me voy a extrañar, pero lo cierto es que papá está bastante enfermo y mamá pasa cada vez más tiempo cuidándolo y organizando las visitas a los médicos y los horarios de las medicinas. Me ocupo de mucho en el almacén, terminé el colegio a los tumbos, pero con buenas calificaciones, y aunque papá se levanta todos los días con la intención de hacerse cargo de los proveedores, el orden, las ventas y los clientes, cada vez puede pasar menos tiempo parado. Sufre más por eso que por los dolores, muy fuertes, que le aquejan.

Me sigo vistiendo como se me antoja, necesito ser creativa con algo, pero Nelly ya no me lo objeta. Soy responsable pero, sobre todo, estoy comprometida con, literalmente, el mejor partido que pasó por el

pueblo jamás: mi adorado, sereno y respetuoso Valentino.

El tiempo avanza raro, rápido y lento al mismo tiempo. Parece que pasaron siglos desde que doña Cata me delató –a mí digo, al doctor Romano jamás– con mis padres. "La edad no siempre nos hace mejores, Ágata, no somos un vino", decía Liz, mientras se retocaba el lápiz labial luego de discutir con algún viajero rezongón, y recién ahora lo comprendo mejor.

Antes de eso, de la denuncia malintencionada, solo tuve un día más de visita a la casa Solano, luego de ese beso arrebatado en la calle, a plena luz del día, pero bendecidos con la soledad de la siesta. Y en esa visita, solos, le dije que sí, que quería ser su novia, y hubo bocas indecentes y roces ardientes. Hubo mucha más timidez, o sentido de lo correcto, de parte de Valentino que de mí, y hubo también una cantidad enorme de intromisiones de la escandalizada doña Cata que recibía nuestra ironía y que se iba, dudando, hasta que no volvió y convirtió el inicio de nuestra relación en un chisme que se propagó más rápido que los mosquitos del verano cuando cae el sol. Y eso que doña Cata –virginal más que nada por falta de opciones y casta por resignación– jamás podría haber imaginado mi mano fuerte en la nuca de mi novio y la de él rompiendo los límites entre mi cintura y más abajo. Fue una visita corta, duró lo que el decoro de Valentino nos permitió. Y entonces me pidió permiso para hablar con Tito y con Nelly, para contarles sobre sus buenas intenciones, y para que podamos caminar de la mano por el centro del pueblo. Igual yo más que caminar de la mano a la vista de todos quería seguir encerrándome en donde nadie nos viera. Mi cuerpo era, estaba advirtiendo, tan curioso como yo, solo que como lo acababa de descubrir, quería recuperar el tiempo perdido.

Por eso cuando mis padres me enfrentaron con la denuncia flagrante de la vieja chismosa pude responderles con el pedido de visita de Valentino. "Una jugada maestra, Ágata", me dije luego frente al espejo. Mamá me miró desconcertada, creo que le costaba asimilar que un joven con gemelos en sus camisas y opciones en su futuro pudiera de verdad estar interesado en esta hija suya de pelo carré, gorros absurdos y lengua sazonada. Papá me miró receloso, no era muy demostrativo pero yo era su tesoro.

Unos días después lo recibieron con ropa de domingo y Valentino los enamoró igual que a mí, pero sin el intercambio de saliva. Le trajo

a papá una pluma muy parecida a la que le vi a su padre en esa primera, y fundamental, visita al almacén, y a mamá un perfume en un envase de vidrio precioso que Nelly primero usó con mesura y que luego guardó, vacío, como un talismán, hasta su muerte.

Yo no estaba en esa reunión, lo que sé lo sé por Valentino. Intenté escuchar, pero justo se llenó el negocio de clientes. Nunca me dio tanta rabia ganar dinero. Sé que le preguntaron si tenía planes de quedarse en el pueblo una vez que nos casáramos –si nos casábamos– y Valentino dice que les dijo que lo íbamos a decidir juntos, él y yo. Imagino la mandíbula de mis padres rebotando contra la mesa oscura de la sala. Lo único que Nelly decidía era lo que comíamos y solo porque a mi padre le parecía que los hombres no se ocupaban de esos temas menores.

En ese momento, lo que más me inquietaba era si yo también tenía que sentarme con los papás de Valentino a decirles Dios sabría qué. No era falta de coraje, era falta de tema de conversación. A don Omar no lo vi nunca más, y aunque tengo mis razones para imaginarlo como un simpático Celestino, me da un poco de temor enfrentarlo ahora en mi nuevo rol de novia de su heredero. Si el papá de Valentino me da algo de temor, doña Laura, la mamá, directamente me da pavura. No la conozco, no viaja y mucho menos a los pueblos en los que trabajan sus hombres. Vi fotos y esa barbilla siempre altiva me da ganas de meterme debajo de una mesa y no salir nunca más. Porque… ¿qué puedo ofrecerle yo a su hijo? Tal vez es necesario que les cuente que no tengo ninguna intención de quedarme en el pueblo, pero entonces van a creer que soy una oportunista. *Mucho radioteatro, Ágata*, me consuelo.

* * *

Casi dos años después de la visita de Valentino a mis padres, don Omar sigue siendo un amor y a doña Laura todavía no la conozco, pero Valentino me asegura que nos veremos pronto y que su madre ya me aceptó. Mi enamorado sigue viajando todas las semanas a la capital, va y viene, y yo aún no lo acompañé nunca, me dice que sería muy mal visto, que ya tendremos tiempo. Estos meses fueron menos vertiginosos de lo que imaginaba y nunca volvimos a besarnos como esas primeras veces. Mi novio dice que ya tendremos papeles y la

bendición de Dios, que debe respetarme más allá de sus ganas, que soy la mujer de sus sueños, que soy única y diferente. No sé bien a qué se refiere con "diferente", pero más que la mujer de sus sueños me gustaría ser la mujer de sus labios. No termino de entender si esta urgencia mía tiene que ver con mi inmadurez o con, por el contrario, haber crecido. ¿Y si ya pasó el punto más alto del romance? No puede ser.

En el pueblo subí de categoría y siento en la nunca las miradas picantes de la envidia. Soy, aunque aún no estamos comprometidos, la que "se salvó". A los primeros a los que les conté fue a Marcelina y a Santos, mis compañeros fieles, para que Santos dejara de pensar en mí y para que pudiera reparar en las bondades de mi amiga. Marcelina lo mira como Valentino me mira. Soy una mujer con experiencia en las miradas del amor.

No olvido mis ganas de ser escritora, de estudiar y de hacer lo que se me antoje, solo que de a ratos se me diluye la idea y corro atrás para abrazarla y para que se quede conmigo, para no ser solo la mujer del abogado Romano. Me excuso, cuando dudo, y recuerdo que es paso a paso, que primero la capital y después lo otro. Todo lo otro.

Mientras, los fines de semana que Valentino se queda en el pueblo vamos a la plaza del centro, y mientras Nelly hace algún trámite rápido, nosotros nos sentamos y yo dibujo flores, otra vez, y él mira el cielo y mastica una ramita –qué ridículo– mientras ostenta el don de estar tirado en la tierra sin manchar su camisa blanca. Ya le pregunté, tiene diez, una para cada día de la semana y tres para ir aguantando el proceso de lavado y planchado. No sabía que un hombre podía tener diez camisas y menos que había hombres que se ponían una prenda limpia cada día.

La plaza es misteriosa, podría asegurar que no me queda nada sin dibujar en mis cuadernos. Hay baldosas rotas y bancas escritas que están ahí desde siempre, desde que era una niña. Mis diecisiete –ya soy toda una mujer, dice Nelly– me encuentran con una mirada más aguda. Muchas veces se trata, incluso sobre lo obvio, de cambiar la perspectiva. Si muevo la mirada unos milímetros para un costado o dos centímetros para arriba, se me revela una nueva composición para copiar. Un encuadre diferente, un recorte desconocido. En la plaza, como en la vida. Por ejemplo, creía que el amor era más urgencia y excitación que serenidad y certeza. No es que quiera drama, como

asegura Nelly, me entusiasma el futuro con Valentino, solo que pensaba que también me iba a entusiasmar el presente. Me quejo de llena, dice Marcelina. Y mis excompañeras del colegio, que pasan apresuradas y me miran de reojo con un rictus indisimulable en la boca, me lo confirman. Suelo llevar a la plaza, adrede y para que me vean, los sombreros, tan de mi estilo y tan poco del estilo de mi pueblo, que Valentino me trae de regalo, y disfruto mucho las conversaciones y las risas. Eso sí sigue pasando, podemos conversar horas y nos reímos a los gritos como si tuviéramos un idioma propio, tal como tienen, ahora que lo pienso, Nelly y Tito.

A veces siento –y espero que no sea mi imaginación – que si por él fuera me arrancaría la ropa, no detendría mi mano en su cuerpo, no alejaría sus muslos de los míos. Pero lo hace y me desconcierta. ¿Qué batalla ridícula pelea si yo no soy tierra a colonizar sino una compañera de armas?

Luego compensa porque Valentino me sorprende casi a diario, con él no debo disimular ni sentarme derecha. Es la persona más buena que yo conocí en mi vida y escucha todo lo que tengo para decir aunque no me atrevo, aún, a decirle demasiado. Todo sigue su curso, un curso bueno, lo sé, solo de a ratos daría cualquier cosa porque vuelva a encender un cigarro y me lo pase, húmedo de saliva y deseo, para que yo lo seque con el humo caliente de mi boca.

* * *

Estoy cerca de la estación, es una mañana espléndida, de esas que te conectan los huesos con las emociones. Hoy temprano Nelly le leía a papá una novela que usaba mucho la palabra “espléndido”. Espléndido esto, espléndido lo otro. Nelly no fue al colegio secundario, pero tiene una afición tan grande por los libros que sabe de todo, incluso de lo que la ruboriza, y parece que tuviera un título universitario, de esos que no se pueden estudiar ni en los pueblos vecinos. Los libros son sus viajes y sus vidas no vividas. Son su rebeldía. Desde pequeña me persigue con frases, párrafos, poesías y sonetos, y me lleva a la biblioteca para ver si se me pega el hábito. Tito y yo tenemos un vocabulario más rico que el del intendente del pueblo gracias a la insistencia, y a la lectura paciente, de Nelly. Ahora que papá está mucho tiempo recostado o sentado frente a la ventana

de la sala, Nelly aprovecha que lo tiene de público, oyente y cautivo, y le lee incansablemente, y hace voces y cambia la entonación y lo abriga con la manta de las palabras, y a veces me dejo llevar y me quedó ahí, oculta, escuchando y me olvido de lo que estaba por hacer.

Lo único que le gusta a mi mamá tanto como los libros son las plantas, pero ahí sí que no hay encuentro posible conmigo. No entiendo por qué la gente les dedica tiempo a las plantas que –de todos modos y sobran pruebas– crecen solas en cualquier baldío y en cualquier acera. Nunca se sabe si Nelly le está hablando a uno de nuestros felinos o a un potus desagradecido que se puso amarillo. Al canario sabemos que ya no porque, como no todos pueden escaparle a su destino, finalmente un domingo de tormenta se lo desayunó uno de nuestros cuatro gatos, que van rotando; los gatos en verdad no son de nadie, pero, vaya a saber por qué, viven de a dos pares en casa.

Carlos me espera en la puerta, siempre serio, siempre distante pero siempre correcto. Carlos debe haber nacido así, arrugado, flaco y largo. El pelo brilloso de tanto fijador y las manos con las uñas comidas hasta los nudillos. Carlos es el encargado de la estación de trenes. Seguramente su trabajo tiene otro nombre, pero a los fines prácticos él se ocupa de todo. Los maquinistas lo saludan con respeto, le dan paquetes y él les entrega otros, como si nadie los viera. Todos los que trabajamos en la estación respondemos a Carlos y no tengo idea a quién reporta Carlos.

Ya le había avisado que quería hablar con él.

–Hola, Ágata, la estaba esperando, pase que necesito conversar con usted –me dice Carlos y se hace a un costado para que yo pase. Este hombre presta una especial atención a mantener, al menos, dos pasos de distancia entre las personas y su humanidad.

En realidad era yo la que quería hablar con él, pero lo dejo empezar. He visto a infinidad de mujeres pasar por alto situaciones similares o aceptar que les expliquen algo que ya saben y comprendo las ventajas, pero casi nunca lo permito. Veamos cómo funciona.

–Estamos muy contentos con su desempeño –empieza y me dan ganas de preguntarle quiénes son *estamos*, pero también tengo curiosidad para ver a dónde lleva esta conversación–. Entendemos que en algún momento, más temprano que tarde, se irá del pueblo y necesitamos que capacite a la persona que la va a reemplazar. Le pagaremos extra, si está de acuerdo. –Si Carlos sigue hablando en

plural no voy a poder seguir disimulando esta corrección aburridísima.

Luego, mientras el señor de piel gris y pequeñas manos de ratón, que tiene el turno anterior al mío, acomoda los tickets vendidos y las encomiendas para el correo, me explica que no tienen prisa para que deje el trabajo, pero que justo ahora está disponible un joven, casi un niño, hijo de un hermano de su mujer, al que le viene bien aprender.

Carlos está casado, guau, y quiero saber si también mantienen los dos pasos de distancia con su esposa o si le acaricia la cabeza como Valentino hace conmigo. *Ágata, contrólate por favor, presta atención.*

Un poco me enoja que crean que pueden reemplazarme tan fácilmente, a mí que embellecí la estación y que, además, hice mucho más placentero el paso de tantos viajeros. Mi ego herido se distrae porque al lado del señor ratón veo a alguien más. Lo completo detrás del cuadriculado de la reja de la ventanilla. Será el niño que debo educar y por el que me van a pagar extra.

Carlos nos presenta, el señor gris se va un minuto después de que termina su turno. El chico me saluda con un movimiento de cabeza. Los varones a los dieciséis son chicos torpes, pero las mujeres a los diecisiete estamos a nada de ser consideradas solteronas. Bueno, yo no, yo tengo un novio que es el modelo de todos los novios del mundo. Y no sé por qué mi mente me lo recuerda justo ahora.

Mi alumno-reemplazo tiene la espalda más ancha que el mueble de los sellos. No es muy alto, pero parece metido a la fuerza en la oficinita en la que trabajamos. Sus brazos son enormes, los dedos largos, los ojos negros como si no tuvieran fondo y la piel dorada como un reflejo del sol. Rizos oscuros rebeldes, boca marcada y barba nueva, pero de un par de días. Este chico huele a hombre. Ese olor…

Sería mucho más lógico que fuera cadete o que cargara el carbón de los vagones, pero no, me lo dejan a mi cargo y me fastidia.

–Ágata, él es Vicente, el jovencito que ya le mencioné. –Carlos es tan formal–. Vicente, la señorita es Ágata y ella se encargará de mostrarte las tareas con las que hay que cumplir.

Carlos se va y pienso que yo nunca acepté el trabajo extra, solo lo dio por sentado. Qué rabia.

Vicente me mira sereno y expectante. Controlo el reloj y faltan unas horas para que llegue el primer tren del día; ahora los sábados son más concurridos, pero aún no hay nadie ni en el andén ni en la sala.

Carlos va y viene, nunca se sabe por dónde anda, Vicente y yo estamos solos y, no entiendo bien por qué, pero el enojo le da paso a la novedad y estoy muy, pero muy, entusiasmada.

No paro de hablar. Describo protocolos, señalo lugares, anoto horarios, enumero anécdotas, hago gala de mi experiencia y también de mis manos y de mis ojos. No sé si hablo o bailo. Vicente me mira en silencio. Me gustaría que tome nota, le estoy dando oro en polvo. No hago contacto visual, pero no lo noto hasta que pierdo el hilo de mi monólogo porque mi alumno se pasa el dedo, despacio, por el labio. Debo estar afiebrada. Quiero ser simpática, pero este chico es más frío que los domingos de invierno. Mantiene distancia, pero no se pierde ninguno de mis movimientos.

–Señorita Ágata… Ágata, ¿no? No se agite, mi tío me indicó que debo venir durante los próximos dos sábados, tenemos tiempo. –La voz grave de Vicente debe salir de la misma profundidad que su mirada. Su serenidad me resulta impostada. Lo imagino descalzo corriendo por el campo. ¿Lo estoy imaginando con los rizos al viento? *Estás loca, Ágata*, me reprendo en mis pensamientos. Y los reprimo.

Soy la dueña del lugar, la que sabe lo que hay que hacer. Soy mayor, así que me siento y durante un rato larguísimo no le presto atención. Que se arregle. Que me valore.

Vicente recorre la oficina y se choca con los muebles. En el bolsillo trasero de su pantalón tiene un pequeño libro y no llego a leer el título. El chico nuevo registra, observa y me esquiva. Sobre todo, me esquiva. Como si no pudiera ni siquiera sentir el calor de mi cercanía. Tal vez Carlos le dejó bien claro que yo era la elegida de un príncipe urbano o tal vez me ve como una señorita aburrida, una especie de jefa adulta e insulsa; al final, solo una empleada de la estación de trenes de un pueblito con una sola avenida. Necesito que sepa que soy mucho más que eso. Pero es un niño, así debería verlo yo. Lo que no debería estar viendo es el tono tierra de sus pantalones y pensando lo bien que le sienta. Hay algo feroz en Vicente que me intriga. Lo único feroz que conozco vive en mí y no me alcanza.

–¿Tú vives por aquí? ¿Y por qué no trabajas en un sitio más al aire libre, más apto para un muchacho? –interrumpo el silencio, no me siento impertinente, estoy al mando. ¿Así se sentirán siempre los hombres?

–Nos mudamos hace muy poco, tampoco sé cuánto tiempo

viviremos aquí, pero mis padres quieren que estudie y les parece mejor que aprenda contabilidad a que use el arado. –Vicente tiene los puños cerrados. Pienso en mis antiguos compañeros de colegio, todos me parecían niños. Este, a pesar de tener la misma edad que ellos en ese momento, no. Vicente es un misterio, mi proyecto personal de educación.

–¿Y tú qué quieres? –insisto.

Él quiere escribir poesía, me confiesa. Y viajar por el mundo, irse lejos y sin ataduras. Me corre un sudor frío desde la nuca hasta las rodillas; soy un poco ese chico más chico encerrado en lo que le tocó. Para esas dos cosas –sigue– considera que es más útil el arado que la contabilidad, pero sus padres opinan diferente. Mientras me habla temo que sus pestañas levanten vuelo y espero, de verdad, no tener la expresión de estúpida que siento que ostento.

–Perdón, señorita, son cuestiones que no interesan, lo que quiero es aprender lo que tenga para enseñarme y cumplir con mi trabajo. –Otra vez está derechito y con la mirada baja, incómodo.

Oportuno, llega el tren y puedo mostrarle todo lo que le enseñé en la teoría. Aprende rápido y me ayuda. *Podríamos ser buenos amigos*, pienso. Y me roza sin querer la mano mientras juntamos tickets para sumar al registro, y la descarga eléctrica que me eriza la sangre se ríe de mi pensamiento. *Cuidado, Ágata, cuidado.*

Un rato después vuelve la calma a la estación. Solo a la estación. Yo, evidentemente, perdí la razón una vez más. Al final Nelly no está tan equivocada cuando dice que "esta hija mía no puede con ella misma". ¿Cómo me puede atraer un mocoso sin nada de elegancia que acabo de conocer? Debo estar rota, solo las mujeres rotas pueden engañar, porque con los pensamientos también se engaña, a un hombre bueno, y soñado, como Valentino.

Pero la atracción es normal, lo que se siente, se siente. Y además puede que alguien te atraiga solo en el inicio y luego cuando lo conoces un poco más, se te pase. Y el amor a primera vista solo es cosa de las novelas, y si no le preguntan a Marcelina que les explica, y, completo mi monólogo, esto que me alborota debe ser, seguro, producto y culpa del aburrimiento mortal que siento. No es atracción, me digo, si Carlos en lugar de un joven hubiera traído una tortuga también estaría buscándole la vuelta para que me interese como un modo, vital, de combatir el tedio.

Lo bueno es que Vicente me evita aunque yo lo busco. Va terminando el turno y el silencio me pesa en los músculos y me muevo más lento. No nos saludamos, él desaparece y yo me quedo preparando el pase, y con la facilidad de no tenerlo cerca, me digo que ese trance ridículo ya pasó, que debo estar afiebrada, que por suerte ya volví a ser yo. Qué pocas ganas, tendría que haberse quedado para que le enseñe cómo se deja todo a la hora de pasar el turno.

–¿Me dijo algo, Ágata? –Carlos está en la puerta, seguro faltó el vago que me sigue, no es la primera vez, y cuando eso ocurre toma el turno él.

–No, no, Carlos, gracias. Nos vemos el próximo sábado.

* * *

Deshago el camino a casa y espero que Carlos no haya notado el tono alto de mis mejillas ni el temblor de mi voz. Lo que más siento es curiosidad. Me aterra, y hasta hoy no lo había pensado, no saber nunca qué gusto tienen otros labios. Me intriga, mucho, descubrir cómo soy yo desarmada en un abrazo que no tenga la certeza del de Valentino. Seguro es mi cabeza que inventa historias para no enlodarse con mi realidad, aun ahora que logré lo que quería y que sé que me espera una vida de sorpresas y comodidad, aunque suene contradictorio. Debe ser eso, no me bastan mis padres orgullosos y mi novio perfecto y devoto, temo dejar de ser Ágata. Temo tener que elegir y no elegirme. Temo que nada me alcance nunca.

–Qué intensa, Ágata, no soportas estar en paz. –Por suerte en la calle no hay nadie y no me escucho ni yo.

* * *

Papá recuperó algo de color –suele tener esos momentos de esperanza–, y está apoyado en el mostrador con el lápiz en la mano y el cuaderno abierto. Cuando paso le doy un beso en la frente y sigo. Sobre la mesa de la sala hay un florero gigante con un ramo presumido de rosas rojas. Los moños violetas que lo sujetan y lo adornan delatan que vino del puesto de doña Silvina, y no tengo que mirar la tarjeta para saber que son de mi novio que esta semana demora su vuelta al pueblo. Tenemos un ritual de regalos que se volvió un poco aburrido, pero que sigue siendo simpático. Yo le

separo barras de chocolate de diferentes marcas y orígenes que consigo que me traigan los maquinistas que ya me conocen y que pago con mis ahorros que, después de todo, no gasto en nada más. Valentino, además de los sombreros insolentes, me trae periódicos y revistas de la ciudad y cuadernos de hojas gruesas cosidos con hilos dorados.

–Qué belleza las flores, qué lujo las flores –dice Nelly y me besa y me acomoda un mechón detrás de la oreja en el mismo movimiento. Mamá se mueve en modo orquesta. Economiza cada gesto, hasta los del amor–. ¿Llevo las rosas a tu habitación? –me pregunta y ya tiene el florero en las manos y desaparece detrás de los pétalos y los pimpollos.

–No, madre, gracias, que queden aquí así las disfrutamos todos. –Me tengo que ir rápido a mi habitación, el instinto de Nelly es implacable.

Me desplomo en mi dormitorio, apenas tuve la oportunidad me convertí en un personaje de radionovela. Además me acabo de golpear el rostro porque quise ponerme la mano en la frente y no medí la fuerza. Nunca sé bien si reír o llorar, soy un personaje de comedia, será posible, ni el drama sostengo. ¿Los problemas inventados también son problemas?

–Ágata, ¿cenas? –Se asoma a la habitación Nelly; parece que esto de tener novio y trabajar no me convierte en una persona lo suficientemente adulta como para que esta mujer golpee la puerta antes de entrar.

–No, gracias, no tengo hambre, discúlpenme hoy, saluda a papá de mi parte, buenas noches, mamá. –Me cree y se va. O se va y punto, que a los fines prácticos es lo mismo.

Mastico una de las barras de chocolate –esta tiene sal– que guardaba para Valentino, y voy de uno a otro, entre las dos V cortas, como si se los pudiera comparar, y me duermo pensando cómo les voy a explicar, a mis padres y a mi novio, que a pesar de haberlo prometido y acordado, sigo trabajando en la estación de tren.

Claro que no voy a permitir que ocurra nada que manche mi honor y que lastime a los que amo, pero por ahora, y aunque no estén de acuerdo, no pienso renunciar.

12

Los cuadernos

BUENOS AIRES

Cuando cae la tarde, en ese domingo otoñal,
cinco días después del cumpleaños de Ágata

–Para mí que es un hermano, un hijo no reconocido del bisabuelo Tito –dice Camelia y analiza la foto de la polémica con una seriedad que le queda incómoda.

–El premio a la negadora del año es para… ¡Camelia! –actúa Azucena y toma la foto que combina con la foto de Ágata de la que ahora las tres tienen copia y la estudia–. ¿Alguna vio alguna foto del abuelo Valentino de joven?

–Y el segundo puesto de la negadora es para… ¿Cómo va a ser el abuelo? Mira mis ojos, Azucena. –Begonia exagera la abertura de sus ojos cristalinos estirándolos con los dedos–. ¿Los viste? Bueno, ahora mira la foto. No hay modo de que los ojos oscuros de este adolescente sean los de nuestro abuelo.

–Puede ser la foto de un amigo, ¿o las chicas no pueden tener amigos? –insiste Camelia.

–También puede que la foto no sea de Ágata, que se la haya guardado a una amiga, o que sea de su mamá, vaya a saber –ensaya otra teoría Begonia.

–Pero esa letra es la de la abuela –aclara Azucena y señala la "V" dibujada en la foto–. Pero puede ser un amigo de Valentino, por eso esa V corta. ¿No? –Va y viene Azucena y elige ignorar el hecho, manifiesto, de que esa V escrita con la letra de Ágata está encerrada, para siempre, en un corazón.

La caja de madera está rota, se le desprendió la tapa, y nadie se atreve a levantar los cuadernos, así que, arrodilladas alrededor, filosofan. El fogón de los secretos insospechados.

Explotó una bomba en la habitación y rompió la cadencia de ese domingo de tristeza, de nostalgia y de desmonte. Se mueven más lento, miden las palabras, se miran a los ojos para indagar más allá de lo que dicen. Se leen los silencios pero, además, también están un poco divertidas.

–Bueno, casi que hubiera preferido encontrar un dildo –dice Begonia entre pícara e indignada, y descomprimen, siempre la misma coreografía, y se ríen tanto que Camelia sale corriendo porque se hace pis y Begonia termina acostada en el suelo, mirando el techo como si tuviera estrellas, como si fuera mucho más alto, como si viera a través.

–¿Nadie lo dirá? –Camelia está apostada en el marco de la puerta.

–Tampoco tiene por qué ser tan grave, no exageremos, un noviecito de la infancia, del pueblo, un chico que quedó en el olvido. –Azucena baja la mirada y le pone la tapa destartalada a la caja de madera vacía. Begonia sigue acostada en el suelo, las vértebras ordenadas sobre la planicie de madera, los brazos detrás de la cabeza, las piernas cruzadas. Su cuerpo viajero sabe cómo hacer hogar y descanso en cualquier lado.

Camelia se va y enseguida vuelve con el sobre blanco que hace un rato le había compartido Begonia. Saca la copia de la foto de Ágata y la pone al lado de la foto del chico salvaje que volvieron a poner en el suelo.

–Muy en el olvido parece que no quedó, sobre todo si Ágata guardó la foto de él durante tantas vidas –enfatiza Camelia.

–Y además mantuvo la otra, mi foto, en la mesita de las fotos durante una eternidad –se incorpora Begonia y completa.

–¿Quién será…? –dice en voz alta Azucena sin decírselo a nadie.

Las dos fotos, opuestas, conversan entre sí. Hay tensión y ternura en las líneas borrosas y los grises lavados y un poco amarillentos. Hay una historia que no conocen, pero que no pueden ignorar. Se siente, es fuerte, está ahí, en el suelo de la habitación de su abuela que hace unos días estaba viva y que ahora las deja con la intriga.

Luego siguen las teorías: ¿Habrán seguido viéndose? ¿Fue antes de Valentino? ¿Ágata tuvo que elegir? ¿Por qué cuernos guardó la foto, las fotos, durante tanto tiempo? ¿Habrá sido el verdadero amor de su abuela? ¿Seguirá vivo?

–¿Y si lo buscamos? –aventura Begonia.

–Pero tú estás loca, Begonia, si apenas tenemos tiempo para ocuparnos de este embrollo antes de tu vuelo y mañana debo enviar a los chicos al colegio, la vida no es una novela –agita Azucena–. Y además me parece que le estamos dando demasiada importancia. No la tiene, todos tenemos secretos, dejemos a los muertos en paz.

–A mí me gustaría saber. Imagino una historia de amor prohibida,

pero con final feliz. No quiero un cuento de corazones rotos, quiero un romance de película, de esos que te hacen pensar que a ti también te puede pasar –sueña Camelia.

–Bueno, pero muy feliz no puede haber sido porque este chico no es nuestro abuelo y estas fotos están guardadas como un tesoro. –Azucena señala el cofre de madera.

–Tendría que haber tirado esa caja por la ventana –murmura Camelia.

–¿Qué dices? Ponte de acuerdo –la interpela Azucena, pero su hermana menor no le responde.

Se les ocurren tantas cosas que no llegan a compartirlas y entonces se intercalan preguntas que nadie responde con silencios salvadores.

–Están los cuadernos. Digo, si queremos averiguar. –Begonia tiene en sus manos los dos cuadernos rojos de su abuela. Cuadernos rojos de letra apretada que nunca había visto, iguales a sus cuadernos rojos llenos de poesías. Coincidencias que desafían el significado de la palabra "coincidencia".

–Yo paso, si leen algo interesante me cuentan. –Camelia se da vuelta y empieza a ordenar los sombreros que estaban en el mismo estante del hallazgo de la controversia.

–Pero, Came, ¿no querías saber? –Begonia la pelea, divertida.

–Hay cosas que prefiero que se queden en el limbo liviano de la duda. –Camelia, firme, da por terminado el tema.

–Igual me da pudor leer los diarios de otra persona –retrocede Begonia.

–No se hubiera muerto de repente, Begonia. Dame uno. –Azucena se sienta en la otra cama, en la que nunca durmió Ágata, y Begonia se le sienta al lado. Empiezan a hojear los cuadernos, bastante por encima, se están conociendo con esa abuela que existió mucho antes de que ellas le dieran ese título, y avanzan con prudencia.

Azucena se detiene en algunos párrafos, Begonia da vuelta el cuaderno, como si fuera un volante, para leer los márgenes y Camelia ordena la pila de sombreros por quinta vez. De a ratos alguna de las lectoras hace un comentario sin levantar los ojos de los cuadernos y las otras dos asienten.

– Me parece que ya estaba de novia con el abuelo –confiesa Azucena.

–Cierto que Ágata trabajó en una estación de trenes, lo había

olvidado… –rescata Begonia.

–¿Pero no dice ni cómo se llama? –se impacienta Camelia.

Azucena le dice que si quiere lea un rato ella y le extiende el cuaderno, Camelia lo rechaza moviendo la cabeza de un lado a otro y se inventa cosas para seguir ordenando.

–Acá faltan hojas, están arrancadas –advierte Begonia.

–¡Acá también! –comprueba Azucena.

Se enojan con Ágata, las tres, pero no lo dicen. Está mal visto enojarse con los muertos recientes. El día parece de goma de mascar y ahora falta más que hace una hora.

–Mira, Camelia, estas flores parecen tus flores. –Begonia levanta el cuaderno y se lo pone al lado de su cabeza que sigue coronada con el pañuelo de Camelia. En la hoja que está abierta, llenando cada espacio libre entre palabra y palabra, hay flores dibujadas con trazo firme de a ratos y apenas esbozados otros, incluso en la misma flor. Son bellas.

Camelia se acerca y toma el cuaderno, otra vez las lágrimas, y ella que pensaba que no tenía más.

–Quisiera llevárselo a Tita para que lo digitalice; esos pétalos, esas curvas… Podrían estar en los próximos pañuelos. –Camelia acaricia, suave, los dibujos con un dedo como si acariciara algo frágil, como si acariciara un recuerdo.

–Llévalo –dice Begonia y abre gavetas y saca cosas–. ¿Qué hacemos con estos barbijos?

–Los barbijos se donan, Begonia, nosotros no los usamos más, pero en los hospitales se siguen usando con o sin pandemia. ¿Y quién es Tita? –Azucena sigue con la nariz dentro del cuaderno que le tocó.

–Mi amiga nueva, Azu, ya te conté, la que vive al lado del *showroom*, de Rezar. ¿Estás bien? No recuerdo ni una sola vez que hayas olvidado algo.

–¿Y por qué se llama Rezar? Eso sí que no nos lo contaste. –Begonia se dispersa.

–Por lo que la abu… por nada, porque hay que rezar de vez en cuando. Y porque hay que saber a quién rezarle. –Camelia levanta el cuaderno lleno de flores–. ¿Nadie quiere terminar de leer esto? ¿Lo guardo y después lo devuelvo?

–No hay mucho más de lo que les conté. Faltan muchas páginas. Es el diario de una adolescente. ¿Encontraste algo nuevo, Azu? –Begonia le pasa la posta a la hermana mayor.

–No, por ahora no, pero seguro hay. ¿Para qué guardar estos cuadernos viejos si no? –sigue empecinada Azucena.

No les queda tanto domingo como para que entren tantas dudas. Tampoco les quedan tantas fuerzas, qué ganas de embrollarles las certezas esta Ágata rebelde de amores escondidos.

–¿Ustedes dicen que la abuela nunca durmió con nadie más que con el abuelo? –Camelia no puede con la intriga.

–Era otra época, Camelia, otra época. –Azucena sigue sin levantar la mirada de las páginas amarillas, como si en lugar de letras hubiera jeroglíficos. Eso es: no lee, descifra.

A Camelia la exclusividad de la carne le parece un disparate aunque también le suena un poco romántico, a Begonia un desperdicio y Azucena no le da demasiada importancia.

Lo que no pueden compartir aún es esa idea que les ronda, juntas pero separadas, de que tal vez su abuela vivió una vida triste por no haber podido estar con el amor de su vida. O con un secreto inconfesable que no pudo compartir. Como una piedra en el pecho. Como el motivo por el que Azucena no atendió el teléfono cuando quisieron avisarle de la muerte de su abuela, como los libros exitosos y publicados de Begonia que Ágata nunca va a leer o como el amor fabuloso que Camelia, cree, siente por Tita.

–Chicas, todo muy bonito e intrigante, pero no creo que resolvamos nada y nos va a sorprender el horario del vuelo de Begonia acá, inventando teorías sobre la abuela. Y la abuela ya no está para respondernos, así que mejor terminamos con esta habitación –Camelia, por una vez, está resolutiva, más que nada para quitarse de las ideas el miedo que le da tener que vivir guardando amores.

–¡Vale! –exclama Begonia que de todos modos ya estaba terminando con las gavetas del armario.

Camelia se mofa de ella por usar modismos españoles. “Si viviste más aquí que ahí, Begonia”, y Azucena suelta el celular que había reemplazado al cuaderno en el dominio de su atención, y se suma a la burla e imitan expresiones de las series españolas y casi casi terminan con las cajas y las bolsas. Lo que se regala, lo que se dona y lo que se tira.

Después le toca el turno a Camelia, que tiene una montaña de cosas elegidas, coronada por los sombreros, para llevarse a su casa. Cada vez que suma algo al montón en su brazo estirado se lee el tatuaje que

dice “Soltar” con letra con rizos y a Begonia la contradicción le resulta de lo más hilarante y a Azucena un poco la indigna, pero por costumbre. Camelia se alza de hombros y siempre responde:

–Suelto mucho para tener lugar para lo que quiero sostener fuerte. –Y se ríen como si lo hubieran escuchado por primera vez.

–Lo cierto es que nada cambia. Ágata es la mujer más importante de mi vida. Me apena pensar que tal vez vivió con esta angustia, pero no la respeto menos ni creo que nos haya engañado o que nos deba algo. –Begonia sienta posición.

–¿Y mamá no es la más importante? –pregunta Camelia, pero nadie le responde.

–Fue –corrige Azucena –. Fue la mujer más importante de tu vida. En pasado.

Se miran con tristeza, no es corrección, es aceptación.

–Yo nunca había visto esta caja, y eso que la ayudé a la abu con las dos mudanzas –asegura Camelia.

–Pasar un rato no es ayudar, querida. Ayudar es estar antes, durante y después. –Azucena va subiendo el volumen.

–¿Tú conocías ese cofre? –Camelia ignora la pelea y hace un gesto con la cabeza para señalar la caja de madera con el mapamundi tallado.

Azucena refunfuña un “no” y sigue leyendo, sobre todo, la letra chica del cuaderno en donde espera encontrar algunas respuestas. Para sus hermanas y también para acomodar el orden que sostenía en la historia, impoluta, que creía que tenían las mujeres que la antecedieron. Su bisabuela, su abuela y su madre. Nelly, Ágata y Helena, mujeres de un solo amor, de futuros predecibles y, entonces, de corazones sin rajaduras. No termina de entender si la revelación que les insinuó la foto la libera del yugo del deber ser o la deja sin la pared necesaria para recostar su fracaso. Si la hace parte de su familia haberse divorciado o si simplemente deja de ser especial. Azucena no tiene la foto de nadie guardada entre notas sueltas. Su separación, aburrida y cuidadosa, no le da ningún tipo de brillo.

–¡Azu! ¡Ey! Otra vez ausente, hermanita, nos estás asustando. –Camelia le pone las manos en los hombros y la obliga a mirarla–. ¿Tú qué crees? Bego dice que Ágata dejó adrede la cajita del brazalete ahí, con la llave adentro, para que la encontremos. Esto toma ribetes cada vez más novelescos. ¿Habrá presentido que se estaba por morir? –

Camelia mira a la nada, con un dramatismo excesivo, como si fuera la protagonista de una serie rosa de detectives.

–Puede ser, la llave no estaba de casualidad ahí adentro, pero por otro lado, ¿por qué arrancó hojas de los cuadernos? –Azucena frunce la boca y se le frunce el ceño.

Begonia se encoge de hombros.

–Tal vez las arrancó hace mucho, cuando éramos pequeñas y temía que las leyéramos, o cuando el abuelo vivía… –La voz de Begonia se diluye cuando menciona a su abuelo y se hace diminuta.

Es que si hablamos de familia conocida, a esta altura son más los muertos que los vivos, y las tres hicieron la cuenta.

–¿Ustedes dicen que el abuelo nunca vio ni los cuadernos ni las fotos? –desconfía Camelia–. Una vida estuvieron juntos, una vida.

–Camelia, por el amor de Dios, deja de preguntarnos cosas como si tuviéramos las respuestas. Yo al menos sigo viendo si entre todas estas anotaciones de Ágata hay algún indicio, algún párrafo que nos traiga algo de luz, algo de paz –se harta Azucena.

–¿Y, hay? –consulta Begonia.

–No, por ahora solo menciona el estudio del abuelo y el almacén de Nelly y Tito, y a algunos amigos del pueblo, y a una doña Cata… Sigo buscando. –Azucena vuelve a lo suyo y sus hermanas también, a terminar de embalar lo poco que queda de esa vida sobre la que, pruebas a la vista, solo conocían una parte.

–Pobres los papás del abuelo que tenían estudios por todos lados –se apena Begonia.

–¿Pobres por qué? –indaga Camelia.

–Porque eran ricos y la crisis de los granos los dejó casi en la calle, ya nadie podía pagar abogados en las zonas rurales. El abuelo pudo reponerse porque era muy bueno en lo que hacía y además era joven, pero sus papás, la bisabuela, ¿cómo se llamaba?, no me acuerdo, tuvieron que vender hasta los candelabros –responde Begonia.

–¿Y Nelly y Tito? –insiste Camelia.

–Ellos tenían un almacén, comer no se deja de comer aunque haya crisis –responde Azucena, pero en realidad no lo sabe.

Qué fragilidad la de las historias de las personas que ya no están para contarlas. Tal vez sea un acto de justicia, o de piedad, que se vayan con ellas.

–Listo, aquí ya no queda nada. Y qué suerte porque en la sala ya no

hay en donde poner cajas –informa Begonia y se sacude las manos. Se miran con Camelia, Azucena no evidencia acuse de recibo, y las dos hermanas menores enfilan para la puerta.

–Creo que lo encontré, Vicente, se llama Vicente, tiene que ser este Vicente –anuncia Azucena, triunfante.

–¿Y se besaron? –pregunta la versión romántica de Begonia.

–¿Y tuvieron sexo? –dobla la apuesta Camelia, divertida.

–Termina ahí, las hojas que siguen están arrancadas, solo tengo el comienzo de una oración –lee Azucena–: "Conocí a Vicente en la estación y…". –Abre grandes los ojos y cierra el cuaderno de un solo golpe–. No hay más. Vamos. –Azucena las empuja para salir de la habitación y cierra la puerta, porque solo así, con las dudas encarceladas, es posible que terminen con lo que aún les falta.

–Qué lío dos amores qué se llamen parecido… solo Ágata –dice Camelia y las dos hermanas mayores, al unísono, le gritan:

–¡Basta!

13

Las fotos

EL MISMO PUEBLO CHICO

Un día complicado del año 1959

Estoy agotada pero no pienso perderme el placer, prohibido, de encontrarme con Vicente. Anoche volví de mi viaje a la capital con Valentino. Finalmente se alinearon los planetas: mis padres me dejaron viajar, doña Laura –mi futura suegra– dejó de inventar excusas para no conocerme, mi novio pudo disponer un día de su agenda, siempre tan complicada, y aceptó mi única condición: que volviéramos antes del sábado.

Últimamente Nelly vive para papá, que está cada vez peor, y eso me da un poco de aire a mí. Me inquieta verlo enfermo, pero el tiempo que a Tito le lleve recuperarse es tiempo de libertad porque mamá no puede controlarme ni perseguirme. Una bendición.

Valentino, por otro lado, está haciéndose cargo del estudio familiar casi en su totalidad y las cosas no siempre van bien. "Este país es así, *cíclico*", lo escucho quejarse como si tuviera cincuenta años y no veintipico. Le pregunto, me gustaría que me cuente un poco más, me interesa, pero él dice que no es justo cargarme con sus problemas. Una pena, me encanta charlar con él. Me besa suave Valentino, poniendo bastante distancia entre su cuerpo y el mío, me acerco y se aleja. Un día le pregunté si yo no le gustaba más, y primero se le llenó de fuego el rostro; creo que quería desaparecer, y después se rio con esa risa que me recuerda lo afortunada que soy por ser su novia. Me explicó, otra vez, aquello del respeto. Y que ya habrá tiempo para la pasión. No le encuentro la lógica a esto de demorar lo que se puede vivir desde ahora, pero me cansé del tema. De vez en cuando se deja llevar y su mano sube desde mi cintura y roza los costados de mis senos o bajan y rodean mi trasero y siento su respiración pesada, tanto como la mía, y no entiendo cómo se aguanta ni cómo me aguanto. Espero que después todo esto tenga premio o confirmaré que es un disparate. Acá la única falta de respeto es que no me lo falte.

También pienso que de algún modo extraño logré dividir mi moral

en dos y sostengo esa vida junto con la urgencia que tengo ahora para salir de casa y llegar a la estación, a los besos glotones de Vicente, a sus brazos insolentes, a su modo de vivir el ahora sin ninguna noción del futuro. Justo lo contrario a Valentino.

Tan diferentes son que, a pesar de los nombres que los nombran, nunca, jamás, ni en la mente, ni en el corazón ni en las palabras, los confundí. Valentino es Valentino y Vicente es Vicente. Harina que construye y pimienta que da sazón.

Saludo a mamá, que no deja de leerle a papá y que me saluda con la mirada y con la cabeza sin errar en la oración que pronuncia. Nelly es una mujer maravillosa.

Después, en el almacén que todavía nos da de comer pero que además paga las medicinas de Tito, me cruzo con Marcelina que está limpiando las alacenas. Ella quería trabajar porque con Santos quieren comprarse un terrenito para poder casarse y quería colaborar con la causa y no fue difícil convencerlos a mamá y a papá.

–¡Ágata! No salgas tan rápido, cuéntame de la capital –me dice mi amiga y apoya sus brazos en el mostrador y me enfoca con esos ojos enormes que siempre me hacen sentir bien. Es que es buena y simple, las dos cosas que yo no soy.

Le respondo que llevo prisa y combato su decepción con un paquetito que le traje y que tiene un broche precioso, dorado y con una "M" rodeada de perlas. Casi se me desmaya Marcelina; es un tesoro para ella y me alegra mucho haberme detenido a comprarla. Me abraza, la abrazo y salgo.

–Qué necesidad de seguir trabajando los sábados, Ágata, tú con esas ideas feministas… –me grita al salir aunque baja la voz cuando pronuncia "feminista" y le respondo que ella también está trabajando un sábado y nos reímos ambas.

Tan ocupados están todos con sus cosas, y yo con las mías, que tal vez por eso no ofrecieron mucha resistencia cuando anuncié que por ahora no iba a renunciar a mi trabajo en la estación. Expliqué que debía entrenar a alguien para que ocupe mi lugar y luego tal vez se olvidaron y no volvieron a cuestionarme y ya pasó casi un año.

Casi un año desde que don Carlos nos presentó y un poco menos desde que me convertí en lo que soy ahora: una maestra en el arte de engañar, una atrevida que camina por la cuerda floja, rodeada de doñas Catas, ansiosas por un chisme de semejante tamaño, y también

una joven atormentada por esta doble vida que no puede soltar, por estos dos amores que no puede descartar, por estas dos V que la tienen encerrada en un paréntesis puntiagudo. Bah, un lugar común. Soy la protagonista de una novela rosa y barata.

* * *

Varias veces Valentino habló con orgullo sobre mi tesón para el trabajo. Hace dos días en la mesa de la sala de la casa de sus padres, por ejemplo. Si supiera.

Doña Laura es flaca, flaquísima, y debe tener la espalda más derecha del planeta. Se sentó en un ángulo perfecto en la silla y les recordó a su esposo y a su hijo que hicieran lo mismo. Comió como un pajarito, sospecho que para poder seguir usando esa ropa que, descarto, le hacen a medida y a su gusto. Siempre está peinada con una coleta de caballo tirante y perfecta que deja en primer plano su collar de perlas, su nariz aguileña y su mirada filosa. La mamá de mi novio es bella, pero de joven tiene que haber sido deslumbrante. Don Omar la mira como si aún lo fuera.

Don Omar es mi protector, le resulto interesante, tanto como a Valentino, y doña Laura, después de varios comentarios que elegí ignorar y de mirarme de arriba abajo con detenimiento y sin ningún disimulo, se dio por vencida, o por cautivada, y me aceptó. Ocurre que intento ser modosita y lo logro durante un tiempo, la primera hora de una cena por ejemplo, pero luego ya vuelvo a ser yo, irremediablemente, y en este caso, no termino de entender por qué, funcionó. Igual, si supieran…

Las noches que estuvimos en la ciudad cenamos en restaurantes con servilletas bordadas y vajilla de reyes, paseamos por el centro; me encantó el centro aunque me pareció que todas las mujeres del mundo vestían mejor que yo, miramos escaparates y tomamos café con confituras, mucho más sofisticadas que las galletas de la lata del almacén, en mesas redondas sobre las avenidas que, nos dijo don Omar, son muy parecidas a las que hay en París. Valentino me hizo sentir que no me faltaba nada y la verdad es que si se trata de sentirme segura, él es un complemento muy eficaz. Disfruté cada momento y me imaginé viviendo ahí pronto. Pero por las noches, lo admito, cuando Valentino me dejaba en la casa de sus padres y se iba

a dormir a un hotel cercano, porque en las ciudades la gente también habla, yo me retiraba al dormitorio de huéspedes y cuando los ruidos de la noche no me dejaban descansar, mi pensamiento se iba un rato de mi cuerpo hasta el cuello, tierra colonizada, de Vicente y ahí se quedaba, infiel pero decidida, y entonces sí, me dormía, hasta que al otro día me encontraba con la mirada cálida de Valentino en la mesa del desayuno y me sentía en casa y protegida, sobre todo de mí misma y del desastre de mis malas, pésimas, decisiones.

* * *

Mala decisión, claro, la de seguir caminando ahora mismo a la estación a repetir la danza de cada sábado de los últimos meses. Llego, se va el hombre rata, Carlos me vuelve a preguntar si Vicente ya está listo para tomar el puesto, le respondo que sí, que claro, pero que por ahora puedo quedarme y compartir la paga con él y que de todos modos antes que después dejaré el puesto con mi reemplazo más que preparado y que es lo menos que puedo hacer por un trabajo que me dio tanto y que respeto muchísimo. Apelo a la santa religión de los ferroviarios, la secta de los viajeros, la logia suprema de los vagones y los durmientes. Todo a lo que don Carlos le reza.

Carlos asiente y se va, mientras no tenga que pagar más, nada cambia para él, y además cumple con su sobrino, y entonces se detiene el tiempo, de verdad, se detiene. Pero las tardes se nos pasan veloces, como si siempre nos faltara algo, como si siempre quisiéramos más, como si nada alcanzara. Eso, nada alcanza porque somos un salto al vacío.

Yo dibujo flores y él me dice cómo se llaman y me corrige la forma de los pétalos y a mí me dan ganas de matarlo y le recuerdo que el arte no tiene reglas, como nosotros, que mientras jugamos a que nos peleamos nos rozamos las manos y se siente más íntimo que la palabra “intimidad”. Me lee fragmentos de los libros que siempre lleva en el bolsillo trasero y no me explica nada, solo conversamos entre besos y besos como si no hubiera un mañana. Porque no lo hay. No me venera, me trata de igual a igual. Respeta mis ideas y se ve que entonces no considera indispensable respetar mi boca, y yo no podría estar más de acuerdo.

No siempre fue así, me llevó cuatro sábados muy largos de

acercarme para que él me esquivara, de soportar que respondiera mi profusión de inquisiciones con monosílabos odiosos, de que me negara la mirada y de pensar que, al final, lo que yo sentía, además de un pecado, era un capricho.

Me sentí del otro lado, fui la conquistadora intrépida, la colonizadora de lo inapropiado, la topadora de límites. Y enfrente, además de un frío glaciar, no había fragilidad ni desinterés, había decisión de no dar el brazo a torcer, y eso a mí me parecía aún más atractivo. Nos medíamos y la tensión, en lugar de agotarnos, nos alimentaba. Creo que Vicente hablaba poco porque era mucho lo que me quería decir, hasta que, la pasión pelea su espacio porque si no se muere, no pudo más.

Le gané y salí perdiendo.

Perdí la cordura y lo escribí todo en mis cuadernos para entenderme –cuando escribo ordeno–, y sumé a mis angustias el temor a que Nelly dé con algunos de esos escritos y entonces sí que íbamos a precisar, además de medicinas para papá, otras para ella y también para mí porque creo que me hubiera matado. No quiero provocarles este dolor a mis padres, pero con querer, parece, no alcanza. No soy Marcelina.

* * *

Ya casi llego a la estación y me late el corazón, tambor desaforado e indecente. Pasa el tiempo y todo sigue ahí. Los nervios, las molestias en las tripas, la ansiedad y la humedad. La verdad es que pensaba –confundí experiencia con tendencia– que una vez que me besara, o lo besara, se iba a desarmar ese cúmulo de desasosiegos. Puede que haya estado buscando volver a sentir justamente eso que se había desvanecido tan rápido con mi digno Valentino. También puede ser que sencillamente no haya querido desaprovechar mi última oportunidad de explorar. Qué necesidad, Ágata.

* * *

Al cuarto sábado de entrenamiento él ya sabía que yo no era una joven tonta sin ambiciones y yo ya sabía que él era un río tormentoso escondido en un cuerpo de hombre con edad de adolescente. Nos conocíamos.

Carlos entró y nos dejó una cámara de fotos para que retratáramos la estación, su orgullo, para un folleto que iba a hacer la Municipalidad por el aniversario del pueblo.

–Nadie ve este sitio con la belleza con la que lo ve usted, Ágata –me dijo, me tendió la cámara con dos rollos y se fue.

Era una cámara chiquita y negra, Tito tenía una parecida pero casi no me dejaba tocarla. Valentino tenía una cámara mucho más sofisticada y yo ya había aprendido a usarla así que el aparatejo modesto de don Carlos no tenía misterio para mí.

A Vicente le llamó mucho la atención y entonces hice gala de mi conocimiento y le mostré para qué servía cada botón, cada rueda y cada palanca, y mientras lo hacía él miraba mis manos y yo miraba sus ojos mirándome.

Cuando nuestro ¿amor? aún era novedad, un día quise presumir y saqué un cigarro, lo encendí y quise compartirle una pitada, y, para mi sorpresa, me dijo que fumar era un asco y que además hacía mal a la salud y que él necesitaba estar sano para conocer el mundo, y entonces, como lo que yo quería era interesarlo y no fumar, apagué el cigarro con intención de que sea para siempre.

Ese día era un sábado de sol y otoño –todo lo bello ocurre en otoño, creo– y sabíamos que faltaban horas para que pasara el tren. Le ordené a Vicente que se quedara mientras yo iba a retratar la pared de ladrillos del costado porque desde ahí se veía el cartel de la estación y también un punto de fuga de las vías que hacía que uno pensara que el futuro era infinito, y Vicente, como yo esperaba, no me hizo caso y vino conmigo.

Lo que recuerdo luego es poco. Soy un desastre hasta como protagonista de mi tragedia de amor y engaño. Tengo pantallazos, imágenes sueltas como en las películas torpes en blanco y negro, borbotones de imágenes, que pasaban en el colegio. Desde afuera me veo como si estuviera borracha y con el calor del sol en la barriga, en los muslos y en los hombros, como si no tuviera ropa.

Vicente se interpone entre la cámara y la foto que busco de la pared de ladrillos cansados. Me mira con tanta intensidad que sin pensarlo hago clic y me lo guardo para siempre, mirándome como nunca nadie más me va a mirar.

Me saca la cámara, no la tengo, ahora estoy yo contra los ladrillos, mareada por las vueltas y por el arrebato. Lo miro dispuesta a dejar

todo lo que me espera y a consumirme en ese momento, a desaparecer. Escucho otro clic.

Después somos un carrusel, tomados de la mano, si tengo el sol de frente no lo veo, lo vuelvo a ver, no lo veo.

Lo huelo.

Ahora estoy contra la pared de ladrillos, él también, sobre mí. Su boca, su pecho, su abdomen, sus muslos, todo encaja perfectamente con la topografía de mis huesos. Hay tantos primeros besos como personas con las que te beses. Vaya tranquilidad ese descubrimiento.

Salí corriendo. "Promiscua, pero cobarde, Ágata", me dije una hora después, cuando volví. La estación seguía desierta.

–Ya tomé las fotos y le devolví la cámara a don Carlos, le dije que estabas en el baño –aclaró Vicente y no me pidió perdón. No me prometió nada. No me juzgó. Tampoco me presionó ni me tuvo pena y entonces hice una pelota con la culpa, que rebota y siempre vuelve, y lo volví a besar.

No sabía qué estaba buscando, pero lo encontré a él y se siente bien aunque debería sentirse mal, pésimo.

* * *

Después aprendimos, él a no preguntar mucho y yo a dejar mi otra vida afuera de la estación. También corrimos los límites de la vergüenza y por primera vez alguien acarició partes de mi cuerpo que ni yo había registrado. No termino aún de saber si se puede sentir ese placer sin el bochorno del delito. Yo también me atreví, expedicionaria de la carne, a arañar la piel suave de su espalda y a bordear –se ve que tan valiente no soy– las zonas prohibidas de su placer. Jamás empujó mi mano ni insistió cuando yo frenaba las suyas.

Por supuesto que me sentí mal, me siento mal a diario, ya aprendí a vivir con eso o, al menos, a no morir de angustia y de deshonra. Me pregunto, cada vez que el cielo se pone oscuro y varias veces mientras hay sol, si es que quiero a uno o a otro o si se puede querer a dos. ¿Quién dice que sí? ¿Quién dice que no? ¿El único destino amable de una chica es querer a un hombre? *¡Basta, Ágata!*

Me como las uñas, Nelly está indignada, porque no tengo respuestas. Quiero los dos mundos porque ambos me muestran su mejor faceta. Somos una rebelde y dos engañados, porque saber de la

existencia del otro, como Vicente que sabe, en este caso no representa ninguna ventaja.

Hice dos columnas en un cuaderno y voy anotando las maravillas de cada una de mis dos "V". Al final del día siempre están empatados. Uno por cómo me mira, otro por cómo me veo cuando estoy con él. Uno porque me cuida, el otro porque me anima. Uno por lo que soy, otro por lo que seré. Será tristísima una vida en la que deba privarme de la seguridad de uno y de la incertidumbre del otro. Me excuso pensando que solo entre los opuestos podría hallar algún tipo de equilibrio para no estrellarme en mis tribulaciones.

Mientras pasaban los meses y, como si nada me pasara, seguíamos dibujando flores; yo con lápices en mi cuaderno y él con los dedos sobre mi piel y con el aliento sobre mis ganas.

Creíamos que teníamos todo el tiempo del mundo.

Tiempo, lo que se dice tiempo, es el que estoy perdiendo ahora mismo caminando tan lento, despistada en mis recuerdos clandestinos. Don Carlos me espera en la escalera de entrada.

–Ágata, ¿está bien su padre? –me recibe.

–Sí, don Carlos, reponiéndose, gracias por preguntar. –Debo hacer un esfuerzo para no salir corriendo hacia la oficina, el palacio de mi concupiscencia. Una semana es mucho tiempo y nunca, jamás, me lo crucé por el pueblo aunque siempre lo espero y armo un sinfín de historias posibles al respecto, todas insensatas.

–Le pregunto porque tal vez su llegada tarde tenía que ver con eso –me responde, adusto, me saluda con una inclinación de cabeza y se va. Se me escapa una media sonrisa porque Vicente imita ese movimiento exactamente igual.

Con las mejillas arrebatadas por la vergüenza, como si llegar tarde me apenara más que lo que hago cada sábado ahí, entro a la oficinita en donde él me espera. El hombrecito rata ya se fue, Vicente está parado y esconde las manos detrás de su cuerpo. Ese cuerpo que puedo dibujar con los ojos porque las partes que no recorrí las completé los domingos en los que, desde que lo conozco, vivo

aletargada, en cámara lenta, para hacer durar más lo vivido. *Qué cursi, Ágata, qué cursi.*

–¿Qué tienes ahí? –lo desafío mientras finjo desinterés.

–Un regalo –juega.

Espero.

–¿Para mí? –le pregunto sin mirar.

–Sí –oigo y quiero revolearle la tickeadora por la cabeza. ¿No sabe este mocoso que tengo al rey de todos los novios pendiente de si quiero un terrón de azúcar o dos en mi café?

–¿Piensas dármelo o me lo quieres canjear por algo? –me escucho provocar, porque total ya no nos queda pudor por destrozar.

–Jamás. Te lo doy, Ágata. –Y extiende un sobre blanco.

Lo abro y adentro están nuestras dos fotos. Yo no sabía que era tan bella. No lo soy, estoy segura, solo que así me ve. Su retrato, en cambio, es un reflejo fiel de la bravura de su pisada, de su cuerpo de locomotora y de su mirada de poesía. Es contundente, pero le veo alas.

–¿Las dos son para mí? –pregunto con una voz que tiembla y que no parece mía.

–No, solo puedes elegir una. –Vicente es una oda a la libertad.

–Bueno. –Le devuelvo la mía y me aferro a la de él. ¿Será una prueba? No tengo idea de cómo logró rescatar esas fotos de los rollos para la Municipalidad. Toma la mano que sostiene la foto –mi mano– y me lleva a sus brazos. Me abraza y advierto, no sé si estaba ahí antes, una ternura que no le conocía.

–Te tendré en foto, aunque más no sea –murmura en mi oído y sé que es verdad. Él, más chico que yo, lo supo siempre.

Me siento morir. Nunca, jamás, hizo Vicente alguna alusión a nuestro futuro, y entonces entiendo que él también sufre. Pero sufre diferente. Pensaba que era un joven egoísta, sin terruño ni corazón, pero resulta que yo también lo soy. Debería haberlo sospechado, porque después de todo soy la misma persona que mira con devoción –un poco aburrida, pero genuina también– a su novio oficial luego de haberse besuqueado con otro. No soy una princesa, precisamente.

¿La foto es un regalo de despedida?

Hay verdades que rebotan en las paredes y que no se pueden ignorar. Aunque las queramos evitar nos llenan de magullones, nos corren la camisa y nos despeinan. Una vez que las vemos son como una mancha en un mantel: jamás podremos volver a ver el mantel sin

ver la porquería.

Sí, la foto es un regalo de despedida.

Así estamos ahora. Hundidos en la nostalgia de lo que ya no será. Me acerco y se acerca, y a mitad de camino, en la cuarta baldosa de ese cuartucho de ocho, nos besamos con el apremio de lo que se nos escapa.

Voy a tapar de saliva la angustia, voy a contener a fuerza de caricias y roces la realidad y voy a atropellar con mi lengua cualquier palabra que me resulte inconveniente. Por mí podría seguir por años con estos sábados encapsulados en una vida que sigue, solo que ahora sé que tal vez para eso lo necesito a Vicente también encapsulado, sin poder crecer. Ni creer. *Ágata, no te conozco, eres una mujer espantosa.*

Se ve que lo dije en voz alta porque Vicente, en mi oído, susurra:

–Eres hermosa –y agrega–: El día que tengas hijas deberías llamarlas con el nombre de las flores que dibujas.

No dijo "tengamos", dijo "tengas". Y esa muestra de debilidad amorosa me confirma que no hay vuelta atrás.

Le rozo la espalda y me pregunta por la salud de mi padre.

Lo miro, sugestiva, y me acaricia la cabeza con tristeza.

Finalmente, con la mesa de por medio, me cuenta que pronto, en menos de un año, su familia se irá del pueblo, seguirán viaje. Me tiemblan las piernas, pero no sé nada, nada, de sus circunstancias. *Además de egoísta*, esta vez me aseguro de pensarlo y no decirlo, *eres una desamorada, Ágata*.

–¿Tú dices que a nuestras hijas debemos llamarlas Cactus, Hiedra y Helecho? –Intento volver al humor que nos apaga los fuegos que provocamos.

Escupe la risa y vuelve a ser el Vicente que construí en mi apetito.

–Alelí, Azalea… Tú eliges, solo que para eso yo debería quedarme aquí y tú destrozar tu vida, y ninguno de los dos le desea eso al otro.

Se acabó la función. ¿Me está dejando? ¿Tiene el descaro de hacer semejante canallada? Yo, que arriesgué todo por él.

¿Fue por él?

–Don Carlos se va a ofuscar, tanto tiempo invertido en ti para que ahora dejes el puesto vacío. –¿No era yo la que tenía el control de esta situación? ¿Cómo me convertí en la amante abandonada? ¿Cómo se llora lo que no se puede contar?

–Mi tío sabe. Nuestro paso siempre es temporal –dice y me abraza.

Estoy mareada, pero con otro tipo de mareo, el de la amargura de la realidad. No me falta el aire, pero el aire se puso feo.

–No te dejo, te libero –dice y detesto que hable como si escribiera, pero me olvido porque me besa. Al final me parece que más que liberarme a mí se quiere liberar él. Le pegaría o le haría un escándalo; además de egoísta y taimada me descubro orgullosa.

Escuchamos unos pasos, pero falta más de media hora para la llegada del tren.

Hasta ahora nunca nos descubrieron. Un poco por la ventaja de los trenes espaciados, otro poco por la poca voluntad viajera que tiene nuestro pueblo y también por la confianza que don Carlos tiene en mí. Si supiera…

Nos separamos instintivamente. ¿Será para siempre? ¿Esto fue todo? Estoy indignada.

Entra don Carlos, con el rostro desencajado, tanto que casi no lo reconozco. No emite palabra, pero si me sigue mirando así se le van a salir los ojos de sus cuencas. Se aparta y deja pasar a mi Valentino que va derecho hacia mí; sus ojos están llenos de cristales rotos. La bondad de su abrazo y la novedad de los dos en la misma habitación hacen que me sienta sucia yo y sucios mis sentimientos. Pensamientos casi no tengo, solo quiero, fervientemente, que no me diga nada de lo que me vino a decir. Mientras no me diga, no pasó.

–Querida, tu padre, Tito… Ven, debemos salir ya para tu casa, Nelly y el doctor Gamietea me enviaron a buscarte. –Y me toma de los hombros y me va llevando hacia la puerta. Vicente me acerca mi bolso, no se ofrece a acompañarme ni lo reta a duelo a Valentino por mi amor. *¡Basta, Ágata!*

Ya en el auto, conduce un chofer que ocasionalmente contratan en el estudio de Casa Solano, Valentino me sigue contando aunque no pregunté nada.

–Ágata, debo decirte, ya eres una mujer, debes saber, escúchame con atención, el corazón de Tito volvió a fallar y esta vez no resistió. –Y entonces me recuesto entre su cuello y su hombro y él sigue–: Llora, Ágata, no estás sola, estoy contigo para siempre; te amo, Ágata, te acompañaré también en esta tristeza, acomodaremos todo, Ágata; una cosa a la vez, aquí estoy mi chica rebelde, la alegría de mi vida, quisiera poder tomar tu dolor y que me duela a mí, Ágata, mi amor.

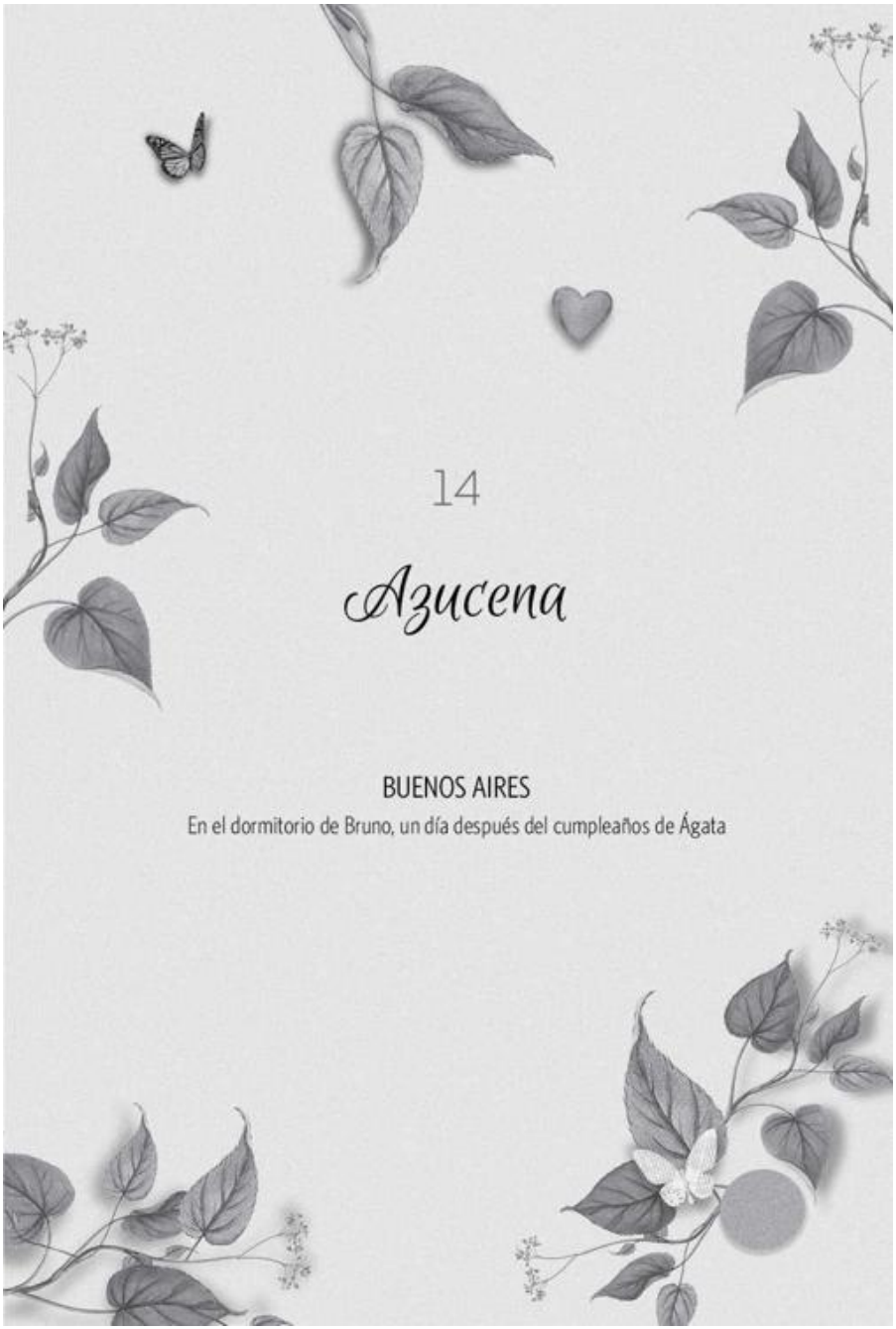
En el bolsillo del abrigo aprieto la foto de Vicente mientras

Valentino me mantiene amorosamente entera, y la última imagen de mi padre, hoy, tapado por una manta del color de la tierra, presagio nefasto, mientras el sol entraba por la ventana y mi madre le leía, se proyecta en el lado de adentro de mis párpados cada vez que cierro los ojos.

Empiezo a llorar despacito y me crecen los mocos y las lágrimas, las congojas y los suspiros. Soy solo ese llanto.

Lloro por todos.

Lloro por mí.



14

Azucena

BUENOS AIRES

En el dormitorio de Bruno, un día después del cumpleaños de Ágata

Se quedó a dormir y fue un error, piensa, y se da vuelta despacito para no despertar a Bruno, para no rozarlo, para no volver a empezar. No es que no quiera, pero ese silencio del amanecer le resulta casi más cautivante que la idea de otro revolcón acalorado. Se quedó a dormir recién ahora, tres años después de su separación, porque ese es el tiempo que le llevó desatar los vínculos de lo que corresponde, que son incluso más fuertes que los de la sangre o los de los papeles. Todo es nuevo, todo es, otra vez, por primera vez.

Hoy, Azucena entra más tarde al banco –cuestiones de desinfección– y hace cálculos mentales para medir si llega a pasar por su casa o si debe ir a trabajar con el olor de la cama ajena que igual no se va ni aunque se duche. Tiene una muda de ropa en el auto, pantalón negro y camisa beige que nunca falla, nació previsora o la vida y sus dolores la cargaron de un montón de por las dudas; pero en cualquier caso, tiene una muda de ropa y entonces no tiene que correr como recompensa a sus manías.

Desde el borde de la cama ve sus bragas en el suelo y su sujetador enredado en el respaldo de una silla, y resiste, con dificultad, el impulso de levantarse, doblar su ropa interior y apilarla, de mayor a menor, sobre la butaca de pana verde. Vuelve a cerrar los ojos, ojos que no ven…. Tiene buen gusto, Bruno, su apartamento no parece el de un divorciado más o menos reciente, como el de Federico que si no fuera por ella no tendría ni un cuadrito en la pared ni un cojín en la sala, ni un gancho para colgar las llaves al costado de la puerta. Azucena repartió bienes, sábanas y ahorros por partes iguales. Y lo que nadie quería, lo donó. Donar es de persona responsable, no se guarda lo que no se usa, con las necesidades que hay en el mundo, donar es ley, y Azucena, si no hay normas, las inventa. Ojalá se pudiera donar esperanza, no porque tuviera, sino porque en el momento de la separación necesitó bastante. Su psicóloga le dijo que

no se ocupara, que no tenía que ser la madre de todos, y Azucena pensó que para escuchar lugares comunes ya tenía a sus compañeras de trabajo y entonces dejó la terapia. Se prometió buscar otra más despierta, o al menos más original, pero aún no se ocupó. Es que se ocupa de muchas cosas Azucena, y la multitud de tareas es una gran excusa para tapar lo que no se quiere enfrentar.

La sábana perfila su contorno y Azucena se lee en el reflejo de la ventana por la que entra el sol de la mañana y hace lupa y le abriga las inquisiciones filosóficas propias del despertar sin prisa, de la puesta en marcha de los engranajes de los músculos, la sangre y los huesos que, justo a esa hora, recuerdan que están vivos.

Pasea por sus curvas y agradece su constancia: al gimnasio se va religiosamente o no se va. Se detiene en su hombro, que asoma, y lo saluda como a un desconocido. Le busca los ángulos y las sombras. Hace una eternidad que no duerme desnuda. Los últimos años con Federico fueron de distancia física en la cama y de lejanía en el corazón en todas partes. De ropa para dormir con mucha tela, botones y cordones, como barreras, como preservativos del deseo. De vez en cuando se encontraban en el sexo, desesperados, buscando lo que ya no estaba, y entonces, cuando el placer se extinguía, un fogonazo fugaz, solo quedaba la tristeza de lo que fueron. No fue de un día para el otro. Tener hijos chicos es agotador y entonces empezaron a poner el despertador los domingos por la mañana porque agendar el sudor es mejor que no tenerlo. Después era Federico el que más intentaba, pero más que nada porque creía que salvando las sábanas se salvaba el resto. Azucena se hacía la dormida, buscaba series atrapantes para proponer, inventaba compromisos muy temprano o dolores nocturnos y de vez en cuando accedía porque le daba pena Federico y esa pena era lo contrario a un afrodisíaco. Pero su cuerpo ya conocía la rutina, corta y cuidadosa, de las relaciones con su esposo y se dejaba llevar. Un día le dijo que tenía su ciclo y cuando se dio vuelta, junto con el peso de su mentira, supo que le estaba dando la espalda a su matrimonio para siempre.

No fue una tragedia, la verdad, pero fue incómodo y triste porque le tenía cariño –le tiene– a su exesposo. Enseguida se acomodaron

todos: Federico, los chicos y ella. Lo verdaderamente complejo fue desarmar la idea que se había hecho sobre la vida que iba a tener y que ya no tendría. Ser una mujer divorciada no estaba en sus planes. No tenía ropa para la ocasión ni actividades ni amistades que acompañaran su nuevo estado civil. No tenía que ver, tampoco, con la mirada de los demás, la mirada más dura era siempre la propia. Azucena no dejaba de ser Azucena cuando se miraba a sí misma.

Después fue aprendiendo, pero le costó. Se tuvo que obligar –aún le pasa– a salir de la comodidad de sus listas y sus estructuras, de sus días ordenados y sus noches de Netflix, de té con limón y de pijamas siempre limpios y planchados.

A Bruno también se obligó, sobre todo porque Bruno encarnaba, en su cabeza y solo en su cabeza, lo prohibido, lo que no debía, lo que estaba mal. Bruno era un compañero de trabajo de Federico; dejaron de trabajar juntos antes de que Azucena se separara, y se conocieron en una de esas cenas que se hacen por obligación y en las que se sacan a relucir los platos de lujo, las copas talladas, los vinos caros y el plato que mejor le sale a la dueña de casa para luego prometerse otros encuentros que nunca ocurren.

Pero los ojos de Azucena y de Bruno, contra todo pronóstico, se adelantaron a ese porvenir que en ese momento les hubiera parecido distópico y se prometieron cosas que no volvieron a mencionarse ni a sí mismos, no al menos Azucena, hasta que se encontraron un año después de la separación de Federico y, por suerte, un año antes de la pandemia. Desde entonces, una vez por mes, o dos si pueden, se juntan sin prisa y sin compromiso, entre sábanas revueltas, al principio en zonas neutrales, hoteles limpios y bien decorados elegidos por Azucena, y luego ya en el apartamento de Bruno. Jamás, nunca, en el de Azucena. Ahí están los juguetes de sus hijos, el álbum de fotos de su boda (no lo iba a tirar, ¿no?) y, sobre todo, la vida que todavía no se había terminado de desarmar, la intersección del pasado, lo esperado, el futuro y lo posible.

Ella pensó que ya se le había consumido toda la pasión que le había tocado en los primeros años con Federico, cuando las noches eran románticas y largas, pero fue con Bruno que entendió que hasta ahí nunca le había dado un verdadero lugar al deseo, ese que se siente en las tripas y que se exuda por todo el cuerpo. Qué suerte que, aun sin nada de expectativas, le respondió los chats, le siguió el juego, le

aceptó un café y luego un beso y luego todo el resto. Bruno es cariñoso pero salvaje, demandante pero generoso, creativo, colonizador y maravillosamente impúdico. El cuerpo de Azucena no tenía memoria porque nunca lo había vivido, así que aprendió. Para empezar entendió que no es que no quería tener sexo, no quería tener sexo con Federico; y luego, con el tiempo y con la práctica alborotada y sorprendentemente lujuriosa, supo que tampoco era Bruno el responsable de su placer: la potestad la tenía ella. Y, aunque jamás lo iba a comentar con nadie, hubo noches de soledad en las que cambió el té con limón por otros calores insospechados.

Bruno se estaba volviendo cada vez más presente y ella no estaba del todo cómoda con la idea; ya la había invitado varias veces a pasar un fin de semana juntos o a cenar o a almorzar en restaurantes de moda, y cuando Azucena se escuchó poniendo excusas, como en la cama con Federico, se alarmó. En ese momento le hubiera venido bien volver a conversar con la psicóloga para dilucidar si su resistencia tenía que ver con la insolencia de enredarse con un examigo de su exesposo, aunque a los fines prácticos de prohibido nada; con Bruno mismo, que era galante y dedicado pero con el que sentía que no tenía nada más en común que esas ganas inmutables de lamerse el deseo; o con la intención de no perder, nunca más, esa autonomía, ese espacio mental propio que había ganado con el divorcio, no por el divorcio en sí mismo, sino por el proceso que aún seguía haciendo. El dilema nunca fue entre el corazón de Federico y la sangre de Bruno, sino entre cualquier otro y ella.

* * *

Bruno se estira y Azucena aprieta los párpados y contiene la respiración para que ese hombre que no le baja la luna porque parece que hasta ahí la lleva cada vez que se ven, siga durmiendo mientras ella disfruta de esa mañana sin prisa ni desayunos que preparar. Advierte que no sabe por qué Bruno no tiene que salir corriendo para su trabajo, es que no sabe mucho de Bruno por fuera del alboroto de sus cuerpos, lo justo y necesario para no quedar como una ingrata. Y nada más.

* * *

Los martes, Jacinto y Margarita duermen en la casa de Federico, y los cumpleaños de Ágata son solo de a cuatro –ellas cuatro–, una misa en la que no hay que explicar nada, en la que todo se sabe, en la que se descansa, se discute y se celebra que aún están vivos los que aún lo están. La noche anterior, Ágata estaba espléndida y cabezadura como siempre, Begonia ya de despedida para variar y Camelia distraída pero más feliz que de costumbre. Se fue, ya entrada la noche, con la sensación de que todo estaba en orden, acomodado como a ella le gusta, y que por un rato no tenía que estar de guardia. Se obligó, pateando dudas, a mandarle un mensaje a Bruno, que respondió enseguida, y se fue a pasar la noche a lo de su amante. Es raro no estar pendiente de algo, no deberle explicaciones a nadie. Ser libre. La separación, además de las angustias y la burocracia de los trámites, le dio una vida nueva. Una vida que no conocía pero que la intrigaba y le daba culpa, cada vez menos, al mismo tiempo.

Azucena, primera hija de sus padres sensibles, primera nieta de sus abuelos amorosos y hermana mayor de dos hermanas visiblemente menores. La huérfana fuerte, el primer reemplazo de la hija muerta para los abuelos desolados, la madre suplente de las dos que le siguieron, la flor más antigua de ese ramo de humanidades, por primera vez en su vida estaba ensayando el egoísmo, aunque Ágata le hubiera dicho que no era egoísmo, que era instinto de supervivencia.

–La vida no es una revista *Cosmopolitan*, Ágata –le respondía Azucena.

–¿A mí me lo dices, Azucena? Y yo que pensaba que cualquier dolor se solucionaba con prender una vela e invocar al universo… –le rebatía Ágata y ambas se reían.

Esas conversaciones siempre terminaban igual, con las palabras de Ágata: “De tu madre tienes el pelo, Azucena, pero eres asombrosamente parecida a la mía. A mi vida te envió Nelly, ¡estoy segura!”.

Qué dura habían sido sus vidas, sobre todo la de Ágata y la de ella, se decía siempre Azucena. Es muy fácil decir, como incluso le reprochan ahora sus hermanas cuando discuten, que nadie le pidió que se echara encima tantas responsabilidades, pero alguien debía hacerlo. Azucena se los recuerda cada vez que puede, un acto de justicia, sostiene, alguien tiene que decir las cosas como son, insiste.

De todos modos lo volvería a hacer. Lo hace. Es que sus hermanas y

su abuela –los espejos que la reflejan– son los límites naturales de sus oscuridades. El amor inmenso de Ágata, la libertad de Begonia y la alegría de Camelia son retenes naturales para no ahogarse en sus rigideces, un lago natural para flotar en calma cuando se cansa de nadar contra su propia corriente. Ojalá Azucena pudiera verse como la ven las mujeres de su vida.

Ágata fue fundamental en la separación de Azucena, le quitó el peso de los mandatos que la nieta mayor pensó que les debía a sus antepasados. Y los rompió en mil pedazos, esa abuela que era más insolente que ninguna, más resiliente que nadie, más poderosa que una reina, más libre que un deseo. Ágata le dijo que no se resignara, que hasta cuando no se elegía estaba eligiendo pero mal, que nunca era tarde, que se merecía otra vida y que nadie la iba a construir por ella. Había tanta ternura y también tanta firmeza en esas palabras, que Azucena, por esa vez, no refutó nada y se llevó –como escudo de armas– la visión de una vida posible con más colores.

Sus hermanas –un poco caprichosas, piensa– la quieren mucho, la ayudan a reírse y, además, quieren tanto a sus hijos que no puede enojarse realmente con ellas. O sí, pero se le pasa rápido. Entre las tres hay un intercambio que puede que no sea justo, pero es necesario, honesto y amoroso. Vital, es vital. Muchas veces piensa Azucena, y no llega a ninguna conclusión, cómo hubieran sido sus vidas, las de las tres, si sus padres no se hubieran muerto tan de repente. O si se hubieran muerto antes, cuando ellas eran muy niñas y no cuando ya eran jóvenes y conscientes de la fragilidad de la vida –la propia y las ajenas–, cuando ya comprendían que la tragedia no era un cuento. Iba a pasar mucho tiempo antes de que tuvieran más años de vida sin sus padres que con sus padres. A Helena y a Rodrigo aún hoy les habla en voz alta y les pregunta sobre todo esto en tono de hija mayor, pero solo para seguir sin respuestas. Al menos tuvieron la delicadeza de morirse cuando ella ya había terminado su carrera en tiempo y forma, ya había entrado a trabajar al mismo banco en el que hoy es gerente y ya tenía una vida planificada con un joven y próspero Federico. Al final, cree, las desgracias solo potencian lo que uno ya es, lo bueno y lo malo; no está muy segura de que te modifiquen. Antes o después Begonia se hubiera ido lejos, Camelia sería de todos modos un alma adolescente, y ella, bueno, ella igual se hubiera divorciado…

La única duda que sostiene es la de la vida de Valentino porque

Azucena está segura: su abuelo se murió de tristeza. Justo un año después, Azucena se casó con Federico, un poco porque ya era hora y otro poco porque temía que se le siguieran muriendo los invitados de la mesa principal. A la iglesia entró del brazo de Ágata, como para seguir la tradición, que en contraposición a su esposo, había tomado toda la vida que andaba dando vueltas y se había vuelto más fuerte. Inmortal.

–¿Quieres un café? –Bruno está desnudo, levantado sobre el otro lado de la cama y el sol lo vuelve dorado y obsceno, una estatua mundana y provocadora.

No te distraigas, piensa Azucena mientras lo mira, ojos color café convertidos en fogata, y responde:

–No, sí… bueno, es que debo irme a trabajar, quiero pasar por mi casa… Sí, quiero un café. –*Qué hermoso es este hombre, ojalá se pudiera elegir de quién enamorarse*, completa la frase sin decirla.

Azucena se recuesta sobre el respaldo de la cama, la melena alborotada se asienta por costumbre, sube las sábanas para tapar sus senos, como si Bruno no conociera hasta el último recodo de sus combaduras, y lo ve irse meneando alternadamente la roca de sus glúteos.

Que no te distraigas, mujer, se repite Azucena. No sabe bien cuánto hace que está deambulando erráticamente por sus pensamientos, pero advierte que el ruido de la calle ya ocupa el aire y empapela las paredes de la habitación y, como si recién ahora se despertara toma conciencia repentina de que tal vez es tarde y no les deseó buen día de colegio a sus hijos ni le preguntó a Federico si habían pasado bien la noche y si había recordado, aunque nunca lo olvida, poner las meriendas en las mochilas. Tampoco le deseó buen viaje a Begonia ni le mandó a Camelia el teléfono del fontanero que necesitaba para el *showroom*.

El último gesto de rebeldía de Azucena había sido, la noche anterior, apagar su teléfono celular. Era la primera vez que lo hacía desde que era madre. Lo había leído, que Ágata no se entere, en una revista en la sala de espera del dentista, bajo el título “Tips para recuperar tus espacios”. Anoche no parecía mala idea.

La culpa no es una vieja amiga, más bien es una vecina invasora, insistente y molesta, y Azucena ya la ve venir antes de que golpee su puerta, la presiente. Así que, mientras camina por el dormitorio, un

tubo de sábanas, se repite que tiene derecho, que la gente antes vivía sin estar tan conectada, que estaba todo bajo control y que los chicos estaban con su padre, el mejor del mundo, y que después de todo nadie estaba tan pendiente de ella, que no hacía falta que ella estuviera tan pendiente de todos. El amor, decía también la revista, tiene que ser primero con una misma. Del otro lado de esa misma página había una publicidad de hilos de oro para reducir las arrugas de la edad, *pero contradicciones tenemos todas*, pensó Azucena o lo dijo en voz alta, no sabe. El mandato de moda es empoderarse, como si no tuviéramos suficiente las mujeres, sostiene Azucena en las discusiones que se arman en los almuerzos del trabajo. Las empleadas más jóvenes la miran con espanto, pero no le dicen nada porque Azucena es la jefa y además de autoritaria y exigente es una mentora generosa y un ejemplo a seguir para cualquier joven que entre a trabajar en el banco: buen cargo, buen sueldo, respeto de sus pares y una carrera siempre en ascenso. Y eso que no saben nada de Bruno, si no directamente le hacen un altar al lado de la caja del tesoro.

* * *

Se acerca a la cómoda de diseño y bien ordenada de Bruno en donde había dejado su celular. Mientras lo enciende –tanta tecnología y los teléfonos siguen tardando una eternidad en arrancar– su galán llega con una taza de café con una espuma tan sexy que hace juego con su desnudez, se lo deja sobre un apoyavasos de madera. *¿Tan perfecto tienes que ser, Bruno?*, y le pasa un dedo, despacio, por la columna, sorteando las laderas y las colinas de los pliegues de la sábana. Pero Azucena ya está en estado de alerta, la piel fría, el vello erizado, la mandíbula apretada, los labios fruncidos, los pies hundidos en el suelo como una muñeca de pastel. Maldita culpa, tan enorme cuando le gana, una plaga incontenible, una porquería recurrente, y Azucena quiere saber qué pasó y que aún no sabe: ¿La llamaron del colegio porque a Margarita le duele la barriga y no la encontraron? ¿Precisan su llave de una de las salas del banco y no pudieron dar con ella? ¿Le escribieron sus hijos, no importa por qué, y ella no les respondió? ¿Se inundó el *showroom* de Camelia? ¿Qué? ¿Qué pasó en el mundo mientras ella hacía uso, mucho uso, del parque de diversiones que es Bruno?

Azucena advierte una tragedia a kilómetros de distancia.

Bruno entiende las señales, él sí quiere más con Azucena, así que mide sus insistencias, le da un beso en la nuca y va a ducharse.

El teléfono celular la saluda y comienzan a entrar las notificaciones, muchas y a borbotones. A Azucena se le seca la garganta a medida que lee los remitentes de las llamadas perdidas: amiga de Ágata, Camelia como seis veces, Begonia por tres… y entonces suena el teléfono. Es Begonia. ¿No debería estar volando ya?

–Bego, perdiste el vue… –dice y Begonia la interrumpe:

–Azu, necesito que escuches muy bien lo que tengo que decirte, pero mientras, sal ya para la casa de Ágata –le responde su hermana del medio con ese tono de voz que le escuchó solo una vez, pero que recuerda muy bien.

* * *

Un rato después, Bruno sale de la ducha. El dormitorio está vacío. Hay un anotador con unas palabras de Azucena que le avisa que tuvo que irse de urgencia. Sobre esa misma nota se advierte la marca de lo que parece una lista de tareas que Azucena debe haber escrito antes de salir.

El café sigue intacto.

Y frío, muy frío, como si en ese mismo dormitorio hubiera nevado unos minutos antes.

15

El carnaval

EL MISMO PUEBLO CHICO

Año 1960, en un día que no es cualquiera porque hay baile

El pueblo está alborotado como todos los veranos cuando llega el carnaval. A falta de comparsa, acá para plumas con las gallinas ya estamos, se alistan dos carrozas que son siempre las mismas, pero recicladas. Se llenan los envases de agua perfumada y se cuelgan banderines en cuanto poste esté disponible.

El evento cumbre, este año no iré, es el baile de carnaval. Es popular porque ahí nos juntamos todos, los que tienen mucho, los que tienen poco y los que estamos tristes pero tenemos un futuro prometedor. Todos, vamos todos, pero este año yo no. Ahí tocan las orquestas típicas, las de tango, y las características que nos dejan bailar de todo y todo mezclado. Se eligen reina y princesas –una payasada–, y se mezclan adultos con niños, todos con sus mejores galas, arruinando sus zapatos de salir en el suelo de tierra del club del pueblo bajo un cielo de estrellas de papel metalizado.

Pero me gusta el baile de carnaval, los rumores de lo que ahí ocurre, a pesar de las chaperonas atentas, duran meses, y por un rato nos olvidamos de las penas y nos gusta estar en este pueblo y en ese baile.

–Vamos un rato a escondidas –me insiste Marcelina que está desatada, no sé qué le ocurre, mientras ordena latas de atún y paquetes de harina en los anaqueles del almacén.

–Yo no puedo y tú tampoco puedes, Marce. Somos mujeres comprometidas, y yo, además, de luto. –No sé en qué momento se invirtieron los papeles y cómo pasé a ser yo la amiga sensata y ella la amiga atrevida.

Estoy triste y culposa, y si bien ambos sentimientos se adormecieron –tal vez me acostumbré– siguen aquí, conmigo. Triste porque hace un año que se murió Tito. Triste porque hace un año que no veo a Vicente. Culposa porque no estuve ni para mi madre ni para mi padre durante su enfermedad, tan ocupada en mis vilezas. Culposa

porque desde la muerte de Tito Valentino me cuida tanto que no puedo entender cómo es que me porté tan mal con él.

Lo bueno de quedarse huérfana de padre es que no tienes que andar dando explicaciones por el rostro serio, los silencios estirados y los suspiros repentinos.

–Ya pasó un año de lo de don Tito, Dios lo tenga en la gloria, vamos un ratito, a espiar. Estoy aburrida, Ágata; es nuestra última oportunidad juntas, además. Vamos, un ratito, vamos y nadie nos ve, dale, dale, vamos –porfía Marcelina y sus ojos parecen los de mis gatos cuando quieren que les abra la puerta a la mañana para salir de gira y volver a la noche. Santos está trabajando en el campo y cuando cierra el almacén y se queda sin nada para hacer Marcelina se fastidia.

Pasó un año, dice mi amiga, solo que fue el año de más cambios en mi vida. Yo que venía quejándome tanto de la apatía del pueblo, de la vida chata, de esa sensación de siesta constante. Un siglo pasó, un siglo pasé, un siglo crecí.

La primera ficha del derrumbe, la más dura y estrepitosa fue la muerte de papá. Al funeral vino todo el pueblo y parecíamos dos viudas, Nelly y yo, en la punta del féretro, recibiendo vecinos de todos lados. Es agotador porque debes atenderlos como si fuera una fiesta, pero sin la fiesta. Café y masas, tabaco y licor. Tito se volvía a morir si veía ese despilfarro, pero a mí me pareció bien que el almacén le devuelva algo de todo lo que él le había dado.

Valentino se quería ocupar de todo, pero cuando le dije, clarito, que yo no estaba para sostener la vela y llorar, me dejó participar. Hacer me relaja la parte de pensar, y en la parte de pensar me quedo estancada. Mejor hacer. De todos modos pagó todo él y hasta don Omar y doña Laura vinieron al pueblo a dar sus condolencias. Mi suegra pisó mi tierra, bueno tal vez tierra en general, por primera vez, y mientras miraba como si estuviera en una expedición por la selva africana, me dio un abrazo que sentí honesto y pinchudo. Creo que entre la piel y los huesos doña Laura ya no tiene carne; tal vez tenga corazón, pero no estoy segura. Mi suegro, en cambio, se sintió como un cojín mullido, un abrazo de padre, el abrazo que Tito ya no podrá darme. Nelly estuvo a la altura de las circunstancias, vaya escenario para presentar a las familias, y se lució frente a su refinada consuegra. Tan leída Nelly, tan digna incluso en sus carencias, tan diferente a mí que debo ser adoptada.

Al día siguiente del entierro ocurrió el segundo hito porque mis suegros debían volver a la ciudad: Valentino me pidió en matrimonio y junto con el anillo, hermoso, me dio dos regalos que para mí significaron mucho más que el brillante en mi dedo: me trajo la máquina de escribir, la de las letras de oro, de la que me había enamorado esa vez, la primera que fui al estudio y en la que casi llevamos a la locura a doña Cata, que dicho sea de paso, ya no está entre nosotros. Me alivia pensar que ahora, desde el cielo, sabe que tenía razón. Me alivia y me divierte porque no le puede contar a nadie semejante chisme. *¿Querías revancha, Ágata?*, pienso o me digo, a esta altura ya no distingo.

Además, envuelto en un papel de regalo exquisito que Nelly guardó con esmero, Valentino me obsequió el dibujo de mi nombre rodeado de flores –rosas para ser precisa– que hice también esa tarde, madre de todas las tardes en las que luego nos encontraron juntos. Lo guardó durante años, lo mandó a encuadrar con una delicada madera cruda y un paspartú blanco entre mi dibujo y el marco. No pude evitar llorar, otra vez, por el único espacio en donde se encuentran mis zonas secretas y mis zonas públicas: la culpa triste y la tristeza culposa.

Puse su cuadro con mi nombre florido –nada más lejos de mi realidad– sobre la cómoda finita de mi dormitorio y lo miro como si esas rosas no hubieran sido dibujadas por mí que ya casi no dibujo; a veces les tomo fotos con la cámara de Valentino que ya es mía. Colgué mis lápices en el olvido.

A la propuesta de casamiento le dije que sí porque lo quiero mucho, mi Valentino bueno, mi Valentino corazón, mi Valentino protector. Y también porque él me explicó que ahora que no tenía papá no quería que fuera una mujer sola. Lo quiero asesinar cuando dice esas cosas, pero luego, como en los hechos se comporta de otro modo, lo dejo pasar. Ya tendré toda una vida para mostrarle que las mujeres podemos, al menos, con todo lo que nos permiten, y si tenemos tiempo, con lo que no nos permiten también.

Me dijo, además, mientras sus padres y la reciente viuda de Tito –pobre Nelly, siempre sin nombre– charlaban y tomaban té entre el luto y el festejo, que quería pasar sus días y sus noches conmigo y esa parte me pareció bastante atractiva. Durante este año, tal vez porque ya graduado tiene más tiempo mental y físico, entre tanto afán de consuelo, se volvió a encender una lumbre, no la misma, distinta,

entre sus labios y los míos. No fumamos más juntos, pero seguimos comiendo confituras y me besa la nuca cuando nadie nos ve y siento cosquillas en el vientre y me recuerdo que estoy en temporada de duelo y que para indecente con mi pasado reciente sobra. Valentino no besa con urgencia, besa con la certeza de los cientos, miles, de besos que nos esperan. Valentino no roba caricias, da por sentado que las de él me pertenecen y las mías, a él. No sé si lo suyo es ingenuidad o exceso de seguridad, pero en cualquier caso me gusta el cambio, me daba mucho temor no sentir nunca más ese deseo de lo que aún no conozco, y este año él me rodeó de mucha tranquilidad. Un sitio amable para descansar de las montañas rusas que me invento y para las que me doy un pase libre y sin fecha de vencimiento.

No volví jamás a la estación de trenes. Ahí mismo, en el funeral de Tito, le presenté a Don Carlos mi renuncia tan postergada en dos palabras que él aceptó con la misma mirada impasible y con el mismo gesto adusto de siempre, pero que en ese contexto calzaban muy bien. No mencioné a Vicente.

Nunca más mencioné a Vicente y tampoco le pregunté a nadie por él ni lo volví a ver ni por casualidad, raro en estas calles tan cortas. Se debe haber ido ya, con sus poesías y sus ganas de más, y si no se fue, me evita y le sale bien. No advierto aún qué parte mía se llevó con él, me faltan varias pero me confunde la dicotomía constante del vacío y la plenitud. No pregunté nunca porque temía que alguien advirtiera mi angustia, pero también porque no quería que me contaran algo que me quitara esa última imagen de un Vicente sensible que me ofrendó una foto que jamás podré mostrar y que me aseguró que me liberaba de la vileza de nuestra relación. Me quería quedar con ese Vicente generoso que, me digo, no le discutió mi corazón a Valentino porque sabía que no había respuesta: si hubiera dependido de mí me hubiera quedado con los dos.

Cuando le dije que sí a Valentino dejé atrás ese pasado imperfecto que me impedía ser quien quiero ser, y además no podía sumarle a Nelly, pobre Nelly, la angustia de una hija que no crio así, que crio bien. Bastante tenía ya con el peso de la viudez y el almacén. Bastante tenía conmigo sin saber lo que no sabía de mí.

Cuando dije que sí en realidad le estaba diciendo que no a toda esa parte de mi vida.

Marcelina ya es la encargada del almacén y yo no tenía ganas de

ocuparme antes, mucho menos ahora, así que le pedí –casi le exigí– a mi futuro esposo que me dé el puesto de secretaria del estudio de Casa Solano, el que, creo, me correspondía desde un principio. No el comunitario de doña Cata, sino un trabajo con él, codo a codo. Me quiere tanto, me conoce tanto, que sabe cuándo no debe oponer resistencia, así que me prometió que cuando nos mudemos a la ciudad, ya casados, podré seguir trabajando si aún quiero. Claro que voy a querer y ese solo será el principio, me repito.

Este año, vestida de negro como siempre quise, pero Nelly no me dejaba, fue el año en el que mi vida voló por los aires y se acomodó solo luego de estrellarse contra el suelo. Estoy tan atareada que no me detengo del todo a pensar, y Nelly, también vestida de negro pero, no sé por qué, más bella que nunca, también está concentrada en su propia y nueva vida: organiza clubes de lectura de señoras como ella y comentan novelas y leen poesías en voz alta. Creí, me equivoqué, que no iba a saber qué hacer con su vida en soledad, pero parece que Nelly, que jamás se quejó, tenía una gran lista de pendientes y los va tachando de a uno y que piensa ir por todos. El almacén que nos da de comer de repente no le parece tan importante. Lo extraña a papá, lo sé y la veo oler las camisas que aún no donó, pero me pregunto qué tanto de lo que hoy disfruta podría estar haciendo si Tito aún viviera. Me avergüenza mi pensamiento, pero me cuestiono mi propia realidad porque ahí voy, a meterme, justamente en un matrimonio. Tengo la frialdad necesaria para aguantar la respuesta pero no tengo la crueldad suficiente como para preguntarle a Nelly cuál de sus dos vidas prefiere. Una pena, me ayudaría bastante en este momento… *¡Basta, Ágata!*

–¡Vamos, Ágata! –murmura Marcelina del otro lado de mi ventana. Ya bajó la cortina metálica del almacén y me convenció.

Salgo por atrás, igual con veinte años no debería tener que dar explicaciones, pero son días especiales y no quiero sumarle preocupaciones a Nelly. Sin embargo, le debo a mi amiga este acto de rebeldía, ella que me acompañó en tantos, aún sin comprenderlos. Tengo la responsabilidad moral de salvaguardar mi imagen de transgresora y entonces huyo, sigilosa, y vamos abriéndonos camino por el calor ridículo de las noches de verano y llevamos antifaces en los bolsillos, como si de verdad sirvieran para ocultarnos.

–No puede verme nadie, Marcelina, sería un escándalo –le advierto.

–A mí tampoco, Ágata –me responde y se ríe, nerviosa.

El camino es sencillo y nos guían las lucecitas de colores que se van acercando, y nos acompaña el sonido latoso de los instrumentos alegres. La imagen es adorable y combina perfecto con mi amiga que avanza dando saltitos, tan contenta, conteniendo la emoción. Marcelina es un regalo en mi vida, solo por ella me arriesgo a esta locura justo hoy. Igual no voy a entrar. Igual voy a mirar desde lejos. Igual no tengo con quién bailar.

Es tanto el alboroto que creo que si nos quedamos del lado de afuera del alambrado nadie nos verá. El presupuesto no alcanzó este año para la iluminación perimetral y en las sombras todo puede ser discutido o, mejor, negado. Lo digo por experiencia.

No sé de dónde sacó Marcelina dos vasos de papel con un ponche tibio, dulce y asqueroso, pero brindamos por nosotras; la noche es nuestra. Alejadas, murmuramos sobre el peinado de tal, la blusa de aquella, el gesto que hace el señor que toca el violín…

–Ágata, dime que no veo lo que estoy viendo. –La luz de la luna se refleja en el broche de perlas de Marcelina y también ilumina su mueca de desconcierto, su gesto congelado.

Sigo el puntero de su mirada y reconozco, inconfundible, a Santos apostado en una de las mesas que hace las veces de barra. Charla y se ríe con amigos. No se esconde, tiene las botas llenas de lodo y la boina en la mano, la está pasando estupendamente bien. Santos no es más un chico, ¿habremos crecido tanto todos?

Marcelina no espera mi respuesta y cruza el límite de la oscuridad y pisa firme la pista, se abre lugar, y todo sucede como en una película de las pocas que se proyectan en la biblioteca del pueblo. No escucho nada más que la música, pero no lo necesito, alcanza con los gestos: la expresión de sorpresa de Santos y la de furia de Marcelina, los brazos doblados con las palmas abiertas hacia afuera de Santos y las manos de Marcelina en triángulos sobre la cintura. No tengo dudas, es una comedia.

Pero nunca vi el final de la secuencia. Me sorprendió una mano firme en mi cadera, un aliento en mi mejilla, una pared en mi espalda y columnas sobre mis piernas. No reaccioné porque lo reconocí.

–Hola, Ágata –me dijo Vicente con los labios apoyados en mi cuello.

–Hola, Vicente –respondí a su saludo y a su calor.

–Me voy mañana temprano –aclaró mientras me besaba.

–No me importa –me apresuré para que no quedaran dudas.

–No tengo nada para ofrecerte, discúlpame –se arrepintió y se alejó y casi pierdo el equilibrio.

–Quiero esta noche. Este rato –no pedí, fue una orden.

–Ágata, te arruino la vida –suplicó, pero sus manos ya habían ido más lejos que nunca. Sufría.

–Tampoco eres tan importante –le mentí, me solté, me di media vuelta, lo tomé de la mano y lo arrastré, sin parar en ninguna de las esquinas de las tres cuadras que nos separaban, a la habitación de servicio de la estación en donde muy de vez en cuando dormían maquinistas o técnicos rezagados. Ahí lo llevé, al precipicio de lo permitido, al destierro de la virtud, a la búsqueda de un cierre con sangre y dolor y disfrute, con la necesidad de sentir que perdía algo físico para darle sentido a la pérdida, a las pérdidas, que venía evitando durante el último año en el que los dos crecimos pero no lo olvidé y mi cuerpo menos, mucho menos.

Vicente ya no era un niño, pero también fui su primera vez. Y yo, mujer resuelta a veces, resignada otras, tomé las riendas de mi pecado carnal. Le quité a él el peso de la decisión y entre las torpezas de la inexperiencia de ambos, el sitio incómodo que tomamos por asalto, los sonidos apagados por si el viento se los llevaba de paseo hasta los oídos del hombre rata que cumplía con su turno en la oficina, y la voracidad del deseo que nos hacía trastabillar, aturdidos por la irracionalidad de nuestros movimientos imprudentes, insensatos y dañinos nos hicimos bien sabiendo que en realidad, nos hacíamos mal.

El desgarro del placer no me sorprendió, había leído y hasta había tenido una conversación incómoda y llena de metáforas con Nelly, pero la falta del otro dolor, el de la vergüenza, el de la culpa, sí me desconcertó. Esperaba sentirme la peor mujer, no ya del pueblo, sino del universo y no ocurrió. Estaba serena. Estaba agitada. Estaba segura.

No le di nada a Vicente, me lo di a mí. No le quité nada a Valentino porque soy mía. Empecé porque esta vez sí supe que ahí terminaba y no quería quedarme, para siempre, con las ganas y la duda.

Cuando ya no quedó piel por lamer ni escalofrío por ensayar, le abroché los botones de la camisa y él me ajustó el sujetador. Me prometí construir con Valentino esa intimidad de la que me tenía que despedir apenas haberla conseguido. Compartían el cuartucho con

nosotros además de un fuerte olor a líquido para limpiar, como de hospital, una paz adquirida, una madurez carísima y, sobre todo, una tristeza descomunal.

Lo abracé, había pasado mucho menos tiempo del que yo creía, y ya con nuestros sentidos en funcionamiento otra vez, oíamos la fiesta de carnaval cerca y aún sonaba la misma orquesta que tocaba cuando nos encontramos y nos prendimos fuego.

Me devolvió el abrazo con todo su cuerpo, no había zonas prohibidas, no me quedaba nada sin conocer, pero no me besó. Mi boca, estaba claro, ya no le pertenecía y él acataba. Me sentí mucho más grande que él. Noté sus manos en los bolsillos de mi falda y por un segundo creí que podíamos volver a empezar pero dudé. Él también, y nos fuimos.

Nunca supe cómo me encontró, en ese momento no me pareció relevante, y tampoco supe nunca más de él. Mi bravo Vicente, mi costado salvaje, se fue caminando lento hasta que lo perdí en la noche de los recuerdos inolvidables. Es que hubo algo de él, lo supe entonces, que se quedó conmigo. Lo que se deja ir también nos pertenece.

Volví al borde la fiesta acomodándome el pelo y la ropa, pero dudo que pudiera planchar el perfume animal de la piel caliente por el verano y la pasión. No me sentía sucia, quería pero no me salía. No me sentía una cualquiera aunque eso mismo me habían enseñado, de hecho me sentía más yo que nunca.

Marcelina y Santos se reían juntos, parece que ya había pasado la borrasca. Mis piernas flojas, mis senos sensibles, y mi abdomen plano por la maravilla del peso de Vicente, me llevaron, siempre en penumbras y rodeando la pista, hasta donde estaban mis amigos. Le chisté a Marcelina, me miró y me regaló una sonrisa tranquilizadora, estaba todo en orden. Le hice un gesto para decirle que me iba y volví a casa oliendo más fuerte, escuchando más capas de sonido, viendo en la oscuridad, ordenando las descargas eléctricas de cada pisada.

Nelly no me escuchó entrar, tampoco era la primera vez que me escapaba, ya tenía una década de experiencia en esas artes. Me bañé asumiendo que al otro día iba a tener que explicarle a mi madre por qué a esas horas, pero tenía el calor y estos días especiales a mi favor.

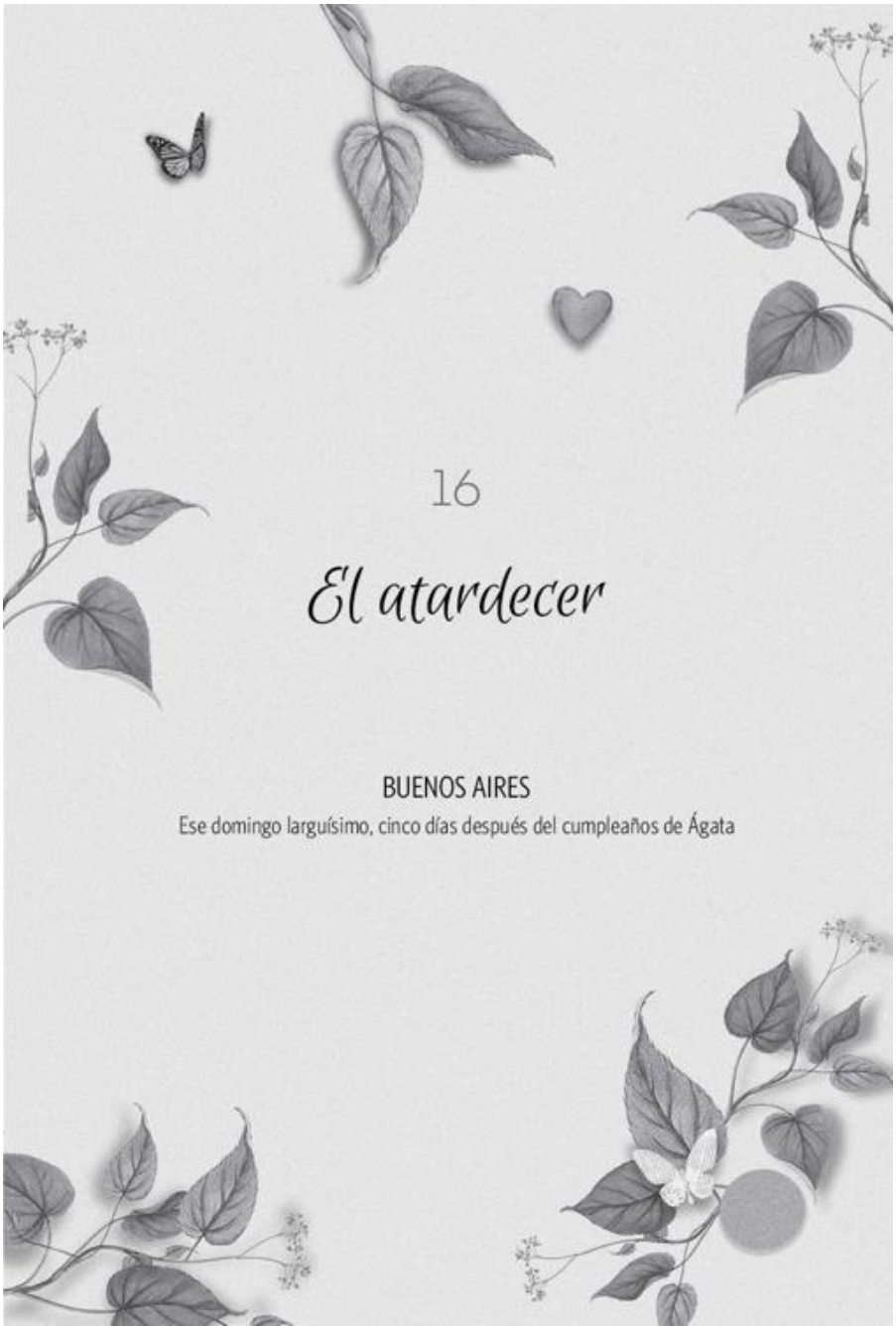
Volví a mi habitación y escribí en el cuaderno rojo del momento todo lo que acababa de pasar. Cuando terminé lo leí una vez mientras

mi cabeza proyectaba en mis sensaciones fogonazos de las veces que abrí los ojos y no supe qué parte de lo que veía era mía y qué parte era de Vicente. Ojalá no los hubiera cerrado nunca.

Luego arranqué las hojas que acababa de escribir y las rompí en mil pedazos, en todos los que pude. Tomé mi pila de cuadernos y fui descuajando, una a una, todas las que mencionaban al Vicente del que me enamoré. Nadie tenía por qué leer nunca aquellas páginas, eran solo mías, pero además Valentino no se merecía que yo corriera ese riesgo que podía manchar su hombría. Una cosa es lo que se hace y otra cosa es lo que se conoce públicamente, ya lo sabemos todos los que vivimos en pueblos pequeños.

Me dispuse a separar la falda y la blusa para lavarlas al día siguiente, y de un bolsillo, en donde un rato antes habían estado las manos de amor que se fue, cayó mi foto, la del día del primer beso. El par de la de Vicente que ya tenía y que no me había atrevido a tirar en todo este tiempo. Las puse separadas, una en cada cuaderno y decidí que por ahora se quedarían ahí. Él también me había dicho adiós para siempre y ya no me tenía ni en fotos.

Me recosté y me dormí enseguida. Lo último que vi, colgado del perchero que Tito había clavado hacía años al lado de la puerta de mi dormitorio, fue mi vestido de novia, envuelto entre papeles y abrochado con alfileres de perlas, listo para ser usado en exactamente dos días.



16

El atardecer

BUENOS AIRES

Ese domingo larguísimo, cinco días después del cumpleaños de Ágata

No queda mucho de nada. Ni de cosas para embalar, ni de ánimo, ni de energía, ni de preguntas sin entonar. Las tres hermanas parecen marchitas, sentadas en el suelo, sosteniéndose las penurias. Lo último cuesta más porque cuando se cierre la última caja estarán cerrando también esa etapa. Mientras duela no hay temor de que quede en el olvido.

La muerte de las abuelas es especial, pero si además la abuela en cuestión ocupaba tantos espacios y rompía tantos límites como Ágata, doblemente especial y doblemente difícil.

–Esperaba encontrar más cosas de mamá. –Camelia dice la frase como si se la estuviera guardando desde hace horas.

–Basta, dijimos, Camelia, no doy más –la regaña Azucena.

–Pero tiene razón, si no fuera por las fotos no habría nada. Casi nada –refuerza Begonia.

Las hermanas ya tienen la ropa arrugada, las ojeras marcadas y los pelos revueltos. Hay días que duran años. Intentan mirarse con caridad, pero como ya saben que el corazón se rompe pero sigue latiendo, coquetean con el límite de la paciencia.

–Tal vez le daba mucho dolor tener a mamá tan presente –aventura Camelia, buscando motivos entre dudas y teorías.

–Pero repartimos todo luego de lo de mamá y papá y no recuerdo que Ágata se llevara nada –aclara Begonia, y suma–: Pensé que la abuela no salía viva de la muerte de mamá. ¿Recuerdan lo que tardó en dejar la cama?

–Bueno, pero te fuiste igual, Begonia. Yo no imagino cómo es perder a una hija, no puedo ni pensarlo, se me espesa la sangre. Hay que tener hijos para saberlo. –Azucena sienta posición y, para dejarlo claro, se para y las mira desde arriba.

–Me fui con el visto bueno de los abuelos. Azucena, tú no atendiste el teléfono hace cinco días, deja de pasar reclamos porque todas

hacemos lo que podemos. ¿No notas que alejas a la gente? ¿No te cansas de marcar los errores? Agotas. Y no, no hay que tener hijos para entenderlo. Tuvimos madre, sabemos cómo nos miraba y también vimos los pedazos en los que Ágata se quebró y el tiempo que le llevó juntarlos. –Begonia deja salir sin quitarle la mirada de encima a su hermana mayor. Para cuando termina de hablar, el volumen de su voz está considerablemente más alto; se puso de pie y está a escasos centímetros de Azucena. Si siguen trepando se acaba el mundo.

–¡Una vez, un error, una vez! Eres una ingrata, Begonia, desde lejos es fácil opinar y dar cátedra o mandarle regalos a Ágata para calmar la conciencia. Desde cerca una abuela es menos glamorosa, hay que acompañarla al médico, hacer trámites, escucharle las ñañas, sostenerle las penas… ¡Una vez que se me pasa algo! ¡Ingrata! –Azucena no cede espacio ni físico ni sonoro. Se miden, les tiemblan los labios.

Camelia las mira, estupefacta. Nunca vio a Begonia así de exaltada y Azucena no suele escalar tanto tampoco, conoce los límites de su crueldad. Va de una a otra y entonces hace lo único que considera lógico en ese momento: se echa a llorar con ruido, con lágrimas y con mocos.

Las dos hermanas corren a abrazarla.

–Mi reina del drama –la consuela Begonia.

–Mi hermanita siempre adolescente –la cobija Azucena.

–¿Ustedes están locas? –gime Camelia–, somos lo único que tenemos, ¿cómo se van a tratar así? –llora Camelia–. ¿Por qué me hacen esto? –exagera Camelia.

Se ríen las tres, se abrazan las tres, lloran las tres. Es eso, tantas horas de emoción las tiene agotadas. Hartas de lo que deben pero no quieren.

–Es cierto, todas tenemos páginas para arrancar en los cuadernos de nuestras vidas –concede Azucena y rompe la tríada de cuerpos y revisa los zapatos que aún quedan en el fondo del armario.

–¡Guau! Qué poética, Azu –enfatiza Camelia y se asoma al guardarropa–. Esos zapatos no se reparten, se regalan, ¿no?

–Se donan, sí –confirma Azucena mientras toma la bolsa que le alcanza Begonia y comienza a meterlos todos dentro, de par en par.

–¿Ustedes qué creen? ¿Por qué arrancó las páginas Ágata? ¿Por vergüenza? –machaca Camelia mientras sale del dormitorio de su

abuela muerta.

–¿Para ustedes el abuelo sabía de este otro hombre? –cuestiona Begonia.

–Yo creo que si volvemos a empezar con el temita de los cuadernos no terminaremos más… –grita Azucena para que Camelia la escuche.

Camelia regresa a la habitación con la escoba y barre dentro del armario, justo en donde estaban los zapatos.

–Puede ser por vergüenza, yo creo que no quería que nadie leyera su historia con… ¿Cómo era? ¿Víctor? –Camelia vuelve a salir del dormitorio con la palita llena de polvo.

–Vicente –corrige Begonia–. Pero aunque hubiera engañado al abuelo tampoco era tan grave como para sentir tanta vergüenza. Grave es otra cosa.

–Pero en su época tal vez sí, Bego, cambió tanto todo –le aclara Azucena mientras abre y cierra gavetas para corroborar que ya no queda nada.

–Vergüenza. Lo que digo. –Camelia insiste apoyada en el marco de la puerta como si ya no pudiera sostenerse por sí sola.

–Tal vez solo quería guardarse esa parte de su vida para sí misma. No hace falta compartir todo. Tal vez no fue vergüenza, tal vez solo fue celo de su intimidad. Tenía derecho –acota Azucena y parece estar muy convencida de lo que acaba de decir, como si fuera una revelación, una predicación, un mantra.

–O tal vez se le cayó el té y se le mojaron y tuvo que arrancarlas –dice Begonia mientras revisa debajo de las dos camas que eran una, y se ríen las tres, otra vez, extraña cadencia la de este duelo reciente que las tiene todo el tiempo entre el llanto y la carcajada, entre la tristeza y la euforia. No hay dos lutos iguales, pero al final son todos bastante parecidos.

–¡Pero qué torpe, Ágata, tirando el té de modo selectivo justo en las páginas calientes de todos su cuadernos! –se ríe Camelia que sigue apostada en la entrada del dormitorio.

–¿Y qué hacemos con los cuadernos? ¿Se tiran? –pregunta Begonia.

–Por mí sí, no los quiero ver más. Además, por algo arrancó las páginas, respetemos la voluntad de Ágata. –Azucena abre por segunda vez las gavetas de la cómoda, es que nada está terminado hasta que no se chequea dos veces, ni las casas, ni los matrimonios ni los amantes, ya sabe.

–Pero me da pena, luego podríamos arrepentirnos. Además no entiendo la voluntad de Ágata a la que te refieres, Azu. Si no hubiera querido que sepamos los hubiera usado para prender el hogar de su casa anterior décadas atrás, años hace que están esos cuadernos en el armario: los mudó, ¿entiendes? –expone Camelia y luego repite una pregunta que se hace a menudo–. ¿Qué haría mamá si estuviera aquí?

–Mamá ya hubiera regalado todo y estaríamos comiendo una pizza en la esquina. También les hubiera restado importancia a estas páginas de diario adolescente –asegura Begonia.

–Jamás lo sabremos, mamá no está. Y ahora Ágata tampoco, así que tomemos las decisiones nosotras. Tú, Camelia, te llevas el de las flores y luego o lo guardas o lo tiras, me da igual. –Azucena está parada en unas de las esquinas del dormitorio con las manos en la cintura y escanea con la mirada el ambiente para corroborar que no quede nada sin guardar. Del techo al suelo, de izquierda a derecha.

–Me llevo el otro y lo destruyo yo, después de todo ya leímos lo que había. –Begonia toma el cuaderno y al pasar mete la foto de Vicente dentro, esquiva a Camelia, va hasta la sala, busca en su mochila la foto de Ágata, abre el portarretrato y pone ambas fotos juntas. Hay destinos que son ineludibles.

–No queda nada más, ¿no? –Begonia empuja a su hermana menor para volver a entrar al dormitorio.

–Creo que no. ¿Azu…? –Camelia le responde y ambas miran a Azucena que está otra vez chateando.

–¡Azu! ¿Hablas con mis sobrinos? ¿Les mandas un beso? Mañana les escribo desde el aeropuerto… ¡Azu! –Begonia levanta la voz para que Azucena reaccione.

–No, sí, perdón. –Se guarda el móvil en el bolsillo. Bruno, preocupado y dedicado luego de su salida intempestiva, le enviaba mensajes ofreciéndole ayuda, y ella le responde en piloto, por educación y casi por compromiso. No sabe casi nada de la vida de Bruno aunque ella tampoco le había contado mucho de la suya. ¿Cómo explicarle, con las líneas sin tono de un chat, el remolino de emociones de la muerte de su abuela, que a su vez la lleva de paseo por la muerte de su madre, y de la casa que está desarmando, hasta los huesos, solo cinco días después de festejar, ahí mismo, un cumpleaños? También tendría que contarle sobre el universo que conforma con sus hermanas, tan diferentes y tan bien encastradas.

Imposible, así que Azucena le responde con monosílabos y emoticones. Qué maravilla la liviandad de poder compartir la carne sin tener que compartir el corazón, cómo nadie le avisó antes que eso era posible.

Las hermanas repiten el chequeo en el resto de los ambientes. Las tres juntas, las tres patas de una mesa empecinada en sostener el equilibrio, un enjambre rítmico, un grupo de autoayuda, de la sala a la cocina, de la cocina al baño y otra vez a la sala.

Las dos pilas de lo que ya no volverán a ver –donar y tirar– están alistadas cerca de la puerta del apartamento. Son testigos crueles del día que está por terminar, son la prueba que cualquier perito usaría para sostener que no fue un sueño; que todo, pero todo, es verdad.

–Al final ese Venancio no es importante, la abuela fue mucho más que esa partecita de su vida –suspira Camelia.

–¡Bastaaaaa! –gritan las otras dos, otra vez, al unísono.

–Y es Vicente, Camelia, Vicente. Además no es importante pero no dejas de traer el tema –combate Azucena.

–Para importante, Valentino, el mejor abuelo del planeta –hace justicia Begonia.

–El mejor –refuerza Azucena–. ¿Vieron que en el funeral de la abu había varios de sus amigos? Esos sí que son amigos, le rinden honores a su viuda cuando ya no tienen que quedar bien con nadie. ¿Tendremos nosotras amigas así o será cosa de otra época?

–En el sepelio estaban también muchas de nuestras amigas, las más nuevas, las más viejas… –responde Camelia.

–¿Y Tita? ¿Esa que mencionas tanto? ¿Estaba? –pregunta, inocente, Azucena. Begonia mira a su hermana menor, mejillas sonrojadas, y confirma que Tita es una “amiga especial” de Camelia y se alegra.

–Sí, pasó, pasó un rato, como tantas otras. –Camelia busca cambiar de tema–. A mí siempre me pareció que Ágata lo quería mucho a Valentino, ¿no? Estaban enamorados, a mí no me lo discute nadie.

–Se puede querer a dos. O a tres. O a nadie –provoca Begonia–. Pero estoy de acuerdo contigo, se amaban. Se miraban como no vi mirarse a nadie.

–Mamá y papá también se miraban y desaparecía todo a su alrededor, hasta nosotras. –Azucena se recuesta sobre la arcada que en la sala divide la zona de la mesa de la zona de los sillones.

–A veces temo olvidarme de mamá y de papá. Creo que un día me

levantaré y ya no recordaré la voz de papá o el olor de mamá. ¿Les pasa? –Camelia se apoya en la pared de enfrente a la que descansa Azucena.

–No, no me pasa. A ti tampoco, Camelia, si ahora mismo los estás describiendo –Azucena le responde, tajante.

–De acuerdo. Tú hueles parecido a mamá, Azucena. Y mi voz es muy similar a la de papá. Además, Camelia, tenemos la suerte de haber nacido en esta época. ¿Videos? ¿Fotos? Lo que quieras de mamá y papá, hay. –Begonia suspira.

–¿Será por eso que Ágata no tenía casi nada físico de mamá? –Camelia es coherente, no suelta ni las cosas ni las ideas.

Los muebles desnudos provocan una resonancia extraña con sus voces. Ese anochecer de un domingo otoñal tiene su propio eco.

–Creo que éramos el altar privado de Ágata para recordar a su hija. Nada mantiene más viva y presente a mamá que nosotras –dice y se emociona Begonia.

–Mamá no conoció este apartamento, ¿no es extraño? –sigue ahondando Camelia.

–Mamá y papá no conocieron a mis hijos, si quieren ir más lejos aún. Eso sí que se siente raro e injusto –redobla Azucena.

–Ágata fue madre para nosotras y abuela para Jacinto y Margarita. Una ocupa de espacios vacíos nuestra abuela. Qué mujer generosa, la voy a extrañar mucho, ya la extraño… –Baja la cabeza Azucena, ojos de lluvia.

Permanecen en silencio, un rato más, las tres. ¿Acaso no va a terminar nunca este domingo?

Suena el teléfono celular de Begonia y rompe el hechizo del sopor. Las hermanas la escuchan acordar con el escribano que hoy por la noche, y aunque sea domingo, le alcanzará al hotel, Begonia siempre se queda en ese hotel, un poder para que las hermanas puedan vender el apartamento de Ágata sin ella.

–No hacía falta que lo resolvieras hoy mismo –responde Azucena levemente ofendida.

–¿No vendrás nunca más? –exclama Camelia claramente dramática.

–Pero no, queridas, pero no. Es más sencillo resolver que estirar. También es mejor venir por deseo que por obligación. ¿Además no era que debo esperarlas en las Europas para salir de tapas? –sonríe Begonia y relaja el ambiente.

–Ya veremos, ya veremos. Por lo pronto hice una lista de todos los muebles. –Levanta el celular en donde tiene la lista–. ¿Camelia, vienes en la semana a tomarles buenas fotos con buena luz? Los venderemos, que tengan otra vida tan buena como esta. Y del apartamento nos ocupamos luego, en unas semanas, cuando se nos hayan aclarado las ideas y las tristezas. El cansancio no sabe hacer negocios, y ahora que no está Ágata este apartamento es solo eso para nosotras, dinero –resuelve Azucena y parece que fuera Valentino el que habla.

–Perfecto, le mando un mensaje a Néstor así le confirmo lo que habló contigo, Azucena. ¿De la parte de *donar* se ocupa él? –activa Camelia.

–Sí, y de la parte de *tirar* también. No es la primera residente que se le muere a Néstor. Tiene experiencia y protocolos. –Azucena señala las bolsas etiquetadas con letra cuidadosa "para tirar".

Quedan además, separados, los tres montones de cosas que se repartieron. Un montículo moderado el de Azucena, una pila disparatada la de Camelia y de Begonia nada, solo la taza remendada que insiste en llevarse, el cuaderno y las dos fotos portales de un pasado desconocido, espejo de todo lo que ellas mismas ocultan. Lo que le entra en la mochila, va. Viajar sin lastre es una decisión.

La casa sin cosas parece más chica, como si al retirar los cachivaches, las tazas y las cortinas, en lugar de dejar espacio libre, ese espacio se fuera con las cosas. Es que es la vida la que agranda los ambientes.

–Se me acaba de ocurrir algo pero temo decirlo –declara Camelia.

–Si temieras decirlo no hubieras dicho nada, Came, ahora no tendrás más remedio que compartirlo –le explica Begonia.

–Tú y tus ideas alocadas, Camelia, no sé si quiero escucharte –resopla Azucena.

–¿Y si mamá era hija de este Vicente y no de Valentino? ¿Y si nosotras llevamos su sangre? ¿Y si ahora es un conde europeo y somos herederas de una fortuna incalculable y de títulos nobiliarios indiscutibles? –Camelia está jugando, no lo cree en realidad, pero quién no quiere ser la protagonista de su propia novela. Los ojos como faroles, la boca divertida, el cuerpo esperando el aplauso.

Begonia se ríe a carcajadas y le lanza una cinta de embalar y Azucena rezonga y le regala un montón de epítetos propios de hermana mayor y otro montón de argumentos serios para desarmar el

disparate de esa teoría que nadie le pidió y que nadie necesitaba.

Seguir jugando es seguir siendo hermanas. Ya no queda luz de día. La única luz posible es la que ellas están dispuestas a ofrendar aun en el medio del cansancio y del dolor.

Lo bueno de extenuar los músculos es que se distraen las penas, se atenúan.

No tiene más sentido demorar la salida. La mesita de las fotos está patas para arriba sobre uno de los sillones de color mostaza. No hay más objetos, no hay más excusas. Agotadas y sensibles, buscan sus bolsos, bajan cortinas. Vulnerables porque pudieron y poderosas por el mismo motivo. Aliviadas y tristes. Una cosa menos. Una abuela menos.

–¿Estamos? ¿No queda nada más? –pregunta Azucena sin esperar respuesta.

–Quedamos nosotras –afirma Begonia.

–Que no es poco –cierra Camelia.

Y apagan la última luz.

17

La boda

ENTRE EL PUEBLO Y LA CIUDAD, SIEMPRE EN ARGENTINA

Un día memorable del año 1960

Mi boda le compitió al mejor baile del carnaval de la historia del pueblo. No es que yo lo hubiera buscado, pero doña Laura, la madre de mi dulce Valentino, aceptó mi pedido de casarme en casa ya que luego me iría a vivir a la ciudad. Lo cierto es que no fue un pedido, le dije a mi prometido que si no era así, no me casaba, y él sabía cómo endulzar a mi suegra.

Dos días después de "ese" baile, un domingo de calor, entré a la iglesia en donde me habían bautizado del brazo de Nelly y ese fue solo el primero de los escándalos.

Con Tito acompañándonos en espíritu, la opción lógica era don Omar, y creo que se sintió un poco decepcionado, no tenía más hijos que Valentino y tal vez había encontrado en mí la oportunidad de llevar a alguien al altar. Luego tuvo revancha, y emoción, con Helena, pero no lo sabíamos en ese momento.

Nelly aceptó gustosa, ahora era libre hasta para las picardías, y yo, que había aprendido tanto de ella, había logrado devolverle la gentileza enseñándole a vivir sin que le importara tanto, pero tanto, la mirada de los demás.

El segundo escándalo, ahí sí mi madre perdió toda la osadía ganada y casi se infarta, fue que el vestido de novia no me tapaba los tobillos y, además, tenía transparencias en los brazos y en la espalda y casi no me dejan entrar a la iglesia. Mi vestido era su vestido, reformado, y el largo y el encaje me parecieron lógicos para el infierno de los casi cuarenta grados de calor que derretía el pudor hasta de los más santurrones.

Mi suegro intervino, había hecho una gran colaboración para que la parroquia hiciera algunos arreglos para que Dios y doña Laura estuvieran más cómodos en la boda de su único hijo, y parece que funcionó porque finalmente sonó el órgano, afinado para la ocasión, y se abrieron las puertas.

La emoción de Valentino envalentonó la mía y supe que iba camino a un destino que elegía. Me esperaba en el altar, al final de la fila de bancas de madera, adornadas con flores silvestres y moños de seda, un hombre bueno que me quería como nadie y al que yo quería, al menos, igual que lo que había querido al otro hombre, pero no menos.

Nelly, con un vestido azul sencillo que le sentaba fantástico, me llevó del brazo aguantando el cotilleo de algunas que, como no se animaban a vivir su vida, criticaban las ajenas. Al lado de Valentino estaba su mamá, con un vestido lila con plumas y piedras, que nos miraba divertida; mi desfachatez le resultaba exótica. Del otro lado, don Omar con los mismos ojos de nube y con las mismas lágrimas serenas de su hijo. Si no hubiera sido por el gracioso y ruidoso llanto de Marcelina, que además se sonaba los mocos entre congoja y congoja, hubiera tenido que hacer un gran esfuerzo para no correr a los brazos de mi plácido Valentino para llegar, finalmente y lo más rápido posible, a lo que, estaba segura, iba a ser mi mejor traducción.

Luego de la noche de carnaval, que prefiero no mencionar, quise forzar la vergüenza y la culpa al menos para conmigo porque total no se lo iba a contar a nadie, pero no me salió y enseguida las dejé ir. Sobre todo porque dos días antes de casarse hay tantas cosas para hacer que no se puede malgastar el tiempo. Sabía que haber estado con otro hombre antes de mi boda estaba mal, pero en verdad, en el fondo y también en la superficie, no lo creía, así que para qué seguir insistiendo.

Sin embargo, algo cambió en mí porque todos los que me rodeaban me justificaban la mirada nostálgica que yo no había notado, el enojo intermitente que no me parecía extraño, y la emoción fácil a la que no le había prestado atención, con la boda próxima. “Tranquila, hija, vienen días buenos” me decía Nelly. Y le creí.

El festejo fue al mediodía en el salón de la Municipalidad, una pompa innecesaria, pero fue el precio por no ocuparme de nada. Nelly estaba muy atareada con sus clubes de lectura –me encantaba esta madre nueva–, y mi suegra estaba fascinada con la idea de armar en ese terreno hostil un evento digno de los Romano. Mi suegro y mi futuro esposo tampoco se involucraron en la organización porque junto con nuestra mudanza a la ciudad se levantaba el estudio de Casa Solano. A los fines del negocio no había sido una buena inversión, había pueblos cercanos que se habían vuelto más prósperos, y además

mi futuro esposo tenía que empezar a tomar la posta de su padre en las oficinas de la ciudad. Doña Laura había venido por primera vez a un funeral y ahora, por última vez, a una boda. No se podía decir que no estuviera en los momentos importantes.

Invitamos a casi todo el pueblo. Comimos, bebimos, brindamos y bailamos hasta que el sol empezó a despeñarse y entonces comenzaron las despedidas.

Marcelina lloraba otra vez, un grupo de los invitados me miraba como a la hija pródiga y a otros se les escapaba la envidia: yo era la única de todos ellos a la que le habían pagado la fianza. De Nelly, lo que más recuerdo es su abrazo fuerte y su mirada de satisfacción cuando me despidió. Había cumplido con su trabajo y sentía mucho orgullo por ella y por mí.

"Yo no quiero que te quedes por obligación. Ve a vivir tu vida. Este nunca fue tu lugar", me dijo Nelly cuando llegó el momento de tomar la decisión y antes de que pudiera planteárselo. Fue unos meses antes de la boda y a mi corazón partido entre dos alientos le sumaba el peso, gigante, de dejar a mi madre. Se suponía que yo debía cuidarla, así eran las cosas y la bien recordada Eloísa lo había dejado bien explicado con su ejemplo. No tenía muy claro si me angustiaba más la idea de tener que quedarme o la de saber que me iría de todos modos aunque Nelly se mereciera otra hija y no a mí.

Pero la viuda de Tito lo supo antes que yo, lo pudo poner en palabras, salvavidas de letras, y fue tal vez su más grande gesto de amor. Supe que lo decía de verdad y supe también que estaba dispuesta a pelear contra lo que de mí iban a murmurar en la tierra en donde ella se iba a quedar, sin mí, para siempre.

Le prometí visitarla y ella me prometió lo mismo. Cumplimos y apenas me liberó de la responsabilidad natural de ser madre de mi madre ella también se liberó. Nelly comenzó a leerle a Marcelina y cuando Marcelina no estaba se leía en voz alta a sí misma como para no sentirse sola. Además sumó una división del negocio al almacén: ahora también vendían plantas, sus plantas adoradas, y se incorporó Santos al equipo, lo del campo no venía muy bien. Si Tito viera los anaqueles llenos de suculentas y helechos se le volvería a parar el corazón. Mamá casi ni pisa el almacén y por primera vez dispone de tiempo para ella. De mí solo queda ahí el cartel de lata que se mueve con el viento y que agita, con voz ronca de metal, un "Ágata".

Antes de irme le dejé mis ahorros a Nelly, yo no iba a precisar dinero nunca más porque, además de mi sueldo, Valentino insistió en darme una mensualidad para gastos personales que yo ni siquiera debía rendirle, pero como me vio la expresión de furia acordamos que los dos íbamos a llevar los gastos de nuestra familia y también acordamos que no hacía falta que nadie supiera que era una tarea conjunta. Yo, además, seguía trabajando de secretaria en el Estudio Romano y, a pesar de mis temores, la precariedad de las herramientas del pueblo me había convertido en una persona muy práctica y eso me dejó con cierta ventaja frente a las otras secretarias.

De la boda nos fuimos directo a nuestra luna de miel en Mar del Plata, una ciudad balnearia llena de luces y teatros, de playas enormes y de paseos urbanos que, me dijeron, nada tenían que envidiarles a las ciudades europeas.

Pasamos ahí una semana de fiesta y amor en la que entendí que yo también lo había salvado a mi ordenado Valentino de la vida aburrida que le tocaba por catálogo y por apellido. A él el amor lo volvió rebelde, a mí me calmó los motines. Éramos dos disidentes, amantes de los márgenes, aunque nunca pude dejar de pensar que yo había tenido más suerte que él.

La noche de bodas me devolvió al novio apasionado del beso lamido en la mitad de la calle, de los cigarrillos encendidos con el fuego de nuestras bocas, de las tardes impúdicas en el estudio de la Casa Solano. La noche de bodas me devolvió la esperanza.

No fue de repente, pero esa noche retomamos el camino que habíamos dejado en pausa porque él no pudo –o no quiso– romper también con esas reglas. Nos educan para tanto que debemos elegir bien qué cruzadas asumimos como para poder llegar vivos a la vida que nos espera.

No hizo falta que me dijera que yo no era la primera mujer que se desordenaba en sus brazos, desmembrada por la pasión de ese hombre que reunía, en una misma embestida, la ternura y la lujuria. Si él supo que tampoco era mi primera vez, no lo dijo ni dejó que lo notara. Estaba fascinado persuadiendo cada parte de mi cuerpo para que no me quedaran dudas de que él, su abrazo, su pecho, su pubis, su lengua y su peso sobre mí, eran mi hogar.

¿Habrá soñado conmigo desnuda antes? ¿Habrá estado esperando esta noche desde hace años? ¿Si él se hubiera animado, o si yo hubiera

insistido, hubiera sido diferente mi historia? En esa semana certifiqué un dicho que me decía papá: "En lo que se practica, se mejora". Si hubiera sido por mí no hubiéramos salido de la habitación, pero Valentino me llevaba de la mano por la rambla que daba al mar embravecido, por el casino lleno de hombres y de mujeres vestidas como doña Laura, por restaurantes de varios platos que nos recibían como a reyes y por salas en donde tocaban orquestas que hacían temblar las copas de cristal. Tanto practicamos que en eso también mejoré: aprendí a disfrutar el presente con lo que tiene sin enloquecer por lo que falta.

En esos días, y aún no lo sabía pero fue igual durante muchos años, Vicente solo vino a mí en momentos de soledad, como un recuerdo bucólico y nunca como una urgencia o un dolor. Eso también se lo debo agradecer a Valentino: él me ayudó a construir una vida en la que me encantaba ser yo.

Después de la luna de miel empezó la vida de verdad con sus cosas preciosas y con las otras también. Teníamos una casita hermosa, con un jardín delante y un jardín detrás, de un tercio del tamaño de la casa que tendríamos luego. Los clientes del estudio nos habían regalado para nuestra boda todo lo que precisábamos y más. Valentino cocinaba mientras yo leía, poníamos música, colgábamos cuadritos y yo hasta tenía mi propio escritorio de madera con llave. En una de sus gavetas, en la más profunda, estaba la caja de té que le había pedido a Nelly, y ahí, mis cuadernos rojos en los que ya no escribía. No los leía; la verdad es que la vez que lo intenté sentí lo que debe sentir una persona cuando le amputan un miembro: me dolían las hojas arrancadas como si ese papel aún pudiera rajarme la piel de los dedos. Tampoco podía tirarlos. Eran un peso que debía llevar.

Un día puse mi foto secreta, la que sacó Vicente, en un portarretratos y a Valentino le encantó. Para él era el recuerdo de la joven casi salvaje que le había cambiado la vida; para mí era una advertencia de mis propias debilidades y de lo fácil que podría perder todo lo que me gustaba de mis días.

Mi esposo jamás hubiera revisado mis cosas. Los hombres podían elegir cómo ser con sus mujeres y él había elegido ser lo que su esposa necesitaba. Yo estaba enamorada de su tranquilidad y de su inteligencia. Valentino era un esposo espléndido. En casa éramos pares, en la calle era un caballero, entre las sábanas era un arrebato, y

en todos lados, mi fanático declarado, mi primer promotor, mi guarida secreta.

A mí siempre me dijeron que fui una adelantada para mi época, pero yo creo que el verdadero transgresor fue él. Yo a su lado tenía todo para ganar, y él, Valentino valiente, todo para perder.

Valentino no era perfecto, pero gran parte del tiempo que utilicé buscando que me defraude fue tiempo perdido. Él tenía un alma especial, casi tangible, aun cuando se enojaba o se distanciaba, y, nunca supe por qué, tuve la fortuna de que encontrara en mí las oscuridades que le faltaban.

"Me siento mal", dije varios meses después de nuestra boda, un día cualquiera, apenas habíamos vuelto del estudio, aún con el abrigo liviano sobre los hombros.

"¿Me hablas a mí?", preguntó mi prudente Valentino, acostumbrado a mi manía de hablar en voz alta, como si le hablara a los que ya no estaban.

"Sí", alcancé a responder y vomité sobre el tapete de entrada de nuestra casita acomodada de recién casados que pueden viajar a Mar del Plata y poner patas para arriba un pueblo con su boda.

Una semana después lo supe: estaba embarazada. Vomité los primeros meses, me sentí mal, quise morir; exagerada como nunca había sido, deseé que mi primogénito fuera prematuro aunque no me atreví a decírselo ni a Valentino, y me juré no dejar que se me acercara nunca más ningún hombre si el resultado iba a ser este.

Sostuve además –porque no pensaba ceder el espacio ganado– mi trabajo en el estudio. Es que sabía que apenas tuviera a mi bebé, al menos por un par de años, ya no iba a tener la opción de trabajar. Nunca había pensado realmente –estaba ocupada con otras dudas– si quería ser madre, no eran cuestiones que una se preguntara en esa época, ni siquiera las que entrábamos a la iglesia a casarnos con mangas de encaje y tobillos al aire. Así que seguí yendo a trabajar hasta que no pude más. En ese momento entendí que la búsqueda errática, confusa, de mi juventud nunca tuvo que ver con escribir, con estudiar o con trabajar, sino más bien con poder elegir. Elegir era un lujo para una chica como yo. Esa idea, entre arcada y arcada, me trajo mucha paz.

Valentino me acariciaba el vientre y me decía que, embarazada, era la mujer más linda que había visto jamás. Lo único que se comparaba

con mi malestar era mi deseo –las hormonas, leí–, así que el tiempo que pasaba en casa lo pasaba casi desnuda, un poco porque nada me entraba, otro poco porque todo me molestaba y también porque cuando nos revolcábamos, no vomitaba. Pura ganancia. Ningún vecino nos vio, estoy segura, porque si no nos hubieran denunciado por falta de recato. Vivíamos en la ciudad pero, advertí luego, en un vecindario que si no fuera por el transporte público y los carteles con publicidades, tranquilamente podría ser un pueblo.

Valentino me decía que retomara mi viejo arte de dibujar, y apenas lo decía me envolvía el aroma de las flores que ya no retrataba y las náuseas le ganaban a cualquier voluntad. Las náuseas se quedaron conmigo todo el embarazo, como las dudas y los temores.

Así fue todo durante nueve meses. Se me inflamaron los tobillos, los senos y los labios. No me entraban los zapatos ni las faldas. El ombligo se creyó mascarón de proa y me pasé cada una de esas noches buscando una posición cómoda para dormir que nunca encontré.

Sin embargo, desarrollé también una relación intensa –cuando no– con mi embarazo. No tenía la más pálida idea de cómo nos íbamos a llevar luego, pero ahí adentro, en mi vientre nido habitado por un bebé que aún no conocía, me sentí bien aunque mi cuerpo solo diera señales de lo contrario. Cualquier aroma fuerte me daba asco pero también pude valorar el milagro. Agradecí que así fuera, temí ser aquí también lo contrario a lo que se esperaba. La primera vez que se movió me quedé quieta, asombrada, conmovida. La primera vez que me pateó, suave pero decidida, supe, con absoluta seguridad, que era nena.

Cuando ya estábamos cerca de la fecha –Helena a punto de rebalsar de mis tripas– llegó Nelly a poner orden y a hacerse cargo de la casa, de las cosas y de las hijas; de la suya y de la mía. Se quedó a mi servicio hasta un mes después del parto, en el que también estuvo. En ese primer viaje casi no salió a pasear, estaba ahí para mí inaugurando la tradición futura de sus largas visitas que nos hicieron muy felices a las dos durante años. Yo le contaba de las librerías gigantes y de las confiterías para tomar el té de la tarde con confituras que ni imaginaba, pero no se movía de mi lado. Junto con Valentino fueron una represa poderosa para tanta inundación.

En cambio mi suegra, que vivía a pocas cuadras, se mantuvo lejos porque respetaba nuestra intimidad pero, sobre todo, porque le

gustaba la de ella. La idea de acompañar a personas que despiden fluidos le debe haber parecido un disparate. Suplió su ausencia con comida casera hecha por su cocinera y por regalos finísimos para el bebé y para mí. La bata que me envió para el hospital, con mis iniciales bordadas en un bolsillo, era lo más bello que yo había tenido nunca, y la prefería mil veces a las narices respingadas de mi suegra metida en mi casa.

Con el desgarro del parto, creo, se me desgarró algo más y para siempre.

A los nueve meses de mi boda pueblerina y ostentosa me dieron una bebé sucia y gritona que me confirmaba lo que mi madre me había dicho tantas veces: yo no era el centro de ningún universo, ni siquiera del mío.

Ser madre es recordar todo lo que te dijeron tus padres y que creías olvidado.

Miré alrededor, la sala de partos tan blanca y tan luminosa, en donde mi imagen abierta de piernas, sudorosa y con la dignidad ancestral de un animal, se reflejaba en todo lo plateado que me apuntaba, y agradecí –me agradecí– por estar teniendo a mi hija ahí y no en la salita del pueblo en donde cualquiera podía entrar a preguntar en dónde habían dejado el azúcar para el té. *¡No seas frívola, Ágata, que tú naciste ahí y acá estamos!*

"Es una niña", nos anunciaron como si fuera novedad, y ahí mismo, entre la sangre, los puntos, la emoción y el desconcierto, Valentino propuso que la llamáramos Rosa, como las rosas que dibujé alrededor de mi nombre y como las rosas que él me regalaba cuando tenía que conquistar más a mis padres que a mí. Me sentí mareada, pero no era mi cuerpo, era mi corazón que sabía que eso de nombrar a mis hijas como flores no era de esta vida, era de la otra, y entonces le aclaré, hundida en la transparencia amable de su mirada, que nuestra hija se llamaba Helena. A mi generoso Valentino le pareció bien y miró a la bebé con el mismo amor con el que me miraba a mí. Me tranquilizó, supe que mi hija nunca estaría sola, yo podía dudar de mí pero no de él.

A mí me costó más esa entrega; tuve que conocerla y eso lleva tiempo. Helena se acurrucaba en mis curvas, reconocía mi olor y la sentía mía pero tenía, sobre todo, preguntas. En mi vientre aún agradando, sentí el desorden de mis ideas y en mis hombros

contracturados llevaba el peso del futuro y de la única responsabilidad que, creía, era para siempre.

¿Podría yo ser la madre que esa niña necesitaba? ¿Todas las madres tendremos las mismas dudas o solo era yo la peor madre que pudiera existir?

Pero también me sentía capaz de todo. Había creado a un ser humano que ahora se alimentaba de mí, era invencible. La maternidad es, sobre todo, contradicción.

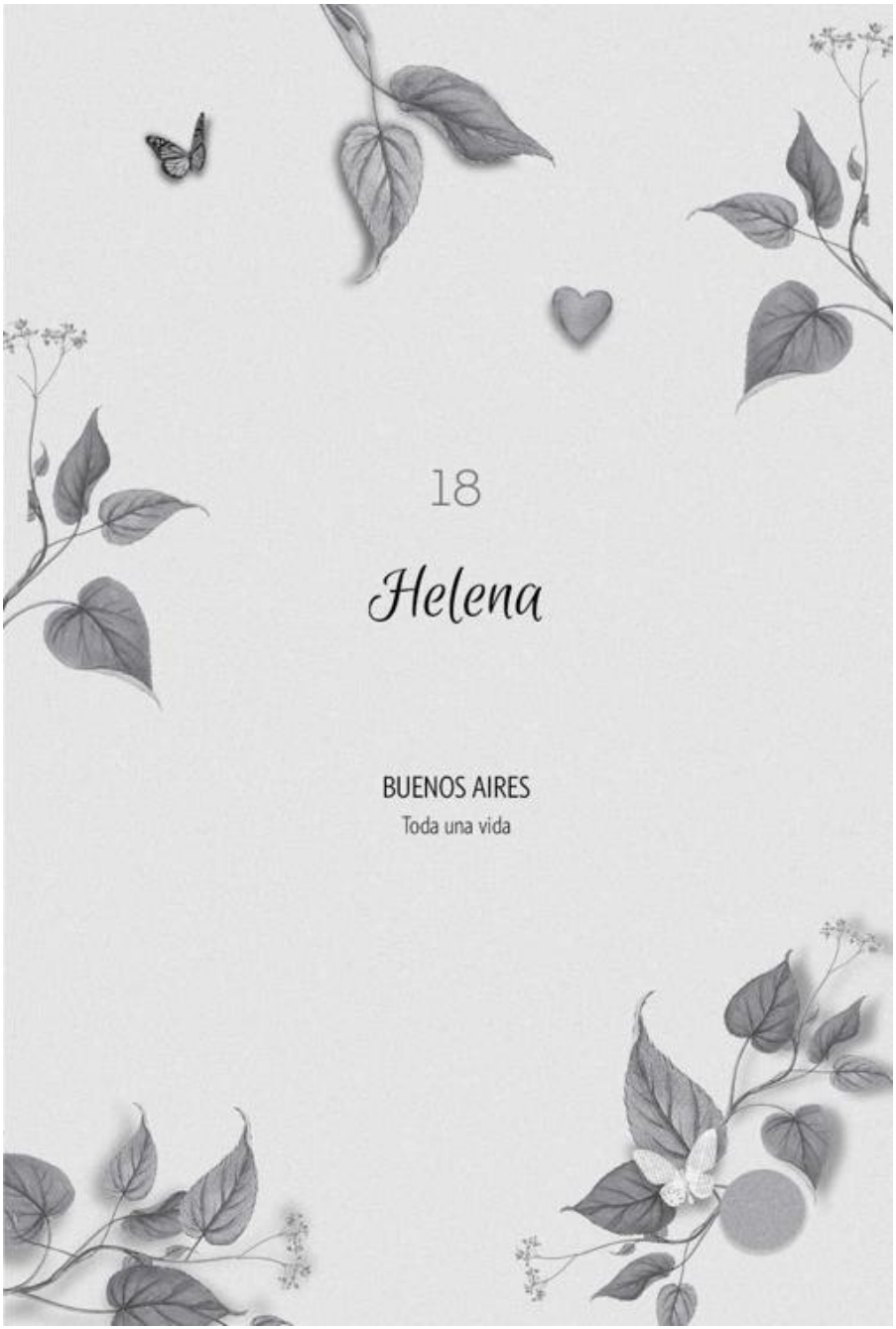
* * *

Ahora mismo, mientras Nelly cocina y yo dormito en la mecedora que está al lado de la ventana que da al parque florido con mi bebé a upa, me siento así.

La miro a Helena, un pichón en donde cabe una infinidad de futuros posibles, y no hago más que desearle una vida larga y libre en donde no tenga que elegir amores o geografías y en donde sea la dueña absoluta de los pasos que da. Le deseo la vida que yo entrego porque acabo de convertirme en su madre.

Me prometo ser la guardiana de sus deseos hasta que seamos mayores y yo muera y ella siga con sus días porque jamás tendrá que quedarse a cuidarme.

Y así, con la nana de nuestras propias respiraciones acompasadas, nos quedamos dormidas apoyadas una en la otra, mi hija y yo.



18

Helena

BUENOS AIRES

Toda una vida

–Cuida a las chicas, mamá, volvemos el lunes –le dice, como siempre que viaja, Helena a Ágata por teléfono.

–Las chicas son mujeres grandes, Helenita de mi corazón, fuertes por tu sangre y por la mía. Pero las cuido, las cuido. Ve a hacer lo tuyo –responde Ágata.

Tiene razón su madre, piensa Helena, pero nunca está de más estar atentos a las rigideces de Azucena, al mutismo de Begonia y al despiste de Camelia. Mujeres que aún viven con sus padres, con ella y con Rodrigo, pero más que nada porque la generosidad de Ágata y Valentino le permitió tener una casa enorme en donde pueden pasar días sin verse si necesitan intimidad o silencio y a la que jamás hubiera accedido con sus salarios de periodistas.

* * *

Viajan a menudo, ella con sus libretitas de bolsillo y ese modo tan particular de ver el mundo y de contarlo, y él con sus cámaras y sus lentes y ese ojo especial para recortar de la realidad lo que debe publicarse.

Helena, silenciosa pero madura, aventurera pero reservada, forma un equipo perfecto con Rodrigo, tímido pero libre, sensible pero decidido. Cuando, a los quince, la profesora de literatura presentó en el colegio a Rodrigo como “el nuevo”, sus miradas se encontraron y ahí se quedaron, satisfechos y sorprendidos con la sensación de que, tan pronto, habían llegado a su recipiente con monedas de oro. Construyeron, aunque no estuviera de moda, un universo privado apoyado en la ternura.

Rodrigo tenía muy poca familia y bastante conflictiva y rápidamente adoptó a la de su novia como propia. Ágata y Valentino enseguida le dieron cobijo a ese chico de piel blanca y pelo lacio por los hombros que llenaba de alegría a su única hija.

Ágata, sin embargo, no podía contenerse y le dejaba caer a Helena consejos que su hija no pedía: “Vive tu vida, no hay prisa”, “eres muy joven, viaja, estudia, y luego te enamoras”. Una madre que más que intentar que su hija viviera la vida que ella no vivió, se desvelaba por impedir, como si fuera posible, que repitiera sus errores, sus dolores.

Nada de eso imposibilitó que, dos años después de haberse encontrado, llegara Helena, desafiante, a contarles que estaba embarazada y que además estaba contenta por estarlo. Rodrigo, parado detrás de su novia, no llegó a decir nada. Valentino ya lloraba emocionado y los abrazaba a los dos, y Ágata se llamó al silencio y su sumó a los abrazos luego de que su hija, tan precisa siempre, le dijera que si la edad no era un impedimento cuando se era mayor, como siempre decía la abuela Nelly, tampoco lo podía ser cuando se era joven.

Helena tenía una gran relación con Nelly. Ella solo había conocido a la mujer libre de agenda llena y de energía desbordante, la Nelly postTito. Siempre que podía iba al pueblo y caminaba con su abuela por las calles cada vez más vacías y Nelly le contaba sobre los bailes de carnaval, sobre la estación en la que trabajaba su madre y a la que ya no llegaban más trenes, y sobre cómo el almacén, ahora manejado por Santos y Marcelina, era el centro de los chismes del lugar. También le hablaba de Tito, sobre todo del Tito de los últimos años, cuando ya daba menos órdenes. La memoria de Nelly había seleccionado qué era lo que quería recordar. Una vez le contó que ahí en donde ahora había una tienda de electrodomésticos, la única del pueblo, estaba antes la Casa Solano, el sitio en donde Valentino tenía el estudio de abogados y de donde había salido la máquina de escribir de letras doradas que Helena le había rogado a su madre que le regale y que, finalmente, ya dormía en su dormitorio. Esa máquina antigua luego tendría un lugar de privilegio, casi de altar, en la casa grande en la que Helena viviría con su propia familia.

Cuando iba con Ágata al pueblo, a Helena le gustaba ver a su madre charlar con Marcelina como si fueran dos adolescentes, apoyadas en el mostrador, decorando recuerdos con palabras y olvidando los que no tenían ganas de recordar. “Eres tan diferente a tu madre… ¡por suerte!”, le decía siempre Marcelina y todos se reían. Helena se sacaba fotos con el cartel que seguía anunciando “Ágata” y no lograba imaginar a su madre, la de las cremas costosas y la mirada

urbana, la de la ropa de diseño y las palabras provocadoras, viviendo ahí, en ese sitio que se había estacionado en el pasado y que se iba desdibujando un poco más cada vez que lo visitaba.

* * *

Helena terminó el colegio secundario con la falda del uniforme a punto de reventar y sin nada de vergüenza. Rodrigo le pidió casamiento con un anillo de lata con un corazón de plástico y a ella le pareció un anillo bellísimo. Se casaron ese otoño, la barriga por delante, en una boda sencilla y cálida, en la que Valentino y don Omar entraron a la iglesia –Helena sí había elegido un Dios–, ladeando a esa niña brava que no precisaba gritar para hacerse oír. Helena llevaba el vestido de su madre y de su abuela, ahora por las rodillas, pero ya nadie se espantaba, en algunas cuestiones el mundo era un lugar más amigable. Ágata y Rodrigo los esperaban en el altar y luego festejaron todos juntos en la casa de don Omar, ya sin doña Laura, en ese patio de suelo de lujo y plantas de jardinero que por una vez y en mucho tiempo volvió a sentirse vivo.

Contra todo pronóstico, nadie, ni siquiera Ágata, pensó que era un error lo que estaban haciendo. Fue tal vez la fe que se tenían Helena y Rodrigo la que tiñó de confianza las dudas de su entorno. Crecer es, también, estar tranquilo con las decisiones que se toman.

Nació Azucena y Helena se sintió madre enseguida, tenía una capacidad prodigiosa para no discutirle a la realidad lo que la realidad le traía, y entonces, como no la resistía, fluía, flotaba. Rodrigo no podía más de la felicidad de tener la familia que, hasta ese momento, la vida le venía negando. Decidieron que iban a tener más hijas para que Azucena no estuviera sola, como ellos que eran huérfanos de hermandad, y porque además tal vez sus corazones sabían algo que ellos desconocían: no tenían tanto tiempo. Simplemente no les había tocado esa suerte.

Helena y Rodrigo llamaron Azucena a su primera hija por una anécdota sin importancia: el primer beso que se dieron, el primero de miles, fue en la puerta de una casa que estaba a la vuelta del colegio y que tenía un jardín repleto de azucenas. Era la envidia del vecindario. Sus otras hijas llevaron también nombres de flores, como un juego, sin nada más trascendental detrás. Muchas veces la vida es solo eso, las

ganas de jugar y las agallas de dejarse llevar por ese juego sin buscarle el sentido hondo a todo.

Helena estaba acostumbrada a desconcertar a su madre, pero esta vez no entendió el escalofrío de Ágata cuando le contó cómo se iba a llamar su nieta. Tampoco consideró que tenía que darle muchas explicaciones, Ágata se enredaba fácil con sus propias ideas, pensaba demasiado y Helena ya lo sabía. Valentino, en cambio, era un sitio en donde Helena podía descansar. Se complementaban pero no tenían las mismas fortalezas, Helena podía imaginar a Ágata viviendo sin su esposo pero no a su esposo viviendo sin Ágata. Él la miraba como si no hubiera otra mujer sobre el planeta. Bueno, sí, estaba ella, su hija, pero ese era otro amor.

Helena no supo del dolor en el pecho de Ágata cuando ella pronunció "Azucena" y de las noches que pasó su madre entre sueños y desvelos pensando si había sembrado en su hija esa idea de Vicente, tal vez cuando estaba en el vientre y ella le confesaba sus secretos siempre en forma de metáforas, o si Helena había dado con el cuerpo roto de sus cuadernos desmembrados. Con el paso del tiempo, y de las nietas, Ágata dejó ir esa duda y prefirió quedarse con la certeza de que si Helena hubiera tenido algo de esa información no hubiera podido contener esa curiosidad que la definía y le habría preguntado algo. Sin embargo nunca ocurrió y eso que lo que más hicieron juntas fue nombrar al mundo que las rodeaba, ponerles palabras, conversar hasta la afonía de las emociones.

A Ágata le costó aceptar las decisiones de su hija adolescente. Tal vez les ocurría a todas las madres. Ella había prometido velar por sus sueños y resultó que los sueños de su hija le parecían pequeños. Faltaban muchos años, y muchos dolores, para que los comprendiera. ¿Irse a estudiar a otro país? ¿Elegir alguna carrera de esas que en teoría no son para mujeres? ¿Viajar libre unos años, de mochilera? Para todo eso Ágata hubiera dispuesto ahorros y trámites, tiempos y pasajes, pero Helena parecía no precisar nada.

Helena y Rodrigo habían descubierto el lujo en lo sencillo, la fiesta de compartir las mañanas y las noches, la fatiga del estudio, la cama sin hacer durante semanas, y la profesión. Luego del nacimiento de Azucena terminaron sus carreras y trabajaron con ahínco para hacerse un nombre en el mundillo, pequeño, del periodismo gráfico. Eran pocos, se conocían mucho y a ellos los respetaban en todos lados. Eran

una joven promesa en la que los próceres se reflejaban y los noveles se proyectaban. Juntos lograron notas impecables y premiadas. Eran buscadores de historias sensibles y transformadoras. Les dolían las injusticias y sabían iluminar a las personas que trabajaban para cambiar el mundo. Recorrían pueblos y ciudades atentos a lo que necesitaba ser compartido, y nunca, pero nunca, eran ellos los protagonistas de las historias que contaban.

Begonia llegó cuatro años después y tras cinco años más, Camelia completó la primavera de los días de Helena y Rodrigo, que vivieron siempre livianos. Jamás sintieron culpa por pedir una pizza para cenar o por hacer faltar a las chicas al colegio porque justo ese día les habían regalado en el periódico en el que trabajaban entradas gratis para ir al cine. Hay gente afortunada que nace sabiendo que no hay regodeo en la tragedia ni aun siendo los protagonistas de una.

Ágata y Valentino se ocupaban de las nenas cuando ellos viajaban y ganaban todos, sobre todo las nietas que disfrutaban de esa libertad pensada que Helena les armaba: ella no quería limitarlas a la pequeñez de su mundo personal. Quería que pudieran ser sin ella y sin Rodrigo. Las intenciones están llenas de premoniciones.

La casa estaba llena de música, de libros, de fotos, de libretas y cuadernos, de colores y de tazas de café que Azucena ordenaba, Begonia consumía y Camelia disfrutaba. Helena siempre sintió que Ágata le había dado tantas alas que hubo un momento en el que sintió más vértigo que ganas de volar, y procuraba no trasladarles ese abismo a sus hijas. Estaba atenta a las virtudes de cada una e intentaba acompañarlas. No sentía que su vida se hubiera detenido con la llegada de sus pequeñas, más bien lo contrario, había más ramificaciones, más posibilidades, más mundo por conocer aunque fuera de invitada. Muchas veces soñaba con el futuro de sus niñas y tenía el impulso de escribirlo, pero lo frenaba: nada le importaba más que cada una de ellas fuera la autora de su propia historia.

Relaja, le sugería a Azucena.

Atrévete, la invitaba a Begonia.

No temas desear, le insistía a Camelia.

A su debido tiempo las chicas crecieron fuertes, abonadas según sus necesidades, y Helena y Rodrigo, ya con un prestigio profesional muy bien ganado, viajaron cada vez más y entonces los reencuentros en la casa grande eran una fiesta. Si hubieran podido volver a elegirse, se

hubieran elegido sin dudas y a pesar de todas las rispideces que, inevitables, viven con cada familia.

Hubo noches de películas y lecturas en voz alta, de cata de vinos que los padres traían de sus aventuras, de confesiones uno a uno y de risas entre todos.

A Helena le gustaba mucho observar a Rodrigo siendo padre. Tenía él con sus hijas una paciencia perpetua y una alegría constante. Qué duro iba a ser para los que quisieran enamorarlas competir con la imagen de ese padre que, incluso cuando ya eran grandes, las acompañaba hasta la parada del bus, pero también las acompañaba en las cuestiones que no se podían medir en cuadras.

Rodrigo miraba a sus mujeres, a las cuatro, y no sabía bien a quién agradecerle la fortuna de haberse encontrado, en un mundo tan lleno de gente, con Helena primero y con esa abundancia de hijas después.

* * *

Esa mañana en la que Helena le pidió a Ágata que cuide a sus hijas, una mañana de corridas como todas las mañanas de los adultos, se cruzan los cinco en la cocina: el corazón, la sala de reuniones, el hospital y el templo de la casa. No era habitual; las agendas de estudios y trabajo hacían que las noches fueran los puntos de encuentro, la intersección de los vínculos en donde la oscuridad y el cansancio hacen menos duros los bordes de las diferencias.

Camelia entra la cocina con el rostro aún mojado con agua fría como un invierno. Nada para que perdure la belleza de la piel como ese truco que viene desde Nelly, y más allá, hasta ellas. Toma la taza de café que le ofrece Rodrigo y le agradece con un beso bullicioso. Camelia es la niña de los ojos de su padre y le encanta serlo.

Begonia llega sudada luego de su carrera matinal, se quita los auriculares y comienza a meter en la licuadora frutas y verduras para un batido más saludable que sabroso.

–Mamá, llévate un abrigo que va a refrescar –Azucena le ordena a Helena que, con las gafas sobre la nariz, verifica datos en la computadora portátil aparatosa que comparten los cinco y los anota en un cuadernito pequeño que luego pone en el bolsillo trasero de su jean.

–Azucena, parecemos hermanas pero soy yo la que debe decirte que

te abrigues –responde Helena, divertida.

–Dime, entonces, porque acabo de mirar el clima y el fin de semana será de bufanda y guantes –se impacienta Azucena. El padre y las hermanas miran, impávidos; ya conocen la escena y la lógica de su devenir.

–¡Azucena! No salgas sin abrigo, el clima dice que será momento de frío y abrazos –se ríe Helena y abraza a su hija mayor, dos melenas iguales que se resisten, se enmarañan y luego ceden al amor.

–No creces más, madre –exagera, molesta, Azucena, pero besa a su mamá, le acomoda el cuello de la camisa a su papá y les desea buen viaje.

Justo con estas edades, cuarenta y cinco Helena y Rodrigo, veintiocho, veinticinco y veinte las chicas, se parecen más a un grupo de estudio, de trabajo o de amigos que a una familia con sus verticalidades.

–Si precisan algo, ya saben… –les dice Rodrigo mientras ordena, de mayor a menor y con precisión quirúrgica, los lentes de la cámara en un bolso especial. Viste igual que siempre, jean y camisa a cuadros sobre una camiseta lisa. La única diferencia es que ahora puede lucir los costosos chalecos de fotógrafo, espectáculo de bolsillos, que antes le resultaban inalcanzables.

–Los llamamos a ustedes o a los abuelos, ya sabemos, papá, viajan desde que somos pequeñas –Camelia lo interrumpe, feliz con la idea de un fin de semana de fiesta en el que, como mucho, solo deberá lidiar con su hermana mayor, la insoportable.

–Somos grandes, papá –refuerza Azucena.

–Disfruten y traigan regalos. Si precisan algo, nos llaman –invierte los roles Begonia.

–Si precisan algo, hablen al viento que yo las escucho, las madres tenemos superpoderes –sostiene Helena.

–¡Adiós! –los despiden las tres y ellas mismas apresuran el desayuno para salir corriendo a sus trabajos, a sus responsabilidades y a todo lo que, apenas en unas horas, les iba a resultar intrascendente.

Rodrigo carga la cajuela, un tetris conocido, se suben al auto, se cruzan los cinturones de seguridad y Helena saca del bolsillo de su mochila un CD con la música que suelen usar para que la carretera les resulte más corta. El auto es un sitio familiar e íntimo. Ahí, en movimiento, tuvieron las conversaciones difíciles que tienen las

parejas para poder seguir compartiéndose y, con la valentía y la necesidad de tener que poner la mirada en el camino que se abre por delante, siempre supieron encontrar el modo de crecer juntos, de esperarse y de alentarse para seguir siendo Helena y Rodrigo, esos chicos que se enamoraron hace décadas, inocentes, inconscientes, con solo mirarse.

–¿Te preocupan las chicas? –pregunta Rodrigo, ya salieron de la ciudad y el silencio es un mejor lugar para la conversación.

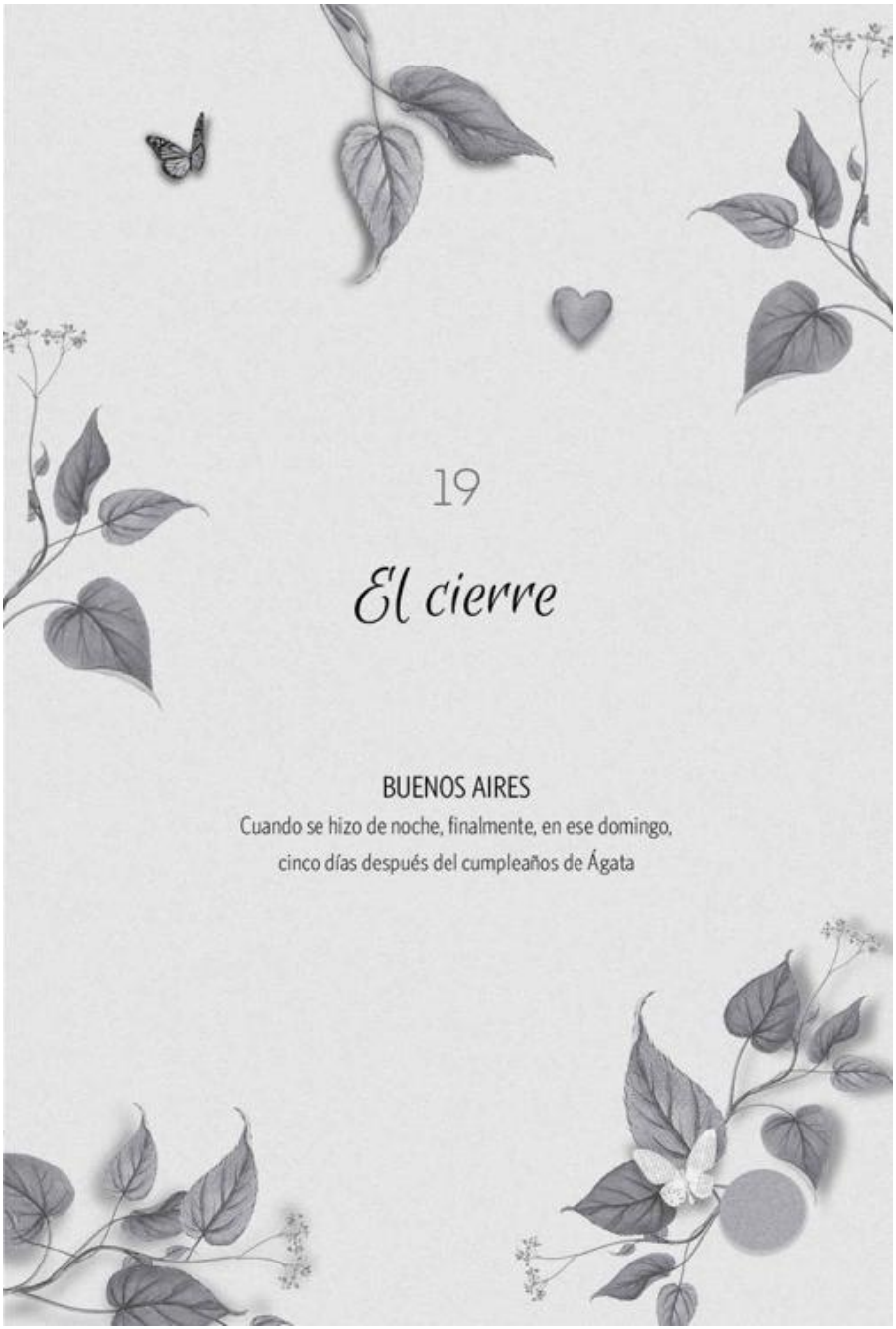
–No, hicimos un buen trabajo, mi amor. ¡Lo único que me preocupa es que sigan viviendo en casa! –se ríe Helena y toma uno de los vasos térmicos con café que sus hijas les prepararon esa mañana, la última compartida.

–Si fuera por mí dejaría que se queden para siempre, es apasionante verlas crecer –dice, romántico, Rodrigo.

–En cualquier momento nos alcanzan, Rodrigo. Es más, yo creo que Azucena ya es mayor que nosotros –bromea Helena y vuelven a reírse con música y ruido–. Siempre tendremos un palco de lujo en la vida de nuestras hijas, querido, siempre.

El viaje sigue, como tantos otros, entre conversaciones enérgicas y silencios profundos. Tenían agendada una nota fascinante que incluía a un intendente corrupto, a su esposa despechada y a unas fotos indecentes que se habían publicado en la portada del periódico local, pero pocos kilómetros antes de llegar a ese destino se cruzaron con un camión sin frenos.

Y entonces, sin dramas ni reclamos, sin prórrogas ni pendientes, Rodrigo, el esposo de Helena, y Helena, la madre de las flores, murieron jóvenes, felices y en el acto.



19

El cierre

BUENOS AIRES

Cuando se hizo de noche, finalmente, en ese domingo,
cinco días después del cumpleaños de Ágata

Por el pasillo en fila, amontonadas en el ascensor, revoltosas en el recibidor del edificio. Y siempre en silencio. En la retirada vuelve el dolor de lo irremediable. El tiempo, brutal, que no permite ni un segundo de retroceso.

Del otro lado del vidrio de la entrada al edificio el mundo sigue en movimiento y, en comparación, se lo ve frenético. La muerte de Ágata no detuvo el andar de los buses ni la caída del sol; un disparate. Cuando los domingos entran en tiempo de descuento hay un revivir del letargo que los define, como les ocurre a los moribundos. Los padres divorciados se pasan de manos a sus hijos y se corre para las compras de último momento de útiles, comida y pantys que no estén corridas. Todo lo necesario para tener una semana más ordenada hasta que llegue el próximo domingo y, a esa misma hora, se repita la urgencia. Justo ahí, en ese arrebato de vida, fue cuando las tres hermanas dieron por terminada la tarea, vehemente, de desarmar la casa de su abuela muerta y de revisar entre los trozos del desguace con cuáles podían remendar sus corazones averiados.

Sentían al mismo tiempo la satisfacción de haber podido con esa faena que la noche anterior les parecía descomunal, la tristeza de la pérdida, el desconcierto de los secretos disimulados y el cansancio hercúleo de haberse hecho cargo de todo eso junto.

–Azu, ¿le dejaste llaves a Néstor? –se asegura Camelia.

–Sí, las de Ágata, usa las tuyas para volver a buscar las plantas y las bolsas que te quedaron. No lo olvides, Camelia, que con el poder que nos deja Begonia tengo la intención de venir con la inmobiliaria en los próximos días, –Azucena señala con la mano a su hermana menor que parece un pino navideño, cargada con varias carteras llenas de otras carteras y dos sombreros puestos, uno sobre otro.

Siguen en el recibidor, Begonia se sentó en los dos escalones del suelo de mármol, lleva su mochila y varias bolsas de Camelia.

–¿Revisaron bien? ¿Seguro no quieren nada de lo que separamos para regalar? –consulta, con voz chiquita, Begonia.

–¡Mira quién habla! La que solo se lleva una taza cascada y una foto vieja de dudosa reputación. La que, si nos descuidábamos, nos ponía en la pila de "para tirar" a nosotras –se ríe Azucena y se sienta al lado de su hermana del medio.

–Y el otro cuaderno, también se lleva el otro cuaderno –dice Camelia, que evidentemente tiene el registro minucioso del paradero de los cuadernos desmadejados, y luego se suma al trío en los escalones.

–Es que tanto hablar de mamá y de papá, recordé la máquina de escribir antigua, no sé por qué no me la llevé. Me gustaría tenerla –confiesa Begonia.

–Claro, porque nada más cómodo para andar viajando por el mundo que un armatoste que pesa como el vagón de un tren y que, además, no sirve para nada –la consuela Azucena y le cruza el brazo por los hombros.

–¿Y no sabes en dónde está? –Camelia está distraída con su teléfono, como si en el apartamento de Ágata no hubiera tenido wifi.

–Después del accidente desmantelamos la casa entera, ¿no recuerdas? Hace un ratito hablamos de esto mismo, Camelia. Lo único que sé es que Ágata y Valentino no la quisieron, pero luego le perdí el rastro. Podríamos poner una empresa "ABC - Desarmamos la casa de su muerto reciente", somos especialistas. –Se ríe de su propia ocurrencia Azucena y luego se le atardece la mirada–. En un año tendré la edad de mamá y papá cuando murieron.

Camelia se pone pálida con el dato y Begonia desdramatiza el momento y le recuerda a Azucena que de su madre como mucho heredó el pelo, no la fecha de muerte, y que para el caso Ágata vivió ochenta y dos años y que si se trata de tener pensamiento mágico, mejor elegir uno que convenga más. Luego, por un rato, nadie dice nada.

Están asimilando el contraste del silencio de las horas que pasaron, solo vestidas con sus voces, con el tumulto y las frenadas que vienen de afuera. Están tomando fuerzas para, de verdad, irse del mundo conocido y empezar con ese otro que no eligieron, pero "toca toca, la suerte es loca", decía Valentino.

–Las abuelas deberían ser eternas –suspira Camelia.

–La vida no es una frase de Instagram, Came, es más bien todo lo contrario –le responde Azucena mientras mira, otra vez, su teléfono. Otro mensaje de Bruno. Esta vez, decidida, no responde. Ágata podía querer a dos, parece, y ella entonces puede no querer a ninguno y eso también está bien, como aclaró al pasar su hermana la viajera hace un rato y a ella le quedó dando vueltas esa idea obvia pero brillante, como un diamante de compromiso con una misma.

–Deja de mirar el teléfono, Azu, te quedaste congelada. Prometo que nunca más volveré a recordarte que no atendiste la otra noche. –Begonia se besa los dedos en cruz y mira a su hermana con la belleza de la humildad del que pide perdón desde adentro, desde el propio dolor.

–¡Me sumo! –dice Camelia y repite el gesto y el beso de lo que se promete–. Ya nos contarás, cuando quieras, en qué andas –se anima la hermana menor–. Te conozco, Azu, la noche del cumple de Ágata estabas como si llevaras en los hombros más de lo que llevas siempre. Te co-noz-co –deletrea envalentonada Camelia.

–¿Cómo se van? –cambia de tema Azucena.

–Me viene a buscar Tita, Bego me dijo que ya no tenía tiempo para cenar. –Se le ilumina la vida a Camelia. Viene Tita, la que le dice Meli, la que la hace reír, la que le cambió la vida que pensó que se estaba perdiendo por una incierta e impensada, pero mucho mejor. Viene Tita a la que hoy, con el drama más apaciguado, piensa besar como corresponde y después… después irán viendo. Puede que la clave de lo permanente sea no forzarlo a un futuro imaginado.

–Sí, yo tengo que bañarme y dormir unas horas, mañana temprano sale mi avión y llego directo a una reunión. Se me tensan músculos que tenía olvidados, y eso que entreno a diario. ¿Tú, Azu? –Begonia estira los brazos para estirar la columna, para estirar el momento, para demorar la despedida.

–Me voy con los chicos, Federico me los lleva a casa y también me lleva algo para cenar. Mi Jacinto y mi Margarita. Los extraño. Los hijos también son refugio para los padres cuando estamos tristes, solo que a veces lo olvido. –Azucena se emociona–. Soy buena madre, soy una buena madre… –dice para convencerse con la intermitencia que la voz emocionada le permite.

–Una madre increíble –la abraza Camelia.

–Un poquito pesada, pero… –se ríe Begonia y Azucena le pega con

la palma de la mano en la frente, jugando.

El apartamento quedó en su osamenta. Lo que permanece de Ágata, lo que confirmaron, lo que perdonaron, lo que abrazaron, se les hizo carne y se lo llevan puesto.

La noche de otoño se volvió fría y ellas ya no son las que eran. No las transformó la muerte –necesitarán tiempo para eso–, las transformó ese domingo de duelo en el que compartieron los baches de sus propias vidas reflejadas en las de Nelly, Ágata y Helena. Úteros generosos que siguen pariendo nacimientos.

Estaciona un auto rojo y moderno justo enfrente del apartamento.

–Begonia, debo volver a desearte buen viaje, tengo un *déjà vu* – exclama Camelia y se levanta rápido. La estaba esperando y cuando Tita, rizos plateados hoy, baja la ventanilla del auto no pueden evitar acoplar sonrisas. Sus dos hermanas se miran, cómplices, y también abandonan el escalón. Están, una vez más, alineadas, hombros, cimientos y escombros.

Huelen a trabajo, llevan la ropa ajada y sucia. Las tres, como banderas, lucen el pañuelo que diseñó la menor y que las nombra. Azucena se lo puso, cuidadosamente, en el cuello, con un nudo perfecto. Begonia lo usa de bandana y las puntas largas del nudo caen sobre uno de sus pechos, como una pintura. Camelia lo hizo un rollito y lo lleva de cinturón, a la moda, actual.

Azucena, parada en el medio, tiene las piernas abiertas y las manos en la cintura. Begonia apoya su brazo sobre el hombro de la hermana mayor y Camelia, del otro lado, cruza el brazo por la espalda de Azucena y con ese solo gesto las abraza a las dos. Todas, en sus manos, amuletos vitales, balancean los llaveros con iniciales que les regaló Ágata, los de las llaves marcadas con esmalte de uñas. ABC, el comienzo de los relatos.

Son la postal perfecta de la historia que las antecede. Son la promesa que se hicieron las mujeres que las dieron a luz. Son el futuro que decidan, a partir de ahora, sin nadie a quién llorarle las penas o exigirle cobijo. Son todo el nido que les queda, el único en el que no tienen que aclarar quiénes son.

También, si Tita en lugar de estar preocupada porque los buses amenazaban con llevarse el espejito lateral de su auto, hubiera sacado una foto, serían la publicidad perfecta de “Hermanas” la línea de pañuelos; pero a menudo la vida se reserva sus mejores imágenes solo

para el recuerdo, sin registro, como para que las personas teman perderlas, olvidarlas y, entonces, las atesoren más.

Camelia abraza a Azucena y le susurra:

–Nos vemos mañana, sé buena con Bego, sé buena contigo. –Y la hermana mayor le devuelve el abrazo.

Begonia recibe en su pecho a su hermana menor, la mujer campanita, con sus dramas y sus alegrías, y antes de que Camelia comience a llorar deja caer en su oído:

–Se ve bien lo de Tita, atrévete.

Camelia le devuelve un cuantioso:

–Te amo, hermana, vuelve pronto.

Y, llena de bolsas, paquetes y papeles, se va la más chica de las tres.

En donde estaba Camelia queda el vacío de su energía inquieta, y las otras dos, ya paradas, se preparan para despedirse también.

Begonia abraza a su hermana mayor hasta que Azucena se afloja y entonces sí, como si hubiera más gente alrededor y no quisiera que escuchen, en voz muy baja, le agradece:

–Me pude ir porque sabía que estabas tú para recoger mis pedazos en donde fuera. Sigo contando con eso. Perdón por el peso, gracias por el amor, Azucena.

Juntaron ahí, las dos, el llanto de todas las veces que no lloraron juntas. Llanto de mujeres grandes, llanto de pieles más cansadas pero con más herramientas para recobrar la lozanía cada vez que la verbena de la vida lo merezca.

Cuando ya no les quedaban asuntos por llorar, Begonia soltó el abrazo pero Azucena la retuvo y, con la mano como cuevita sobre el oído de su hermana, cerró ese círculo poderoso de susurros de la sangre:

–Suerte con el próximo libro, Ana Bellota, mándame uno; nada me dará más orgullo que leerlo.

Begonia la sujeta de los hombros y toma distancia, sorprendida. Azucena saca de su bolso el teléfono celular de Ágata al que Begonia había enviado su confesión literaria desde el aeropuerto, cuando pensaba que Ágata estaba viva y cuando la vida de las tres era otra, ahora tan lejana que hasta que Azucena no le mostró el teléfono ella no recordó ese mensaje.

Es que hay tiempos sin tiempo y uno de esos había sido su morada durante ese domingo de despedidas. ¿Había durado segundos? ¿Había

durado años? Ambas opciones eran posibles y daba lo mismo. Había durado lo necesario para guarecer los tesoros comunes de las tormentas personales y con eso era más, mucho más, que suficiente.

Se volvieron a abrazar para compartir los afluentes de las lágrimas que no sabían que les quedaban y después sí, salieron a la calle y una para un lado y la otra para el otro, se fueron.

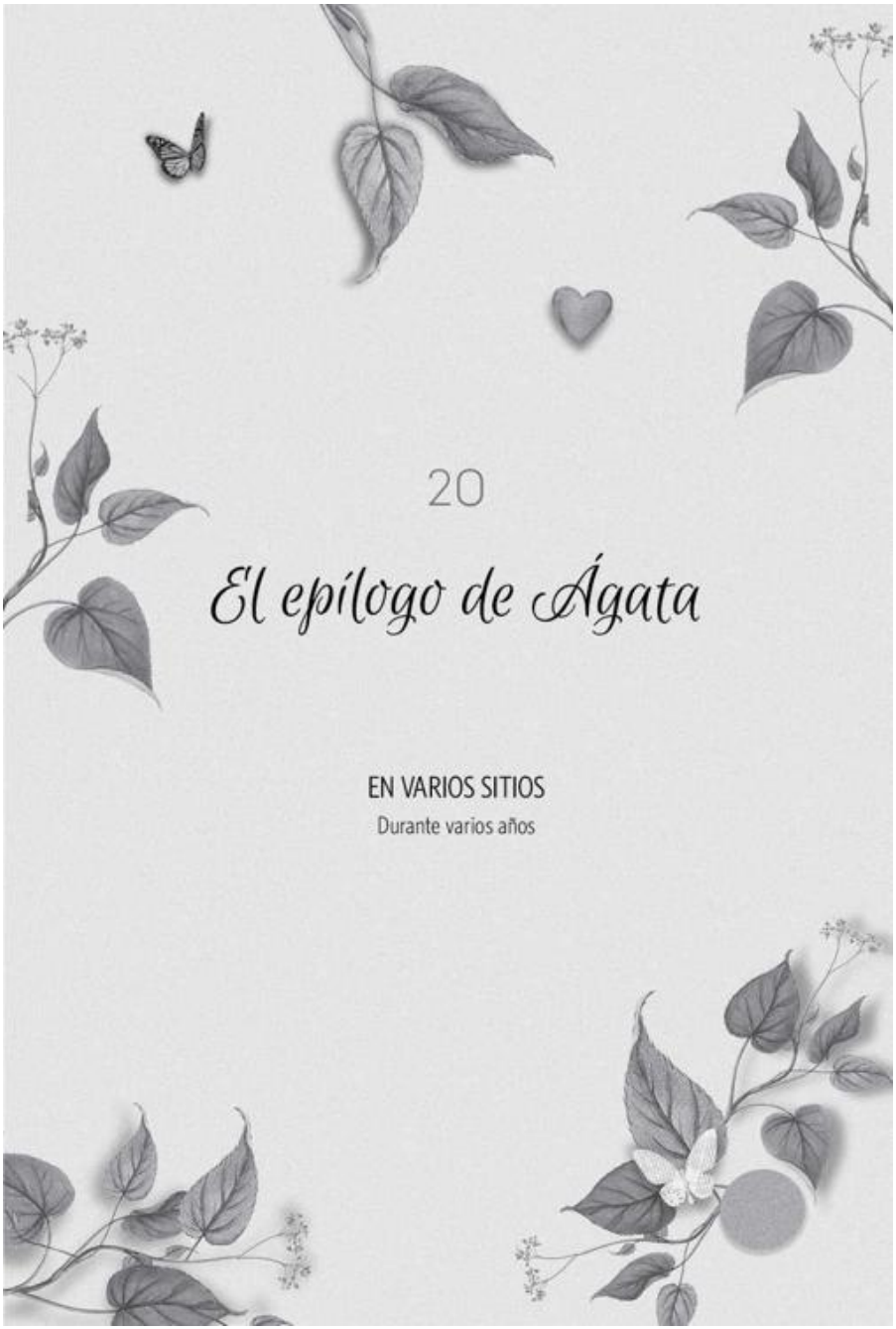
Las tres se llevaron preguntas y respuestas, no las mismas, como si hubieran partido un rompecabezas y tuvieran toda la vida para ir completando, a su tiempo y juntas, las partes que cada una pudiera aportar. Transformadas pero no resueltas, aceptando las contradicciones. Vivir es lo contrario a estar completo, cada respiro es la maravillosa confirmación de la incertidumbre.

En el apartamento quedó, además, una bolsa con los regalos que Ágata nunca usó, porque no siempre se puede con todo. El brazalete del que aún por varios meses seguirán pagando cuotas en la tarjeta de crédito de Azucena se fue con Camelia, lanzando destellos desde su muñeca. Nadie dijo nada, pero a las dos hermanas mayores les pareció bien. Las insignificancias de la vida consumen tanto tiempo que ayudan a superar las tragedias. Como esas cuotas, los trámites, los certificados y la mayoría de las cosas por las que las personas se hacen problema.

Desenmarañar el pasado es para valientes porque no garantiza que se pueda aliviar el presente, pero casi seguro colabora con hacer un futuro más posible, más propio. En eso estaban minutos después de separarse, Camelia con la mano derecha de Tita en su pierna mientras conducía con la izquierda, Azucena abrazándose con sus hijos antes de ordenar y antes de bañarse, y Begonia dejando en la recepción del hotel dos paquetes con sus libros para que al otro día se encargaran de enviárselos a sus hermanas.

Era mucho lo que no sabían de su abuela, mucho más de lo que creían, pero no estaba nada mal esto de verla más humana. Tan humana que se había muerto. Se quedaban con lo que sí conocían de Ágata, con su custodia amorosa, con sus palabras fervorosas y sus chistes ácidos. Con su presencia indiscutible. Les faltaba una parte de la historia y la curiosidad seguía ahí, pero el amor no muere, ya lo habían experimentado, y eso les daba cimiento y simiente para seguir adelante. Después de todo, las abuelas no deberían morir, están de acuerdo, pero que se mueran es lo esperable.

En la ciudad comienza a caer una lluvia fina que ningún programa de noticias había pronosticado, y Néstor, el portero del edificio de Ágata, entra corriendo al vestíbulo intrigado por el aroma persistente de la acera: el de un jardín florido y bien cuidado.



20

El epílogo de Ágata

EN VARIOS SITIOS

Durante varios años

Ágata nunca volvió a su puesto de secretaria. Se dedicó a disfrutar la sorpresa de su hija pequeña primero y del espectáculo de sus tres nietas más tarde. De todas aprendió.

Descansó en la solidez de su cálido Valentino y en la tranquilidad económica sin lujos ni sobresaltos que le ofrecía esa vida que había elegido la noche de carnaval en la que, al final, se eligió a ella misma, y que había construido y sostenido el resto de sus noches.

Se juró a sí misma que si alguna vez dejaba de amar a su esposo, pediría el divorcio, total no sería la primera transgresión de su vida, pero, y estuvo atenta, eso no pasó. Lo amó siempre, se aburrió de vez en cuando, se enojó menos veces de las que hubiera querido y lo deseó a menudo. Valentino también rimaba con adjetivos opacos, como todas las personas del mundo.

Ágata se mantuvo cerca de su madre, Nelly maravilla, que le enseñó que la edad no era más que un conjunto de años y que, sobre todo para las cosas buenas, nunca era tarde. Del pueblo y del almacén que todavía le daba de comer a varios, a los longevos Santos y a Marcelina por ejemplo, siempre se sintió ajena. Su pasado ahí era una película que ni siquiera le parecía muy memorable. Con el tiempo encadenaron las bancas de las aceras para que no se las roben, construyeron edificios bajos y feos, asfaltaron calles, abrieron una cancha de paddle y tanto cambió el pueblo que Ágata terminó borrándolo de su memoria. Más que un pueblo era un boceto. No era desagradecimiento lo de ella, era la vida que prefirió y que le exigió descartar añoranzas como para que no fueran tantas que la ahogaran.

La adolescencia de Helena se le pasó en dos o tres suspiros, mientras aprendía a ser madre y a descartar la culpa que viene con el puesto. Y Helena, siempre adulta y decidida, casi enseguida la coronó abuela, un título que jamás había considerado, pero que disfrutó todos los días que lo fue. Esas tres niñas llenaron los pasillos, las navidades y

los cumpleaños del alboroto valioso que ella y Valentino, padres de una sola hija porque nunca llegó otro, no habían conseguido.

Ágata escribió cuentos y tarjetas de felicitaciones, pero nunca más un diario personal. Tomó fotos, viajó bastante pero cerca, leyó una cantidad opulenta de libros, se le quemaron casi todos los pasteles que cocinó, y todas las mañanas se lavó el rostro con agua helada para mantenerse joven y completó el ritual de belleza con cremas carísimas aunque a las mujeres de su vida solo les compartió del secreto de juventud la parte del agua fría. La tradición es más fuerte que el colágeno.

Nunca más dibujó.

Ágata enhebró su vida con conversaciones prodigiosas. Por teléfono, en persona y en cartas. Rara vez le quedó, de lo que estaba dispuesta a expresar, algo por decir; lo que no se nombra no es, y ella lo sabía, justamente, por lo que no nombraba. Con Helena, por ejemplo, tenían un mundo de palabras que manejaban con soltura y que las reunía; una red salvavidas corpulenta, hasta cuando discutían.

Se mudó del pueblo a la casa del patiecito y la lujuria, después a la casa familiar más grande y finalmente al apartamento que sus nietas tuvieron que vaciar. Desarmó, donó, repartió y tiró una y otra vez para llevarse consigo cada vez menos cosas. Bastante lastre tenía con lo que no se veía ni se podía embalar.

Sobrevivió a la muerte de su hija gracias a Valentino que, al final, no pudo. Si no hubiera sido por la necesidad de sostenerla a ella, cree, el padre de Helena se hubiera ido mucho antes detrás de su hija para preguntarle si necesitaba algo. Esa era la cruz pesada, la pesadilla recurrente y constante de Valentino: no saber cómo estaba Helena en donde fuera que esté. Su mirada seguía igual de clara, pero vivió sus últimos años con el velo de una llovizna insistente que no disimulaba ni con las gafas.

Gestionó la tristeza por la muerte de su compañero con el recuerdo de la viudez liberadora de su madre y con dos ideas que se repetía en voz alta: “Honra el trabajo que hizo Valentino para que tú no caigas, Ágata; ese hombre hizo un esfuerzo sobrehumano por ti”. “Tampoco tienes tanto tiempo por delante, decide si vives o si te dejas morir, pero decídelo pronto”.

Cuando ya no compartía sus desayunos con nadie comenzó, primero con timidez, a juntar plantas en el balcón, pero de un modo

diferente a Nelly, se mentía, mientras su selva urbana crecía ridículamente como para llenar de vida, visible y colorida, tanta muerte disparatada. También retomó yoga para destrabar la contractura de las angustias y, sin esperarlo, aprendió también a estirar, junto con los músculos, los buenos recuerdos.

"Qué suerte, Nelly, que te fuiste antes que Helena –decía frecuentemente Ágata–, no lo hubieras soportado tú y yo necesito un intervalo entre duelo y duelo, muy considerada, Nelly, muy considerada has sido siempre".

Después de tanto funeral, sería una mentira afirmar que sus nietas fueron la razón de su existencia. Ágata jamás pensó que alguien debía cargar con esa responsabilidad más que ella misma. Sus tres nietas fueron, sí, la celebración más abundante que la vida le regaló y en la que siempre se supo la invitada de honor.

Al principio, como con Helena, se desveló para que no repitieran sus errores, pero después del accidente, para no estrellarse en lo inefable de la situación, optó por tenerles más caridad a sus propias heridas y se propuso acompañarlas más que marcarles el camino. Su empeño estaba en que tuvieran, al menos, la misma libertad que ella había construido en los años en los que vivió en ese pueblo ya sin nombre. Quería que de ella les quedara el amor que les daba y no la necesidad de tener a alguien para amar.

Cuando Helena nació, Ágata le prometió ser la guardiana de sus sueños y esa promesa formó parte de la herencia que les tocó a las nietas.

El día que Helena murió le había pedido a su mamá que cuidara a sus hijas y, con el periódico, las necrológicas, del día anterior, ese pedido tuvo la fuerza necesaria para correr las nubes negras de las tormentas que le tapaban el cielo a Ágata con una insistencia portentosa.

Entonces, a Azucena la empujó fuera de sus propios márgenes rígidos, a Begonia a ir más allá de sus miedos y a Camelia a zambullirse con ganas en sus búsquedas desordenadas. A las tres, al amor que fueran capaces de dar y recibir.

Durante muchos años dejó a Vicente, siempre joven en el rastro de su piel, escondido en ese otro camino que no tomó. Alguna vez, dormida porque despierta nunca se atrevió, se preguntó de quién era hija Helena. A la luz del día la respuesta estaba clara en su amoroso

Valentino, el que jugaba con la niña y la acunaba en las noches de fiebre. “Siempre hija mía”, concluía Ágata. Helena fugaz, la de la vida ordenada y apresurada, la que le dejó un acantilado en el útero para siempre, la madre de las flores, la hija del amor.

Ágata había tenido que elegir y sentía que había elegido bien. Si hubiera optado por la otra vida tendría nostalgia de esta. No había una alternativa del todo benévola ni eficiente; cuando se elige también se descarta.

Cuando desgarró la cama de las noches de arrebato, llantos y abrazos que compartió con Valentino, cuando el balcón presumía jungla y ponía un solo plato en la mesa, solo ahí se permitió dejar entrar otra vez en sus sueños a ese otro hombre, el de la vida que no fue.

No lo forzaba, venía cuando quería, la edad ayudaba porque en algunos momentos se le borroneaban las geografías y los calendarios. El silencio a veces la confundía. Había cambiado todo tanto en tan pocos años… Pero esos vahídos ocasionales se apiadaban de ella y le servían para apaciguar el ardor de extrañar a su hija, ese que no se iba nunca.

Cuando la remembranza de Vicente la visitaba ella le contaba sobre las nietas con nombres de flores. Vaya ironía recurrente en su familia, todos baptizadores botánicos. También le preguntaba cómo lo había tratado la vida a él y le deseaba cosas buenas, tan buenas como las que había vivido ella, pero sin las partes tan sufridas por las que le había tocado atravesar. De Helena le hablaba en presente.

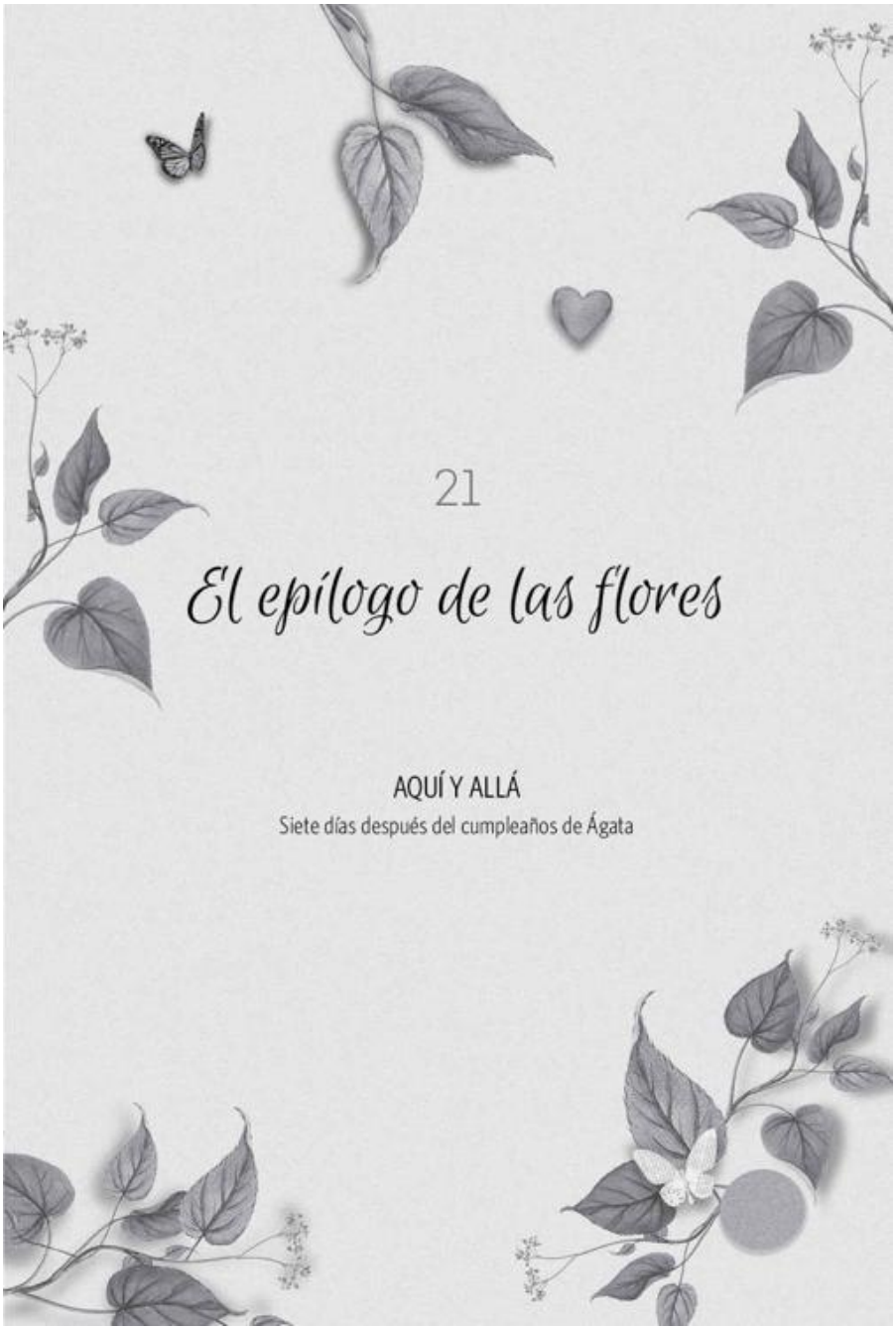
* * *

La noche en la que cumplió ochenta y dos años, Ágata no supo por qué puso la llave de la caja de té, la madriguera de los cuadernos incompletos, junto con el brazalete que le acababan de regalar sus nietas. Tampoco supo que se moría.

–Elegí bien, Vicente, aunque no te haya elegido –dijo mientras se acostaba–. ¿La soberbia te vino con la edad, Ágata? –se respondió sin recordar que hacía un rato se había reclamado eso mismo.

Después, la noche.

Pero nadie muere realmente mientras haya otros que tengan la llave para seguir contando, armando, su historia.



21

El epílogo de las flores

AQUÍ Y ALLÁ

Siete días después del cumpleaños de Ágata

Durmió todo el viaje, de principio a fin, de Buenos Aires a Madrid, de un cielo a otro. El cuerpo obedece al alma y cuando no puede más, se apaga. Apenas encendió su teléfono Begonia se encontró con los audios excitados de sus hermanas que le leían en voz alta sus propios poemas, con mensajes de amigos que la convidaban invites de copas y tapas para celebrar que había vuelto y con varios mails de trabajo.

De todos, el que le hizo temblar el paso fue el de Azucena, en privado, que le preguntaba cómo había llegado, le confirmaba que ya tenía el poder del escribano en sus manos y le recordaba que se cuidara de las alergias de la primavera española. Era exactamente el mensaje que le hubiera enviado Ágata si no hubiera tenido el contratiempo de haberse muerto.

Barajas, con su esqueleto de luz, sus vigas de colores y su techo de bambú, siempre la pone contenta. La simpleza de la pequeña maleta que no se despacha le permite a Begonia ganar unos minutos para pasar por el baño del aeropuerto y lavarse el rostro y quitarse de los pómulos las horas de avión y los días de desconsuelo. Agua fría, agua bendita.

Se toma un taxi, está con el tiempo justo, y diez minutos después llega a la estación de trenes. Las bóvedas rojizas de Chamartín son el último portal que tiene que pasar Begonia para llegar a Donostia, la tierra que le promete ser fecunda para sus raíces desconfiadas.

La estación se llama ahora Clara Campomar, en homenaje a la impulsora del sufragio femenino en España; Begonia es una pequeña enciclopedia de las cosas que le interesan. Ese nudo ferroviario, el segundo más importante de Madrid después de Atocha, parece un hormiguero de hormigas desorientadas que se chocan entre sí y que no logran mantener un mismo ritmo en sus pasos. Begonia recuerda que en algún momento leyó que Chamartín estaba construida sobre un antiguo cementerio y que, además, tuvo su propio atentado a fines de

los años setenta. Otra vez la enciclopedia. Todo en Europa tiene mucha más historia que la que se puede advertir en un primer encuentro. Como con las personas, depende de cuánto uno quiera hurgar. Hay quienes cargan secretos solo porque nadie se interesa en ellos.

A Begonia le gusta el paso latoso del tren, siempre lo prefiere, y además en este viaje en particular necesita esas horas de intervalo en las que ella puede quedarse quieta para ver el mundo pasar.

Precisa pensar para ordenar todo lo que vivió en esa visita que, jamás lo hubiera imaginado, fue la última a su abuela y a todo lo que vivía alrededor de Ágata porque ella lo alimentaba. Para este trabajo pesado, sabía, contaba con la ventaja de la distancia, pero sus hermanas le ganaban en eso de no tener que hacerlo sola. Elegir es también dejar de lado, hay lugares comunes que son inevitables, y era hora de, una vez más, seguir adelante. "Soltar", como dice el brazo de Camelia.

Baja la mesa de madera del respaldo de la butaca de enfrente, saca el cuaderno de la mochila y va haciendo una lista de palabras, temas, emociones, canciones y objetos que se le quedaron de estos días para evaluar cuánto de todo eso puede convertir en poesías y entonces, liberarlos. Liberarse.

Es que también estaba un poco cansada, agobiada, de darle vuelta a lo mismo con esa intensidad tan propia de su familia. Se obliga a empezar a pensar en otros temas, ya no hay mucho más para decir sobre Ágata, su pasado desconocido y el dolor reciente de haberla perdido. Nunca más un cumpleaños, nunca más un regalo por correo, nunca más...

–Basta, Begonia, cambia de tema –se regaña.

–¿Perdón, me has dicho algo? –le pregunta el hombre que está sentado a su lado. Tiene los ojos oscuros, la nariz prominente, el pelo enmarañado y la sonrisa holgada. Nada que Begonia no vea a diario en las callecitas seductoras de San Sebastián. *Rostro triangular ideal para llevar boina*, piensa Begonia.

–No, disculpa, a veces hablo en voz alta y no lo noto, será la edad –explica Begonia que hasta ese momento no había advertido que tenía compañero de viaje y eso que ya faltaba poco para llegar.

–Qué va, que los donostiarras somos siempre jóvenes –refuta el hombre del tren con ese acento que a Begonia la invita a seguir

charlando.

A partir de ese momento, llenan los cuarenta minutos de vías que les restan para llegar a destino de palabras, anécdotas, recuerdos y risas. Ella le cuenta que no es de ahí pero que quiere serlo, y él que nunca piensa ser de otro sitio y que una vez por mes va hasta Madrid para cumplir con trámites del negocio familiar y que de ahí viene ahora.

Begonia, reservada pero fluida, con sus brazos largos tatuados y libres y sus mechones insurrectos, está tan cómoda consigo misma que es posible que no advierta lo placentero que es para los demás estar con ella.

Él tiene en su voz grave la bravura del mar y en el sosiego de sus pestañas las siestas campechanas. Se miran con ese interés que no se disimula porque la edad ya los liberó de los laberintos adolescentes. Si ese encuentro se hubiera dado de noche, el paso siguiente y lógico hubiera sido la cama de alguno de los dos sin más pretensiones que las del cuerpo, y luego, muy luego, tal vez, algo más.

Pero llegaron a San Sebastián y Begonia debe salir corriendo para su reunión y a él lo espera uno de sus hermanos. Se despiden pero no quieren; por primera vez se les entorpecen las palabras. Él sale al pasillo, Begonia es chica de ventanilla, y se le cuelan dos personas en el medio. La bajamar de pasajeros los empuja. Ella, que maneja las paciencias y las urgencias del amor con cierta maestría, le pregunta, salteando a los intrusos, cómo se llama.

–¡Cardo! –le grita él asomándose por un costado.

–¿Carlos? –confirma Begonia asomada para el mismo lado y sin dejar de caminar, pasitos chiquitos de pasillo de tren atestado de gente.

–Cardo, como la planta, Cardo. Te espero en el andén… ¿cómo te llamas? –Y desaparece por la puerta de salida del tren.

–Begonia, me llamo Begonia, como la flor –apresura Begonia, pero no sabe si Cardo la escuchó.

Con la perspectiva de la distancia lo ve parado en el andén y a su lado, unos pasos detrás, con dos cascos de moto en la mano, su hermano, una copia más joven de ese hombre de hombros espaciosos y dientes grandes.

–Begonia –Cardo, promesa de futuro, sí la había escuchado–, no podemos llevarte en la moto… –se disculpa–. ¿Cómo te encuentro?

–Lo más fácil son las redes. –Levanta su teléfono y le muestra su perfil de Instagram–. Esta soy.

El hermano de Cardo lo apremia y él se ofusca.

–Ya voy, Hortensio, ya voy. –Cardo la mira a Begonia y le aclara–: Sí, no digas nada, herencia de mi abuelo, más que una familia somos un bosque.

Begonia lo escucha, un poco descolocada, pero ya no le queda resto para buscar coincidencias forzadas del otro lado del océano y con dos desconocidos. En todo caso, es una sincronía simpática, una buena anécdota.

–Te comprendo más de lo que imaginas. Nos vemos pronto –se despide Begonia, ojos alegres, ojos cansados, mientras Cardo sale corriendo detrás de su hermano que ya se está subiendo a la moto mal aparcada a pocos metros.

A Begonia la espera un taxi a cuyo conductor le pide que rodee el paseo de La Concha y se baja una cuadra antes de llegar a su encuentro para respirar, ahora sí, todo ese cielo anfitrión, esa inmensidad celeste.

La reunión es rápida y es buena. Después, aún arrastrando la maleta y, ahora sí, sin prisa, se sienta frente al Carrusel de la Belle Époque, con el mar de fondo y la ciudad a sus espaldas. Hay días que necesitan semanas para asentarse y ella viene de varios de esos. Recuerda, recién entonces, a su compañero de viaje y sonríe. Esa boca decidida que recuerda le parece un recreo merecido, una distracción necesaria, una señal ineludible de la vida que sigue y cambia. ¿Ya la habrá contactado? No sería la primera vez que un fuego se extingue apenas alguien mira para otro lado, pero tiene un buen presagio. A las corazonadas también se les reza.

Abre su teléfono y ahí, entre los privados de Instagram, está el mensaje:

> Begonia, como la flor, te dejo mi contacto y mi móvil. Si tú estás, yo estoy hoy mismo para vernos.

Begonia pulsa sobre la foto del perfil de su cita y el perfil lo describe como “Cardo Garmendia, librero por herencia, insistencia y vocación”, y entonces las nubes dejan de viajar, a las olas se le petrifican los rizos y el viento se queda sin bufidos. Lo único que

escucha Begonia es su respiración.

No puedo hoy, pero volveremos a vernos. Te lo prometo.

Begonia escribe peleando con el temblor de sus dedos largos y sacudida por el derrotero de su corazón.

En la última foto publicada por Cardo, amarilla por el filtro de los años, se ve a un niño pequeño, él, junto a un hombre mayor en la puerta de una librería grande y hermosa. El texto que la acompaña cuenta que ese es su abuelo Vicente, el fundador del negocio que ahora le pertenece y que llegó a San Sebastián hace décadas. Sobre la puerta, por encima de ambos, en un cartel sencillo y con letras sin adornos, se lee el nombre de la librería: Ágata.

Después, la noche.

Recién entonces, Begonia, atenta a la fragilidad de sus pasos, vuelve a su casa y a su vida.

A todo lo que ya la encontró y, entonces, le espera.

Agradecimientos

El desafío más grande al que me enfrenté con *Regla de tres* no fue el cruce temporal ni el canon de voces. Tampoco el intrincado telar de detalles que reúne a los personajes. Mi reto personal fue entregarme a la ternura que esta historia necesitaba y que el género me exigía. Tuve que alejarme entonces de la ironía y de las oscuridades que me resultan tan cómodas, e ir desvistiéndome de los lugares comunes por donde mis palabras suelen pasear. Fue un proceso fascinante y, vulnerable y con destino incierto, hice un recorrido en el que no estuve sola.

Quiero entonces agradecerle a V&R y a VeRa, en especial a Marcela, por haberme invitado a escribir esta novela pero, sobre todo, por la confianza que tuvieron en mis letras y porque vieron más allá de donde yo misma veía. Son un equipo profesional y cálido; ese combo es imbatible.

Además, a mis padres siempre y a toda mi familia grande, la de sangre, la política, en especial a Marta y Orlando, y a la elegida, porque son ejemplo de trabajo –escribir una novela es uno bien arduo–, pero también son una zona segura y calentita para descansar. A mis compadres, a mis amigos y a mis colegas porque aún sin haber leído este libro me preguntaron y me festejaron durante todos los meses de escritura y de corrección. Gracias, soy de las que piensa que los verdaderos afectos son aquellos que pueden estar en tus buenas y sentirlas propias.

Quiero dedicarle un párrafo a Carolina, la editora genial que VeRa me asignó y que fue fundamental en *Regla de tres*. Caro tuvo la voluntad y el don de combinar su mirada aguda con esa capacidad de conmoverse que la hace muy particular. Es fantástico trabajar con ella, aprendí mucho e hizo lo fácil lo complejo. A todos los que escriben les deseo una Caro.

A mi marido y a mis hijas. Gracias por el respeto de mis tiempos de escritura. No imagino regalo más valioso. Soy muy afortunada.

Esme, Isa, son siempre mi mejor motivo. Uno maravilloso y conmovedor.

Martín, todo, pero todo, es mejor con vos. Incluso lo que hago sola.

Y a las personas que van a detenerse en estas páginas, gracias.

Me sigue emocionando esta voluntad que nos reúne de encontrarnos en las palabras.

Que siga, colegas, que siga.

BETA SUÁREZ es licenciada en Comunicación Social y se especializa en gestión, análisis y creación de contenido digital. También es escritora publicada en libros, diarios y revistas y una oradora muy activa en diversas áreas.

Tiene gran presencia en las redes. En su cuenta más famosa, @mujer.madre.y.argentina, se puede disfrutar de esa mezcla de profundidad y desparpajo tan propia de Beta. Hable de lo que hable, lo hará sin solemnidad ni pretensión. Haga lo que haga, siempre será con creatividad y por caminos inesperados. La innovación es el sello y su escritura no escapa a ese destino.

Le gusta la cerveza helada, el chocolate blanco, viajar liviano y casi cualquier cosa que se conecte y/o se ponga en los pies.

Regla de tres irrumpe en la novela romántica con la impronta distintiva de esta autora a la que nada le gusta más que contar historias.

Fotografía de Mary Christensen @marychristensenphoto

Índice

1. El cumpleaños
2. El desarme
3. Ágata
4. Repartir, donar, tirar
5. El galán
6. Camelia
7. Valentino
8. El hallazgo
9. La esperanza
10. Begonia
11. Vicente
12. Los cuadernos
13. Las fotos
14. Azucena
15. El carnaval
16. El atardecer
17. La boda
18. Helena
19. El cierre
20. El epílogo de Ágata
21. El epílogo de las flores
Agradecimientos

Dirección editorial: Marcela Aguilar
Edición: Carolina Kenigstein y Susana Estévez
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de portada: Nadia Radic
Diseño de interior: Florencia Amenedo
Armado del e-book: María Victoria Costas

© 2022 Beta Suárez
© 2022 V&R Editoras
www.vreditoras.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

-ARGENTINA-
Florida 833, piso 2, Cuerpo Nº 1 Ofic. 205 (C.P.) 1005, C.A.P. Buenos Aires
Del. Bernal (54-11) 5352-9444
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

-MÉXICO-
Dakota 274, Colonia Nápoles, C.P. 03810,
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

ISBN: 978-987-747-966-9

Octubre de 2022

Suárez, Beta
Regla de tres / Beta Suárez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-747-966-9
1. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863

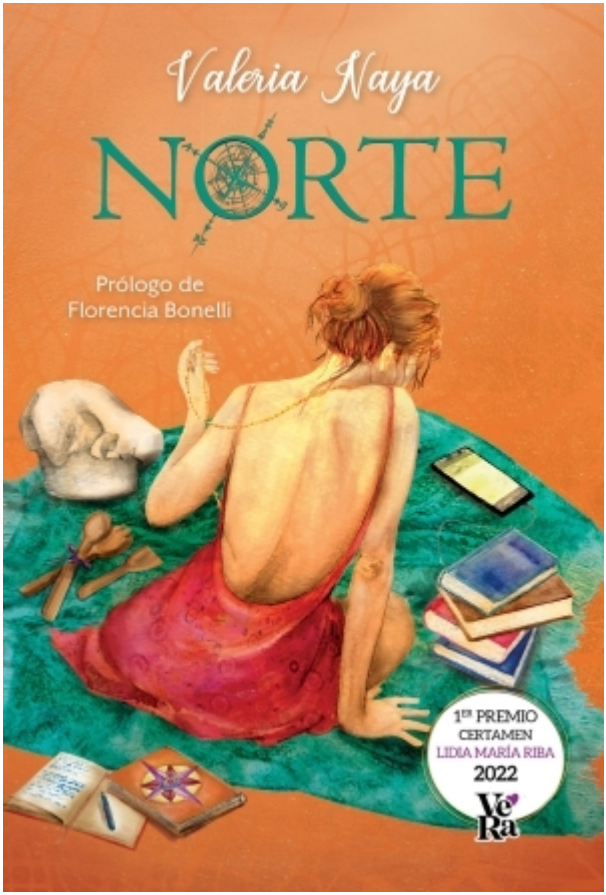
Elegí esta historia pensando en **ti**
y en todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo
de **nuestro corazón** y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro...

Escríbeme a
vera@vreditoras.com
con el título de esta novela
en el asunto.

VeRa

yo también
creo en el amor

vera.romantica


Valeria Naya
NORTE
Prólogo de
Florencia Bonelli
1er PREMIO
CERTAMEN
LIDIA MARÍA RIBA
2022
VeRa

Norte

Naya, Valeria
9789877478884
424 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué pasa cuando la vida nos enfrenta a un desafío? ¿Y si la brújula nos muestra un rumbo diferente, un viaje de descubrimiento? ¿Dónde encontrar el coraje y la pasión para empezar de nuevo? Emma y David viven, respiran, celebran la amistad y el amor de los hijos, cada uno en unpunto del planeta, pero el destino les tiene preparado un encuentro y ningún sentimiento volverá a ser el mismo. Cuando un beso apaga el mundo y el universo entero cobra sentido, hay que atreverse a dar el paso. El amor puede esperarnos en cualquier punto cardinal.

Cómpralo y empieza a leer

FARSA DE AMOR A LA española
Finjamos que me amas
ELENA ARMAS
AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES
VeRa

Farsa de amor a la española

Armas, Elena

9789877478754

532 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

UNA BODA. UN VIAJE A ESPAÑA. UNA MENTIRA Y UN PLAN QUE HACE AGUAS. Catalina está desesperada. Cuatro semanas no son demasiado para que encuentre a alguien dispuesto a acompañarla a la boda de su hermana al otro lado del Atlántico, y menos aún que finja que la ama. Pero lo más ridículo de todo es que sea Aaron Blackford, su compañero de trabajo al que no soporta, quien se ofrezca a hacerlo. Ahora Lina deberá sopesar qué es peor: aguantar a Aaron, con su aire petulante y sus ojos de hielo, o admitirle a su familia que ha mentido y que es todo una farsa. Como diría su abuela: que Dios nos pille confesados. EL FENÓMENO DE TIKTOK CON MÁS DE 100 MILLONES DE VISUALIZACIONES

Cómpralo y empieza a leer

UNA
LUNA SIN MIEL
AUTORA BEST SELLER
DE THE NEW YORK TIMES
CHRISTINA
LAUREN
Vé
Ra

Una luna sin miel

Lauren, Christina
9789877478341
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Olive siempre tiene mala suerte. Su gemela, en cambio, es tan afortunada que ha conseguido organizar su boda ganando concursos en las redes. Sin embargo, cuando todos se intoxican con la comida de la fiesta, la luna de miel queda vacante. Solo Olive e Ethan, su némesis, están a salvo. Si quieren disfrutar de unas vacaciones en Hawái, el único precio que deberán pagar será fingir que se aman como recién casados. ¿POR CUÁNTO TIEMPO PODRÁ OLIVE SOSTENER LA MENTIRA?

Cómpralo y empieza a leer

LAURA G.
MIRANDA
Volver a mí
PERU
Airline Baggage
32
USA
Vera

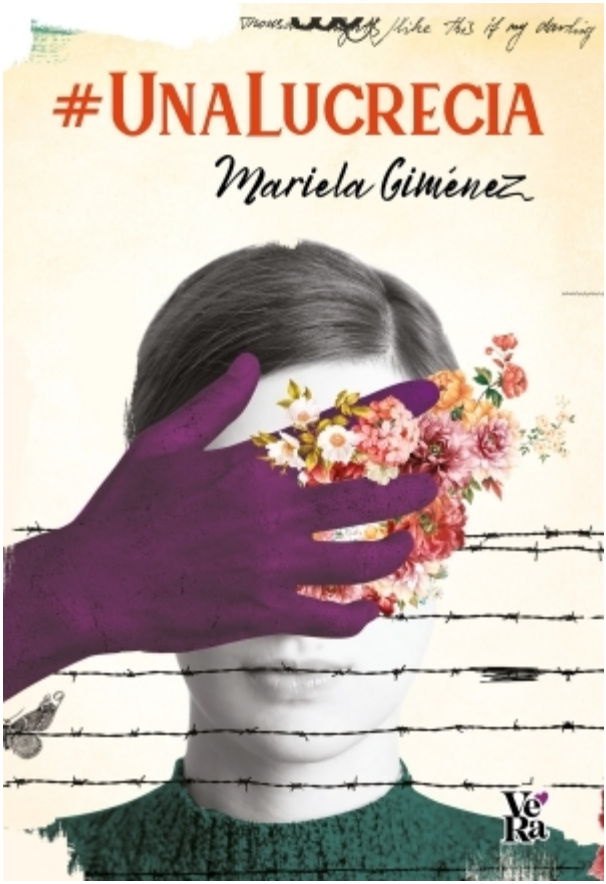
Volver a mí

Miranda, Laura
9789877475289
536 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Dónde queda la PASIÓN cuando todo en la vida es rutina y deber? ¿Es posible VOLVER a empezar? ¿Se puede volver a VIBRAR POR AMOR? Volver a mí retrata la vida de una mujer que cumplió todos los mandatos sociales: ser profesional, esposa y madre, pero que a fuerza de lograr los sueños ajenos olvidó los propios. A veces, perderse es la única forma de encontrarse.

Cómpralo y empieza a leer


#UNALUCRECIA
Mariela Giménez
VeRa

#UnaLucrecia

Giménez, Mariela

9789877476545

688 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede el AMOR curar todas las heridas? ¿Puede la ESPERANZA oírse por encima de la violencia? ¿Puede el DESEO ganarle al miedo? Lucrecia descubre que los cuentos de hadas no existen y que los monstruos acechan en la vida real. Un robo millonario, una familia envuelta en una trama de poder y corrupción y una mujer que, en busca de la libertad, encuentra el amor. Una historia en la que nada es lo parece y la víctima puede ser también la heroína.

Cómpralo y empieza a leer